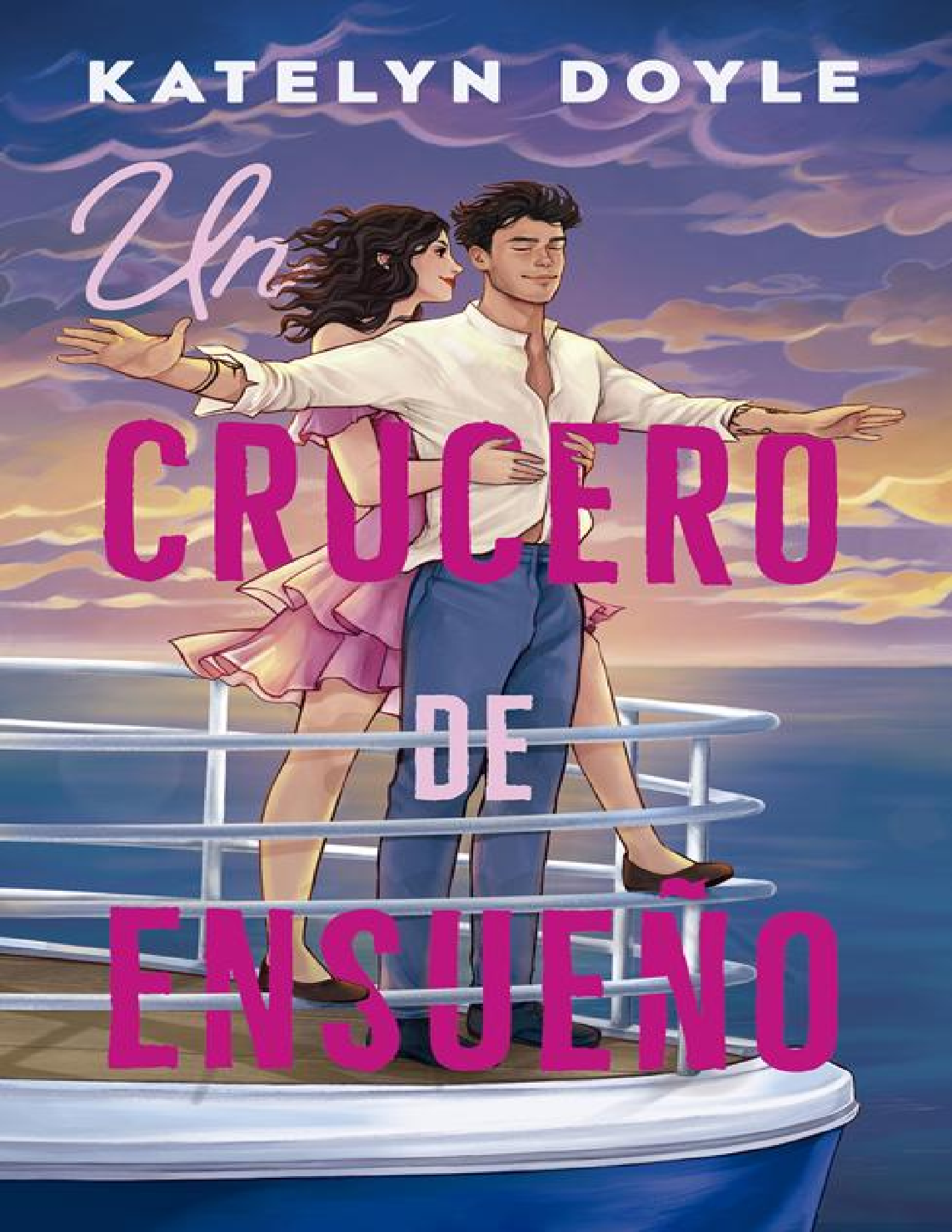
KATELYN DOYLE

Un CRUCERO DE ENSUEÑO

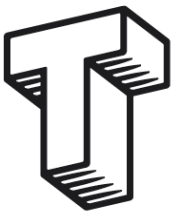


Un CRUCERO DE ENSUEÑO

KATELYN DOYLE

Un CRUCERO DE ENSUEÑO

Traducción de Nieves Calvino Gutiérrez



TITANIA

Argentina • Chile • Colombia • España
Estados Unidos • México • Perú • Uruguay

Título original: *Total Dreamboat*
Editor original: Flatiron Books
Traducción: Nieves Calvino Gutiérrez

1.ª edición: julio 2025

Todo el contenido del presente libro, incluidas las imágenes e ilustraciones de cubierta, es original y se encuentra sujeto y protegido por las actuales. normativas de Propiedad Intelectual españolas y europeas. Su uso y/o reproducción, ya sea total o parcial, para el entrenamiento de tecnologías o sistemas de inteligencia artificial, así como cualquier tipo de minería de datos, queda terminantemente prohibido. El editor en tanto que titular de los derechos de la obra ejecutará las acciones que considere necesarias ante cualquier uso no autorizado.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Copyright © 2025 *by* Katelyn Doyle
All Rights Reserved
Ship © icon Stocker/Shutterstock
Paper © SpicyTruffel/Shutterstock
© de la traducción, 2025 *by* Nieves Calvino Gutiérrez
© 2025 *by* Urano World Spain, S.A.U.
Plaza de los Reyes Magos, 8, piso 1.º C y D – 28007 Madrid
www.titania.org
atencion@titania.org

ISBN: 979-13-87557-40-9

Fotocomposición: Urano World Spain, S.A.U.

Para la auténtica Lauren.

1
ABANDONAR EL BARCO

Hoy

NASÁU, BAHAMAS

Hope

Si nunca has ido a Señor Frog's con el corazón roto, no te lo recomiendo. Beber margaritas helados en un tubo de plástico fluorescente ya es bastante humillante de por sí. No te conviene hacerlo mientras lloras.

Viendo los mocos en mi pelo, nadie diría que hubo una época en que no era la clase de chica que llora sola en un restaurante de una cadena de comida mexicana.

Solía ser la puta ama.

Tenía esa clase de potencial que podía conquistar el mundo entero. Un talento que fascinaba a la gente. Una seguridad capaz de dominar cualquier estancia.

Y entonces mi vida de ensueño se torció, mi prometedora trayectoria se estancó y mis intentos de enmendarme me alejaron cada vez más de la persona que quería ser.

En su lugar me convertí en esta persona:

La que con el rímel corrido por toda la cara en un antro turístico de las Bahamas que huele a nachos, lloriquea por un tío que apenas conoce desde hace una semana.

—¿Otro margarita? —pregunta el camarero, apareciendo de la nada. No hace ningún comentario sobre mi estado de histeria, pero su cara dice bien claro: «Lo necesitas».

—No, gracias. Solo la cuenta —respondo con voz temblorosa.

El camarero pasa mi tarjeta y yo me seco la cara con una servilleta antes de salir del restaurante y toparme con una cortina de humedad tan viciada y sofocante como una sauna abarrotada de un gimnasio

no muy limpio.

Ansío la sombra y el aire acondicionado, pero no tengo ganas de volver al crucero en este estado. Hasta en las mejores circunstancias, dirigirme hacia un crucero, da igual el que sea, va en contra de mi naturaleza. Pero en el caso de este crucero en particular, él está ahí.

Él, con su atractivo rostro, su cabello oscuro y despeinado, su ingenio mordaz y todas esas cosas terribles e hirientes que piensa de mí.

Soy consciente de que al final tendré que volver, pero aún me queda una hora de libertad antes de que zarpemos, así que me dirijo sin prisas hacia el centro de la ciudad.

—¡Señorita! —me grita una mujer que vende artículos artesanos tejidos a mano en un puesto—. ¡No esté triste! ¡En el paraíso no se llora!

—¡Estoy bien! —respondo mientras sorbo por la nariz, a pesar de que sigo lloriqueando un poco. Me detengo y cojo un sombrero de paja bordado con pequeñas conchas de su puesto—. ¿Cuánto cuesta?

—Treinta dólares —dice ella.

Solo tengo veinticinco.

—Ah, vale —repongo—. Gracias de todos modos.

Empiezo a alejarme, pero la mujer se apiada de mí.

—Para ti veinte, chica triste.

Le doy las gracias y el dinero; luego, me calo el sombrero hasta que me tapa la cara.

A estas alturas sospecho que ya es hora de que vuelva al puerto. Busco mi teléfono móvil para echar un vistazo a las indicaciones.

Pero mi móvil no está en el bolso.

Demasiado tarde me acuerdo de que lo dejé cargando en la mesilla esta mañana. Tal era mi estado de desesperación, que debí de

dejármelo en el camarote.

Bueno, da igual. Solo tengo que volver sobre mis pasos.

Por desgracia, se me da fatal orientarme y no tardo en perderme.

Entro en una cigarrería para que me indiquen el camino y el hombre del mostrador me dice que gire a la izquierda, luego a la derecha y que después camine durante veinte minutos.

«¿Veinte minutos?».

—¿Qué hora es? —le pregunto.

—Es hora de que se fume un puro —responde de forma amable.

—No, en serio, ¿sabe qué hora es?

—Las cinco y veintiún minutos —dice.

Oh, no.

Le doy las gracias y salgo corriendo del establecimiento.

—No pasa nada —me digo en voz alta—. Busca un taxi.

Pero o no hay taxis por aquí o estoy demasiado agobiada para reconocerlos.

Sigo corriendo, esta vez con las indicaciones grabadas a fuego en el cerebro por el terror, y llego por fin a la calle que bordea la playa y va derecha hasta el muelle. Alcanzo a ver el resplandeciente barco blanco a lo lejos.

Está *muy* lejos.

No soy de las que abordan a desconocidos, pero llevada por la desesperación, corro hacia un chico que se está montando en su moto y le pregunto si sabe dónde puedo encontrar un taxi.

Él señala hacia el puerto.

—Hay una parada por ahí, cerca de los cruceros.

No me sirve de mucho.

Debe de ver mi angustia, porque se ofrece a llevarme al puerto en su moto.

Las motos me dan miedo, la suya no parece lo bastante grande para dos personas y no lleva casco.

Acepto agradecida.

La moto arranca con brusquedad y salimos zumbando por la carretera hacia el muelle.

Felix

¿Qué haces cuando la mujer de la que te estabas enamorando de manera imprudente durante las vacaciones destruye todas tus ilusiones sobre el amor?

En mi caso, alquilas una moto de agua en las Bahamas y surcas la bahía como un loco, moviéndote en zigzag, con la esperanza de levantar un violento oleaje que exorcice el dolor.

No funciona, pero al parecer es una buena forma de quedarte sin gasolina.

La moto de agua se para de golpe con tanta fuerza que casi salgo despedido al mar.

Acelero a fondo, esperando que el motor arranque de manera milagrosa y me permita regresar a la orilla.

El sonido que emite parece el de un elefante tirándose un pedo.

Qué bien.

Estoy a solo unos trescientos metros de la playa, pero al ser tan tarde, no hay nadie en el agua al que pedir ayuda. Tendré que esperar a que el dependiente de la tienda de surf se dé cuenta de que me he quedado tirado y venga a rescatarme o flotar en el mar hasta palmarla.

Me niego a morir en una moto de agua. Me quito el obligatorio chaleco salvavidas color naranja y lo agito por encima de mi cabeza mientras soplo el silbato de emergencia unido a mi llave. Después de unos seis minutos de este patético espectáculo, por fin alguien en la orilla me ve. Un tío de la tienda de surf se acerca en una lancha.

—¡Lo siento mucho! —grita alegremente mientras se aproxima—.

¡Esto nunca pasa! ¡Te llevaré a tierra y te daré otra moto de agua! Reembolso completo.

—No será necesario —digo. El entusiasmo por canalizar la depresión a través de los deportes acuáticos me ha abandonado.

El hombre engancha la moto de agua sin combustible a una cuerda de remolque y se dirige hacia la playa a unos cinco kilómetros por hora.

Su lentitud me está poniendo de los nervios. Solo había planeado una hora para esta excursión y ya han pasado al menos noventa minutos.

Engancho mi mochila de la taquilla que he alquilado y rebusco dentro para mirar la hora en mi móvil.

Son las 5:09. El barco zarpa a las 5:30.

Salgo corriendo de la tienda, presa del pánico, en dirección al puerto. Cuando llevo recorrido seis calles me doy cuenta de que no tengo la mochila. Debo habérmela dejado en el banco junto a las taquillas de la tienda.

¡Me cago en la puta!

Regreso corriendo.

No está.

—No le habrán traído una mochila, ¿verdad? —pregunto a la empleada—. Me la he dejado aquí hace unos minutos.

Ella me mira con expresión vacía.

—No, lo siento —repone.

Lo que significa que estoy en un país extranjero sin dinero y sin nada que demuestre mi identidad, salvo una elegante pulsera azul de la línea de cruceros con mi nombre grabado en ella.

Y ahora son las 5:16.

Llegar al barco a tiempo será entre difícil e imposible.

Está bien, me digo. Seguro que hay un período de gracia en un barco lleno de turistas de avanzada edad, atontados por el sol y el ron. Mi pasaporte sigue en el barco. Solo tengo que volver al puerto, explicar mi situación y podré zarpar para completar este horrible viaje.

El problema es que llego al puerto justo a tiempo para ver el Romance del Mar alejarse del muelle.

Agito los brazos como un loco.

—¡Esperen! —grito con desesperación—. ¡Esperen!

Otros turistas me están mirando; algunos preocupados, otros riéndose. «Mira —oigo decir a un jovial estadounidense a su esposa —. Un corredor».

Me salto la cola en la entrada del sector de embarque y, sin aliento, acorralo a uno de los agentes.

—Se supone que tengo que estar en ese barco —digo, resollando—. ¿Puede llamar por radio y decirles que vuelvan?

El hombre ríe entre dientes.

—Una vez que zarpa, no regresa.

—Seguro que no dejarían a un pasajero en tierra —digo—. Por favor, debe haber un bote auxiliar o…

—Allá —dice el hombre, señalando una caseta cerca de las puertas del puerto—. Hay que ir allí cuando pierdes el barco.

Ah, hay un protocolo. Eso me tranquiliza un poco.

Salgo pitando hacia allí.

—Hola —me dirijo al encargado—. He perdido mi barco. Ese señor —prosigo, señalando al agente del muelle—, me ha sugerido que usted podría ayudarme.

El encargado me brinda una sonrisa compasiva.

—¿Cómo se llama, señor?

—Felix Segrave.

El hombre asiente.

—Sí, el barco nos alertó de que no había regresado.

—Así que ¿lo sabían y se han marchado?

—Los barcos no pueden zarpar después de la hora programada. Está en el reglamento.

—¿Puedo coger un taxi acuático para alcanzarlos? Por supuesto, lo pagaré.

—No, señor. Los pasajeros que no embarcan deben reunirse con el barco en el próximo puerto de escala.

El próximo puerto de escala es San Martín, que técnicamente está en Francia. Estoy bastante seguro de que el control fronterizo no acepta las pulseras de crucero como documento de identidad.

—Lo siento, pero no tengo mi pasaporte —replico—. Debo volver a ese barco.

El hombre sacude la cabeza.

—En ese caso, tendrá que contactar con su embajada. Será un placer facilitarle el número de teléfono.

—¡Esto es ridículo! —protesto—. Puedo *ver* el barco. Tardaría cinco minutos en llegar en una lancha.

El hombre se encoge de hombros a modo de disculpa.

—Lo siento. Es la política.

Estoy a punto de argumentar que sin duda la política que estipula dejar a un pasajero tirado en un país extranjero sin dinero ni identificación es una *pésima* política cuando escucho a alguien tomar aire con brusquedad detrás de mí.

Me doy la vuelta y veo un hermoso rostro.

Un hermoso rostro lleno de lágrimas y oculto bajo un sombrero para el sol adornado con conchas. Pero no tan oculto como para que

no pueda ver la expresión de absoluto desprecio impresa en él.

Miro boquiabierto a la mujer que, podría decirse, ha causado toda esta desgracia.

—*Tú* —dice con los dientes apretados.

—*Tú* —replico de igual modo.

2
EL BARCO DEL AMOR

Hace seis días

San Juan, Puerto Rico

Maravillas del Caribe, día 1

¡Bienvenido a bordo del Romance del Mar!

¡Nos complace darle la bienvenida a bordo a la aventura de su vida! Antes que nada, regístrese en su lujoso camarote, donde su mayordomo personal se asegurará de anticiparse a todas sus necesidades. Almuerce en nuestro elegante salón Windswept, donde un bufé gourmet deleitará a todos los paladares. A las 16:00, reúnase con la tripulación y sus compañeros de viaje en una recepción con champán en la cubierta Lido, amenizada por los ritmos tropicales de nuestro talentoso grupo de siete músicos, The Seahorse. Por la noche, cene en nuestro restaurante de cinco estrellas, The Starboard Room, pruebe las delicias japonesas de Inagi o la cocina del norte de Italia en Liguria, nuestros restaurantes exclusivos. (Se requiere reserva). Y, por supuesto, no se pierda el electrizante espectáculo musical, Ídolos del escenario, a las 21:00 en nuestro moderno Teatro Cosmic, ¡con un elenco de estrellas traído directamente desde Broadway!

Es para nosotros un honor tenerle a bordo, ¡y esperamos que disfrute de un magnífico viaje!

Hope

¿Te imaginas que tu mejor amiga te invita a pasar con ella unas vacaciones tropicales de diez días con todos los gastos pagados? Recorrer islas caribeñas, retozar en playas de arena blanca, disfrutar de lujosos tratamientos de spa, saborear comidas *gourmet*, dormir en una lujosa *suite* junto al mar y tener a tu entera disposición un servicio de personal que atienda cada uno de tus caprichos en todo momento.

Parece un planazo, ¿a que sí?

Pues hay un pequeño inconveniente.

El viaje es un crucero.

Y es que a mí los cruceros no me van.

Me da pánico el norovirus, los bufés me dan repelús y, para qué nos vamos a engañar, odio los toboganes acuáticos.

Pero aquí me tienes, llegando en un taxi al puerto lleno de relucientes barcos blancos del tamaño de una avenida de Nueva York.

«No seas negativa —me digo—. Vas a nutrir tu creatividad con sol, lujo y tiempo de calidad con tu mejor amiga. Vas a dejar de pensar en Gabe. Y luego vas a volver a casa y a preparar tu gran regreso».

—¿Qué crucero es? —pregunta nuestro taxista.

—El Romance del Mar —responde Lauren, mi mejor amiga.

Hago una mueca involuntaria, como siempre que pronuncia el nombre del barco en voz alta.

—¡Anda ya! —me dice—. Es un nombre muy *cuqui*. ¡Madre mía, mira! ¡Ahí está! —Señala el imponente barco que tenemos delante y

que en un lateral lleva un logo con dos delfines frente a frente, formando un corazón.

—Muy mono —repongo.

Lauren saca su móvil y empieza a grabarse mientras exclama maravillada por el barco. Imagino que es material extra para los entusiastas TikToks que por contrato está obligada a subir a cambio de nuestro pasaje.

Esbozo una sonrisa forzosa y procuro no pensar en el Titanic.

El taxi se detiene junto al letrero de FACTURACIÓN DE PASAJEROS y de inmediato aparece un mozo para ayudarme con nuestro equipaje antes incluso de que nos bajemos del vehículo.

—Muchísimas gracias —digo mientras el mozo coge sin despeinarse mi vieja maleta y los tres enormes baúles Louis Vuitton de Lauren y los coloca en un carrito.

—¿Qué llevas ahí dentro? —le pregunto por lo bajo a Lauren—. ¿El sofá?

—Sobre todo caftanes y vestidos de noche —responde ella—. Y todo el equipo de grabación, claro. ¡No puedo ir a ninguna parte sin mi aro de luz!

—Cómo no —replico.

—¿Detecto cierto tonillo sarcástico, señorita Lanover? Creía que habíamos acordado que ibas a hacerte pasar por una persona normal y a pasártelo pipa bebiendo margaritas y torrándote al sol con las domingas al aire.

—Lo siento —repongo—. Tienes razón. Me siento oficialmente entusiasmada y más feliz que una perdiz.

—Más te vale.

Pasamos el control de seguridad y nos recibe un hombre con acento europeo y una educación tan exquisita que cabría pensar que

estaba atendiendo a algún miembro de la realeza en lugar de a una *influencer* de las redes sociales y a su acompañante. Examina nuestros documentos y nos asegura que lo vamos a pasar genial, que la tripulación y él están encantados de tenernos a bordo y que desea que esta sea la primera de muchas travesías con ellos.

Lo dudo mucho.

Después nos acompañan a una sala de espera, donde debemos aguardar nuestro turno para embarcar. Contemplo un mar de plata.

De cabello plateado, quiero decir.

—Aquí todo el mundo tiene como mínimo sesenta años —le susurro a Lauren.

—Sí, cielo. De eso se trata.

Lauren ha venido por motivos estratégicos. El Romance del Mar tiene un nuevo paquete para solteros y ella está haciendo una serie de vídeos patrocinados sobre este.

—Piénsalo —me explicó cuando me propuso la idea de venir—. Dos semanas en un barco lleno de tíos solteros. ¡Es una jugada maestra! ¡Igual hasta encuentro marido!

—¿Y eso no te dejará sin negocio? —pregunto.

Lauren Rose Mathison, @LaurenLuvRose para sus fans, saltó a la fama gracias a *Man of my Dreams*, un *reality show* de citas en el que las concursantes entregan una lista de características de su marido perfecto y las abandonan en una isla con unos cuantos candidatos elegidos por los productores. ¿La gracia del asunto? Pues que ninguna de ellas sabe cuál de los pretendientes es su media naranja.

Lauren no acertó con su elección, pero se convirtió en la estrella revelación de la primera temporada, después de soltar con su encantador acento tejano que su alma gemela tenía que tener el paquete de un semental y más dinero que Amancio Ortega.

Aprovechó su fama para convertirse en *influencer*, publicando tutoriales con consejos para ligar y vestir para ser irresistible y embarcándose en misiones dignas de James Bond para cazar y enamorar a un soltero con pasta. Sus tácticas iban desde tomar clases en exclusivos clubes de golf hasta trabajar como azafata en jets privados, pasando por asistir a conferencias sobre criptomonedas e infiltrarse en una partida de póquer con elevadas apuestas.

Antes de que llames a Gloria Steinem para denunciar la muerte del feminismo, acuérdate de que Lauren tiene un estilo irónico. Sus vídeos tienen la intensidad de un reportaje de investigación, pero realizados con un guiño cómplice.

—Déjalo ya —me dice Lauren—. Claro que quiero un marido, y, además, no todos son viejos. —Señala con disimulo a una pareja negra de unos treinta años, vestida de punta en blanco para ir de crucero, que parecen recién casados, y luego a dos hombres gais con mucho estilo, rondando la cuarentena, con un niño pequeño en un carrito.

—*Millennials* de pega —digo—. La excepción que confirma la regla.

—¡Mira! —dice—. Nuevos candidatos a la vista, a las diez en punto.

Sigo su mirada hasta un grupo de cuatro cincuentones o sesentones, muy bien plantados, eso sí.

—No hay mujeres con ellos y tienen pinta de tener dinero —aduce Lauren—. Y el de la chaqueta azul es muy guapo. A lo mejor deberías ir a por él.

—Viste igual que Thurston Howell III.

—¿Quién?

—El millonario de *La isla de Gilligan*.

—Lo dices como si fuera algo malo. ¡Es nuestro objetivo ideal!

—Habla por ti. Yo he venido aquí por el cóctel de gambas gratis.

—Al menos apunta más alto, guapa. Esto es un crucero de lujo. Igual hasta ligas con alguien. Un rollete es justo lo que necesitas para olvidarte de Gabe.

—Gabe está más que olvidado —miento.

—De eso nada —replica—. No has tenido una sola cita desde que rompisteis y ya han pasado ocho meses de eso.

Vale, eso es lo que pasa cuando te enamoras hasta las trancas de alguien que quiere poner nombre a tus futuros hijos en la tercera cita y luego te deja dos semanas después de iros a vivir juntos porque «se ha dado cuenta de que no está preparado».

Este tipo de comportamiento no hace que una chica esté deseando volver a Bumble.

¿Cómo cauterizas una herida tan profunda? ¿De verdad es tan raro echar de menos a alguien que creías que iba a ser el padre de tus hijos, aunque te haya hecho daño?

Estoy pasando página, solo que me está llevando más tiempo del que le gustaría a Lauren.

Lo peor de todo es que desde la ruptura estoy de bajón. No tengo creatividad, motivación ni apetito sexual.

Y que mis padres se estén divorciando no ayuda, la verdad.

Pero se acabó lo que se daba. Es hora de mandar a paseo la depresión por mi relación fallida y mi carrera, que va cuesta abajo y sin frenos.

Este viaje es para reencontrarme a mí misma, para recargar las pilas y recordarme que soy la clase de persona capaz de ir a por todas.

—Reconozco que un rollete podría venirme bien —digo—. Pero no

pienso enrollarme con un *abuelete* al que tenga que cambiarle los pañales dentro de diez años.

—El tipo de caballero que buscamos podrá permitirse una enfermera privada que se ocupe de eso —aduce Lauren—. Y te sorprendería lo bien que se lo monta en la cama un hombre con experiencia.

—Vale… Lo tendré en cuenta.

Lauren escudriña la multitud en busca de otros posibles pretendientes y localiza a un acaudalado sexagenario de vívidos ojos azules, a dos hombres de mediana edad vestidos como si fueran a jugar el Open de Augusta de golf, y a un caballero muy guapo con unas gafas de pasta, que camina con lo que sin duda es un elegante bastón.

Y entonces Lauren profiere un grito ahogado.

—¡Madre del amor hermoso, mira! —susurra, señalando con la barbilla hacia el mostrador de facturación. Sigo su mirada hasta una pareja de mediana edad con dos jóvenes rubias que quitan el hipo.

—Oh, oh —digo—. ¿Ha aparecido competencia?

—Ellas no —repone en voz baja—. *Él.*

Una de las jóvenes se hace a un lado y deja a la vista a un hombre de unos treinta y pocos años. Es de estatura media y complexión delgada, con una oscura mata de cabello rizado. Su camiseta blanca resalta los músculos de sus hombros y permite ver unos tatuajes de líneas finas y elegantes.

Él vuelve la cabeza y me pilla mirándolo descaradamente. Aparto la vista tan rápido que casi se me salen los ojos de las órbitas y me pongo más roja que un tomate.

Antes de que Lauren pueda burlarse todavía más de mí, una mujer con un impecable uniforme blanco se acerca a nosotras con una

sonrisa en los labios.

—Señorita Mathison y señorita Lanover —dice—. Es un placer darles la bienvenida a bordo. Síganme. —Señala una pasarela, donde un fotógrafo aguarda junto a un fondo con el logotipo hortera del barco.

—¿Les gustaría un retrato de cortesía? —pregunta el fotógrafo cuando nos acercamos.

—Oh, no, muchas gra… —empiezo a decir, pero Lauren le brinda una sonrisa radiante.

—Nos encantaría —dice, adoptando esa estudiada pose que sabe que tanto le favorece. Yo, un poco incómoda, me quedo a unos centímetros de ella, con las manos en los bolsillos de mis pantalones cortos de estilo marinero *vintage*, esperando a que esto termine.

Lauren me agarra del brazo y me acerca.

—Pecho erguido y barbilla ladeada —me indica—. Y sonríe con los ojos.

Intento obedecer sus instrucciones justo cuando el *flash* me da de lleno en la cara, dejándome ciega.

—¡Gracias! —exclama Lauren con entusiasmo.

Cuando nos alejamos, la familia con el hijo buenorro avanza para ocupar nuestro lugar.

—Procura no romper la lente con tu cara de amargado, Felix —dice una de las hermanas (supongo que son hermanas, ya que son casi idénticas).

El hombre le sonríe de manera amable.

—Como sigas provocándome, me aseguraré de que te ahogues.

Ambos tienen acento británico.

¡Ay, Dios!

¿Buenorro y *británico*?

Soy la típica friki de la literatura inglesa que se derrite por un acento británico.

Algo dentro de mí se enciende por primera vez en mucho tiempo.

Tardo un momento en reconocer qué es: atracción.

Lauren me da un codazo.

—Te lo dije.

Felix

«No puedo creer que accediera a esto», pienso mientras subo al crucero que será mi casa durante los próximos diez días. Tiene un aire a casino de Las Vegas con una residencia de ancianos muy lujosa.

—Estamos en la parte de arriba —dice mi hermana pequeña, Pear, mientras todos nos apiñamos en el ascensor para subir a los camarotes—. Gracias, papá y mamá.

—No hay mejor momento para darnos un capricho que ahora —dice mi madre—. Tu padre y yo solo celebraremos nuestro cuarenta aniversario una vez.

—Y quién sabe si llegaremos a las bodas de oro —aduce mi padre.

—Deja de enterrarnos antes de tiempo, Charles —repone mi madre con afecto.

Mis padres solo tienen sesenta y ocho años, pero mi padre lleva al menos una década anunciando su inminente defunción.

El ascensor se detiene y salimos al pasillo con una lujosa moqueta, adornado con acuarelas doradas del mar.

—Este es el nuestro —dice mi hermana mayor, Prue, señalando la segunda puerta de la izquierda mientras habla con Pear. Las dos decidieron compartir un camarote ya que sus respectivas parejas, Eliza y Matty, estaban demasiado ocupadas para venir de vacaciones con nosotros.

Qué listos Eliza y Matty.

—¿Qué os parece si descansamos un poco y quedamos para comer a la una? —propone mi madre.

—Nos vemos entonces —digo.

Continúo por el pasillo en busca de mi habitación, cuando dos mujeres más o menos de mi edad aparecen a la vuelta de la esquina.

—Mil ciento cincuenta y uno —dice la más alta, una rubia con un marcado acento estadounidense—. Ah, aquí está.

La otra joven, con la que hice contacto visual por casualidad al registrarme, asiente. Es menuda, con una figura curvilínea, una indomable maraña de rizos oscuros y un dulce rostro en forma de corazón. Tengo debilidad por el pelo rizado y, bueno, por las curvas. Me apresuro a meterme en mi habitación antes de que me vean, para que no me pillen mirándola otra vez.

Entro en una *suite* tan lujosa que raya en lo obsceno. Hay un salón que da a una terraza con vistas al mar, un dormitorio con cama extragrande y un vestidor, y un enorme baño de mármol. Todo en una elegante gama de tonos grises y crudos.

Estoy acostumbrado al gusto de mis padres por las vacaciones de lujo (nos criamos viajando en primera clase a las Maldivas y haciendo safaris en Kenia), pero puede que esto supere todo lo anterior.

Llaman a la puerta.

La abro y me encuentro a un hombre sonriente, vestido con un traje oscuro, con una bandeja de plata repleta de fruta fresca.

—Señor Segrave —dice de forma amable—. Bienvenido al Romance del Mar. Soy Crisanto y estaré a su disposición durante el viaje como su mayordomo personal. ¿Puedo pasar?

—Por supuesto —respondo, haciéndome a un lado. Él entra con soltura y deja la bandeja en la mesa del comedor.

—Es usted de Londres —comenta—. Un viaje largo.

—Lo ha sido —convengo. Debe haber memorizado el perfil de

invitado que rellené *online.* Impresionante.

—¿De dónde es usted? —pregunto.

—De Filipinas, señor.

—Por favor, llámeme Felix —digo. Nunca me he sentido demasiado cómodo con los lujos que conlleva la riqueza de mis padres. Que un mayordomo me llame «señor» me parece más propio de *El pequeño lord.*

—Muy bien, señor Felix —dice Crisanto—. ¿Me permite que le enseñe su *suite*?

—Claro.

Me indica un teléfono donde puedo contactar con él y con sus colegas las veinticuatro horas, tras lo cual me lleva al minibar y a la pequeña barra que han llenado con cerveza, champán y vino.

No quiero ni pensar lo rápido que mi yo de hace dos años habría acabado con todo.

—Aquí hay una carta de licores si lo desea; estaré encantado de traerle lo que le apetezca —asegura Crisanto.

—Nada de bebidas fuertes… De hecho, ¿le importaría llevarse el vino? —le pido—. Soy más de Coca-Cola Zero.

La cafeína y los chicles de nicotina son los dos vicios con los que he sustituido la cerveza y el tabaco desde que dejé de beber. Consumo ambas cosas con una voracidad poco recomendable. Probablemente debería dejarlos, ya que siempre estoy acelerado y tengo la mandíbula destrozada de tanto mascar chicle, pero me da miedo renunciar a cualquier hábito sobre el que haya cimentado mi sobriedad.

Me ha costado demasiado llegar hasta aquí como para arriesgarlo y ya he hecho sufrir demasiado a mi familia y amigos.

Suena un timbre; la puerta.

—Ah —empieza Crisanto—, debe ser su camarera personal. Se la presentaré.

Él abre la puerta a una sonriente joven con un impecable vestido gris y un delantal blanco.

—Señor Felix, le presento a Belhina.

—Encantado de conocerla —digo.

—Un placer —responde ella con acento portugués.

—Belhina limpiará su habitación dos veces al día y se encargará de que esté cómodo —repone Crisanto.

—¿Cómo prefiere las almohadas, señor Felix? —pregunta ella—. Le traeré lo que quiera; firmes, de plumón de ganso…

—Oh, no se preocupe —digo—. Las que están en la cama son perfectas. Pero se lo agradezco.

—Muy bien, señor. Pero le ruego que me avise si desea ayuda para deshacer el equipaje.

—Muchas gracias.

—Le dejamos para que se ponga cómodo —dice Crisanto—. No dude en hacernos saber si hay algo en lo que podamos ayudarle.

—Sí, sí, lo haré.

Los dos se marchan y yo me tiro en la cama, que está entre las superficies más cómodas en las que jamás he apoyado mi cuerpo. Gimo de placer y luego me pregunto si los vecinos de camarote me oirán a través de la pared y pensarán que me estoy haciendo una paja.

Es probable que no. Este barco es demasiado lujoso como para tener las paredes delgadas. Reina un silencio tan absoluto que puedo oír mi propia respiración.

Saco el móvil para revisar mis mensajes, expresamente para ver si tengo alguno de Sophie, mi gerente de operaciones, referente a mis

pubs. Como, por ejemplo, que hayan ardido en las primeras dieciocho horas sin mí.

No tengo ninguno.

Estoy un poco decepcionado. Suelo estar muy pendiente de mis negocios y me creo indispensable para su funcionamiento diario. Es la primera vez en años que los dejo desatendidos más de dos días.

No quería hacerlo. Mi madre me convenció con el pretexto de que este viaje de aniversario podría ser nuestra última oportunidad de disfrutar de unas vacaciones en familia antes de que todos nos emparejemos y tengamos hijos.

Le debo demasiado como para decepcionarla, pero romper mi rutina durante dos semanas es lo más aterrador que he hecho desde que entré en rehabilitación.

Decido ducharme antes del almuerzo. Me sorprende la alcachofa de la ducha, que tiene un movimiento de chorro giratorio tan pornográfico que estoy seguro de que a varias de mis exnovias les habría encantado de manera muy íntima.

Desde luego, logra que me olvide un rato de mis *pubs*.

Me embadurno en crema solar y subo a la cubierta Lido, donde un batallón de camareros vestidos de blanco está sirviendo a un puñado de pasajeros que ya se han instalado junto a la piscina. (Todos están ya bastante morenos; parece que la gente mayor no es muy partidaria de los filtros solares).

Sigo las indicaciones hacia el restaurante, donde me recibe un bufé tan épico que todas sus variedades ocupan tres estancias. Paso de largo la zona de quesos, la barra de mariscos, pasta preparada al momento, asado de cordero y todo tipo de platos calientes que ni me detengo a identificar, servidos por hombres con chaquetilla blanca de chef.

El empresario de la restauración que hay en mí se estremece solo de pensar en la comida del bufé. Cuánto trabajo y derroche solo para servir una comida mediocre. Pero me obligo a no juzgar. Al menos es un banquete bastante opulento.

—Estamos aquí —dice una de mis hermanas. (Tienen la misma voz, igual que tienen el mismo cabello, figura y capacidad para sacar provecho de deudas ajenas).

Veo que están sentadas a unas pocas mesas de las dos mujeres que vi en el pasillo.

Al pasar por su lado, oigo que la del pelo rizado le dice a su amiga entre dientes: «Odio los bufés».

Está claro que esa mujer tiene buen gusto.

Hope

—No puedo creer que te estés quejando porque hay demasiada comida —me dice Lauren mientras miro de reojo el bufé—. Si te *encanta* la comida.

—Me gustan las comidas bien pensadas —alego—. No la posibilidad de comer camembert, puré de patatas y fideos estilo Singapur en el mismo plato, con una ración de *E. coli* de regalo.

—Por favor. Este lugar parece estar más limpio que la consulta de un médico.

—Eso es porque vas a ese sitio cutre en el barrio chungo.

—No veas cómo te ponen el bótox —comenta.

—Tienes la frente de una niña de ocho años.

—¡Gracias! Bueno, vete a saquear la barra de mariscos o lo que sea. No hay quien te aguante cuando tienes hambre.

Me levanto para echar un vistazo a la comida. Decido no arriesgarme con las ostras crudas en un crucero, pero supongo que unas patas de cangrejo al vapor no pondrán en peligro mi intestino.

Vuelvo a nuestra mesa y me encuentro a Lauren devorando un filete, su principal fuente de alimento.

—Mira quién se acaba de sentar —dice en lo que ella considera un susurro, aunque tiene una voz tan estridente que parece que se haya tragado un altavoz—. Detrás de ti.

Miro por encima del hombro y veo a la familia británica. Giro la cabeza con rapidez antes de que me pillen mirando, pero no sin antes darme cuenta con cierta desilusión de que el joven no está con ellos.

—No te preocupes —dice Lauren—. Está en la barra de ensaladas.

Él pasa por nuestro lado y el plato que lleva parece haberlo preparado un chef profesional. Jamás se me habría ocurrido aderezar salmón, queso feta y remolacha con cilantro. Igual le copio la idea en mi próximo plato.

—Me pregunto si por casualidad no llevará unas pinzas de cocina en el bolsillo —comento.

—Pues yo me pregunto qué más tiene en el bolsillo. —Me guiña un ojo de forma lasciva.

—Por favor, deja de decir esas cosas antes de que alguien te oiga.

—¿Sabes? El padre es guapo —repone Lauren—. ¿Crees que debería seducirlo? Así podría emparejarte con el tío buenorro y luego podríais casaros y yo sería tu madrastra. —Hace una pausa—. Sería *muy* mala.

—No, serías una madrastra genial para tres hijos adultos destrozados. Toda ternura.

Lauren sigue hablando de los otros posibles solteros del restaurante, pero solo la escucho a medias porque estoy concentrada en sacar la carne de mis patas de cangrejo, que están deliciosas. Tal es mi entusiasmo, que pongo más fuerza de la necesaria y un trozo de caparazón sale disparado.

Suelto un chillido, me doy la vuelta y veo que ha aterrizado… justo en el pelo del joven inglés.

—¡Ay, por Dios! —exclamo, levantándome de un salto y acercándome a él—. ¡Lo siento muchísimo!

Alargo la mano por puro instinto para quitarle los restos del pelo, pero la encojo de nuevo. ¿Qué estoy haciendo?

Él me brinda una pequeña sonrisa torcida, se quita los trozos él mismo y me los entrega.

—Gracias, pero en general prefiero que mi comida venga en un plato.

Sus hermanas empiezan a reír a carcajadas.

—Muy bien hecho —me dice una de ellas—. Se lo merece. Es un presumido con su pelo.

—Lo dice la que se gasta cuatrocientas libras en la peluquería —replica él.

—¿Te traigo una servilleta? —pregunto.

Él niega con la cabeza.

—Bah, tranquila. No es nada que no me haya pasado antes.

—Es chef —interviene la otra hermana—. No te imaginas las cosas que acaban echándose encima.

—Casquería —susurra la otra hermana de forma melodramática—. Eso significa «vísceras».

—Estoy seguro de que sabe lo que significa —apostilla él.

—Por cierto, soy Pear —dice ella—. Pear Segrave. Y esta es mi hermana Prue, nuestros padres, Mary y Charles. Y por supuesto ya has conocido a Felix.

Todos intercambian saludos a la vez.

—Encantada de conoceros —digo—. Yo soy Hope.

A estas alturas, Lauren ya se ha acercado a mí.

—Y yo soy Lauren —agrega—. Intentaré ayudar a Hopie con su puntería la próxima vez que intente comerse un crustáceo.

Mary se echa a reír. Es una mujer rellenita y guapa, como sus hijas, y tiene una risa cálida y encantadora que me recuerda a la Navidad y a la sidra caliente.

Hace que eche de menos a mi propia madre, cuando mi madre era feliz.

—Nos aseguraremos de sentarnos lejos en el comedor esta noche

—interviene Charles.

—¿De dónde sois, chicas? —pregunta Mary.

—De Nueva York —respondo.

—De Texas, para más señas —dice Lauren.

—Bueno, yo no. Soy de Vermont.

—¿Dónde está Vermont? —pregunta la que se llama Prue.

—En ninguna parte importante —repone Lauren justo en el momento en que yo digo: «Justo bajo la frontera canadiense, cerca de Montreal».

—¡Me *encanta* Montreal! —exclama Prue—. ¿Has probado la *poutine*? Felix prepara una *poutine* excelente en su *pub*. Él mismo prepara el requesón.

—¡Puaj! —gruñe Pear—. No digas *requesón*. Es una palabra repugnante, ¿verdad?

—¿De dónde sois todos? —pregunta Lauren, ya que tiene el desparpajo social que parece haberme abandonado con mi humillación.

—De Londres —responde Prue—. Aunque mis padres se han mudado a Hampshire ahora que son mayores. Vaya par de aburridos.

—Bueno, os dejamos que sigáis comiendo —digo—. Encantada de conoceros. Y, Felix, de verdad que siento haberte…

Él sacude la cabeza y me brinda una sonrisa amable.

—Ha sido un placer —repone—. Pero evitad los langostinos. A nadie le gusta que le tiren cabeza de gamba.

—Entendido —asevero.

Antes de que pueda hacer aún más el ridículo, me doy la vuelta y vuelvo a mi asiento.

—No me creo que haya hecho eso —murmuro.

—En realidad, ha sido muy inteligente —me susurra Lauren—. Así ya has roto el hielo con él y no tendré que arrastrarte de las axilas para que te presentes.

—Sí, claro. Ahora simplemente pensará en mí como la pringada que le tiró comida en la cabeza.

—Qué va —dice Lauren en voz baja—. Me parece que le has gustado. ¿No has visto cómo sonreía? A lo mejor no tengo que romper su familia para conseguir que eches un polvo.

Felix

Decir que no me gustan los musicales sería quedarse muy corto. Invitarme a un espectáculo en el West End es la forma más rápida de conseguir un «no» por respuesta. Así que, cuando Prue me agarra la mano después de cenar y anuncia que vamos a un espectáculo de Broadway, por supuesto me zafo de ella.

Pear se me acerca por el otro lado y me agarra el bíceps con fuerza.

—Vas a venir, querido hermano —dice—. Vas a venir *a todo*.

—Sí —añade Prue—. Vas a divertirte en este viaje o te obligaremos a caminar por la pasarela.

—No creo que vaya a gustarte la cárcel marítima —replico—. Suéltame.

—Oh, a mí no me cogerían. Hay muchas muertes inexplicables en el mar. Es el lado oscuro del mundo de los cruceros —aduce Pear—. Lo leí en *The Guardian*.

—¡Qué tragedia! —exclama Prue—. El pobre Felix se ahogó en el mar, así, sin más. ¿Quién se hará cargo de sus *pubs*?

—Se los venderemos a Pizza Express —dice Pear con firmeza.

—Ni siquiera tú convertirías el trabajo de mi vida en una cadena de restaurantes —digo.

—Sí que lo haría. Un buen rendimiento de la inversión.

Mis hermanas son expertas en inversiones y otros asuntos financieros complejos que yo apenas comprendo cuando leo sobre ellos en el *Financial Times*. En la City de Londres son famosas por su

certero instinto para los negocios, además de por ser dos rubias gemelas de impresionante belleza. Son el ojito derecho de mi padre mientras que yo soy la oveja negra que decidió pasar de la universidad para malgastar el tiempo en un *pub*.

Mis dos *gastrobares* son aclamados y rentables, pero él jamás me perdonará que no quiera recaudar cientos de millones de dólares para «revitalizar marcas tradicionales en declive» o lo que sea que a mis hermanas y a él se les dé tan bien hacer.

No ayuda que haya hecho sufrir a mi familia con mi adicción a la bebida y sus consecuencias durante dos décadas.

—Vale —les digo a mis hermanas—. Soportaré unos minutos oyendo canciones de musicales si así acabo con este maltrato.

—El espectáculo dura una hora —dice Prue con voz alegre—. Te va a encantar.

Entramos en un teatro grande y oscuro, con cómodos sofás de terciopelo dispuestos alrededor de mesas de cóctel. Se acerca un camarero a tomarnos nota. Las mujeres se piden un Manhattan y yo un expreso doble y me meto un chicle de nicotina en la boca. Voy a necesitar algo que me dé fuerzas para soportar esto.

La joven que me tiró cangrejo en el pelo durante el almuerzo, Hope, se sienta con su amiga en el sofá enfrente de nosotros.

—Mira —me susurra mi hermana—. Es la guapa joven del cangrejo.

Yo me aparto un poco.

—Mañana estaré llenito de moratones por tanto manoseo.

—Anda, ve a llorar a la enfermería. A lo mejor te atiende una enfermera buenorra. Te vendría bien un buen polvo.

—Por favor, no me hables de polvos.

Pear está leyendo el programa del espectáculo y distrae a Prue con

algún comentario sobre Andrew Lloyd Webber.

Oigo a las jóvenes estadounidenses conversando delante de nosotros. Me inclino un poco. Escuchar conversaciones ajenas es de mala educación, pero siento curiosidad por saber qué hacen dos mujeres jóvenes y guapas en un crucero para sesentones.

—¡Adivina! —dice la rubia—. Mientras tú estabas en el baño, el sueco buenorro, Lucas, me ha invitado a tomar algo con él en el Largo Lounge a las once.

—Qué bien —dice Hope.

—Anda, mira —dice la amiga, señalando el programa—. Van a hacer un popurrí de *Chicago.* ¿No te mueres por Bob Fosse?

—Ya lo hemos hablado largo y tendido y sabes que no me gustan ni un poco los musicales y estoy aquí en contra de mi voluntad.

«Lo mismo digo», me gustaría decir. Pero eso delataría que las estoy espiando.

Las luces del teatro se apagan y un hombre vestido con un impecable uniforme blanco con ostentosas charreteras doradas sale al escenario, iluminado por un foco. Nos da la bienvenida al espectáculo y nos garantiza que cuentan con los mejores artistas recién salidos de los escenarios de Broadway.

Por lo que puedo ver, no miente. Los cantantes son magníficos, si te gusta ese tipo de cosas, y los bailarines poseen tanta agilidad y destreza que por un instante me olvido de lo mucho que detesto esto. Pensaba que el elenco de una compañía teatral en un crucero lo formarían artistas desesperados y sin talento, pero hasta yo reconozco lo buena que es esta gente. Por no decir atractiva. Hago ejercicio de forma religiosa, pero su musculatura hace que me cuestione la habilidad de mi entrenador.

La parte técnica del espectáculo me intriga lo suficiente como para

aguantar los números de *Cabaret* y *El fantasma de la ópera*, pero con *El rey león* he llegado a mi límite.

—Nos vemos por la mañana —le susurro a Pear. Por suerte, ni siquiera ella interrumpiría *I Just Can't Wait to Be King*, así que me escabullo sin que me ponga objeciones.

Al llegar a las puertas, noto a alguien detrás de mí.

Miro por encima del hombro.

Es Hope.

Ambos salimos del teatro a las brillantes luces del pasillo.

Ella me saluda con la mano, entornando los ojos por el resplandor.

Cuando se me acostumbra la vista, veo que lleva puesto un vestido de cóctel con un aire retro color turquesa, que no es ceñido en sí, pero que resalta muy bien su figura. Es elegante y seductor a la vez, como el que llevaría Joan de *Mad Men*.

(Albergo pensamientos indecentes sobre Joan de *Mad Men*).

—¿Huyes? —pregunto.

—No lo soporto —repone. Luego parece sentirse mal por la franqueza de su afirmación, porque añade—: Lo siento. Son muy buenos, pero no me va el teatro musical.

—No te preocupes. —Bajo la voz—. Tampoco es lo mío.

—Perdona otra vez por tirarte cangrejo al pelo —dice—. Nunca había hecho algo así.

—Sería mucho más impresionante si lo hubieras hecho antes.

—Bueno, si quieres, puedo intentarlo de nuevo mañana.

—La verdad es que sí quiero. El champú de este barco es de primera. Huele a mar, ya sabes.

No sé por qué de repente hablo como un aristócrata del siglo pasado. ¿Estaré nervioso?

Ella no parece darse cuenta.

—Me encanta ese olor artificial a mar —conviene—. Es muy refrescante.

Me cae bien. Es muy irónica para ser estadounidense y a mí me gusta la gente irónica. Estoy a punto de preguntarle si le apetece dar un paseo por la cubierta, para tomar un poco el aire y despejarnos después del espectáculo, cuando su amiga sale del teatro llena de energía.

—¡Hopie! —exclama—. ¡Has huido!

—Me duele la cabeza —dice Hope—. Voy a acostarme temprano.

Su amiga me mira.

—Está mintiendo. Dile que vuelva a entrar.

Yo levanto las manos con aire inocente.

—Jamás obligaría a nadie a escuchar musicales.

Hope me sonríe.

—Que pases una buena noche, Felix. Si te das prisa, aún puedes disfrutar del popurrí de *Cats*.

Cuando desaparecen, de repente me siento agradecido de estar en un crucero. Porque a falta de otro lugar al que ir, sé que volveré a ver a Hope.

Y lo deseo con todas mis fuerzas.

3
ALGO SUPUESTAMENTE DIVERTIDO QUE NUNCA VOLVERÉ A HACER

Maravillas del Caribe, día 2

¡Disfrute de su primer día en el mar!

Hoy el Romance del Mar navega por las aguas turquesas del Caribe. Le invitamos a disfrutar de las impresionantes vistas de uno de los mares más bellos del mundo desde nuestro Panorama Lounge, donde nuestro personal aguarda para mimarle con un surtido de bebidas y aperitivos gourmet. Nuestro profesor de bridge, Alan, ofrecerá clases para quienes deseen aprender, mientras que nuestra experta en fotografía, Clemence, estará disponible si desea mejorar su técnica detrás del objetivo. O tal vez prefiera relajarse bajo el sol en la cubierta Lido con una mullida toalla y una bebida bien fría, jugar un partido de pickleball o disfrutar de la variedad de actividades organizadas para divertirle, entretenerle y enriquecer su experiencia. (Puede consultar el programa detallado en la tableta de su habitación).

Y no se pierda el impresionante espectáculo de esta noche, Bailando hasta el amanecer, en el Cosmic Theater. Pero no se acueste demasiado tarde, porque mañana emprenderemos nuestra primera aventura en tierra, con una parada en las preciosas costas de Antigua. (Recuerde reservar sus excursiones en el mostrador de conserjería antes de las 16:00).

¡Que tenga un día estupendo!

Hope

Estoy teniendo un sueño bastante agradable en el que estoy tomando el sol en una playa con un hombre alto, tatuado y con el pelo castaño alborotado, cuando el ruido estridente de mi móvil me despierta de golpe.

Es un tono que no se puede ignorar; el que le he asignado a mi jefa, Magda.

Me quito el antifaz para dormir y miro el móvil. Son las diez y media, lo que significa que en Nueva York son las seis y media de la mañana. O se ha levantado muy temprano para lo que acostumbra o, lo que es más probable dado su estilo de vida fiestero, aún no se ha acostado.

Cojo la llamada.

—Hola, Magda —digo con la falsísima alegría que todos mis colegas y yo utilizamos para dirigirnos a ella—. ¿Qué tal?

—Hola, Hope —responde con su voz entrecortada—. ¿Tienes listo el comunicado de prensa de Conifer Games?

—Sí —digo—. Está en tu bandeja de entrada. Lo envié el viernes antes de irme. De vacaciones.

—Ah, es verdad, estás fuera. No lo veo, ¿puedes reenviarlo?

Frunzo el ceño y sacudo la cabeza mientras repongo de forma alegre:

—Claro, no hay problema.

—Y necesitaremos la lista de prensa finalizada para mañana. La tienes, ¿verdad?

Me quedo petrificada. Durante las dos últimas semanas en las que

me he apresurado a terminar todos los encargos de este proyecto en ningún momento mencionó que yo fuera responsable de la lista de prensa.

No es que le importe. Olvidar los plazos de última hora es su especialidad. Al igual que endosar su trabajo a otras personas.

—Oh, supuse que eso ya estaba hecho.

—Nunca supongas nada, Hope —replica—. Deberías estar al tanto de esto.

—Le diré a Lana que prepare una —digo. Lana, nuestra ayudante de publicidad, es muy capaz de hacerlo. De hecho, *quiere* trabajar en el sector de los videojuegos, no como yo, por ejemplo.

No quiero trabajar en nada que tenga que ver con relaciones públicas. Pero promocionar juegos de iPhone para desarrolladores de aplicaciones está al final de la lista.

—Bien, pero asegúrate de comprobarlo antes de dármela —dice Magda—. *Rockabye* es un lanzamiento *muy* importante para el cliente.

—Sí, por supuesto —asevero.

—Estupendo. Buen viaje. ¿Dónde estás? ¿En Grecia?

—Uh… No. En el Caribe.

—Genial. Adiós.

Y cuelga.

Lauren me está fulminando con la mirada desde su cama.

—¿Era tu jefa?

—Sí.

—Tienes que estar de coña. ¿Te acaba de dar trabajo en vacaciones?

—Sí.

—¿No puedes negarte?

—No. —Necesito este trabajo. Estoy sin blanca por mi ruptura y mi

currículum es un desastre de tanto saltar de un empleo a otro durante años. Magda puede oler mi desesperación y se aprovecha de ella sin reparos. «Delega» en mí tanto trabajo que en este momento estoy haciendo al menos la mitad del suyo.

—Me vuelvo a la cama —digo, tapándome la cara con una almohada para bloquear el agresivo resplandor de la luz solar que se refleja en el océano.

—De eso nada —canturrea Lauren—. Tenemos *aquagym* en media hora.

—¿*Aquagym*? ¿Estás de broma? ¿No podemos dormir hasta mediodía y luego echarnos en las tumbonas a leer?

Lauren se acerca y me quita la almohada de la cara. Yo grito y me doy la vuelta.

—Vamos, arriba y al lío, bonita. Yo ya he hecho un directo y he ido a desayunar. He conocido a un magnate del petróleo de Houston llamado Cliff. Calvo con buenas gafas.

Una de las lecciones de Lauren a sus seguidores es cultivar el gusto por los hombres calvos.

—Pues vete a coquetear con él. Sé la madre de sus hijos. No me importa, solo déjame dormir.

—Hope, el *aquagym* es una excelente oportunidad para lucir nuestros cuerpos. Mira, te he traído un café con leche. Bebida de avena y dos de azúcar, como te gusta.

Acepto la bebida a regañadientes.

—Odio las clases de ejercicio —digo.

—Oh, vamos. Es en una piscina. Son solo cuarenta y cinco minutos. Además, estaremos muy atractivas y encontraremos hombres con los que tener una aventura.

—¿Con quién voy a tener una aventura si tú ya has acorralado a

todos los hombres solteros del barco? —pregunto.

—No es verdad. Te vi coqueteando con Felix anoche.

Lo admito, estaba coqueteando. Hacía meses que no surgía dentro de mí ese tipo de energía. Fue agradable.

Sobre todo porque, si no me equivoco, él también estaba coqueteando conmigo.

Esto no sirve para aumentar mis ganas de despertarme para hacer aeróbic en la piscina.

Pero sé que Lauren no va a ceder, así que me levanto de la cama y voy hasta el balcón para sentarme al sol con mi café mientras ella se cambia. La intensa luz y la impresionante vista del mar me despiertan.

Los cruceros sí tienen un lado positivo.

Lauren asoma la cabeza por la puerta. Lleva un bikini blanco de tirantes con unas braguitas que apenas cubren su bronceado culo.

—¿Te pones eso para hacer ejercicio? —pregunto.

—La cuestión es ver y que te vean, mi querida inocentona. No se puede hacer eso en un bañador. A menos que seas un hombre, por supuesto. Con un buen paquete.

No tengo fuerzas para hablar de paquetes masculinos antes de comer, así que me abstengo de hacer comentarios. Entro y saco de la bolsa un traje de baño blanco y negro de lunares. Tiene un aire retro y una cintura fruncida que favorece mi figura. No es exactamente ropa deportiva, pero es más apropiado que mi otra opción; un bikini rojo que me levanta el pecho de una forma tan aerodinámica que roza lo obsceno. No uso bikinis; desde la pubertad, tengo unos pechos que entran mucho antes que yo en una habitación y te causan problemas de espalda. Lauren, que está plana, está obsesionada con ellos y a menudo se me acerca de forma sigilosa y me los toca

cuando no estoy mirando. Por si no lo habíais adivinado, fue ella quien buscó y compró el bikini.

—¿Te vas a poner *ese*? —Hace un mohín cuando salgo del baño.

—Sí. Si intento hacer ejercicio con el otro, me ahogaré.

—Estupendo. Así algún hombre guapo intentará salvarte.

—Y su espalda de anciano se resentirá y nos ahogaremos los dos.

—Venga, señorita mojigata. Vamos a llegar tarde.

La cubierta Lido no está tan desierta como hubiera imaginado a las ocho de la mañana. Para deleite de Lauren, el grupo de cuatro caballeros que vimos al registrarnos está cerca de la piscina, terminando de desayunar. Ella los saluda con la mano, ya que se aseguró de presentarse en la recepción con champán de ayer, y casi se puede sentir el esfuerzo que les cuesta no quedarse embobados mirando su cuerpo mientras le devuelven el saludo. (Te ahorraré una descripción del físico de Lauren. Digamos que Peloton y Tracy Anderson han hecho colaboraciones de marca).

Lauren va directa hacia ellos y le da su teléfono al más alto.

—¡Todd! ¡Hola! ¿Te importaría hacernos una foto?

La fulmino con la mirada. Sabe que odio que me hagan fotos. Sobre todo en bañador. Sobre todo alguien que no conozco.

—Será un placer —dice, encantado de tener la oportunidad de contemplar a una hermosa mujer en bikini.

Y a mí, supongo.

—Muchas gracias. Queremos documentar cada minuto de nuestro viaje. Nos estamos divirtiendo mucho, ¿a que sí?

—Yo me lo estoy pasando de maravilla —dice Todd—. Y solo es el segundo día.

Sí. Quedan ocho.

«Diviértete —me recuerdo—. Es gratis. Son vacaciones».

Lauren me rodea con el brazo.

—Sonreíd, chicas —dice Todd.

Lauren coquetea con la cámara, y por tanto con Todd, y yo intento no poner los ojos en blanco. Mi único consuelo es que he obligado a Lauren a jurar solemnemente que nunca publicará fotos mías en internet.

Odio las redes sociales y me niego a ser material de relleno.

—He hecho varias fotos —dice Todd—. Sales muy guapa.

—Eres un sol —repone Lauren. Y hace una pausa, pensativa—. En realidad, ¿sería mucha molestia grabarnos un momentito mientras hacemos ejercicio?

Esta es una de las lecciones que siempre enfatiza en TikTok; encuentra la manera de enganchar a la audiencia. Ahora él tendrá vía libre para observarla mientras ella chapotea en el agua.

—Por supuesto —dice Todd, y parece sentirse halagado de verdad.

Junto a la piscina hay un grupo, compuesto en su mayoría por mujeres, charlando con una profesora vestida con un recatado bañador de una pieza que reparte churros de espuma. Aquí voy a hacer un paréntesis para decir que si te estás imaginando a un montón de personas de mediana edad en baja forma, olvídalo. La gran mayoría de pasajeros de este barco están esculpidos a base de ejercicio, retoques estéticos y cirugías, encarnando así la viva imagen del bienestar físico en la madurez. Algo me dice que me van a dejar a la altura del betún con los churros de la piscina.

—¡Hola! —le dice Lauren a la profesora—. Hemos venido a hacer *aquagym*.

—¡Bienvenidas, chicas! —dice—. Soy Sue, la responsable de *fitness*. Tenemos unos minutos. Vamos a hacer unos estiramientos mientras esperamos a los demás.

Nos pone a hacer rotaciones de hombros, estiramientos de espalda y a tocar los dedos de los pies con las yemas de los dedos. Lauren aprovecha para contonear el trasero con entusiasmo.

—¿Listos para meteros en la piscina? —grita Sue.

—¡Sí! —responden todos a coro.

Supongo que nos mantendremos a flote en el agua o algo así. Tan cansado no puede ser el aeróbic acuático, ¿o sí? Pero ella empieza con un trote bajo el agua, que exige que levantemos las rodillas hasta el esternón.

Es muy muy difícil.

—¡Y ahora un poco más rápido! —nos anima Sue—. ¡Patead con fuerza hacia atrás! ¡Trabajad esos cuádriceps!

No sé qué son los cuádriceps, pero sí sé que no me está gustando nada «trabajarlos». Luego nos hace ejercitar los brazos, aplaudiendo bajo el agua, nos hace girar para estirar las caderas y después ponernos en cuclillas para activar los isquiotibiales. A medida que avanzamos con esta serie, me quedo sin aliento, ¡y eso que solo han pasado cinco minutos!

—¡Y ahora que todo el mundo coja su churro! —dice Sue—. ¡Es hora de darle caña!

Miro a mi alrededor en busca de alguien que también las esté pasando canutas, pero todos parecen entusiasmados con la idea de aumentar la tortura.

—¡Vamos con unos saltos de tijera! —dice Sue. Dobla su churro hasta formar un arco y empieza a saltar.

—¿Cómo es posible que esto sea tan difícil? —pregunto a Lauren sin resuello.

—No lo es —dice, obsequiándole una gran sonrisa a Todd, que está grabando esto como si fuera todo un profesional.

—Esto me está destrozando las piernas —digo.

—Si sonríes se te hará más llevadero.

—Eso requeriría una energía que no tengo.

Sue añade giros, zancadas y flexiones de piernas. Llegados a este punto, estamos armando tal jaleo que la mayoría de los presentes en la cubierta de la piscina nos está mirando.

Debe de ser todo un espectáculo, porque muchos de ellos tienen una sonrisita en los labios.

Incluido Felix, me percato con absoluto espanto.

Él está sentado a la sombra, en bañador y camiseta, leyendo un libro, pero me pilla mirándolo. Arquea una ceja como si dijera: «Así que ¿esto es lo que te va? Muy guay».

—¡Más alto! —grita Sue—. ¡Última serie, dadlo todo!

No quiero que parezca que no puedo saltar un simple churro de piscina, así que doy un salto con más brío que en toda la clase.

Se me sale una teta por el escote del bañador.

No un trozo, ¡sino toda entera!

Lo más apropiado en este caso sería agacharme en el agua antes de que alguien se diera cuenta, pero el problema es que sigo agarrando un churro bajo mi cuerpo.

Así que lo que hago en realidad es proferir un chillido y soltar el churro, que sale volando del agua y me golpea en plena cara, mientras mi teta rebota y yo intento volver a meterla en su sitio. No es tarea fácil, ya que la pechera del bañador lleva ballenas para sujetar bien y tengo que aplastarme la teta como si estuviera a punto de hacerme una mamografía.

Lauren se ha dado cuenta de mi apuro, al igual que supongo ha hecho la mayoría de la gente en un radio de quince metros, y se está descojonando viva, lo que resulta de mucha ayuda, claro.

Consigo medio vestirme de nuevo, pero sé perfectamente que Felix ha presenciado todo el incidente.

Sue finge que no ha pasado nada y grita instrucciones para que nos relajemos, pero yo ya he hecho suficiente ejercicio acuático para toda la vida. Nado a estilo perrito hasta la escalerilla y salgo del agua.

Me gustaría echar a correr hasta mi habitación avergonzada, pero estoy chorreando, sin aliento y no quiero dejar mis cosas tiradas. Que, para colmo de males, dejé en una silla a solo unos metros de donde está sentado Felix. Y en el breve lapso entre que le he visto y he montado el numerito, él se ha quitado la camiseta.

Es todo músculo y con esos tatuajes tan sexis me parece que está como un tren.

Aprieto los dientes y saludo con la mano.

Felix

Hope viene directamente hacia mí, con el pelo pegado al cuello y el bañador torcido. Parece un *labradoodle* voluptuoso, cabreado y empapado.

Espero que no esté mosqueada conmigo.

No tenía intención de mirarla sin la parte de arriba. Lo que pasa es que estaba mirando hacia allí y la desastrosa escena, que parecía desarrollarse a cámara lenta, era tan fascinante que ha sido imposible apartar los ojos.

Eso, y que tiene un pecho magnífico.

Hope se detiene cuatro sillas más allá y me doy cuenta de que no tiene toalla. Me levanto y le ofrezco la mía, que no he usado.

—Gracias —dice ella, aceptándola—. ¿Has visto eso?

—¿El qué? —pregunto con aire inocente.

Ella pone los ojos en blanco.

—Sí, claro.

—Bueno, vale. Me parece que lo ha visto todo el mundo —reconozco.

—Dios, qué vergüenza —repone.

—Solo ha sido un pequeño traspié.

—Literalmente.

Se seca con la toalla y se sienta en la silla. Está muy pálida, de un bonito tono lechoso que hace que su oscuro cabello resalte aún más.

—Por lo menos habrá sido un poco divertido, ¿no?

—¿Exhibirme?

—El *aquagym*.

—Bueno, he aprendido que es posible sudar en una piscina.

—Las maravillas de la homeostasis.

Hope rebusca en su bolso y saca una crema con factor de protección y gafas de sol, lo que yo interpreto como una señal para que la deje sola.

Vuelvo a mi libro.

—¡Ay, Dios! —exclama de repente—. ¿Estás leyendo *Middlemarch*?

—Eh… Sí —respondo.

Ella levanta un grueso y ajado libro de bolsillo. También es *Middlemarch*.

—Oh, mierda —digo—. ¿Tú también?

—¡Es mi libro favorito! Este es el ejemplar de mi madre, de cuando estaba en la universidad. Casi me llama Dorothea.

—Te libraste por los pelos.

—¿Lo has leído ya?

—Soy primerizo.

—Ooh. ¿Por dónde vas?

—Casaubon se está muriendo. Y ya era hora, en mi opinión.

Hope se ríe.

—Pues ya verás. Se vuelve aún peor.

—Sin *spoilers*, por favor. Lo estoy leyendo por la emoción.

—¿No te gusta?

—La verdad es que me encanta. Estoy intentando leer los clásicos, con retraso. Acabo de terminar *Anna Karenina* y buscaba algo un poco más edificante.

—Por lo que veo, deben encantarte los matrimonios burgueses condenados.

—Muchísimo.

—Espero que no sea por propia experiencia —dice. Y enseguida

hace una mueca de dolor—. Perdona, eso ha sido cruel.

—Para nada. —Levanto la mano para enseñarle el anular sin alianza—. Estoy soltero.

—Ah —repone Hope.

No parece saber qué más añadir y yo no quiero que la conversación se termine, así que le digo:

—¿Y tú?

—¿Infelizmente casada? —pregunta ella.

—Divorciada.

—Ninguna de las dos cosas —repone, y agrega—: Pero aún soy joven.

—Por lo menos comparada con el resto de la gente de este barco.

Hope se ríe. Tiene una gran risa, profunda y sincera.

—¿Lees mucha literatura del siglo XIX? —pregunta, señalando mi libro.

—Últimamente sí. Empecé el año pasado con las Brontë, luego pasé a Jane Austen. Dickens será el siguiente, cuando termine los grandes éxitos de George Eliot.

—¡Oh, te queda mucho por disfrutar! —dice—. Soy una friki total de la literatura inglesa. La estudié en la universidad.

Me siento cohibido de inmediato. Como hombre que ni siquiera aprobó el bachillerato en una familia en la que todos estudiaron en Cambridge y Oxford, confieso que me siento inseguro sobre mis inquietudes intelectuales. No es que no me considere inteligente. Es que sé que no tengo formación académica.

—Me siento halagado en nombre de mi cultura —digo.

—Es curioso que ambos tengamos libros en papel. Yo suelo escuchar audiolibros.

—Yo también —digo—. Me ayuda a concentrarme mientras

cocino.

—Lo mismo digo.

—¿Tú cocinas? —pregunto.

—Bueno, profesionalmente no, pero me encanta. Me relaja.

—¿A qué te dedicas?

—A esto y aquello —dice, restándole importancia a la pregunta—. Nada interesante. Sobre todo a las relaciones públicas. —Lo dice con tono de disculpa, como si se avergonzara de su trabajo—. Preferiría ser chef. Parece emocionante.

—Tiene sus cosas buenas. La próxima vez que estés en Londres puedes pasarte por uno de mis *pubs* y te pondré a trabajar en la cocina.

—¡Ojalá! —dice—. No he estado allí desde que estaba en la universidad. En realidad, no he salido del país desde entonces.

—Me parece que ahora estás en el extranjero. En aguas internacionales.

—Sí, empapándome de la rica cultura de este crucero —aduce, señalando a nuestros compatriotas ancianos que duermen en sus tumbonas.

—Bueno, no descartes las excursiones —digo—. Tendrás la oportunidad de sumergirte en la vibrante cultura de los clubes de playa exclusivos. ¿Qué planes tienes…?

Intento enterarme de si va a hacer alguna de las excursiones programadas en el puerto, para poder unirme a ella con disimulo, pero su amiga viene hacia nosotros y se sienta de golpe a los pies de Hope.

—¡Felix! —dice ella—. Te llamas Felix, ¿verdad?

—Así es. Y tú eres… —Hago una mueca, pues no recuerdo su nombre.

—Lauren —dice ella, sin ofenderse—. Me muero de hambre después del ejercicio. ¿Quieres almorzar con nosotras?

Me planteo aceptar a pesar de que hace una hora me he atiborrado de pasteles (buenísimos), pero no quiero parecer demasiado insistente.

O tal vez solo estoy nervioso. Hace años que no me gusta una mujer.

—Os dejo con vuestras cosas —digo—. Yo ya he comido.

Hope empieza a recoger sus cosas.

—Me ha encantado charlar contigo —digo.

Ella me sonríe.

—Lo mismo digo, nos vemos. —Señala mi libro con la barbilla—. Estoy deseando saber qué te parece el final.

Nunca en toda mi vida he tenido tantas ganas de terminar una novela.

Me paso unas cuantas horas leyendo y bebiendo té helado. Hope tiene razón al decir que Casaubon vuelve aún peor; ese tipo es un déspota controlador incluso después de muerto. ¿Por qué todos los personajes de las novelas del siglo XIX son tan desdichados?

A mediodía hace un calor insoportable, incluso a la sombra. Estoy a punto de recoger y retirarme a mi habitación, cuando toda mi familia baja por la escalera desde la cubierta de recreo, vestidos de blanco para jugar al tenis.

—Acabamos de machacar a las chicas en dobles —me informa mi padre tan alegre.

Prue y Pear le miran con el ceño fruncido.

—Una victoria injusta —dice Pear.

—El viento estaba en contra —añade Prue.

Mis hermanas odian perder en cualquier cosa.

—No os quejéis, chicas. Os hemos dado una paliza —dice mi madre.

—Me parece haber visto en el programa de actividades que se ofrecen clases para novatos con el profe —les digo a mis hermanas —. A lo mejor un curso para repasar lo básico os ayuda a ganar a nuestros ancianos padres.

—No hay tiempo —dice Pear, y su actitud pasa de hosca a pícara —. Vamos a llevar a nuestro hermano a clases de chachachá, ¿no os acordáis?

—Recuerdo haberte informado de que eso no va a pasar.

Yo no bailo ni de coña.

—¡Vamos todos! —exclama mi madre—. ¡Chachachá! Qué divertido. ¿Cuándo es la clase?

—A las dos —dice Pear—. Tenemos tiempo de sobra para comer algo antes.

Pear nos lleva a Picante, el pequeño restaurante de «fusión latina». Aunque parezca mentira, sus tapas son bastante genuinas.

—No te atiborres —dice Prue mientras cojo una tercera croqueta de jamón—. Estarás demasiado lleno para moverte y te pondrás en ridículo delante de los embajadores.

—¿Los embajadores? —pregunto.

—¡Ya sabes! Los hombres a los que pagan para entretener a las solteras en el crucero.

—Qué atrevido —comenta mi padre—. Compórtate, Mary.

—No te preocupes por mí, cariño —dice mi madre con suavidad —. Eres el único hombre con el que quiero confraternizar.

Mis hermanas y yo intercambiamos miradas de sufrimiento. A nuestros padres les encanta traumatizarnos aludiendo a su química sexual.

—En fin, vámonos ya o llegaremos tarde a clase —dice Prue.

—Vale —cedo—. No quiero perderme el momento en que decidas abandonar a Matty por un embajador del crucero.

—Solo dejaría a Matty por el capitán. ¿Lo viste en la recepción de bienvenida? ¡Estaba cañón con sus charreteras!

—Te chiflan los marineros —digo, porque me lo ha puesto a huevo.

—Pues sí, Felix —replica ella—. ¿Quieres que te diga lo mucho que…?

—No, retiro lo dicho. Vámonos.

Subimos en el ascensor hasta un amplio salón con vistas panorámicas del mar. En el centro de la sala hay un piano de cola y una reluciente pista de baile de parqué. En medio hay dos de los deslumbrantes bailarines con un cuerpo escultural de la actuación musical de anoche, vestidos con trajes de salsa, charlando con un grupo compuesto en su mayoría por mujeres mayores y algunos hombres presentes. Junto al piano se congrega un conjunto de atractivos ancianos con chaqueta y placas identificativas.

—Esos deben de ser los embajadores —me susurra Prue—. Ve a ver si uno de ellos quiere ser tu cita.

—¡Hola a todos! —dice la bailarina por un micrófono inalámbrico —. Soy Svetlana y este es mi colega, Sergio. Por favor, acérquense.

Nos dirigimos a la pista de baile y escuchamos con atención mientras Svetlana y Sergio explican los orígenes del baile y los pasos básicos.

—Es un baile cubano parecido a la salsa, por lo que, si ya sabéis bailar salsa, estáis de suerte —dice Svetlana.

Supongo que no tengo suerte.

—El baile debe su nombre al sonido de los pasos: cha-cha-chá —dice Sergio mientras Svetlana y él hacen una demostración práctica.

—Así —dice Svetlana, haciéndolo de nuevo—. ¡Facilísimo!

No parece nada fácil. Mi madre nos obligó a todos a tomar clases de baile cuando éramos niños. Al igual que con la mayoría de la educación reglada, fracasé estrepitosamente y abandoné los estudios.

Estoy a punto de irme cuando oigo un familiar acento tejano.

—Oh, no, ¿llegamos demasiado tarde? —Aparto la vista de los bailarines y veo a Lauren y a Hope entrando a toda prisa.

Hope lleva un vestido corto de lunares rojos que parece sacado de un calendario de modelos de los años cincuenta, con el pelo rizado recogido en lo alto de la cabeza. Me cuesta no quedarme mirándola.

—Llegáis justo a tiempo —les dice Sergio—. Vengan, uniros a nosotros.

Nos hacen practicar los pasos, repitiendo en voz alta «cha-cha-chá» mientras nos movemos sobre las puntas de los pies.

Casi todos lo pillan enseguida. Veo que Hope lo domina con naturalidad.

Sin embargo, yo estoy perdido.

—¡Genial! ¡Muy bien! —exclama Svetlana, como si fuéramos niños pequeños de los que está muy orgullosa—. Ahora formad parejas y vamos a practicar.

Me escondo detrás del piano, solo. Somos impares, así que espero librarme de hacer el ridículo gracias a eso. Pero Svetlana se acerca y se ofrece a formar pareja conmigo.

A lo mejor evito que esto sea un desastre absoluto teniendo a la profesora como pareja.

Sergio marca el compás mientras todos practicamos los pasos al ritmo de la música.

—Adelante, uno, dos, tres, chachachá, adelante, seis, siete, ocho, chachachá. A la izquierda, uno, dos, tres, chachachá. Repetimos a la

derecha, dos, tres, chachachá.

La combinación de estos movimientos escapa a mi comprensión. Sergio bien podría estar explicando cómo se opera una rodilla, que yo no me enteraría de nada.

Svetlana tiene más paciencia que un santo, pero empieza a parecer tan desesperada como yo.

Decido que lo mejor es que me vaya, aunque solo sea para ahorrarle la tortura.

Pero alguien me da un golpecito en el hombro.

—¿Puedo interrumpir? —le pregunta Hope a Svetlana.

Nunca una mujer me había soltado la mano tan rápido.

Hope

—Gracias —me dice Felix—. Pero, créeme, no quieres bailar conmigo.

—Todo lo contrario —aseguro.

Me encanta bailar, se me da bien, y después de ponerme en ridículo delante de él en la piscina, quiero demostrar que no soy tan patosa en todo.

—No sé bailar —confiesa.

—Ya lo veo. ¿Puedo? —Le ofrezco mi mano.

Él la agarra a regañadientes.

—Si no queda más remedio.

Entrelazo sus dedos con los míos y le insto a que apoye la otra mano en mi cadera.

Su tacto me resulta tan agradable que hace que me distraiga durante un instante.

Él me mira a los ojos. Me pregunto si él también siente la chispa.

—Me suda la mano —dice con un tono de disculpa—. Por el estrés.

—Para empezar, deja de preocuparte por esto —digo—. Es una clase de baile en un crucero. No te juegas nada.

—No si te piso el pie y te lo rompo.

—Seguro que en la enfermería tienen sillas de ruedas. Bueno, yo te llevo.

—Sí, llévame tú.

—Cada vez que te dé un golpecito en la cadera izquierda —se lo muestro—, lleva el pie izquierdo hacia atrás. Y cada vez que apriete la mano, haces lo mismo con la pierna derecha.

—A lo mejor hasta yo soy capaz de hacer algo tan sencillo —dice, siguiendo mis instrucciones.

—Muy bien —digo—. Dentro de cuatro días te veo en *¡Mira quién baila!*

—¡Genial! Ese es mi sueño.

—Ya me lo imaginaba. Y ahora hacemos lo mismo, pero de un lado a otro. ¿Listo?

—Ja, ja, ja.

Cuento «uno, dos, tres» y le guío. Él se confunde y da un paso hacia delante en vez de hacia un lado, chocando conmigo.

Me río.

—Tu otro lado.

—Parece que esto te divierte —comenta.

—Me gusta mandar a los hombres. Vale, ahora vamos a probar con el paso de chachachá. ¿Estás listo?

—No. Esto no tiene ni pies ni cabeza.

—Son tres pasos en dos tiempos —explico—. Pero en realidad no te desplazas. Solo tienes que mover los pies en el sitio. —Se lo demuestro, cambiando el peso de un pie al otro—. ¿Lo ves?

—Chachachá —dice con aire sombrío. Pero intenta realizar el paso de forma obediente y yo asiento con aprobación.

—¡Perfecto! Ahora vamos a unir todos los pasos.

Practicamos unas catorce veces hasta que, entre mis golpecitos, apretones y susurros, consigue hacer todos los pasos sin equivocarse.

—¡Fíjate! —exclamo—. Lo llevas en la sangre. Ahora vamos a mover las caderas y a darle ese toque cubano que tan bien dominan nuestros profesores eslavos. Y volvámonos locos e intentemos seguir el ritmo de la música.

Levanto la mano, aguzando el oído para captar el ritmo. Cuando

suena la nota adecuada, le hago un gesto con la cabeza, le toco la cadera y doy un paso hacia el lado.

Como por obra de magia, lo hace todo a la perfección.

Esboza una amplia sonrisa.

Estamos empezando a soltarnos, rozándonos las caderas de formas muy agradable, cuando para la música. Felix parece un poco decepcionado.

Espero que sea porque no quiere dejar de tocarme.

—Gracias —dice—. Casi ha sido…

—¿Placentero? —aventuro.

—Por raro que parezca, sí.

—Habrá que volver para las clases de bailes de salón. Te enseñaré a bailar el vals.

—Uf —dice—. Paso olímpicamente.

—Me rompes el corazón.

Seguimos cogidos de la mano.

Lauren me lanza una mirada desde el otro lado de la sala y asiente con aprobación.

Empiezo a estar de acuerdo con ella; a lo mejor *sí* quiero tener un rollete en un crucero.

Estoy a punto de invitar a Felix a la heladería. Es justo lo que haría la Hope de antes, tan encantadora y segura de sí misma; pedirle una cita a un hombre.

Pero justo entonces aparecen las hermanas de Felix, discutiendo sobre cuál de ellas baila mejor. Él se ve arrastrado a la conversación y afirma que en realidad el mejor bailarín es él.

Me cohibe invitarle delante de la gente, así que me despido y me voy con Lauren a tomar un helado.

Yo me pido un cucurucho de vainilla con virutas de colores, que es

mi favorito desde pequeña, pero Lauren se entretiene probando el de chocolate negro crujiente con arándanos, el de coco y lima y el de nata con caramelo salado.

—Voy a contaros un secreto —dice una voz con acento irlandés detrás de nosotras. Nos damos la vuelta y vemos a un hombre sonriente de unos cuarenta años con porte de torero, cabello oscuro salpicado de canas, cejas pícaras y los ojos azules más chispeantes que he visto en mi vida.

—Por favor —susurra Lauren, adoptando al instante un aire de inocencia al ver a un guapo desconocido.

—El de Stracciatella de pistacho es el mejor que he probado en mi vida —dice.

—Oh, suena genial —repone con entusiasmo—. Tomaré una copa —le dice al dependiente.

—Mejor dos bolas —dice el hombre.

—¿Para compartir? —pregunta, toda inocente.

El hombre suelta una sonora carcajada.

—Me temo que quiero uno solo para mí.

Cogemos nuestros helados y nos sentamos en una mesa junto a las ventanas abiertas, dejando que la brisa nos refresque.

—¡Ese hombre me recuerda mucho a Tom Selleck y me flipa! —susurra Lauren.

—Es bastante atractivo —reconozco.

—Voy a invitarle a que venga a sentarse con nosotras —dice.

—No tenía ninguna duda.

En cuanto el dependiente le da el helado al hombre, Lauren le hace señas para que se acerque.

—Tenías razón —exclama—. ¡Esto está de muerte!

Él sonríe.

—Me alegro de que te guste.

—Siéntate con nosotras.

Él se acerca sin prisa, encantado con la invitación. Reparo en que no lleva alianza.

—Soy Colin —dice.

—Yo Lauren. Y ella es Hope.

—Me gusta tu acento, Lauren —dice.

—No, hablo como una palurda —repone riendo, aunque de sobra sabe que su acento forma parte de su encanto—. Puedes sacar a la chica de Texas, pero no puedes quitarle el puñetero acento tejano.

—¿Texas, dices? —dice—. ¿De dónde?

—Cerca de Waco. Pero Hope y yo vivimos ahora en Nueva York. ¿Y tú? ¿Detecto un acento irlandés?

—Así es. Soy de un pueblecito cerca de Cork del que seguro no habrás oído hablar.

—¿Y qué se hace en un pueblecito cerca de Cork? —pregunta.

—Elaboro *whisky*.

—¡Me encanta el *whisky* irlandés! —exclama Lauren—. Lo prefiero al escocés. Demasiada turba. ¿Cómo se llama?

—Killcurragh —dice.

—¡No me lo puedo creer! Da la casualidad de que es mi favorito.

Él se ríe.

—¿De veras?

—Ahora sí —dice.

El hombre esboza una sonrisa contagiosa.

—Te perdonaría si no lo conoces. Solo llevo unos seis años en esto. Vendí mi empresa, dejé Dublín para cuidar de mi madre y necesitaba algo que hacer para no volverme loco.

—Tendrás que enseñarme aquello la próxima vez que pase por allí.

—¿Sueles pasar a menudo por el condado de Cork?

—Sin parar —dice, y lame el helado de la parte trasera de la cuchara como un gato.

Se nota que Lauren se lo está pasando bien y él está encantado.

—Bueno, Lauren y Hope, he quedado con los chicos para jugar al billar y ya llego tarde. No os gustaría cenar esta noche con un grupo de pobres irlandeses, ¿verdad?

—Me temo que ya tenemos planes para esta noche —dice, claramente arrepentida de haber aceptado la invitación de su compañero de chachachá—. Pero a lo mejor tú y los pobres irlandeses de Cork podríais enseñarnos a jugar al billar en otra ocasión.

—No me darías tu número para quedar, ¿verdad? —pregunta él.

Lauren le tiende la mano para coger su móvil.

—Será un placer.

Una vez que se ha marchado, Lauren me mira a los ojos y menea las cejas.

—Ha sido prometedor —repone.

Y por primera vez en mucho tiempo, detecto sincero entusiasmo en su voz ante la idea de una posible cita.

Ni siquiera saca su teléfono para publicarlo en redes.

Felix

—Te gusta esa mujer —anuncia Prue al salir de la clase de baile—. Deberías invitarla a salir.

—¿Adónde? —pregunto, sin molestarme en negarlo.

—Podrías llevarla a cenar a un italiano elegante —sugiere Prue.

—Invítala a una excursión —apunta Pear, metiéndose en la conversación.

—En realidad no importa lo que hagas, ¿verdad? —dice Prue—. Solo tienes que hacerle saber que te gusta.

Sé que tiene razón. No he invitado a nadie a tomar un café desde que estoy sobrio. Ni he sentido deseos de hacerlo.

Pero quizás esta sea una buena oportunidad para probar algo informal. A fin de cuentas, los ocho días que quedan de crucero son muy pocos para arriesgarme a que un rollo altere mi vida y me lleve de nuevo al borde del abismo.

Y me siento atraído por Hope de una forma que no había experimentado en mucho tiempo.

Solo queda saber de qué forma acercarme a ella.

La versión anterior de mí se habría tomado unas copas antes. Valor líquido.

Supongo que la versión actual tendrá que aguantarse y expresar su interés.

Me propongo hacerlo la próxima vez que la vea.

Esto ocurre antes de lo que espero, porque cuando llegamos al comedor, está sentada sola en una mesa para dos a unos metros de la nuestra, jugando al *Wordle* en su teléfono.

Seguro que soy mejor compañía para cenar que el *Wordle*.

—¿Os importa si le pido a Hope que se siente con nosotros? —pregunto a mi familia en voz baja.

—¡Por favor! —dice mi madre. Es la típica anfitriona amable que cree que cualquier mesa en la que no se sienten al menos seis personas es deprimente. También cree que paso demasiado tiempo solo y que debería empezar a buscar compañía femenina.

Por el contrario, a mi padre le preocupa que esté mejor solo. Que mis anteriores novias eran chicas fiesteras que, en el mejor de los casos, me incitaban a beber, y en el peor, me empujaban al borde de la destrucción.

Pero no se opone.

Me acerco a Hope, rezando para aparentar seguridad y naturalidad, aunque me siento como un niño de seis años diciéndole a una niña que me gusta en el patio de recreo.

—¿Cenas sola? —pregunto.

Ella levanta la vista del teléfono y me sonríe.

—Mi acompañante para cenar me ha dejado por su compañero de chachachá.

—Bueno, ¿y si cenas con *tu* compañero de chachachá? Y… —señalo hacia mi mesa—, su insoportable familia.

—Si me lo pintas así…

—No pasa nada si prefieres cenar sola.

—No, me encantaría. Gracias.

Intento disimular lo contento que estoy mientras la acompaño a nuestra mesa.

—Todos recordáis a Hope —digo a mi familia, como si no hubiéramos estado hablando de ella—. Va a cenar con nosotros.

—Siempre y cuando os parezca bien —apostilla Hope.

—Claro que nos parece bien —dice papá con voz jovial—. Nuestros hijos no discuten tanto cuando hay gente delante. Te estaríamos agradecidos.

—En realidad, discutimos igual —le dice Prue a Hope—. Nuestros modales son deplorables.

—No nos educaron bien —coincido.

—Siéntate, siéntate —dice Pear, señalando la única silla vacía.

Que, por casualidades de la vida, está justo al lado de la mía.

—Bueno, Hope, ¿estás disfrutando del crucero? —pregunta mi madre.

—Sí —responde ella, en un tono que destila sorpresa—. No sabía qué esperar, pero lo estoy pasando bien.

Yo tampoco esperaba disfrutarlo. Pero entonces la conocí a ella.

El sumiller se acerca con la selección de vinos de esta noche (una botella de tinto y otra de blanco) y nos pregunta cuál nos apetece. Rechazo una copa. Me doy cuenta de que Hope también.

Me pregunto si bebe. Y, de ser así, cuánto.

El camarero nos toma nota. Hope pide el crudo de hamachi y filete de lenguado. Yo iba a pedir lo mismo, pero me decanto por la sopa de cebolla francesa y el chuletón para parecer…, qué sé yo…, ¿más varonil?

Por Dios, estoy oxidado.

Una vez que terminamos de pedir, Hope nos pregunta si tenemos planes para mañana, cuando atraquemos en Antigua.

—Nosotras vamos a montar a caballo en la playa —dice Pear.

—Somos unas fanáticas de los caballos —añade Prue—. Mamá tiene un establo en Hampshire. ¿Tú montas?

Hope hace una mueca.

—No. Cuando veo un caballo, lo único que me imagino es que me

caigo de él.

—Ellas se han caído cientos de veces —digo—. Eso explica muchas cosas. Lesiones en la cabeza, ya sabes.

—¡Mira quién habla! —interviene Pear—. Le pegas cabezazos al balón tan a menudo que me sorprende que puedas pensar.

—Su capacidad para pensar es discutible —aduce Prue.

—Comportaos, niños —dice mi madre—. Hope, ¿qué vas a hacer mañana?

—Voy a la clase de cocina caribeña —responde ella.

—Felix y Charles también van —dice mi madre—. ¡Qué coincidencia!

Bebo un sorbo de agua para disimular lo feliz que me hace eso.

Hope se vuelve hacia mí.

—¿Un chef en una clase de cocina?

—Nunca está de más.

—No llegó a ir a la escuela de cocina, así que necesita ayuda —repone Pear.

—Lo que quiere decir es que es autodidacta —aclara mi madre, porque a diferencia de sus demoníacas hijas, ella es un cielo—. Empezó de lavaplatos y fue ascendiendo, ¿verdad, cariño?

—En realidad, es todo un genio —añade Pear, probablemente porque se da cuenta de que me ha molestado—. Siempre sale en los periódicos.

—Seguimos intentando convencerle de que nos deje invertir para que pueda expandirse —añade Prue—, pero se empeña en hacerlo todo por su cuenta.

—¿Qué tipo de cocina haces? —me pregunta Hope.

—Nueva cocina británica, principalmente —digo—. Todo de origen local y de temporada.

—Sublime —dice mi madre—. Si alguna vez vas a Londres, tienes que probarla.

—¿Cómo se llaman? —pregunta Hope—. Tus *pubs.*

—The Smoke and Gun, en Canonbury. Y The Fatted Calf, en Stoke Newington.

—Crecimos en el oeste de Londres, pero nos ha abandonado por el norte —dice Pear—. Es demasiado vanguardista para Notting Hill.

—Solo he estado una vez en Londres, cuando hice el máster, pero me alojé en casa de unos amigos en Canonbury. Es muy bonito. A lo mejor pasé por delante de tu *pub*.

—Bueno, si tus amigos alguna vez quieren ir, mándamelos. Será un placer atenderlos —digo.

—Acepta su ofrecimiento, guapa —dice mi madre—. Es imposible conseguir una reserva.

—Dale tus datos de contacto ahora mismo para que no se te olvide —sugiere Pear.

Hope rebusca su teléfono en el bolso.

—¿Te importa? —me pregunta mientras me lo pasa.

¿Que si me importa? Jamás he agradecido tanto que mi hermana se meta.

—Para nada —asevero. Cojo el móvil y apunto mi número y mi dirección de correo electrónico. A los pocos segundos ella me envía un mensaje:

Desconocido: ¡Hola! Soy Hope Lanover, tu nueva amiga del crucero.

Todos sus datos de contacto, incluyendo la dirección de su casa, van adjuntos. Los guardo y respondo a su mensaje.

Felix: Encantado, Desconocida.

Ella me brinda una amplia sonrisa.

—Yo también —dice.

—Bueno, Hope, sin ánimo de ser pesado, ¿a qué te dedicas? —pregunta mi padre.

—Soy publicista —dice. En su rostro aparece la misma expresión avergonzada que cuando mencionó su trabajo esta mañana.

—¿Estudiaste eso en el máster? —pregunto.

—No, por Dios. —Se ríe—. No necesitas un máster para redactar comunicados de prensa. Hice un máster en Escritura Creativa. En realidad, esperaba ir a Cambridge a estudiar Literatura Inglesa, pero no pudo ser.

—¡Nosotras fuimos a Cambridge! —exclama Pear—. Papá nos obligó a ir a la escuela de negocios antes de dejar que asumiéramos la dirección de su empresa.

—Nos dedicamos al capital de riesgo —añade Prue—. Marcas de consumo. ¿Has oído hablar de Maquille? Es nuestra última adquisición. Nos estamos expandiendo a nivel global. Acabamos de abrir una tienda en Nueva York.

—¡Yo he estado allí! —exclama Hope—. Me compré un contorno de ojos que me costó un ojo de la cara, pero es una auténtica pasada.

—Es una maravilla, ¿verdad? —dice Pear—. Estamos obsesionadas. Te enviaré una caja con toda la línea.

—¿Por qué no fuiste a Cambridge? —pregunta mi padre—. Yo también soy exalumno. Podría hablar con alguien e interceder a tu favor.

—Papá es famoso en el Reino Unido —susurra Prue de forma melodramática—. Tiene contactos *muy* influyentes.

Me muero de vergüenza al oír eso, pero Hope no parece inmutarse.

—¡Muchísimas gracias! —dice—. Sí que me aceptaron en el programa. Lo que pasó es que ya tenía tantos préstamos estudiantiles que mudarme al extranjero al final no era viable.

—El sistema educativo estadounidense es espantoso —aduce mi madre—. Y el sanitario ya ni te cuento.

La conversación deriva hacia las maravillas del Sistema Nacional de Salud británico y eso lleva a mi padre a detallar sus achaques, provocando que Prue y Pear hagan muecas de espanto y que mi madre dramatice sobre el tiempo que perdió criándolas. Hope parece estar pasándolo bien. Me gusta verla reír, ya que tiene una risa contagiosa, y me alivia que las payasadas de mi familia le resulten divertidas en lugar de sentirse fuera de lugar.

Cuando retiran los platos principales, Hope se pone en pie.

—Siento tener que irme tan pronto, pero le prometí a mi amiga que me reuniría con ella para asistir al espectáculo de danza en el teatro —dice.

—¡Oh, Felix! —grita Pear—. ¿Vas a actuar?

La fulmino con la mirada.

—Gracias por aguantarnos, Hope —dice mamá.

—Una auténtica proeza —comenta mi padre.

—Ha sido un verdadero placer —repone Hope. Me toca el brazo—. ¿Nos vemos mañana?

—Sí —respondo—. Que te lo paséis bien esta noche.

Me decepciona un poco que no me invite al espectáculo, pero no quiero colarme en su noche de chicas. Paso la velada en el salón del piano con mi familia, viendo a mis hermanas bailar al ritmo de Billie Holiday y Cole Porter con los embajadores de los cruceros. El de

Prue es un bombero jubilado de setenta y un años de Calgary. El de Pear vendía coches usados en Manchester y decidió unirse al circuito de cruceros cuando murió su mujer. Mi madre se pone celosa de que sus hijas disfruten de historias de vida tan interesantes y abandona a mi padre por un exentrenador de lucha libre de Minnetonka, Minnesota.

Mi teléfono suena al recibir un nuevo mensaje de Hope.

Hope: Gracias por dejar que cenara con vosotros.

Tu familia es muy divertida.

Felix: ¿No querrás decir que son un desastre?

Hope: ¡No! ¡Son encantadores!

Me das un poco de envidia. Soy hija única. No tengo con quién pelearme.

Felix: ¡Mi sueño!

Hope: Hablando de eso, me voy a la cama.

Nos vemos mañana. A ver qué tal la clase de cocina sin un título de Le Cordon Bleu.

Felix: Yo lo llevaré crudo, pero lo intentaré.

Ella no contesta, así que añado:

Felix: Que duermas bien, Desconocida.

4
AGUAS TURBULENTAS

Maravillas del Caribe, día 3

¡Bienvenido a Saint John, Antigua y Barbuda!

Hoy el Romance del Mar desembarca en las impresionantes costas de Saint John. Los amantes de la naturaleza tienen multitud de opciones; practicar esnórquel con las mantarrayas en un banco de arena, recorrer las montañas Shekerley hasta Rendezvous Bay o navegar hasta la famosa Great Bird Island. Quienes prefieran la playa pueden disfrutar de un día de sol en un hotel de cinco estrellas junto al mar o explorar la costa en una excursión guiada a caballo. (¡No se necesita tener experiencia!). Y para quienes gusten de la gastronomía, nada mejor que sumergirse en una auténtica clase de cocina caribeña, donde los aromas y sabores de las islas cobrarán vida en un delicioso menú de tres platos. (Y, por supuesto, ¡una cata de ron!).

Al caer la noche, le invitamos a asistir a un inolvidable espectáculo; Elvis Extravaganza, con el legendario Garrett Montcrieff acompañado por nuestra banda The Seahorse. ¡Póngase sus zapatos de gamuza azul y prepárese para vivir una inolvidable noche de rock!

¡Que tenga un día estupendo!

Hope

Me despierto con la dulce voz de Lauren grabando un vídeo sobre las oportunidades de ligar que brindan los bailes de salón, además de consejos para elegir un atuendo adecuado para bailar el chachachá. (Se recomiendan los volantes de gasa y los brillos). Me encantaría ahorrarme los detalles volviéndome a dormir, pero tengo que comprobar mi correo del trabajo para confirmar que Lana me ha enviado la lista de prensa.

Sí, lo ha hecho.

Por desgracia, también hay un correo de la propia Magda:

> Hope, ¿dónde está el discurso que Xeni dará en los TGE Games en el día de los inversores? No lo veo en la carpeta compartida. ¡Lo necesito ya!

¡Joder! Ni siquiera trabajo en la cuenta de TGE Games. En lugar de decírselo y cabrear a Magda, me pongo a buscar hasta dar con el documento y le envío el enlace.

—¿Estás trabajando? —pregunta Lauren con cara de profundo desagrado.

—Sí —suspiro—. Magda está en plan exigente.

—No puedo creer que te dé la lata en vacaciones. Tú nunca te coges vacaciones.

—En parte porque cada vez que lo intento, no me deja en paz.

—¿No deberías vestirte ya?

—Sí —digo, cerrando el portátil—. ¿Qué me pongo para asistir a una clase de cocina?

—Uh, pues ya que tu chico va a estar allí, algo favorecedor, claro.

Lauren no me acompañará a la clase. Ha preferido una extenuante caminata por la montaña para ver si conoce a algún tío cachas.

Me pongo mi vestido de verano más coqueto; un modelo *vintage* azul con falda acampanada y un favorecedor escote de corazón. Estoy tentada de ponerme mis alpargatas de cuña, ya que me gusta la forma en que me realzan las piernas y me hacen ganar unos cuantos centímetros, pero no son muy cómodas y dudo que a Felix le parezca sexi que cojee, así que opto por las zapatillas.

Lauren me echa una mirada.

—De eso nada —dice de inmediato.

—¿Qué? —pregunto.

—No vas a salir con ese tío calzada con unas Keds. No pegan con tu vestido.

—Necesito poder caminar —replico.

—También tienes que estar sexi. ¿Qué más metiste en esa pequeña bolsa?

Dejo que rebusque en mi maleta y saca unos pantalones cortos blancos de talle alto con un vaporoso top de estampado tropical que se anuda en la cintura.

—Mejor para lucir las piernas —dice—. Pero esas zapatillas siguen siendo un no.

Echa un vistazo a mis opciones (unas zapatillas, unas alpargatas de cuña, un par de zapatos de tacón y unas sandalias Tevas sorprendentemente bonitas) y se burla de mí.

—No.

—¿Voy descalza?

Se acerca al vestidor donde nuestro mayordomo, Crisanto, colocó de manera meticulosa sus diecisiete pares de zapatos cuando

deshizo su equipaje. Elige un par de puntiagudas manoletinas.

—Parecen incómodas —digo.

—Tienen suela de goma y están hechas de bolsas de plástico recicladas, por lo que se amoldan al pie como un guante.

—A ver si lo adivino. ¿Una colaboración con la marca?

Ella asiente.

—Y me pagaron *muy* bien.

Me las pongo. La verdad es que son muy cómodas y además estilizan mis piernas.

—Perfecto —dice Lauren—. Antes de que acabe el día ya habrás dado el «sí, quiero».

—¿Hay una capilla en el barco?

—Ni idea, pero seguro que hay un imitador de Elvis y creo que están obligados por ley a oficiar bodas.

—La verdad es que me encantaría que me casara un imitador de Elvis.

—Voy a empezar a crear un tablero de Pinterest para tu boda. Supongo que quieres un estilo de trajes de capa y pedrería.

—Por supuesto. Vale, tengo que irme.

—Espera —dice. Entra en el baño y sale con un pintalabios—. Ponte esto.

Abro la tapa y el tono coral casi fluorescente está a punto de dejarme ciega.

—¿Qué tono es este? ¿Naranja chillón?

Lauren me guiña un ojo.

—Es Dior Cruise. Y me pagan dos mil dólares cada vez que lo publico en mis redes.

—Ni de coña salgo con esto en la cara. Voy a parecer un cono de tráfico.

—No, parecerás una diva. Tú pruébatelo.

Me lo aplico y me quedo boquiabierta al verme en el espejo.

Es alucinante. Mi piel nunca ha tenido un aspecto más luminoso ni el verde de mis ojos ha sido nunca tan intenso. Este tono combina a la perfección con mi top.

—¡Guau! —exclamo.

—Te lo he dicho. Llévatelo para que puedas retocarte cada dos horas. Y no lo pierdas o te obligaré a compensarme los ingresos que deje de percibir.

Bien sabe Dios que ya le debo suficiente dinero. Sujeto la barra de labios contra mi pecho como si fuera mi posesión más preciada.

—Lo trataré como si fuera oro puro.

Lauren levanta su teléfono.

—Voy a hacerte una foto para la posteridad.

Estoy tan contenta con mi aspecto que por una vez *quiero* una foto. Me vuelvo hacia ella y poso para la cámara. Lauren dispara varias veces.

—Pareces una auténtica *pin-up* —dice, enseñándome la pantalla.

Puede que sean las fotos más favorecedoras que me hayan hecho nunca.

—¡Guau! —repito.

Estoy segura de que este pintalabios cuesta por lo menos ochenta dólares, pero pienso comprármelo cuando cobre.

—Tienes que subirlas a tu perfil de citas —dice Lauren—. Te las mando.

—Vale, gracias —repongo, aunque de momento no tengo un perfil de citas—. Me tengo que ir. Deséame suerte.

—*Bonne chance*, guapa.

Salgo del camarote y me dirijo a la sala donde hemos quedado con

nuestro guía para la excursión. Me siento un poco cohibida por ir tan arreglada a una clase de cocina, pero da igual. Quiero que Felix se fije en mí.

No. Quiero que me *desee*.

Él ya está ahí cuando entro al salón donde nos reuniremos con nuestro guía. Tiene el pelo todavía húmedo y no puedo evitar imaginarlo en la ducha.

—Hola —dice con una sonrisa torcida. Me ofrece un vaso para llevar—. Te he traído un café. Por si acaso.

—Eres un auténtico cielo —digo, aceptándolo.

—No sabía cómo lo tomas, así que me he decantado por un café con leche de avena.

—Pues has acertado de pleno.

Él levanta su propio café.

—¡Salud! —dice.

—¿Dónde está tu padre? —pregunto mirando a mi alrededor.

—Se ha rajado. Desde que se jubiló, duerme más que las mantas.

Me alegra oír esto. Quiero a Felix todo para mí.

—Supongo que tendremos que arreglárnoslas solos —comento.

—Te advierto que soy bastante aburrido.

—Menos mal, porque yo también.

Él se lleva la mano al bolsillo y se mete un chicle en la boca.

—¿Me das uno? —pregunto, preocupada por el aliento a café.

Me lanza una mirada culpable.

—Claro. Pero solo si te gusta la nicotina.

—¿Fumas? —pregunto, consternada. No soporto el sabor del tabaco y he decidido que quiero liarme con él.

—No, lo dejé hace dos años —contesta—. Empecé con los chicles para dejar los Marlboro y ahora estoy enganchado.

—¿A qué sabe? —pregunto.

—A hierbabuena y a una cierta euforia.

—A lo mejor te pido uno si necesito un subidón.

—Puedes quedártelo. Yo invito.

La guía reúne al grupo, nosotros dos y seis compañeros más, y nos recuerda que debemos asegurarnos de llevar nuestros documentos de identidad y las pulseras del crucero. Luego nos conduce abajo hasta la pasarela, donde nos espera una lancha para llevarnos a tierra.

El mar está revuelto, la embarcación sube y baja con tanta fuerza que me duele el culo y el agua nos salpica a todos. Una mujer corre hacia una de las ventanas y empieza a vomitar. En ese momento caigo en la cuenta de que me olvidé de meter los parches contra el mareo que me recomendó el médico.

Bah, da igual. Nunca me he mareado en un barco y ahora mismo estoy perfectamente.

Un gran Jeep descapotable nos espera en el puerto para llevarnos a la clase. Nos apretujamos dentro, tres en cada banco, y vamos extremadamente apretados.

Tan apretados que estoy pegada a Felix.

Él tiene un cuerpo delgado y firme mientras que el mío es voluptuoso y suave, y nos fundimos en una perfecta armonía.

El trayecto está lleno de baches y de curvas cerradas por carreteras aterradoramente vertiginosas que bordean acantilados.

Ojalá no terminara nunca.

Felix

Hope está pegada a mí. Nuestros cuerpos encajan con tanta naturalidad que parece que seamos amantes que llevan años juntos. Y estando tan cerca, noto que huele exactamente igual que las magnolias del jardín de mis padres.

Tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no hundir mi rostro en su cuello y aspirar su fragancia.

Estoy decidido; no voy a dejar que acabe el día sin besarla.

Pero, por ahora, el vehículo se detiene con brusquedad.

La clase de cocina se imparte en una casa señorial de estilo colonial situada en una finca arbolada. Una pareja antiguana sale a recibirnos y se presentan como Sarah, nuestra profesora, y Joseph, encargado de elaborar ron artesanal en la propiedad. Tras una breve conversación sobre nuestros países de origen nos llevan a una enorme cocina en el interior. Sarah nos explica que vamos a preparar bacalao en salazón y *fungie*, el plato nacional de Antigua, así como pollo a la jamaicana, ensalada de caracolas y bolas de tamarindo con piña negra madura de Antigua de postre.

Sarah nos pide que formemos parejas.

Hope me agarra de la mano.

—Me pido al chef profesional —dice.

—Todo tuyo —repongo. Como si hubiera alguna duda.

Sarah pregunta si tenemos alguna preferencia respecto a qué plato queremos preparar. Los demás se encogen de hombros, pero yo pregunto si podemos cocinar el bacalao en salazón y el *fungie*. Me encanta el bacalao en salazón. A veces servimos buñuelos de bacalao

en The Smoke and Gun y tengo curiosidad por saber cómo se prepara en Antigua.

Sarah nos conduce a un puesto con los ingredientes. El bacalao ha estado en remojo toda la noche para quitarle parte de la sal, y nuestro trabajo consiste en hervirlo y hacer una salsa. También tenemos que preparar el *fungie*, una mezcla de quingombó, harina de maíz y mantequilla.

—Hay que tener cuidado —dice Sarah—. Si no lo bates lo suficiente, se apelmaza. Y a nadie le gustan los grumos.

—Parece que ese es tu trabajo —dice Hope—. Yo soy un peligro con una batidora en la mano.

—Creía que te gustaba cocinar.

—Y me gusta —aduce—. Pero no he dicho que se me dé bien.

—Yo… batiré hasta dejarte sin aliento.

Ella suelta un gruñido.

—Tú mandas, chef. ¿Por dónde empezamos?

Nos ponemos a picar los ingredientes para hacer la base de la salsa: cebolla, ajo, pimiento, apio, chiles panameños, tomates y tomillo fresco. Las verduras, cultivadas aquí mismo, en el huerto de Sarah, tienen una pinta increíble.

Le doy a Hope una cebolla para que la corte en dados mientras yo me ocupo de los tomates. Cuando me la enseña, veo que ha hecho un muy buen trabajo.

—Vaya —digo—. Tienes un manejo del cuchillo impresionante para no ser cocinera.

—Confieso que no se me da tan mal la cocina. Lo que pasa es que no me gusta batir. ¿Y ahora qué?

—¿Quieres picar el morrón?

—¿El qué?

—Oh. Hablas inglés de Estados Unidos. El pimiento.

—Disculpe, Su Majestad —dice con un falso acento británico que suena como el de Dick van Dyke en *Mary Poppins.*

—¡Guau, qué bien me imitas!

Ella se pone manos a la obra y yo me pongo con el ají panameño y el ajo. Estoy calentando el aceite para empezar a sofreír cuando comienzo a lagrimear porque se me está metiendo en los ojos la crema que me puse en la cara, por el sudor provocado por el calor de emana la cocina. Levanto la mano para limpiarme una lágrima.

—¡Joder, joder! —gruño, mientras el ojo me escuece como mil demonios.

Hope me mira alarmada.

—¿Qué pasa?

—Me ha entrado chile en el puñetero ojo.

Uso mucho el ají panameño en mi cocina, así que no puedo creer que haya cometido semejante estupidez. Estaba prestando más atención a Hope que a la comida.

Sarah me oye quejarme y se acerca de inmediato.

—No te preocupes —dice—. Es un error de novato.

—En realidad, tengo dos *pubs* —confieso a pesar del dolor—. Lo que pasa es que soy un idiota.

—¿No deberías enjugártelo con agua? —pregunta Hope, señalando el fregadero.

—No servirá de nada. No tendrás leche, ¿verdad? —Le pregunto a Sarah.

—¿Vas a echarte leche *en el ojo*? —inquiere Hope.

—No, yo tengo las manos cubiertas de ají. La leche en el ojo me la vas a echar tú.

Sarah nos trae un cuenco con leche y una toalla limpia. Hope se

lava las manos hasta los codos mientras yo intento no brincar de dolor y luego empapa ligeramente el paño con leche. Me siento para facilitarle la tarea.

Ella me aparta con cuidado el pelo de los ojos.

—Voy a echarte unas gotas poco a poco —dice—. No quiero rozarte la córnea.

—Peor que esto, imposible.

Estruja el paño, dejando que la leche caiga directamente en mi ojo. Yo parpadeo y lo muevo en círculos.

Seguro que ahora mismo estoy guapísimo.

—¿Te sientes mejor? —pregunta.

—La verdad es que sí. Pero me duele el orgullo, literalmente.

—Sí, no estoy muy convencida de tu habilidad como cocinero. Supongo que es porque no asististe a la escuela de cocina.

—Más vale que corras a decírselo a mis hermanas.

—Jamás. Tu secreto está a salvo conmigo. —Ella señala la mesa de comedor en el centro de la habitación—. ¿Quieres sentarte aquí para recuperarte mientras yo me encargo del resto?

—No. Mi honor está en juego.

Me vuelco en la cocina con todo mi ser. Pienso preparar el mejor plato que Hope Lanover haya probado en su vida, aunque esté tuerto. Sofrío las hierbas aromáticas junto con los tomates y el apio, añado el vinagre y la pasta de tomate y lo pruebo para que esté en su punto de sal.

Está bueno. Muy bueno. Lo retiro del fuego y lo dejo reposar. Le daré el toque final con un poco de lima justo antes de servirlo.

Mientras tanto, Hope pica el quingombó para el *fungie* y pesa la harina de maíz.

—Te toca —dice cuando termina—. No quiero estropearlo. Yo

cocinaré el pescado.

Pongo a hervir el quingombó hasta que está bien blando y luego incorporo la harina de maíz al agua con cuidado en un chorro fino. Juro por lo más sagrado que como haya un grumo en este puñetero plato, me iré al bosque y no volveré jamás. Remuevo la mantequilla y el agua sin parar hasta que Sarah dice que está perfecto.

Me siento como si acabara de ganar una estrella Michelin.

Sarah se acerca a Hope para ayudarla a desmenuzar el pescado cocido en la salsa.

—Felix, ven a probarlo —dice Hope—. Esto está de escándalo.

Lo pruebo. Está casi perfecto, pero necesita un pequeño toque.

—Le falta acidez —digo. Corto una lima y la exprimo con la mano.

—No te toques el ojo —dice Hope—. No quiero volver a pasar por eso.

Llevamos toda la comida a la mesa y ocupamos nuestros sitios. Joseph viene y reparte ponche de ron a todos. Yo lo rechazo de forma educada.

Hope lo acepta.

—Qué bueno —dice, después de brindar por nuestros anfitriones. Me ofrece su vaso—. Está buenísimo. ¿Quieres probarlo?

—No, gracias. No bebo —digo.

—Ah —dice, sin hacerme más preguntas. Se lo agradezco. No hay nada peor que tener que explicar por qué no bebes, sobre todo en una habitación llena de desconocidos.

Toda la comida está deliciosa. Hope come con ganas, hace preguntas y se chupa el condimento caribeño de los dedos, consiguiendo que me obsesione aún más su boca en forma de corazón.

Me muero de ganas de besarla.

Y creo que ella también lo desea.

Es tan aterrador y emocionante que estoy nervioso.

Dicen que cuando dejas la bebida tienes que aprender de nuevo a disfrutar de las cosas como antes. Pero yo empecé a beber vodka birlado con los chicos mayores del internado cuando tenía trece años y le cogí el gusto enseguida. Nunca fui buen estudiante, ni un triunfador como mi padre y mis hermanas, y la camaradería y la confianza que me daba la bebida me hacían sentir que por fin valía para algo.

Yo era el juerguista popular y enrollado que siempre podía conseguir sustancias prohibidas. El que montaba fiestas salvajes de fin de semana en la casa de campo de mis padres cuando ellos no estaban. El chico malo con el que echarse unas risas y un polvo.

Esto debe ser lo que se siente cuando te cuelas como un colegial por una chica, sin estar colocado.

Me gusta bastante.

Cuando pasamos al postre, Hope le da un buen mordisco a la piña y pone los ojos en blanco.

—¡Madre mía! —gime—. ¿Cómo puede estar tan buena?

Pruebo la mía. Es el ideal platónico de la piña. Es la piña que crecería en el jardín del Edén, esa por la que estarías dispuesto a cometer el pecado original con tal de probarla.

De repente, mi salsa ya no parece tan impresionante.

Sarah y Joseph se ríen al ver la cara de gusto de Hope.

—Es la piña negra de Antigua —dice Joseph—. La piña más dulce del mundo. ¿Quieres más?

—¡Sí! —exclama ella. Joseph corta tres rodajas más y ella se las come todas mientras el zumo resbala por sus dedos. No puedo dejar de mirar. Lo único que quiero hacer es llevarla a mi cocina y

prepararle cosas que le provoquen un placer igual de embriagador. Quiero que reaccione así a mi comida. Ser yo la razón por la que gime.

Joder, tengo que calmarme, Dios.

Cuando terminamos el postre, Joseph nos invita a acompañarlo a la terraza para la degustación de ron. Todo el mundo se pone de pie. Me siento incómodo, porque como no bebo, no pinto mucho entre gente que degusta licor del fuerte.

Hope me coge de la mano y se vuelve hacia Sarah.

—¿Te importaría si nosotros nos saltamos la degustación y volvemos a la cocina? —pregunta—. Nos morimos de ganas de aprender a hacer esa ensalada de caracolas.

Es un gesto muy amable.

Intento disimular que me estoy derritiendo.

—Gracias —le digo a Hope en voz baja—. Me lo estaba temiendo. Pero si te apetece probar el ron, no te sientas obligada a renunciar por mí.

Ella se encoge de hombros.

—No pasa nada. No bebo mucho. El año pasado me pasé de la raya después de una ruptura y me dejó… tocada. —Lo dice de una manera que me hace pensar que ahí hay más tela que cortar.

Con la bebida, suele ser así.

Lo mismo ocurre con las rupturas.

—Yo me pasé de la raya durante unas dos décadas —digo—. Llevo dos años sobrio.

—¡Eso es impresionante! —dice—. ¡Enhorabuena!

Por la calidez de su voz, sé que lo dice en serio.

Hope

Normalmente, cuando me gusta alguien, siento la necesidad de parecer más interesante y misteriosa de lo que soy en realidad. De ser atrevida y seductora.

Pero con Felix me olvido de actuar como una mujer fatal. Me muestro tal y como soy y a él parece gustarle.

Normalmente, estaría nerviosa por lo mucho que me gusta. Tengo la mala costumbre de ilusionarme demasiado rápido. Pero saber que esto tiene fecha de caducidad me permite relajarme.

Además, empiezo a sentir que vuelvo a ser yo. Antes me creía la reina del mambo, tan sexi y cautivadora, pero desde lo de Gabe, me he sentido pequeña e insignificante. Una mujer sin una carrera de verdad, sin perspectivas de futuro ni nada que ofrecer.

Vine aquí para librarme de esa sensación. Claro que mi intención era hacerlo leyendo libros sin parar y tomando el sol, no liándome con un tío.

Pero lo del lío está ayudando.

Me siento deseada. Hace que piense con más claridad.

Cuando volvemos al puerto, el agua de la bahía está mucho más oscura que cuando llegamos y las olas rompen contra el muelle. El capitán de la embarcación nos advierte de que se ha levantado viento y nos dice que nos agarremos a los postes del interior del barco.

La mujer que se mareó a la ida se pone cenicienta. Probablemente, se esté arrepintiendo de haber bebido tres tipos de ron.

Felix y yo nos sentamos en un banco de la parte central para evitar

las salpicaduras. En cuanto el barco abandona el muelle, doy un trompicón y estoy a punto de caerme. Pero él me rodea con el brazo para sujetarme. Y no lo aparta cuando recupero el equilibrio.

Se me va el mareo de golpe.

Nos quedamos así durante los diez minutos de trayecto de vuelta al barco.

—¿Qué vas a hacer esta noche? —pregunta Felix cuando subimos de nuevo a bordo.

Se me corta la respiración. ¿Va a pedirme que quedemos a pesar de que hemos pasado todo el día juntos?

Ojalá que sí.

—Lauren y yo tenemos una reserva para probar el menú degustación en el restaurante italiano —respondo—. Y después Elvis, por supuesto.

—Elvis, por supuesto —conviene él—. Mis hermanas ya me han hecho prometer que iré. ¿Quieres que quedemos allí?

—Claro —digo, intentando parecer tranquila y no como si me hubiera tocado el gordo de Navidad.

Él me sonríe.

—Nos vemos entonces.

Vuelvo a mi habitación flotando en una nube.

Se me debe de notar en la cara, porque en cuanto entro en nuestra *suite*, Lauren me mira con complicidad.

—Vaya, vaya —empieza—. Supongo que el pintalabios ha obrado su magia.

Me tiro en la cama, con una sonrisa de oreja a oreja.

—Es muy majo. Hemos pasado el día juntos y me ha pedido que nos veamos en el espectáculo de Elvis después de cenar.

—¡Romance en alta mar! —chilla—. ¿Puedo entrevistarte para mi

Instagram?

—Ni lo sueñes. Ya conoces las reglas.

—¡Venga!

—¿No tienes tus propias aventuras que contar? ¿Qué tal la excursión?

—Agotadora —dice—. Estoy molida. Pero he conocido a un nuevo pretendiente. Tiene sesenta años, está divorciado, vive en Fort Lauderdale y practica muay thai. Me ha invitado a correr por la cubierta mañana por la mañana antes de desayunar.

—Qué sexi.

—Algunos tenemos que sufrir por nuestro arte. —Señala una bolsa de la compra con el logotipo del crucero que hay sobre nuestra mesa —. Por cierto, te he traído un regalo.

—¡Lauren, no! —le digo. Hacer regalos es su forma de demostrar afecto y me regala cosas sin parar. Pero con mi presupuesto, no puedo corresponderle, y eso me hace sentir fatal.

El abismo entre su riqueza y generosidad y mi eterna lucha por llegar a fin de mes ha empezado a generar roces entre nosotras. No porque a ella le moleste ayudarme, sino porque a mí me avergüenza depender de su ayuda. Durante años fuimos dos chicas arruinadas tratando de abrirse camino en la ciudad. Y de repente su *reality show* le cambió la vida y ella supo aprovechar la oportunidad. Es una brillante mujer de negocios.

Estoy muy orgullosa de ella.

Me avergüenza no saber aún qué hacer con mi vida.

—Hopie, ábrelo —dice, depositando la bolsa en mi regazo.

Retiro el papel de seda y miro dentro.

Es un vestido cruzado verde esmeralda, de una seda tan delicada como un suspiro. Con solo sostenerlo, veo que tiene el corte perfecto

para mí; manga larga, escote bajo, cintura entallada y falda vaporosa. También sé que debe de haberle costado un dineral.

—¿Dónde lo has comprado? —pregunto.

—En una de esas *boutiques* en la cubierta Metropolitan.

—Gracias, es precioso. Pero no me lo puedo permitir ni en sueños.

—Ríndete al *glamour*, querida. Me dieron un crédito de diez mil dólares para gastarlo a mi antojo en el crucero. Ah, y también he reservado un día de spa para mañana. Así estarás bien relajada para tu hombre. Bueno, pruébate el vestido.

Me lo pongo y, madre mía, es una obra de arte.

Suelo decantarme por la ropa *vintage*, ya que ese tipo de corte me sienta mejor. Pero este vestido resalta mi pecho, mis caderas y mi trasero a la perfección.

Tengo unas ganas locas de que Felix me lo vea puesto.

Lauren se va a duchar y yo aprovecho para hacerme unas ondas suaves con la plancha, que espero que a cierto hombre le parezcan irresistibles. Me interrumpe una llamada por FaceTime de mi padre.

Salgo a la terraza para contestar. Cuando acepto la llamada, parece demacrado. Envejecido.

Se me parte el corazón.

—Hola, cielo —dice—. Estás guapísima.

—Gracias. Este crucero es tan lujoso que tengo que arreglarme para no desentonar.

—¿Alguna aventura emocionante?

Le hablo de la clase de cocina y de la piña más deliciosa que he probado en mi vida. No menciono a Felix. Después de mi crisis por la ruptura, mis padres se preocupan cada vez que empiezo una relación sentimental.

No cabe duda de que su divorcio tiene algo que ver. Llevaban

juntos desde la universidad y toda mi vida pensé que eran felices. Hasta que de repente el año pasado se separaron.

Sigo sin entender por qué, ya que no hubo infidelidades ni crisis de mediana edad por ninguna de las dos partes. Simplemente… dejó de funcionar. Sin más.

Tenían una de esas historias de amor a primera vista con la que todo el mundo sueña. Y eso siempre me hizo tener confianza en mi tendencia a enamorarme deprisa y hasta las trancas. Al fin y al cabo, ellos lo hicieron y durante cuarenta años su amor se mantuvo firme contra viento y marea.

Qué ingenuo me parece eso ahora.

Me aterra que la gente se desenamore tan rápido como se enamora. Aunque no debería sorprenderme. No después de lo que pasó con Gabe.

Mis padres ya se han separado. Hace unos meses vendieron la casa en Burlington en la que me crie y ahora cada uno vive en un apartamento más pequeño. Ya solo falta que vacíen la casa de campo, la pongan a la venta y firmen los papeles del divorcio.

Se han repartido el mes; dos semanas cada uno solo allí para coger lo que quieran y empaquetar su parte. Mi padre fue el primero en ir.

—¿Cómo lo llevas? —pregunto.

Él exhala un suspiro.

—Hay mucho que hacer —dice.

Está eludiendo la verdadera pregunta. Mis padres son los típicos habitantes de Nueva Inglaterra: amables y cariñosos, pero poco dados a mostrar sus sentimientos y reacios a hablar de cosas demasiado personales. Que yo haya aprendido a abrirme se lo debo a mi amistad con Lauren. A ella le *encanta* hablar de cosas personales.

—No me gusta molestarte en vacaciones, pero tenía que llamarte

porque mañana voy a empezar a embalar tu habitación. Quería saber qué deseas conservar.

No hace falta que me diga que no puede ser mucho. Los pisos de mis padres son pequeños, de una habitación. Y en mi estudio no hay ni un solo hueco para guardar nada.

—¿Puedes guardar mi colcha de la abuela? —pregunto.

—Por supuesto. ¿Algo más?

—Hum, déjame pensar.

Intento visualizar la habitación; la casa de muñecas antigua que mi bisabuelo le hizo a mi madre. Los cojines hechos a mano en el asiento de la ventana. La vieja cama de latón en la que he pasado tanto tiempo de mi vida leyendo. Los libros. Todos los libros de mi juventud, muchos heredados de generación en generación. Algunos tan queridos que me sé ciertas partes de memoria.

No soporto la idea de que los tiren.

—Tengo un pequeño trastero en la ciudad —dice mi padre—. Te guardaré los libros.

Las lágrimas me anegan los ojos.

—Gracias.

—Sí. Está bien, cielo. Te dejo ya. Que te lo pases bien.

—Gracias, papá.

Cuelga antes de que pueda decirle que le quiero. Mi pequeña y rota familia hace que me sienta dolorosamente sola. Siento envidia de la de Felix.

Quizás eso sea parte de su atractivo.

Lauren sale del baño.

—¡Oh, no! —exclama—. ¿Por qué lloras? Te vas a estropear el maquillaje.

Tomo aire y recupero la calma.

—No pasa nada, son mis padres —digo—. Me ha llamado mi padre y se le nota que está hecho polvo.

Lauren chasquea la lengua de forma comprensiva. Está muy unida a mis padres desde que su padre murió en nuestro primer año de universidad. Estaba distanciada de su madre, así que me la llevé a casa una semana y todos la arropamos y la ayudamos a organizar el funeral.

Nosotras ya éramos amigas íntimas (conectamos el primer día de clase, cuando se presentó en la habitación de la residencia que nos habían asignado al azar y me hizo un cambio de imagen de inmediato), pero esa semana se convirtió en parte de mi familia.

—Estarán bien, cielo —dice.

—Lo sé. Es que me entristece que sean tan desdichados.

—Bueno, vamos a ponerte guapa y luego te quitaremos el dolor con carbohidratos. —Engancha una toallita desmaquillante del montón de cosméticos que tenemos esparcidos por el tocador y me quita con cuidado el rímel de los ojos. Luego, mordiéndose el labio, me vuelve a aplicar corrector con la destreza de un maquillador profesional—. ¡Perfecto! —sentencia—. Solo necesitas el pintalabios mágico. —Me lo aplica a toquecitos en los labios—. Ooh, quédate quieta un segundo. Esta luz es perfecta.

Me hace una foto con su móvil y después me la enseña. Es una foto preciosa.

—Ese podría ser mi retrato funerario —comento.

Lauren me fulmina con la mirada.

—No seas tan macabra y vámonos. ¡Es hora de atiborrarnos de pasta!

Felix

Mi familia cena en el restaurante japonés y mis padres insisten en que vivamos la experiencia *omakase* completa. Nunca en mi vida había estado tan impaciente por terminar un filete perfecto de bacalao negro glaseado con miso.

No *puedo* llegar tarde al espectáculo de Elvis.

—Creo que tenemos que irnos antes del semifrío de té verde —les digo a mis hermanas.

—¿Por qué? —pregunta Pear—. Suena delicioso.

—Elvis empieza en diez minutos.

Prue suelta un bufido.

—Esta mañana te quejabas de que es demasiado hortera para tu delicada sensibilidad. ¿Ahora quieres llegar antes de que empiece?

Dudo antes de confesar la razón que me mueve, porque sé que mi familia reaccionará de tres maneras distintas: mis hermanas se burlarán de mí, mi padre se preocupará y mi madre se emocionará solo porque he invitado a salir a una mujer.

—Le dije a Hope que nos encontraríamos allí —confieso.

Como era de esperar, mis hermanas se burlan, mi madre suspira encantada y mi padre hace una mueca.

—Hope —dice mamá—. Qué nombre tan bonito. Seguro que es un amor.

—Demasiado para Felix —dice Prue.

Mientras tanto, Pear se pone a cantar: *When the boat is a rockin', don't come a knockin*' imitando muy mal la voz de Elvis.

—Esa canción no es de Elvis —replico.

—Ten cuidado —dice papá—. No… ya sabes.

—Oh, déjale tener su pequeño escarceo de crucero, papá —dice Prue—. Igual hasta se vuelve más simpático.

—Estoy de acuerdo —interviene Pear—. Hacía meses que no le veía tan animado.

—No estoy *animado* —protesto.

Prue se levanta.

—Bueno, vámonos ya —dice—. No podemos llegar tarde. Con esa cara y ese carácter, puede que el pobre Felix no vuelva a tener otra cita en la vida.

Nos vamos a toda prisa del restaurante, pero nos topamos con un montón de gente camino de los ascensores, ya que los pasillos están abarrotados de pasajeros que pasean con sus mejores galas; muchas pajaritas y muchos vestidos con lentejuelas. Parece que las mujeres también tienen afán por bañarse en perfume. El ascensor huele como la sección de cosméticos de Selfridges.

El ligero vaivén del barco dificulta nuestro avance y la gente se mueve con más prudencia de lo habitual. Lo cual es bueno, ya que si alguien se cae y se rompe la cadera se formará un embotellamiento y entonces sí que llegaremos tarde para reunirnos con Hope.

Cuando conseguimos llegar al teatro, solo nos quedan tres minutos. Me preocupa que Hope se haya rendido y haya entrado. Pero Pear me da un codazo y me dice en voz baja:

—Vaya. Se ha puesto guapa para ti.

Sigo su mirada hacia las puertas y ahí está Hope con Lauren. Está mirando en dirección contraria, por lo que dispongo de un momento para contemplarla. Lleva un vaporoso vestido verde que se amolda a su figura de reloj de arena, el pelo alisado en ondas que desciende

por encima de sus hombros y los labios pintados de un intenso tono que evoca el *glamour* de una época pasada.

Es como si alguien me hubiera pedido que imaginara a la mujer de mis sueños y luego le hubiera dado vida.

Me adelanto a mis hermanas y la llamo por su nombre. Ella no levanta la vista, ya que el bullicio de la gente entrando en el teatro es ensordecedor y está charlando con Lauren, así que le toco el hombro.

Ella se sobresalta.

—¡Perdón! —digo—. Solo soy yo.

Ella esboza una suave sonrisa, sin ocultar lo mucho que se alegra de verme.

—Ah. Solo tú.

—Bueno, y también mis hermanas —añado, porque ahora están casi pegadas a mí, sonriendo de oreja a oreja.

—¡Hola, Hope y Lauren! —exclaman a la vez.

Me habría gustado tener treinta y cinco segundos para decirle a esta mujer lo espectacular que está antes de que interrumpieran.

Está bien. Me aseguraré de decírselo más tarde.

—¡Hola! —responde Hope, brindándoles a Prue y a Pear una cálida sonrisa—. ¿Cómo estáis?

—¡Listas para el Rey! —dice Pear. Pone su falsa voz de Elvis y canta—: *We're gonna rock around the clock tonight…*

—Esa tampoco es de Elvis —interrumpo.

—¡Sí que es! —protesta ella.

—Es de Bill Haley and His Comets —aclara Hope—. Mi padre tiene el álbum. Pero Elvis la versionó. Así que los dos tenéis razón.

—Vaya, buen dato —dice Prue—. ¿Eres aficionada a la música?

—Es hija de un hombre con una amplísima colección de vinilos —interviene Lauren—. Es como una gramola humana, ya lo veréis.

Entramos en el teatro y encontramos asientos juntos en la parte trasera. Mis hermanas y Lauren toman la delantera de forma considerada, dejando que me siente junto a Hope en el pasillo. Las luces se apagan enseguida.

El grupo sale al escenario vestido con pantalones negros ajustados y brillantes, combinados con americanas blancas. Los siguen dos coristas con centelleantes vestidos dorados que se colocan detrás de los micrófonos en el otro extremo del escenario.

—No sabía que los imitadores de Elvis viajaran con un séquito completo —le comento a Hope.

—Ya no estamos en Reno.

—¿Pasas mucho tiempo en Reno?

—Oh, claro. Es el Montecarlo de Estados Unidos. No puedes resistirte.

—Tendrás que llevarme algún día.

—Solo si me dejas gastar todo tu dinero en las tragaperras.

—¿Tienes un problema con el juego?

—Sí.

—Conozco una buena clínica de rehabilitación.

Un foco ilumina el escenario y un hombre de mediana edad, muy bronceado y con una melena teñida de negro, sale a escena. Lleva un mono acampanado, botas doradas y una gruesa cadena de oro.

—*Dios mío* —susurra Hope—. Creo que me he enamorado.

—Debo decir que esperaba algo más de pedrería.

—Puede que cambie de vestuario.

No podemos seguir hablando porque, sin más preámbulos, comienza a cantar *Hound Dog.*

—¡Guau! —susurra Hope—. Tiene una voz impresionante.

—Increíble. Y sabe mover las caderas.

—¿Está mal que me atraiga?

—El corazón tiene razones que la razón ignora.

Elvis llega al estribillo y las coristas nos animan a ponernos en pie y aplaudir con los brazos en alto. El público se pone en pie de un salto. A pesar de la edad media, están sorprendentemente ágiles.

Hope me agarra de la mano para levantarme.

—Escucha, no eres demasiado bueno para un falso Elvis —me grita al oído por encima de la música.

—En realidad, no soy lo suficientemente bueno para él.

Pero me levanto, porque haré lo que sea para seguir cogiéndole la mano.

Elvis empieza a cantar *You're the Devil in Disguise* y Hope baila al ritmo de la música, tarareando la letra. Vuelvo a oler su perfume y las magnolias huelen mucho mejor que lo que se habían echado las mujeres del ascensor. Me da un empujón con la cadera.

—Baila conmigo —dice.

—¿Eres masoca?

Ella me coge de la mano y da una pequeña vuelta en mis brazos, meneando las caderas hacia las mías.

No necesito clases de baile para esto.

Le pongo la mano en la parte baja de la espalda y ella sonríe con aprobación.

Por desgracia, la canción se acaba en ese momento.

—¿Están disfrutando del paraíso, damas y caballeros? —pregunta Elvis con un acento sureño de lo más falso.

Todo el mundo aplaude.

—Ya que les gusta navegar, los llevaré en esta noche mágica a un lugar que me gusta llamar… *Blue Hawai.*

La banda comienza a tocar de nuevo y todo el mundo empieza a

moverse al compás mientras Elvis canta la balada. Me decepciona que hayamos pasado a una lenta, ya que estaba deseando tener otra excusa para acercarme a Hope.

Una de las coristas le da a Elvis un montón de guirnaldas hawaianas de orquídeas blancas y rosas. Él se adentra entre el público y se detiene para colocar las guirnaldas en el cuello a varias mujeres mientras les canta sobre sus sueños cumplidos.

Viendo su embeleso, cabría pensar que es el auténtico rey del *rock*.

Y entonces se detiene frente a Hope y le coloca una guirnalda sobre la cabeza. Ella la acepta encantada. Él la rodea con un brazo.

—Canta conmigo, guapa —le dice.

Hope canta el estribillo con él y me sorprende la hermosa voz de soprano que tiene. Llega a cada nota, armonizando a la perfección con la voz de barítono de Elvis. Toda la sala prorrumpe en aplausos y ella ríe y hace una reverencia. Es extraño, pero me siento orgulloso, como si yo tuviera algo que ver con el momento estelar de la mujer que tengo al lado.

—¿Verdad que es asombrosa? —me susurra Lauren al oído.

—Una maravilla —le respondo.

Elvis vuelve al escenario y hace una impresionante versión de *Unchained Melody* que estoy seguro de que hace llorar a Hope. Y a continuación empieza a cantar *Bridge Over Troubled Waters*.

—¿Da mala suerte cantar sobre aguas turbulentas en un crucero? —pregunta Hope por encima de la música.

—Puede ser.

—Espero que no siga con el tema de *Titanic*.

—¿De verdad? Pues a mí me encantaría escuchar a Elvis versionar a Celine Dion.

Una mujer delante de nosotros se vuelve y frunce el ceño, así que

dejamos de hablar.

Los siguientes cuarenta y cinco minutos son un éxito tras otro. *Blue Suede Shoes, All Shook Up, Heartbreak Hotel.* No tenía ni idea de que me supiera tantas canciones de Elvis y al final estoy cantando *Suspicious Minds* a pleno pulmón con el resto del público. Hope me acerca a ella y me canta a mí, así que yo le canto a ella. Los dos cantamos a pleno pulmón el verso: *I love you too much, baby*.

Cuando termina la canción, se deja caer sobre mí entre carcajadas y no sé si es porque el barco se balancea o porque quiere un abrazo.

Opto por rodearle los hombros con un brazo.

Hope

Siempre he adorado a Elvis por su rollo hortera. Ahora lo adoro por permitirme acurrucarme contra Felix.

Cuando el falso Rey hace su último saludo, me siento tan embriagada que me cuesta mantener el equilibrio.

Pero mientras Felix y yo regresamos al vestíbulo con Lauren y sus hermanas, me doy cuenta de que mi *mareillo* no se debe solo a las endorfinas fruto de estar enamorada. El barco se balancea de forma suave, pero perceptible, de un lado a otro.

Y entonces se desploma dramáticamente hacia un lado. Una persona mayor con andador se agarra a la pared para mantener el equilibrio.

—¡Mierda! —digo.

—¿Qué ocurre? —pregunta Felix.

—Iba a comprarme uno de esos parches para el mareo y se me olvidó.

—Dale el tuyo, Felix —dice una de sus hermanas. (Me siento fatal, pero no tengo ni idea de cuál es Prue y cuál es Pear)—. Ya conoces las reglas del mar —continúa—. Las mujeres y los niños primero.

—No sé si eso es muy higiénico —dice.

—Me niego a ponerme uno de esos —dice la otra hermana—. Se dice que pueden volver majareta a la gente.

—Tú ya estás majara, así que eso no debería preocuparte —repone Felix.

—Te lo juro —dice—. Sophie Blyth se puso uno el año pasado en el yate de Mungo Roland y se le fue la chaveta. Se pasó toda la semana

gritándole a todo el mundo y se negó a comer otra cosa que no fueran frambuesas. Mungo dijo que estuvo tentado de dejarla en Mustique y que se las apañara solita para volver a casa.

Para mí, lo más increíble de esta historia es que conoce a alguien que se llama Mungo. Seguido muy de cerca por el hecho de que Mungo tiene un yate.

El barco se balancea de nuevo.

—¿Esto se bambolea más o son imaginaciones mías? —pregunto.

—Sí, esto va a peor —dice la hermana que conoce a Mungo—. ¿Te mareas yendo en barco?

—Creo que no. Estaré bien. —O eso espero.

—Seguro que tienen parches en la enfermería —dice Felix—. ¿Vamos a ver si nos dan uno?

—Sí —convengo—. Buena idea.

—Yo me voy al casino —dice Lauren—. No hay nada como una conversación picante con un guapo desconocido en la mesa de dados.

—¿Podemos acompañarte? —pregunta una de las hermanas, aunque no sé cuál.

—Pues claro —responde Lauren de forma alegre—. ¿Nos vemos allí después de que vayáis a la enfermería?

—Ya veremos —dice Felix—. Me han dicho que Hope tiene problemas con el juego. No sé si podemos fiarnos de ella.

—¿Es eso cierto? —pregunta Prue o Pear.

—La verdad es que no. Apostar me da un miedo tremendo. —No tengo un colchón financiero, así que la posibilidad de perder dinero no es algo que asocie con «diversión».

—¡No puede ser! —exclama la hermana—. ¡*Tienes* que aprender! Nosotras somos unas *cracks* del blackjack. Podemos enseñarte. Una

vez, Prue ganó cuarenta mil dólares en Las Vegas en una despedida de soltera.

Ah. Así que la que habla es Pear. Tiene el pelo un poco más corto y un lunar justo debajo del lado izquierdo de la boca. Lo memorizo.

—Y se lo fundió todo de inmediato en un bolso —dice Felix.

—No me fundí el dinero —dice Prue con dignidad—. Compré un Birkin. Fue una inversión.

Me mira como si esperara mi confirmación.

Así que asiento, intentando disimular el espanto que me produce la idea de que un bolso cueste más de la mitad de mi sueldo anual. Ni siquiera Lauren se mueve en ese nivel de lujo.

Al menos, todavía no. Por la forma en que se le han iluminado los ojos con esta historia, estoy segura de que aspira a ello.

—En fin, buena suerte en el casino —digo—. A lo mejor nos vemos allí dentro de un rato.

Felix y yo seguimos por el pasillo hacia los ascensores.

—Siento lo de Kitty y Lydia —dice cuando ya no pueden oírnos.

Me siento confusa por un segundo. Y entonces me invade el entusiasmo.

—¿Eso ha sido una referencia a *Orgullo y prejuicio?*

—Me han dicho que te gusta la literatura inglesa.

—¿Eso te convierte en la Lizzie Bennet de esta metáfora?

—Mmm. En realidad, siempre me consideré más una Jane. Por los tatuajes.

—Ah, claro. Jane era la que tenía los dos brazos llenitos de tatuajes.

—Y MR. BINGLEY en los nudillos.

—Así fue como él supo que era el amor de su vida.

—¿Tienes algún tatuaje? —pregunta.

—Me temo que no.

—Yo tengo unos cuantos.

—Ya me he dado cuenta.

—Qué raro. Son bastante discretos.

—Sí, superdiscretos. ¿Cuántos tienes? ¿Sesenta?

—Mmm. Me parece que doce. Pero si prefieres más, seguro que hay un estudio de tatuajes en el próximo puerto.

—Buena idea. ¿Qué te harías?

—¿Tienes alguna sugerencia?

—El logo del Romance del Mar.

—¿Solo eso?

—Sí, pero repetido cuarenta y ocho veces.

—Eso dolería.

—Yo te cogeré la mano.

Él me coge la mano y me la aprieta.

—Trato hecho —dice.

Y no me suelta.

Nos cruzamos con una pareja en el pasillo y nos saludan, sonriendo con ternura al vernos agarrados de la mano.

—¿Por casualidad no sabrán dónde está el salón para fumadores? —pregunta la mujer.

—No, lo siento —digo.

—¿Estáis de luna de miel? —pregunta.

—No —dice Felix—. Es nuestro primer aniversario.

—Oh, qué bonito. Este es un lugar precioso para celebrarlo.

Tardo un segundo en darme cuenta de que se refiere al crucero.

—Sí que lo es —dice Felix.

—Bueno, disfrutad de la velada —dice el hombre con un guiño.

—Sin duda lo haremos —responde Felix, devolviéndole el gesto.

—¡Genial! —digo cuando nos dejan atrás—. Ahora tenemos que

fingir que somos pareja cada vez que nos crucemos con ellos.

—Una tragedia —aduce Felix—. ¿Cómo haremos para que se lo crean?

—Tal vez podríamos enrollarnos —sugiero, porque me he convencido de que en un crucero está bien arrojar toda precaución por la borda.

—Qué idea tan tentadora —murmura.

Se detiene, me empuja con suavidad contra la pared y me besa.

Es solo un roce de labios, pero es un buen roce de labios. Un roce de labios que augura que vendrán más momentos agradables.

Felix respira hondo, reconociendo a las claras que él también lo ha sentido.

—¿Ha estado bien? —pregunta en voz queda, apartándome un mechón de pelo de la mejilla.

—No —digo—. Discúlpate.

—Lo siento.

Y luego lo vuelve a hacer.

Si no hubiera sido por la brusca sacudida del barco bajo nuestros pies, sospecho que no habría parado. Pero yo me tambaleo y él tiene que sujetarme para evitar que me caiga.

Y eso me gusta. Pero me preocupa que esto vaya a peor y he oído que los medicamentos contra el mareo no funcionan si ya estás mareado cuando los tomas.

—Entonces, respecto a la enfermería… —digo.

—Cierto —dice—. Vamos.

La encontramos al final del pasillo. La puerta está cerrada con llave. Felix señala un cartel en la ventana que dice que volverá a abrir a las nueve de la mañana.

—Al parecer los médicos del barco tienen el mismo horario que los

bancos —dice—. Tal vez podríamos preguntar en la *boutique.*

—Seguro que solo venden caftanes de diseño y joyas de lujo.

—¿Crees que un caftán de diseño ayudaría?

—Tengo caftanes de sobra. Lauren metió unos treinta en la maleta.

Me mira con preocupación.

—¿Te sientes mal?

—No, creo que estaré bien —digo. La verdad es que empiezo a sentirme un poco mareada, pero no quiero que esta noche termine—. ¿Te apetece ir al casino?

Él se lo piensa.

—No especialmente. —Me siento un poco decepcionada, hasta que me dice—: Prefiero invitarte a mi habitación a tomar una taza de té.

Me echo a reír.

—Conque té, ¿eh? Qué sutil.

—¡No es una frase para ligar! —protesta—. Un buen té de menta es bueno para el estómago. Pero si dices que no, te acompaño a tu habitación.

—Sí, me apunto.

Subimos en ascensor hasta el piso superior.

—Este es mi camarote —dice, señalando una puerta a pocos metros de mi habitación.

—Somos vecinos —digo.

—Lo sé. Averigüé dónde te alojabas y pedí una habitación cerca para cruzarme contigo.

—¿En serio?

—No.

—No hacía falta. Te habría encontrado de todos modos.

Él me sonríe.

—Pasa.

Su *suite* está tan ordenada que, si no fuera por su ejemplar de *Middlemarch* sobre la mesa del comedor, pensaría que aquí no se aloja nadie. Pero, claro, limpian todas las habitaciones dos veces al día, así que no sé si esto refleja sus hábitos o solo mérito del Departamento de Limpieza del Romance del Mar. Me dan ganas de fingir que necesito hacer pis para poder entrar en su cuarto de baño y examinar sus artículos de tocador.

No es que quiera fisgonear. Pero es raro conocer a alguien en vacaciones, fuera de su contexto habitual. Si estuviéramos en Nueva York, podría deducir cosas sobre él basándome en el barrio en el que vive, dónde propone quedar o qué restaurantes le gustan. Pero saber que vive en la cubierta superior y que cena en el bufé del barco no me dice gran cosa.

Quiero saberlo todo sobre él.

—¿Te apetece un poleo de menta? —pregunta Felix, llenando un hervidor eléctrico—. También hay manzanilla.

Nosotras no tenemos hervidor de agua en la habitación, solo una cafetera Nespresso.

—Me gusta el poleo —digo—. ¿Lo has traído de casa?

—¿El té? No, está incluido en el crucero. Aunque escondí algunas bolsitas de té negro en mi maleta, por si acaso.

—No, me refería al hervidor.

—Ah. Pues sí.

—¿Te preocupaba que no hubiera agua caliente en el barco?

—No toda el agua caliente es igual, querida Hope. Mi hervidor tiene control de temperatura. Tu infusión estará preparada a ochenta y cinco grados centígrados exactamente, como debe ser.

—¿Y en qué se diferencia de preparar a noventa grados, por ejemplo?

—Las infusiones se amargan si se prepara a una temperatura demasiado alta. En cambio, el té negro se hace a noventa y cinco grados. Igual que el oolong.

—Ah —murmuro.

—Puedo seguir —ofrece, vertiendo agua caliente en nuestras tazas —. ¿Té verde? ¿Blanco? ¿Tisana de limón y cúrcuma?

El barco se sacude y él maldice con ganas.

—¿Estás bien? —pregunto.

—Me he quemado la mano —dice.

—Para ser alguien que se gana la vida en la cocina, eres muy torpe en ella —digo.

—Las mujeres guapas hacen que me ponga nervioso.

Quiero responder algo ingenioso, pero siento que el estómago me da un vuelco.

—¿Soy yo o esto está empeorando? —pregunto.

—¿Mis patéticos intentos de ligar?

—No, el oleaje.

—Ahora que lo dices, empieza a ser un poco inquietante.

—Dios mío —digo—. Acabo de recordar que te apellidas Segrave[1].

Él asiente con seriedad.

—Yo también.

—Me pregunto si eso solo te condena a una muerte en el agua o si estoy maldita por proximidad.

—Vamos a ponerte un chaleco salvavidas, por si acaso.

—No me pega con el vestido.

—Y qué vestido —dice en un susurro.

Tan bajo, de forma tan intencionada, que me pongo roja como un tomate.

Se acerca a mí y me pone una mano en el hombro.

—Estás *perfecta* —dice mirándome a los ojos—. Tan perfecta que me pones nervioso.

Dejo escapar un suspiro.

—Yo también estoy nerviosa —confieso.

Sienta bien decirlo en voz alta. Ser sincera con un hombre.

—Intento disimular, pero en realidad…

—Sí. Yo también.

Él abre los brazos.

—A lo mejor ayudaría si…

—Sí —repito, metiéndome en ellos.

Me estrecha en un abrazo. No un abrazo erótico ni con segundas intenciones. Es un abrazo tranquilizador para decirnos que no pasa nada. Que esto está bien.

—¿Mejor? —pregunta contra mi pelo.

—Mejor —susurro.

—Yo también.

Nos separamos y me sonríe.

—El poleo —dice con decisión.

—¡Oh! ¡Sí! Deprisa, antes de que baje a ochenta y tres grados.

Felix coge las dos tazas y camina con cuidado hacia la sala de estar, dejándolas sobre la mesita. A pesar de sus esfuerzos, el líquido se agita.

Igual que mi estómago.

Me siento en el sofá, con la esperanza de sentirme mejor si no tengo que esforzarme tanto para mantenerme erguida. Felix se sienta a mi lado. Y acto seguido se inclina y me besa. Con suavidad. Prolongando el beso un poco más que en el pasillo.

Me derrito contra él y vuelvo a tener esa sensación: «No pasa nada».

Aunque ahora hay más. «Esto es genial. Tú eres genial».

Enrosco los dedos en el suave y despeinado cabello de Felix, tan agradable de tocar, y lo acerco más a mí.

—Me gustas —digo cuando nuestros labios se separan.

—Genial —replica—. Porque tú también me gustas.

Sus ojos se posan en mis labios. Y me va a besar otra vez, pero entonces…

—¡Oh, mierda! —digo, apartándome con brusquedad—. Voy a vomitar.

1. Juego de palabras porque Segrave, que es el apellido del protagonista, suena igual que «Sea Grave», que significa «tumba marina». (N. de la T.)

Felix

Hope se levanta de un brinco del sofá, tapándose la boca con la mano, y se dirige tambaleándose hacia el baño. Tardo unos segundos en reaccionar, pero luego voy corriendo tras ella. Cierra la puerta de golpe y enseguida empiezo a oír las arcadas.

No sé qué hacer.

Quiero ayudarla, pero ¿cómo? Meterme ahí para sujetarle el pelo parece un cliché repugnante, más que un gesto que alguien querría que hicieras en la vida real. Si fuera yo quien vomitara, no querría que me viera.

Los sonidos son espantosos.

Pobrecita.

Tras unos minutos de silencio, llamo a la puerta con suavidad.

—¿Hope?

—No entres —grita.

—¿Puedo hacer algo?

—Estoy bien.

Pero no es verdad, ya que las arcadas se reanudan de inmediato.

Me siento responsable. Quizá si no la hubiera invitado aquí, se habría ido a dormir y habría evitado las náuseas. Y estoy preocupado. Mañana estaremos todo el día en el barco y quién sabe cuánto durará la marejada. Podría estar indispuesta mucho tiempo. Siento una punzada egoísta de decepción. Tenía muchas ganas de pasar el día con ella.

Por no hablar de esta noche.

Sin saber qué otra cosa hacer, le sirvo un vaso de agua y me quedo junto a la puerta. Las arcadas cesan de nuevo y oigo que abre el grifo. Hope asoma la cabeza. Tiene el pintalabios corrido y un aspecto lamentable.

—Toma, cielo —digo, ofreciéndole el agua.

—No sé si podré retenerla.

—Tú inténtalo. Tienes que mantenerte hidratada.

Acepta el vaso y bebe un pequeño sorbo, que traga con mucho cuidado.

—¿Me prestas un albornoz? —pregunta—. Estoy hecha un desastre. Si no te importa, voy a darme una ducha rápida para que en el pasillo nadie tenga que… ya sabes.

—Pues claro —respondo, tremendamente aliviado de poder hacer algo. Voy al armario y cojo un albornoz blanco de felpa con el logo del barco y se lo llevo.

Ella lo coge, cierra la puerta y yo me pongo a buscar en Google remedios para el mareo. Por desgracia, la mayoría deben tomarse antes de que aparezcan las náuseas. Pero varios artículos sugieren que comer jengibre y tumbarse ayuda. Voy al teléfono, marco el número de Crisanto y pido un refresco de jengibre.

—Por supuesto, señor Felix —dice Crisanto. Hace una pausa—. Espero que no esté mareado.

—No, no. Pero mi amiga no se encuentra bien.

—¿Puedo sugerir algo que tal vez ayude?

—Por favor.

—Las manzanas verdes pueden aliviar los síntomas. Le llevaré algunas.

—Sería genial. Gracias.

Llega a los pocos minutos con una bandeja llena de manzanas y

botellas de *ginger-ale*.

—También he traído pastillas de jengibre —añade—. Siempre tenemos algunas a mano.

—Te lo agradezco muchísimo.

—¿Puedo hacer algo más por usted, señor Felix?

—No, gracias. Buenas noches.

Lo coloco todo en la mesa.

Hope sale del baño. Tiene el pelo mojado y se ha desmaquillado. Su rostro al natural es impresionante, pero ahora que no lleva nada veo lo pálida que está.

—Te he pedido *ginger-ale* y unas pastillas de jengibre —digo—. Y, aunque suene raro, Crisanto dice que las manzanas verdes ayudan.

—Eres un sol. Gracias. Aunque ahora mismo no sé si me atrevo a comerme una manzana.

—Según WebMD, tumbarse ayuda. ¿Quieres…? —Señalo mi cama. Entonces me doy cuenta de que podría malinterpretarse—. Me refiero a que descanses —aclaro—, hasta que te sientas un poco…

—No tenía pensado seducirte vomitando en tu cama.

Me da un vuelco el corazón.

—¿Pensabas seducirme?

Si no estuviera tan indispuesta, la abrazaría ahora mismo.

Ella sonríe sin fuerzas.

—En algún momento. —Se lleva la mano al estómago—. Madre mía. Tengo que volver a mi habitación. ¿Puedes traerme una bolsa de lavandería? Mi vestido es un arma biológica.

Voy al vestidor y le saco una. Hope se mete en el baño para recoger su ropa y yo le busco unas zapatillas, porque dudo que quiera caminar por el pasillo en albornoz y tacones.

Se las entrego cuando sale.

—Gracias. Eres tan considerado.

—Te acompaño a tu habitación.

—No hace falta, está a dos pasos.

—Quiero hacerlo. Y, además, te llevaré tus medicinas, aunque no sirvan de mucho.

Cojo las manzanas y los refrescos y caminamos despacio por el pasillo. Hope abre la puerta de su habitación y se detiene en el umbral.

Me acerco y le doy un beso en la mejilla. Tiene la frente perlada de sudor. No sé por qué me da que la tregua con los vómitos no durará toda la noche.

—Mándame un mensaje si necesitas algo —digo.

—Gracias, Felix. Buenas noches.

Ella cierra la puerta y yo me vuelvo a mi habitación.

Me meto en la cama, pero sigo dándole vueltas a todo lo que ha pasado en la última hora. Me distraigo investigando más remedios para el mareo.

Recibo un mensaje de Hope.

Hope: Me he arriesgado con la manzana. Y oye, ha funcionado.

Felix: Me alegro.

Hope: Me lo he pasado genial hoy contigo. Dejando a un lado el incidente del vómito.

Esbozo una sonrisa.

Felix: Yo también.

Felix: ¿Repetimos cuando estés mejor?

Hope: Por supuesto.

Felix: Descansa 😘😘

5
ROMANCE EN ALTA MAR

Maravillas del Caribe, día 4

¡Descanse, relájase y recargue las pilas en el mar!

Hoy el Romance del Mar navega por aguas cristalinas rumbo a Santa Lucía, brindándole un día perfecto para que pueda divertirse bajo el sol y dejarse mimar.

El Coral Spa le invita a olvidarse de las preocupaciones y disfrutar de nuestro exclusivo tratamiento Sirena, ideado para despertar sus sentidos. Si desea darse un capricho especial, visite la galería Caballito de Mar, donde Ludo Bianchi, maestro joyero de la boutique El Cofre del Tesoro, ofrecerá una presentación sobre diamantes. ¡Quizás encuentre el regalo perfecto para usted!

Si prefiere descansar del sol, visite la sala de juegos al mediodía para un emocionante torneo de Scrabble, disfrute de una clase de pilates en el Centro de Fitness con la profesora Jen o aprenda a plasmar los tonos azules del mar Caribe en nuestro Watercolor Sip and Paint mientras saborea la bebida que más le apetezca.

Al atardecer, en la cubierta Lido le espera una cena caribeña al aire libre, donde podrá deleitarse con las delicias culinarias locales y deliciosos cócteles. Y para los más noctámbulos, la diversión continúa en la Silent Disco, donde podrá bailar hasta el amanecer.

¡Que tenga un día estupendo!

Hope

Las manzanas verdes solo empeoraron la situación.

Tuve que levantarme tantas veces por la noche que Lauren se fue al sofá del salón para evitar que la despertaran mis arcadas. Consumí tal cantidad de jengibre que no quiero volver a probarlo en lo que me quede de vida. Al amanecer dejamos atrás el mar revuelto y nos adentramos en aguas más tranquilas. Por fin caí rendida a las seis de la mañana.

Me despierto a las nueve sintiéndome débil y deshidratada.

Me quedo tumbada en la cama, temiendo levantarme por si eso me produce de nuevo náuseas. La necesidad de hacer pis acaba imponiéndose a mi ansiedad. Pero entrar en el baño, después de la pesadilla de anoche, casi me provoca un trastorno de estrés postraumático. Me obligo a meterme en la ducha. El agua caliente hace que me sienta medianamente humana, pero no aguanto el olor a mar de los productos de baño. No quiero volver a pensar en el mar, y mucho menos olerlo.

Cuando salgo, Lauren me está esperando sentada en la cama.

—¡Mi niña! —grita—. ¿Cómo te sientes?

—Como si hubiera sobrevivido a la peste. Pero por los pelos.

—Pobrecita. Al menos las turbulencias han cesado. He llamado a Atención al Cliente y me han dicho que no esperan más mar gruesa. Deberías empezar a tomar Biodramina en cuanto puedas retener algo en el estómago. Iré a buscarla. También pueden ponerte suero en la enfermería si lo necesitas.

—No creo que haga falta. Solo necesito agua.

Me pasa una botella enorme de Evian. Tengo tanta sed que me la bebería de un trago, pero también tengo miedo de lo que pueda pasar si meto demasiado en el estómago.

—Voy a por la Biodramina —dice Lauren—. ¿Quieres algo más? ¿Quizás unas tostadas?

—No, gracias. Creo que no volveré a comer en la vida.

Me acurruco en la cama con la botella de agua y miro el móvil.

Tengo un inquietante mensaje en mayúsculas de Magda.

Magda: ¿DÓNDE ESTÁ LA LISTA DE PRENSA?

¡Joder! Ayer, con la llamada de mi padre, se me fue el santo al cielo y se me olvidó enviarle la lista de Lana. Ahora llevo un día de retraso.

Me arrastro hasta el escritorio y le mando un correo con la lista a Magda. Luego le envío un mensaje.

Hope: Siento mucho el retraso.

Hope: Ya está en tu bandeja de entrada.

Hope: Avísame si necesitas algo más antes de que vuelva a finales de mes.

Espero que esta frase le recuerde, por enésima vez, que estoy de vacaciones. Supongo que no me contestará debido a la diferencia horaria, pero me responde de inmediato.

Magda: Ayer me enviaste el borrador equivocado del discurso. Si Heidi no se hubiera dado cuenta estaríamos bien jodidos. Es inaceptable.

Me quedo petrificada.

Hope: ¡Lo siento mucho! Yo no trabajo en esa cuenta, así que acabo de sacar el archivo más reciente.

Magda: ¿Por qué lo enviaste si no trabajas en la cuenta? Ponte las pilas, Hope.

Me estremezco. Sé que no me lo merezco, ya que solo intentaba ayudar, pero necesito demasiado este trabajo como para defenderme.

Hope: No volverá a ocurrir.

Magda: Tienes que enviar el comunicado de prensa del lanzamiento el lunes.

Me quedo mirando el móvil. ¿Por qué yo, una persona que está a varias zonas horarias y muchos países de distancia, iba a enviar un comunicado de prensa importante?

Hope: Pensaba encargarle a Lana la distribución, ya que estoy en el extranjero.

Magda: Prefiero que te ocupes tú.

Agarro de forma frenética la tableta de crucero con el itinerario del barco. El lunes estaremos en las Bahamas, así que al menos no tendré que depender del wifi del barco. Rockabye es el primer lanzamiento de Conifer en dieciséis meses y es uno de nuestros clientes más importantes. Si la nota de prensa no sale puntual, Magda me despedirá.

Hope: No hay problema.

Magda no responde. Me entran unas ganas tremendas de arrojar el teléfono al mar, pero en lugar de eso me programo diez recordatorios para enviar el comunicado de prensa. Y mientras lo hago, llega un nuevo mensaje de Felix.

Su nombre, después del bombardeo con el de Magda, supone un verdadero alivio.

Felix: Oye, avísame cuando estés despierta. Estoy preocupado por ti.

Hope: Estoy bien. Una noche dura, pero ya me siento mejor.

Felix: ¿Puedo pasarme por tu habitación? Tengo una cosa para ti.

Me miro en el espejo y no estoy nada contenta con lo que veo. Pero supongo que, si me vio anoche cubierta de fluidos corporales, esto será una mejora.

Hope: Claro.

No quiero ponerme ropa de verdad ni abrir la puerta en albornoz, así que cojo prestado uno de los muchos caftanes de seda de Lauren. Por lo general, evito vestirme como una vieja dama de la alta sociedad de Texas, pero si hay un momento adecuado para llevar un caftán es mientras te estás recuperando en un crucero.

Como no quiero que parezca que padezco una enfermedad degenerativa, también me aplico un poco de corrector y un toque de colorete en las mejillas. Sigo estando demasiado pálida, pero llaman a la puerta antes de que se me ocurra que más hacer.

Cuando abro la puerta, Felix está en el pasillo con cara de agobio.

—Buenos días —digo.

—¿Lo son?

—Los he tenido mejores.

—¿Has podido dormir?

—Un poco. No fue mi mejor noche de sueño profundo.

Me ofrece un frasco de pastillas.

—Te he traído esto. No me he acordado hasta esta mañana de que las había metido en la maleta, si no te las habría dado anoche.

—¿Qué es?

—Pastillas de electrolitos. Para la hidratación. Hay que disolverlas en agua. La verdad es que no saben muy bien, pero funcionan.

—Mucho mejor que si Lauren me arrastrara escaleras abajo para que me pongan suero.

—¿Tan malo fue?

—Te ahorraré los detalles. —Me entran ganas de bostezar y me doy cuenta de que debería tumbarme—. Creo que tengo que volver a la cama.

—¿Y perderte la clase de pilates junto a la piscina? —pregunta con fingido horror.

—Por desgracia, sí.

—Bueno, mándame un mensaje si necesitas algo. Iré a verte esta tarde. —Hace una pausa—. A menos que ahora me asocies a las náuseas y prefieras no volver a verme.

—Me preocupaba que fuera al revés.

—No. Me temo que estamos unidos por el trauma de por vida.

—Me muero de ganas de pasar una maravillosa vida de codependiente juntos.

—Perfecto. Te compraré un anillo en la tienda de regalos. Dicen que tienen diamantes de buena calidad.

—¿Me estás tirando los tejos?

—Creo que fuiste tu quien se declaró.

—Señora Segrave sería un nombre apropiado para mí después de lo de anoche.

—Me halaga que tomes mi nombre.

Vuelvo a bostezar. Quiero seguir flirteando con él, pero de repente apenas puedo mantener los ojos abiertos.

—Lo siento, te estoy entreteniendo —dice—. Me voy. Descansa un poco.

—¿Tal vez podamos vernos más tarde? —sugiero—. ¿Planear la boda?

Él me sonríe.

—Sí, por favor.

Empiezo a cerrar la puerta, pero me dice:

—Oye, espera. —Se inclina y me da un beso en la mejilla—. Que te mejores, ¿vale?

Regreso a la cama como si estuviera en una nube y bebo agua con electrolitos como si fuera un filtro de amor. Lauren vuelve unos minutos después con la Biodramina.

—Dicen que te puede dar sueño —comenta, dándome dos pastillas.

—Ya tengo sueño.

—Estupendo. —Corre las cortinas opacas—. Vuelve a la cama.

Me quedo frita de inmediato y duermo como un tronco tantas horas que cuando Lauren me despierta, no sé si es mediodía o medianoche.

—¿Hopie? —susurra—. ¿Estás viva?

—¿Qué hora es? —pregunto.

—La una y media. Tenemos cita en el spa dentro de media hora. ¿Todavía te apetece ir?

Un masaje suena perfecto después de pasar toda la noche agachada en el retrete.

—Sí. ¿Puedes descorrer las cortinas?

Así lo hace y la luz de la tarde es como una bofetada.

—¡Ay! —grito—. ¡Me estás dejando ciega!

—¡Me lo has pedido tú!

Lauren coge las enormes gafas de sol negras que lleva enganchadas al mono y me las tiende. Me las pongo y bebo un poco de agua.

De repente me entra hambre, lo cual es inoportuno y aterrador.

—Me da miedo preguntar —empiezo—, pero ¿tenemos algo de comer?

—Te traje unas magdalenas y una manzana en el almuerzo.

Casi me dan arcadas solo de pensar en las manzanas.

—Me comeré una magdalena.

Me la trae en un plato y me la como en la cama. Me hace una foto con el móvil.

—¡Eh! —protesto—. ¿Qué estás haciendo?

—Inmortalizo tu aura. Proyecta la imagen de una glamurosa inválida de los 70.

Me enseña la foto. Se ve a una mujer con una voluminosa maraña de pelo, un caftán turquesa y unas enormes gafas de sol, mientras come de un plato de porcelana, postrada en una mullida cama blanca.

—Muy princesa Margarita —dice Lauren—. ¿Puedo publicarla?

—No.

En su lugar, me la envía por mensaje de texto.

Cogemos los bañadores y el material de lectura y subimos al spa. Nos recibe un olor encantador; una combinación de lavanda, romero,

eucalipto y sal marina. La recepción está en la proa del barco, en la cubierta superior, con ventanales que van del suelo al techo. Tiene las mejores vistas del mar que he visto hasta ahora. Me asomo con desconfianza. El mar es tan azul y está tan en calma que resulta chocante que anoche estuviera tan picado como para hacerme vomitar.

—Bienvenidas al Coral Spa, señoritas —dice la recepcionista—. Me complace comunicarles que sus tratamientos se han mejorado sin coste adicional al paquete Sirena Completo, por cortesía de la casa.

Lauren suelta un gritito.

—Muchísimas gracias. Es justo lo que necesitamos. Hope se ha pasado toda la noche en vela. Mareada.

—¡Oh no, señorita Lanover! ¿Le apetece un tónico de jengibre?

Se me seca la boca solo de pensar en ingerir más jengibre.

—No, gracias. Ya estoy mucho mejor.

En su lugar nos dan champán. Yo le doy el mío a Lauren.

Nos ponemos los trajes de baño y los albornoces y nos llevan a una cálida sala en forma de cueva hecha con sal marina rosa del Himalaya. En el centro hay dos bañeras de cobre. Parecen bañeras, pero no tienen grifos y están llenas hasta la mitad de fina arena negra.

—Es arena volcánica de basalto procedente de Montserrat —explica Lucie, una de las dos asistentes del spa—. Es muy rica en minerales y posee propiedades purificadoras que purgan las impurezas del cuerpo. Se calienta a 40 grados centígrados para un tratamiento de calor que estimulará el sistema circulatorio y despertará sus sentidos.

A mí me parece *demasiado* caliente, pero hago lo que me dice Lucie y me quito el albornoz y me meto dentro. Siento la arena suave y

agradablemente cálida bajo los pies. Me siento en la bañera y me estiro.

Lucie y su colega Chanlina nos cubren a Lauren y a mí hasta la barbilla con una capa de arena caliente. Ponen música New Age y nos dicen que volverán en media hora.

Lauren gime de placer.

—Qué maravilla.

—Es como si un *jacuzzi* fuera una manta con peso —coincido.

—No pienso salir de aquí jamás.

—¿Qué tal anoche en el casino? —pregunto.

Ella exhala un suspiro.

—Bueno, al principio prometía. Me encontré con ese tipo, Ralph, que conocí haciendo senderismo y jugamos a la ruleta. Pero luego se puso en plan yayo.

Suelto una carcajada.

—¿Qué quieres decir?

—Ignoró por completo todas mis señales y empezó a darme consejos sobre la vida y a hablarme de sus hijos. Luego se ofreció a emparejarme con su nieto en Arkansas.

—A lo mejor el nieto es majo.

—No me mudo a Arkansas a menos que sea para casarme con un multimillonario de Walmart. El nieto trabaja en una organización sin ánimo de lucro. Paso.

—Sí, porque la gente que trabaja en ONG debe ser lo peor.

—Tú ya me entiendes. En fin, después subí a la sala de fumadores a ver si conocía a alguien más y me senté al lado de un tío muy guapo que estaba solo y no llevaba alianza de casado. Le saludé y se mostró bastante simpático. Me preguntó qué hacía y le dije que esperaba que me invitara a una copa. ¿Y sabes lo que dijo?

—¿Qué?

—Me informó de que las bebidas son gratis. ¡Como si no lo supiera! Tío, ¿es que no ves que te estoy tirando los tejos?

—Ja, ja, ja. Todo un galán.

—Así que pedí un puro y me fui a sentar junto al piano para fumármelo y parecer interesante. Porque, vamos a ver, ¿quién no va a entrarle a una mujer guapa que se está fumando un puro sola? Es sexi y la excusa perfecta para entablar una conversación.

—Claro.

—Pues adivina quién se acercó a hablar conmigo. ¡Tres mujeres que están haciendo un viaje de chicas! Así que terminé hablando con ellas sobre las diferencias entre tabaco cubano y el nicaragüense, lo que por supuesto sé porque forma parte de mi trabajo. No pararon de hacerme preguntas y me costó cosa de una hora escaquearme. Y para entonces ya apestaba a humo, así que decidí venir a darme una ducha. Y entonces te encontré medio muerta en el baño.

—Siento que no fuera tu noche.

—No pasa nada. Quedé en verme con Colin, el tío que elabora *whisky* irlandés, en la cena al aire libre de esta noche. ¿Te vienes? Es encantador y tiene unos amigos muy guapos.

—Es posible. Voy a ver qué planes tiene Felix.

—Conque *Felix*, ¿eh? —dice.

No puedo evitar sonreír.

—Después del espectáculo de Elvis de anoche, volvimos a su habitación y…

—¡Hopie! —grita—. ¡No me digas que…!

—No, no es *eso*. Pero me besó y fue… precioso. Hasta que vomité en su baño.

—¡No puede ser!

—Y tanto que puede ser. Sin cortarme un pelo. Fue superamable. Me dio su albornoz, me trajo *ginger-ale* y esta mañana vino a traerme unas pastillas de electrolitos. Es majo y me cae muy bien.

Es genial poder hablar con ella así. Charlar de todo y de nada en vacaciones, sin la carga de mi vida estancada ni los remordimientos que me corroen por depender demasiado de ella. Sonrío para mis adentros, hasta que noto que se ha quedado extrañamente callada.

—¿Pasa algo? —pregunto.

—Solo… ten cuidado —dice.

La miro y me está mirando con el ceño fruncido.

—¿Por qué dices eso? —pregunto.

—Ya sabes lo que te pasa siempre.

—¿Qué quieres decir?

—Conoces a un tío sexi, te ilusionas en dos segundos y luego resulta que son problemáticos o unos babosos. Y claro, acabas con el corazón roto.

Adiós a la charla animada de chicas.

Por supuesto, tiene razón sobre mi patrón de conducta. Pero este flechazo es lo primero que he disfrutado en meses. ¿Es que no puede dejar… dejarme disfrutarlo?

—Vale, reconozco que lo he hecho en el pasado —admito—, pero solo estoy hablando de *un* beso. Desde luego no voy a acabar hecha polvo por besar a un tío en un crucero. Solo vamos a estar aquí diez días.

Me mira de reojo.

—Creo recordar que te fuiste a vivir con Gabe después de solo diez días.

—¡Ay, por Dios! Fueron tres meses. Y perdona, pero fuiste *tú* la que me dijo que me enrollara con Felix el día que nos conocimos.

—Vale, tienes razón. Lo siento. Me parece genial que te diviertas con alguien. Solo que imaginaba algo más tipo rollo sin ataduras y me preocupo cuando te veo tan entusiasmada. Pero me alegro de que lo estés pasando bien.

Me alivia que no insista. Últimamente, hemos estado discutiendo sobre nuestras respectivas elecciones de vida. A mí me irrita que no pare de grabar cada momento de su vida, y aunque no lo dice abiertamente, creo que piensa que soy demasiado pasiva.

—Me lo estoy pasando genial —digo—. Gracias por invitarme. Sé que era un poco escéptica al principio, pero lo estoy disfrutando un montón.

Ella me sonríe.

—Estupendo. Es agradable verte menos colgada por Gabe.

—No estoy colgada por él —me apresuro a decir.

Lauren resopla.

—Llevas meses llorando por él, Hope.

Pienso en ello un momento.

Mis sentimientos por él siguen siendo muy complicados. Le quería con locura. Desde nuestra primera cita, me cautivó con largas conversaciones íntimas en las que parecía que podía ver dentro de mi alma y le fascinaba lo que encontraba allí. Y resultaba halagador, sobre todo por ser quien era.

Es un editor literario influyente y me decía que, a pesar de mis fracasos, aún tenía un enorme potencial. Que juntos podríamos conquistar el mundo. Era una sensación adictiva. Hacía que mi vida real pareciera más gris: el bloqueo creativo, los plazos agotadores en el trabajo que nadie valoraba, la constante preocupación por el dinero, el miedo a no dejar de sentirme perdida.

Me enamoré de esa sensación con la misma fuerza y rapidez con la

que me enamoré de él.

Pero cuando la fantasía que él mismo creó para nosotros comenzó a hacerse realidad, le entró el pánico y huyó. Y la manera en que lo hizo, de forma repentina, sin importarle cómo afectaría eso a mi vida, fue francamente cruel.

Debería odiarle.

Y, sin embargo, sigo echándole un poco de menos. Echo de menos nuestros sábados en la Biblioteca Pública de Nueva York, él anotando cosas en los manuscritos con las gafas puestas y la camisa arremangada mientras yo me sumergía en las historias que por fin me sentía inspirada para escribir. Echo de menos las cenas regadas con vino que organizábamos, las fascinantes conversaciones con autores y artistas que antes solo conocía de las páginas del *New Yorker* y de las exposiciones del Guggenheim. Echo de menos su atención, su entusiasmo por presentarme a sus amigos y a su familia, su inteligencia y agudeza.

Echo de menos creer en la fantasía de que esa vida sería mi final feliz de cuento de hadas.

La pérdida de eso, más que nada, es lo que lloro. La versión de mí misma que podría haber sido si el sueño se hubiera hecho realidad.

—No estoy segura de que eso sea del todo cierto —le digo a Lauren, eligiendo mis palabras con cuidado.

Ella detesta a Gabe y piensa que yo también debería hacerlo, de forma tajante, descarnada y visceral.

Pero aún no estoy en ese punto. Y estoy cansada de que me sermonee al respecto.

—Ya no suspiro por él, *per se*. Es más bien que sin él endulzándome la vida, me siento estancada.

—Hay que sacarte de ese trabajo de relaciones públicas —dice,

aceptando de manera tácita no insistir más en este tema—. No es bueno para ti que te dejes la piel trabajando en algo que odias.

No le cuento que mi jefa me sigue acosando ni que tengo que enviar un comunicado de prensa en vacaciones. Le subirá la tensión y anularía los beneficios de los tratamientos del spa.

—Lo sé —convengo—. Pero estoy harta de pasar de un curro básico a otro tratando de encontrar algo que me guste. Quiero ser buena en algo, ¿sabes?

—Ya eres genial en algo —dice—. Solo tienes que volver a escribir. Es lo que te apasiona. Pero no sucederá si no lo intentas.

—Ya lo sé —repongo, y parece que estoy a la defensiva.

Odio que volvamos a esta dinámica. Ella queriendo más para mí. Yo no estando a la altura.

—Lo siento, no quiero parecer dura y crítica —asevera Lauren—. Tampoco es que yo esté viviendo la vida de mis sueños.

Esto me sorprende.

—Pensaba que sí —digo.

Lauren exhala un suspiro.

—Me gusta el dinero, claro. Me encanta ser creativa. Pero, si te soy sincera, ya estoy un poco cansada de hacerme pasar por una artista del ligue. Sé que es lo que me da de comer, pero estoy lista para conocer a alguien de verdad.

Me conmueve que se muestre vulnerable. Últimamente, mi estado emocional ha sido tan precario que ha actuado casi como si fuera mi madre, protegiéndome de sus propios problemas. A veces su tierno corazón queda oculto bajo toda esa bravuconería.

—Espero que te permitas hacerlo —digo, pensando en el placer que le dio coquetear con el irlandés de ayer—. Sería muy bonito verte enamorada. Y siempre puedes optar por convertirte en una

ama de casa tradicional.

Ella resopla.

—Cielo, no tengo las caderas adecuadas para parir a ocho bebés y ya pasé suficiente tiempo en la granja en Texas.

—Bueno, tus seguidores te adoran. Si publicaras sobre tu marca de cereales favorita, seguro que conseguirías diez mil «me gusta».

—En realidad, puede que tenga una nueva oportunidad —repone —. No quería decírtelo hasta que estuviera todo atado, pero soy candidata a presentar la versión australiana de *Man of my Dreams.*

—¡Guau! —exclamo—. Eso es increíble. ¿Por qué no querías decírmelo?

Me mira de reojo, frunciendo los labios. Me doy cuenta de que está preocupada por mí.

—Estaría en Melbourne un par de meses —dice—. Y si todo sale bien, es posible que me tengan en cuenta también para la versión británica.

—Oh —digo, dándome cuenta de lo que eso significa—. Así que estarías fuera mucho tiempo.

—Sí —confirma—. Y te echaría mucho de menos.

Es muy tierno que se preocupe tanto por mí que no quiera dejarme sola. Pero sé lo que es tener un sueño y no luchar por él. No quiero eso para ella.

—Yo también te echaría de menos —confieso—. Muchísimo. Pero no puedes titubear cuando se te presenta una gran oportunidad solo porque estés preocupada por mí.

—Tienes razón. Sé que tienes razón. Pero siempre hemos sido uña y carne. Sería raro no estar juntas en el mismo lugar.

—Tienes que hacerlo, cielo —digo—. Estás destinada a lograr grandes cosas.

—Tú también —repone—. Lo digo de corazón.

—Te quiero —digo.

—Yo también te quiero, Hopie —dice—. Te abrazaría si no estuviera enterrada bajo nueve kilos de arena.

Las empleadas del spa vuelven y nos sacan de la bañera. Después nos conducen a una ducha de vapor donde nos frotan con esponjas marinas originarias del Caribe. Salimos con la piel rosada y una sensación de hormigueo, envueltas en mullidos albornoces, y nos acompañan a una sala con vistas al mar, donde nos tumbamos en unas camillas de masaje, nos aplican sérums en la cara y luego nos envuelven en algas marinas de verdad.

—Vamos a oler a sushi —dice Lauren, cuando las esteticistas nos dejan solas para que absorbamos clorofila—. ¿Y cómo vamos a engatusar a nuestros pretendientes?

—Pensaba que mi pretendiente me estaba vedado —dije.

—He cambiado de opinión. Estoy siendo sobreprotectora. Puede que un buen morreo sea justo lo que necesitas. —Hace una pausa—. Si proteges tu corazón.

—Lo haré —prometo—. Si tú me juras que dejarás de proteger el tuyo.

Felix

Los llamados «días en el mar» se parecen mucho a la rehabilitación. Ejercicio suave, aire fresco, juegos de mesa, clases de arte. Lo único que falta es la terapia de grupo y las reuniones de doce pasos.

Ocupo el tiempo con un largo entrenamiento en el gimnasio, una partida de *Código Secreto* con mi familia y una frustrante clase de pintura a la que mi madre me obliga a asistir. Se supone que debemos capturar el horizonte sobre el mar, pero mi intento termina siendo un rectángulo azul empapado con una franja amarilla diluida en el centro.

—Hum —dice mamá, inspeccionando mi trabajo—. ¿Intentabas hacer un Rothko?

—Sabes que no se me dan bien las bellas artes.

—Eso no es verdad. Dibujas de fábula.

Esto no es del todo exacto, pero me defiendo con el dibujo. Yo mismo diseñé todos mis tatuajes.

—Y siempre se te dio muy bien tocar la tuba —añade mi madre.

—Ay, Señor, no me lo recuerdes. —Me asignaron el instrumento en el colegio, donde todos debíamos participar en la orquesta. No se me daba bien. Gracias a Dios que era un colegio solo de chicos, porque mis esfuerzos, con la cara colorada como un tomate, no me habrían ayudado a ligar.

—¿Has visto a Hope hoy? —me pregunta, con fingida despreocupación. Está claro que ahora está interesada en mi relación de cuatro días. No hay nada como tratar de conocer a alguien bajo la

supervisión constante de tu familia.

—La he visto esta mañana —respondo—. A lo mejor la invito a cenar, si podéis sobrevivir una cena sin mí.

—Creo que nos las apañaremos.

Saco mi teléfono y abro la conversación con Hope.

Felix: ¿Cómo andas de salud?

Hope: Me siento MUCHO mejor.

Acabo de salir del spa.

Me han envuelto toda la cara con algas.

Felix: Qué sexi.

Hope: Como ya te he dicho, estoy intentando seducirte.

Felix: ¿Quieres continuar con eso en la cena?

He oído que hay una fiesta caribeña.

Hay una larga pausa mientras teclea y luego nada. Me preocupa que esté a punto de rechazarme, hasta que el teléfono vuelve a vibrar.

Hope: Si te soy sincera, no sé si me apetece un ambiente luau…

Me alegro de que estemos escribiendo para que no pueda ver mi decepción. Pero entonces añade:

Hope: ¿Te apetecería quedarte y pedir que nos traigan algo de comer a la habitación?

¿Que si me gustaría?

Felix: Sería un placer.

¿Por qué no vienes a mi camarote para no molestar a Lauren?

Hope: ¿Te parece bien dentro de un rato? Sé que eres europeo y tal vez prefieras cenar a las 10 de la noche, pero yo estoy agotada.

Felix: Odio decirte esto, pero el Brexit sucedió.

Hope: ¡Es verdad! Te acompaño en el sentimiento.

¿Qué tal a las 7?

Eso es en cuarenta y cinco minutos.

Felix: Perfecto. Nos vemos entonces 😘 😘

Me levanto.

—Tengo que irme —le digo a mi madre—. Tengo una cita.

Me sonríe.

—Diviértete.

Me dispongo a irme.

—¡Cariño! —dice cuando ya me he girado.

Me doy la vuelta y la veo sosteniendo mi obra de expresionismo abstracto accidental.

—¿No quieres regalarle a Hope tu hermoso cuadro?

Me río.

—Ya veo de dónde sacan su vena artística Prue y Pear.

Ya en mi habitación, marco el número de Crisanto.

—Buenas noches, señor Felix —dice.

—Hola. ¿Puedo pedirte un favor?

—Será un placer ayudarle.

—Esta noche cenaré en mi habitación con una amiga y me preguntaba si podrías conseguirme unas flores frescas.

—Desde luego. ¿Prefiere rosas o tulipanes?

—Rosas, por favor.

—Excelente elección. ¿Le gustaría que le preparara la mesa?

—Si no te importa. ¿Se podría montar algo fuera?

—Por supuesto, señor. La puesta de sol será preciosa.

—¿Tienes velas?

—Sí, señor.

—Gracias, Crisanto.

Me doy una ducha rápida mientras espero y luego me pongo unos vaqueros y una camiseta. Estoy ordenando el salón cuando llegan Crisanto y Belhina con un carrito cargado con flores, vajilla y una tabla de embutidos que ni siquiera había pedido. Lo llevan todo fuera y se ponen manos a la obra para transformar mi terraza en una escena salida de *La Bella y la Bestia*. Solo falta un reloj cantando *Qué festín.*

Mi antiguo yo se habría sentido ridículo por poner tanto esmero en una cita. Mi manera de cortejar a las mujeres era dejar que el alcohol y la química hicieran todo el trabajo. Pero una cosa que he aprendido en la rehabilitación es que la sinceridad es algo positivo. Que no pasa nada por ser un poco vulnerable respecto a las cosas que quieres.

Y si te esfuerzas para conseguirlo, en vez de armarte del valor que infunden ciertas sustancias, las probabilidades de crear una conexión real son mucho mayores.

No busco un colega de borracheras ni un rollete.

Más adelante quiero una amante.

Una compañera.

Pero aún no estoy preparado para eso.

Lo que quiero con Hope es algo informal y sexi y, sobre todo, temporal.

Pero ser sincero con ella, aunque sea fugazmente, me parece una buena práctica para convertirme en la clase de hombre que quiero ser.

Hope llama a la puerta a las siete en punto, cosa que, como buen obseso de la puntualidad, agradezco. Lleva un vaporoso vestido blanco largo, de estilo griego, y ni una gota de maquillaje. Está radiante.

—Madre mía —digo.

—Lo siento, no tenía ganas de arreglarme.

—¿Que no te has arreglado? Pero si estás guapísima.

—Serán las algas.

—Adelante —digo, haciéndome a un lado.

—Me sorprende que me dejes volver aquí después de lo de anoche.

—Síndrome de Estocolmo. Uh… —Cojo el jarrón de flores de la barra—. Te he traído esto.

—¡Felix! —exclama—. No hace falta que me adules.

—Cierto. Bueno… técnicamente las trajo Crisanto.

—Pues nada, entonces me iré a cenar con Crisanto. —Se da la vuelta como si fuera a marcharse.

—No, espera. La idea fue mía. Además, pensé que podríamos cenar fuera. ¿Te parece bien?

Señalo las puertas abiertas de la terraza. Empieza a anochecer y la mesa iluminada con velas tiene un encanto especial, aunque el ambiente es más propio de un resort de lujo con todo incluido que de mi estilo habitual.

—Felix Segrave, eres todo un caballero y un erudito.

—Vamos a dejar lo de erudito.

Salimos fuera. Hay bebidas enfriándose en una cubitera.

—¿Quieres un agua con gas? ¿O prefieres champán? —Le pedí a Crisanto que trajera una botella de espumoso.

—El agua con gas me va bien.

Señalo una tabla de embutidos dispuesta entre las dos tumbonas.

—Hay algo para picar, pero aún no he pedido la cena. Imaginé que antes querrías echar un vistazo a la carta.

—En un momento. Sentémonos. —Se acomoda en una de las tumbonas—. ¡Guau! La puesta de sol va a ser impresionante.

Me siento en la otra tumbona. La brisa que corre me trae su aroma.

—Siempre hueles de maravilla —digo—. A magnolias.

—Buen olfato. Mi perfume se llama Eau de Magnolia, literalmente. Cuesta un ojo de la cara, pero hay que darse algún capricho de vez en cuando.

Es la segunda vez que menciona su economía. Espero que no esté pasando apuros, pero al británico que llevo dentro le espanta hablar abiertamente de dinero, así que no pregunto.

—Mis padres tienen un gran magnolio en Hampshire —comento —. Para mí, su olor siempre estará ligado a mi infancia.

—Creía que te habías criado en Londres.

—Sí, pero tenemos una casa familiar en el campo. Pasaba los veranos allí.

—¿Tienes una mansión solariega? —pregunta con ironía, como si esperara que la respuesta fuera no.

—Uh… En realidad, sí —admito. Siempre me incomoda hablar del origen aristocrático de mi familia. Tuve una infancia ridículamente privilegiada.

—¿*En serio*? —pregunta Hope—. ¿De qué época?

—Del siglo XVIII, más o menos.

Sus ojos se abren de par en par.

—¿Y tiene nombre?

—Downton Abbey.

—Venga, en serio.

—Técnicamente se llama Elswale Court. Pero nadie la llama así.

—Y ahora me dirás que eres duque.

—¡Qué voy a ser duque! —Dudo, sin saber si contarle toda la verdad. Pero si se entera más tarde será extraño que no lo haya hecho. Así que añado—: Solo soy el humilde hijo de un baronet.

—Un momento. ¿Tu padre es un baronet? ¿En serio?

—Sí.

—O sea, que si un día fallece, Dios no lo quiera…

—Me convertiré en baronet, sí.

—Es alucinante. Ahora quiero casarme contigo solo por tu título.

—Es la actitud más estereotipadamente estadounidense que he visto en ti —repongo, eludiendo el tema de casarse conmigo por mi título. Por desgracia, no sería la primera vez que alguien ha tenido esa idea.

—A ver, eres un caballero británico con una casa solariega del siglo XVIII llamada Elswale Court… ¿y *yo* soy el cliché? En fin, *lady* Hope Gertrude Segrave suena de maravilla, ¿no te parece?

—¿Tu segundo nombre es Gertrude?

—Me temo que sí.

—No estaba preparado para eso.

—Nadie lo está.

—¿Es un nombre familiar?

—No. Es que mi madre está obsesionada con Gertrude Stein.

—Ah.

—¿Y tú? ¿Te llamas así por alguien en concreto?

—Por el gato Felix.

—Mmm, tiene sentido. Tienes un aire.

—Muchas gracias.

—Sabes, me estaba preguntando por qué te llamas Felix cuando los nombres de tus dos hermanas empiezan con «P». ¿Por qué no Percy o algo así?

—Felix es, en realidad, mi segundo nombre.

—¿Cuál es tu nombre de pila?

—Peregrine.

Hope echa la cabeza hacia atrás y se ríe. No una risita suave, sino más bien una sonora carcajada.

—¡No me lo creo! —dice—. Déjalo ya.

—Yo no le veo la gracia. Mi nombre completo es Peregrine Charles Felix Segrave.

—¿Es que estoy en una novela romántica de la Regencia? Porque es el único lugar donde he visto el nombre de Peregrine.

—No sé nada de la época de la Regencia, pero está claro que puedo encargarme de la parte romántica, como es evidente —repongo, señalando la recargada mesa.

Hope me sonríe.

—Está muy claro —dice en voz baja.

—Antes de llegar a esa parte, ¿pedimos la cena? Me muero de hambre.

—Sí, yo también.

Le entrego la carta del servicio de habitaciones.

—¿Le echamos un vistazo?

—Claro. ¿Qué te apetece?

—Sorpréndeme.

Hope coge la carta y entra en el camarote. La oigo hablar por teléfono, pero no logro entender lo que dice. Vuelve y unta un poco de queso *brie* en una galletita.

—Bueno, *sir* Peregrine —comienza ella—. Quiero continuar interrogándole.

—Suena relajante.

—Para empezar, ¿qué edad tienes?

—Treinta y dos.

—¿Qué día es tu cumpleaños?

—El tres de noviembre.

—¡Oh no, un escorpio! ¡Qué miedo! ¿Eres tan vengativo y reservado como dicen?

—Sí, pero lo compenso con mi pasión y romanticismo.

—Hablando de eso, estás *soltero,* ¿verdad?

—Muy soltero.

—¿Y por qué un tío guapo como tú no tiene novia?

—Podría hacerte la misma pregunta.

—¿Crees que soy guapa?

—Sí.

—Tú primero.

—Estuve prometido hace un par de años. Antes de dejar la bebida. La cosa acabó de forma bastante dramática.

—¿Cuán dramática?

—Tuvimos una gran pelea de borrachos tres semanas antes de la boda y me desperté en el suelo de mi *pub* encima de un montón de cristales rotos y mi propio vómito. Así de dramática.

Hope exhala un suspiro.

—Vaya.

—Sí. Entré en rehabilitación y cancelé la boda. Ella dejó de

hablarme. No fue bonito. No he estado con nadie desde entonces.

Ella guarda silencio.

—¿Te arrepientes de haber preguntado?

—No, para nada. Siento que te pasara eso.

—Era inevitable. Llevaba años fuera de control y nuestra relación era caótica. Una fiesta tras otra, una pelea tras otra. La quería mucho, pero sacábamos lo peor del otro.

—¿Y no has estado con nadie desde entonces?

—Me he centrado en preservar mi salud, en mantener la estabilidad. Mi negocio era un caos absoluto, todas mis relaciones eran disfuncionales. Así que ahora soy el típico tío que hace ejercicio, va a terapia y bebe dos litros de agua al día.

—Te sienta bien.

—Gracias. Ahora te toca a ti. ¿Cómo puede ser que no tengas pareja?

Ella echa un profundo suspiro.

—Tuve un pequeño desengaño el año pasado. Desde entonces, evito a los hombres.

—¿Puedo preguntar qué pasó o todavía es demasiado reciente?

—No, está bien. Es la típica historia; chica conoce a un poderoso editor literario que promete ayudarla a cumplir su sueño de ser escritora. El tío la seduce con promesas de una vida perfecta juntos. La mujer se va a vivir con el tío y, nada más hacerlo, él decide que está sobrepasado y rompe con ella.

—Joder. ¿Cuánto hace de eso?

—Ocho meses. Ahora estoy bien, pero al principio fue duro. Me pilló por sorpresa y me dio por ahogar las penas en alcohol por las noches y luego meterme estimulantes por el día para mantenerme despierta y poder hacer mi trabajo. Y así, en bucle.

—Sé lo que es —digo—. Lo siento mucho.

—Sí, fue una época complicada —reconoce—. Pero poco a poco he ido recomponiéndome. Me fui a vivir con Lauren una temporada. Dejé de beberme hasta el agua de los floreros. Fui a terapia. Y ahora ya… —se interrumpe, como si de repente no encontrara la palabra adecuada—. Lo tengo superado.

Esa breve pausa hace que me pregunte si es del todo cierto. Ocho meses no es demasiado tiempo para recuperarse de una devastadora ruptura. Pero no voy a hacerle más preguntas; no es asunto mío.

—Parece que hemos pasado por algo parecido —comento.

—Qué afortunados somos.

—Pues en realidad yo sí me siento agradecido. Si mi vida no hubiera estallado por los aires cuando lo hizo, casi seguro no habría llegado a los cuarenta. Me gusta cómo vivo ahora. Me aterroriza que algo lo altere, que rompa mi rutina, ¿sabes? Por eso no he vuelto a salir con nadie.

Espero que esta revelación no sea demasiado personal. No quiero espantarla. Pero ella asiente.

—Sí, lo entiendo perfectamente. Aunque en mi caso, mi mayor miedo es recaer en el aspecto emocional. Tengo una facilidad increíble para enamorarme de golpe como una colegiala, dejarme absorber por el mundo de otras personas y olvidarme del mío.

—Menudo par de optimistas estamos hechos —bromeo.

—No pasa nada —repone ella—. Estamos a salvo juntos.

—¿Por qué lo dices?

—Porque ¿qué es lo peor que podría pasar en una semana?

Hope

La franqueza y el enfoque directo con el que Felix aborda su pasado y el mío me resulta un soplo de aire fresco. No es la clase de hombre que intenta seducirme con la ilusión de una vida mejor.

Solo busca un rollo pasajero y sin complicaciones, algo divertido durante un crucero.

Lo mismo que yo.

Creo que será terapéutico.

Suena el timbre.

—Debe ser la comida —aventura Felix—. Ya voy yo.

—Espera. Tengo que confesarte una cosa —digo.

—Ay, madre —dice—. ¿El qué?

—He pedido *un festín*.

—Genial. Me muero de hambre.

—No, no lo entiendes.

Pero ya se está alejando, así que me preparo.

Abre la puerta y deja pasar a Crisanto, que entra empujando un carrito de dos pisos repleto de fuentes de plata apiladas de forma un poco precaria. Crisanto lo coloca todo en la mesa con tranquilidad, como si pedir ocho platos distintos fuese lo más normal del mundo. A continuación, nos dice que le avisemos cuando queramos que se lo lleven, y nos desea *bon appétit*.

—¡Madre del amor hermoso, Hope! —dice Felix cuando el mayordomo se ha ido—. ¿Esperas a otra docena de personas?

—No sabía qué te gustaba y no quería espantarte con mi mal gusto

—repongo—. Prefiero hacerlo con mi tendencia al exceso.

—No me has espantado. Aunque diré que *pappardelle* a la boloñesa, *steak tartar*, pasteles de cangrejo, pollo al vino y ensalada de escarola son una combinación peculiar.

—Y no olvides los macarrones con queso y trufa.

—Mi mente lo había borrado.

—Mejor, porque también hay postre.

—No me atrevo a preguntar.

—*Brownies* de chocolate fundido y tarta de queso con pistachos. No pedí helado porque pensé que se derretiría en las cuatro horas que tardaremos en comernos todo esto.

—Eres un portento.

—Espera a ver de lo que soy capaz.

Me sirvo una generosa cantidad en el plato y me pongo a comer con entusiasmo, tanto por hambre atroz como por la firme decisión de no desperdiciarla. Felix hace lo mismo, probablemente para no avergonzarme.

—A ver, como chef profesional, ¿cuál es tu veredicto? —pregunto, una vez que ya no corro peligro de morir por una hipoglucemia.

—El aliño de *roquefort* está espectacular. Y los *pappardelle* caseros me han impresionado. Aunque los macarrones con queso llevan demasiada trufa para mi gusto y los pasteles de cangrejo estarían mejor con menos patata y un alioli más potente.

—Una crítica justa.

—No se puede juzgar a un chef por la comida del servicio de habitaciones. A menos que sean palitos de pollo. Esos tienen que ser perfectos.

—¿Tú sirves palitos de pollo en tus *pubs*?

—Por desgracia, no.

—Dime cuáles son tus especialidades.

Felix describe platos como ensalada de cangrejo de Cornualles con huevo rallado, tartar de cordero añejo con panceta y *crostini* de estragón, panceta de cerdo asada con puré de apionabo, lenguado de Dover escalfado en mantequilla con huevas de bacalao y emulsión de salvia.

—Me acabas de matar —digo—. Robemos un bote salvavidas y pongamos rumbo a Londres.

—¿Sabes navegar? —pregunta.

—Sé manejar una canoa.

—Seguro que no hay mucha diferencia.

—Tengo otras habilidades.

—¿Por ejemplo?

—Hacer malabares. La fotografía arquitectónica. El bádminton.

—¿En serio? —pregunta.

—Por supuesto que no. Lo único que se me da bien es escribir relatos cortos que nadie leerá nunca y ensayos de admisión para la universidad a estudiantes de bachillerato.

—Eso último parece poco ético.

—Bueno, técnicamente no los escribo yo. Solo les digo lo que tienen que poner y lo edito con mano dura. Es un buen trabajo extra para ganar un dinerillo.

—Cuéntame más sobre los relatos cortos.

Exhalo un suspiro. No me entusiasma hablar de mis sueños frustrados y mi talento desaprovechado con alguien con quien tengo intención de acostarme.

—Siempre quise ser escritora —le digo—. Novelista. Tuve cierto éxito al principio y vendí un libro cuando aún estaba en la universidad.

—Vaya —repone—. Eso es increíble.

—Sí —convengo—. Pero fue con una editorial pequeña, que quebró antes de imprimir el libro. Mi agente trató de encontrar otra editorial, pero ninguna lo quiso, y eso me desmoralizó tanto que me pasé a los relatos cortos. Pero tampoco conseguí vender mi colección del máster. Sigo escribiendo de vez en cuando, pero nada lo bastante bueno como para presentarlo, y es muy probable que mi agente se haya olvidado de que existo. Además, entre mi trabajo y los encargos como autónoma, no tengo tiempo para dedicarme a ello.

Siento que mi ánimo decae. Nunca es agradable reconocer que estás viviendo tu plan alternativo. Pero él me escucha sin juzgarme, con mirada compasiva.

—No cabe duda de que eres brillante —dice—. Estoy seguro de que lo resolverás.

Me encojo de hombros.

—Puede ser. Eso espero. Pero bueno, esto es un buen respiro de la vida real.

Él sonríe.

—Sí que lo es. Por lo general, no soy muy fan de las vacaciones. Ya conoces el dicho: «Cuando el diablo no tiene qué hacer, con el rabo mata moscas». Mi madre casi tuvo que arrastrarme aquí de los pelos. Pero me lo estoy pasando muy bien.

—¿Y la culpa es del bingo?

—No. Conocí a una mujer muy maja.

Mi corazón late como el rabito de un cachorro sobreexcitado al que le han dicho que es un niño muy bueno.

—Sí —digo—. Yo también.

No puedo seguir adelante con esta conversación sin correr el riesgo de desmayarme de la emoción, así que cambio de tema.

—¿Qué planes tienes para divertirte mañana?

—Lanzarme en tirolina —responde.

—Ay, qué pena. Yo le tengo pánico a la tirolina.

—¿Alguna vez lo has probado?

—Madre mía, no.

—¿Y qué vas a hacer tú?

—Ponerme en ridículo en una tabla de surf.

—Seguro que lo harás genial.

—Esto… ya me viste probar con el *aquagym.* Y eso que era en una piscina pequeña con ancianos.

—Fue un buen espectáculo apto para todas las edades.

Suelto un bufido.

—Sí. Lo recuerdo bien. Lo tengo grabado a fuego con todo lujo de detalles.

—Oh, quería decirte una cosa —dice—. Ya he terminado *Middlemarch*.

—¡Vaya! Qué rapidez.

—Estoy intentando impresionar a la mujer que te mencioné.

—Está funcionando. ¿Y qué te ha parecido?

—Me alivió ver que al final el amor todo lo puede.

—Bueno, excepto para el pobre Lydgate —le recuerdo.

—Sí, que figura tan trágica. Pero, hablando en serio, ha sido uno de los mejores libros que he leído. Como entendida en literatura inglesa, ¿qué crees que debería leer ahora?

—Bueno, no es inglesa, pero… ¿has probado con Edith Wharton?

—No, nunca.

—Empieza con *La edad de la inocencia*. Muy del rollo matrimonio condenado al fracaso.

—Me pongo con él. Dame un momento, por favor.

Saca su móvil y empieza a teclear.

—Voy a escuchar el audiolibro esta vez —dice.

—¿Para poder escucharlo mientras te lanzas en tirolina?

—Exacto.

Nos reímos y luego nos quedamos callados un momento. No es un silencio incómodo, pero flota en el aire una sensación de incertidumbre. El sol ya se ha puesto, hemos cenado y no sé qué piensa él sobre lo que va a ocurrir a continuación. Así que, siguiendo nuestra política de ser sinceros, le pregunto:

—¿Y ahora qué?

Él me dedica una sonrisa torcida.

—¿No mencionaste algo sobre seducirme?

Me alegra que haya pensado en eso. No voy a pillarme por él. Pero sí me lo voy a tirar.

Si es que recuerdo cómo se hace.

Hubo un tiempo en el que me preciaba de ser toda una experta. Pero después de la experiencia con Gabe y de mi prolongada abstinencia, me siento un poco insegura.

—Sí, sobre eso… —empiezo.

—Oh, mierda —dice—. Lo siento, no quiero parecer un gilipollas. Desde luego que no tienes que seducirme. Solo estaba…

—¡No! —digo—. ¡Todavía quiero! Pero no sé muy bien por dónde empezar. ¿Debería pedir más comida?

—Si como más, seguro que *no* querrás seducirme.

—Entendido.

—Podríamos entrar —sugiere—. Y tal vez podría besarte…

—Me gusta este plan —digo.

Nos levantamos y él entrelaza sus dedos con los míos, dándome un suave apretón antes de conducirme a su sala de estar. Luego se

vuelve hacia mí y abre los brazos. Yo me acerco y dejo que me estreche en ellos. Y entonces inclina la cabeza y roza mis labios con suavidad.

Todo mi cuerpo expresa su total y absoluta aprobación. Me acerco aún más.

Felix ahueca la mano en mi nuca y me besa de forma apasionada. Y cuando me inclino para devorarlo, me agarra las caderas y me besa el cuello, descendiendo cada vez más.

A lo mejor sí que recuerdo cómo se hace esto. Me agarro el dobladillo de mi vestido y me lo quito por la cabeza. No llevo sujetador y soy consciente de que esta imagen es impactante.

Por la expresión de su cara, él también es consciente.

Extiendo la mano y lo atraigo hacia mí.

—Tócame.

Él me aferra las caderas con fuerza para presionarlas contra las suyas. Acto seguido, sus manos recorren mi cintura, la parte baja de mi espalda, mis costillas y por fin, con gran deleite, mis pechos. Está empalmado, le agarro el culo y me aprieto contra él.

Qué sensación tan alucinante.

Tan alucinante que de mis labios escapa un jadeo entrecortado que me delata.

—¿Puedo quitarte la camisa? —pregunto.

Lo hace él mismo y la tira al suelo, como si no quisiera volver a verla.

Y yo tampoco, porque tiene un cuerpo de escándalo y lo único que deseo es sentir su piel contra la mía.

Nos devoramos el uno al otro con urgencia, con voracidad. Yo presiono las caderas contra las suyas mientras su boca se apodera de mis pezones, arrancándome un gemido que se funde con el suyo.

Desliza una mano por mis bragas y estoy tan mojada que sé que las he empapado. Es tan sexi que separo las piernas mientras le suplico en voz queda:

—Por favor.

Sus cálidos dedos se mueven con una seguridad absoluta. No deja de besarme mientras me acaricia con destreza entre las piernas, jugando conmigo, arrancándome un gemido tras otro. Puedo oír el húmedo sonido de sus dedos deslizándose sobre mi carne, aventurándose dentro de mí; es el ASMR más erótico que he oído jamás. Me muerde el labio inferior, su barba me raspa la piel, y yo me froto contra sus dedos, contra la palma de su mano. Y de pronto una explosión de placer me rompe en mil pedazos.

Me estremezco contra él, temblorosa y sin fuerzas, mientras me recorre una oleada tras otra de placer. Él me sostiene, apretándome contra su cuerpo, y noto su polla dura. Deseo tenerlo dentro de mí con una urgencia que no recuerdo haber sentido en muchísimo tiempo.

Bajo la mano y le desabrocho los vaqueros.

—Oye —dice en voz queda—. No tenemos por qué…

—Quiero hacerlo —replico, introduciendo la mano en su ropa interior y acariciando su dura y caliente longitud. Lo siento palpitar bajo mi tacto y le oigo contener el aliento. Me detengo un instante, sin saber si ese jadeo es un «sí» o un «no».

»Si tú también quieres, claro —añado, mirándole a los ojos. Son verdes, casi amarillos alrededor del iris, y la intensidad con que me miran dicen «sí» al mismo tiempo que él lo hace en voz alta, como si en toda su vida jamás hubiera deseado otra cosa.

»¿Tienes una cama? —pregunto.

—Pues resulta que sí.

—¿Me la enseñas?

Él me levanta sin esfuerzo y yo le rodeo con las piernas, dejando que me lleve al dormitorio.

Felix

Dejo a Hope en la cama y me deleito con la depravada y lujuriosa visión de su cuerpo mientras me quito los vaqueros. Es pura sensualidad; pechos, caderas y unos muslos generosos. No quiero cosificarla, pero me mira con esos ojos seductores y cristalinos, como si quisiera que lo hiciera. Y, francamente, no puedo evitarlo.

—Ven aquí —dice.

—¿Puedo contemplarte un momento? Porque eres una auténtica fantasía.

—Soy muy real —aduce, quitándose las bragas. La oscura mata de vello que cubre su coño es tan perfecta como el resto de su cuerpo, y mi polla se estremece. Se tumba sobre el edredón, levanta los brazos por encima de la cabeza y separa las piernas—. Quiero sentirte —añade—. Por todas partes.

Jamás me he despojado tan rápido de los calzoncillos.

Me subo a la cama y la coloco a horcajadas encima de mí.

—Deseo tenerte dentro de mí con todas mis fuerzas —dice, posicionándose sobre mi polla, rozando mi erección con su coño. Noto su humedad sobre mi piel desnuda y es tan excitante que no puedo evitar gemir.

Y entonces me acuerdo.

—¡Joder! —gruño—. No tengo condón. No creí que…

—Ya, yo tampoco —dice—. ¡Mierda!

Nos miramos a los ojos, con el cuerpo ardiendo de deseo mientras pensamos en la situación. Agonizando de necesidad.

—Llevo un DIU —susurra—. Y no he estado con nadie después de romper con mi ex.

—Yo tampoco —digo—. ¿Deberíamos esperar o…?

—Por nada del mundo quiero esperar.

No necesito oír nada más. La penetro con suavidad.

Encajamos tan bien que casi pierdo la conciencia. Oigo un grito estrangulado salir de mi garganta y antes de que pueda avergonzarme por ello, ella dice:

—Oh, sí. Gime para mí.

No puedo evitarlo. Dejo escapar otro gemido.

Cada fibra de mi ser arde de deseo.

Hope se eleva y empieza a cabalgarme, echando la cabeza hacia atrás y arqueando la espalda, lo que me permite ver sus asombrosos pechos. Le froto los pezones con los pulgares, haciéndola jadear. Entonces ella cierra los ojos y me cabalga más deprisa, apretando mis caderas entre sus muslos como si deseara llevarme aún más adentro.

Le agarro las caderas, me coloco encima y me hundo en ella de nuevo.

—Oh, sí —jadea.

Me pone las rodillas sobre los hombros y ciñe mi polla con su coño.

—¡Joder! —gimo—. Vas a hacer que me corra.

Pero ella ya ha llegado al orgasmo. Se estremece una y otra vez contra mi polla, llevándome al límite y a un estado de éxtasis que no sabía que se podía alcanzar sin consumir ciertas sustancias.

Ambos estamos sudorosos y jadeando mientras nos fundimos en el colchón.

La estrecho entre mis brazos y la beso.

—Ha sido… —empiezo, pero no encuentro las palabras.

—Pura sinfonía —sugiere.

Hope se acurruca contra mí y yo le rozo la sien con los labios y le acaricio el pelo.

Me siento extrañamente emocionado. Y entonces me doy cuenta de por qué.

—¿Qué pasa? —pregunta.

—Uh, nada. Es que… nunca lo había hecho sobrio —digo en voz baja.

Ella se aparta y me mira tiernamente a los ojos.

—¿De verdad?

—De verdad.

—¿Y qué te ha parecido? —pregunta con suavidad.

—Intenso —digo.

—¿En el buen sentido?

—En el mejor de los sentidos. No me he sentido como si solo estuviera tratando de correrme yo o que te corrieras tú, ¿sabes? Estaba completamente presente. ¿Tiene sentido?

—Sí, lo tiene. Me alegra haber podido compartir eso contigo —dice —. Gracias por confiar en mí.

—¿Puedo confiarte otra cosa?

—Sí —dice ella—. Cualquier cosa.

—Tengo una fantasía.

—Oh, ¿un fetiche? Cuéntame más.

—No. Mi fantasía es despertarme a tu lado. ¿Te quedas?

Ella se pasa los dedos por el labio inferior.

—¿Para que puedas probar el sexo mañanero sobrio?

—Y quizás algo de sexo sobrio a medianoche. Tal vez un poco de sexo sobrio a las dos de la mañana. Pero perder la virginidad del

sexo al amanecer también sería un puntazo.

Un brillo pícaro aparece en los ojos de Hope.

—¿Sabías que he desvirgado a cuatro hombres?

Suelto una carcajada.

—Creo que se te olvidó mencionarlo.

—Ah, un lapsus poco frecuente. Normalmente empiezo con eso.

—Es un logro impresionante. Cuéntame más.

—La primera vez fue con mi novio de segundo de bachillerato. El primer amor. Muy estresante. Tuvimos que intentarlo varias veces para conseguirlo.

—Pero no te rendiste.

—No. Luego le pillamos el truco, pero rompimos. Así que me dediqué a perfeccionar mis habilidades con otros voluntarios.

—No me imaginaba que fueras tan irresistible.

—¿Por qué no? Contigo ha funcionado.

—Ha funcionado muy bien.

—¿Cuándo perdiste la virginidad? —me pregunta.

—A los quince. Con Gemma Bertram, en una habitación libre durante una fiesta en una casa, después de compartir aproximadamente un litro de Malibu.

—Me impresiona que pudieras empalmarte después de tanto ron de coco.

—Si el alcohol afectara mi capacidad de tener una erección, solo habría sido el quinto hombre al que has desvirgado.

Ella suelta una carcajada que da paso a un bostezo.

—Estoy cansada. ¿De verdad quieres que me quede a dormir?

—¿Cómo si no voy a devorarte hasta el amanecer?

Se acomoda tan contenta contra mí.

—Acepto encantada —dice.

—Voy a ducharme —digo.

—¿Conmigo? —pregunta con cara de no haber roto un plato.

—Quizá sea mi fetiche.

—Vamos allá.

Es una ducha espaciosa para las dimensiones habituales de los baños de un crucero, pero es muy justa para dos personas. Hope tiene que pegarse a mí.

—Lo siento —dice—. Este par de melones ocupa todo el espacio.

—Tus melones me la están poniendo a mil.

—Tócalos —dice con urgencia.

Los acaricio con la lengua, metiéndome los pezones en la boca. Ella jadea, y es tan excitante que no quiero parar. Así que no lo hago. De repente, empieza a temblar y grita, apoyándose contra la pared.

¡Madre del amor hermoso!

—¿Acabas de correrte solo con eso? —pregunto.

—Un talento oculto —dice, respirando con dificultad.

—Voy a morir.

—Pero déjame hacer que te corras una vez más antes de que la palmes.

Y lo hace.

Ya duchados y saciados, nos secamos con la toalla y volvemos a la cama. Apago las luces y ella se acurruca a mi lado.

Siempre tardo al menos una hora en dormirme, lo que me suele resultar frustrante. Pero esta noche, escuchando a Hope dormirse a mi lado, lo siento como un regalo.

6
SEGUNDO DE A BORDO

Maravillas del Caribe, día 5

¡Bienvenido a Basseterre, San Cristóbal y Nieves!

Hoy el Romance del Mar nos lleva a San Cristóbal y Nieves, un paraíso caribeño de playas de arena blanca y montañas cubiertas de exuberante vegetación. Si le apasiona la cultura, le encantará recorrer las empedradas calles de Basseterre, con su preciosa arquitectura colonial y sus mercados llenos de vida. También puede visitar la imponente Fortaleza de Brimstone Hill, reconocida como Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO. Y para los espíritus intrépidos, la isla ofrece experiencias únicas. Sobrevuela la selva tropical en tirolina, atrévase a surfear las olas de Frigate Bay o ascienda a la cima del monte Liamuiga, un impresionante volcán extinguido. ¡Y no olvide explorar los paisajes vírgenes a bordo del tren panorámico de San Cristóbal!

Relájese después de un día repleto de emociones esta noche con los temazos de Billy Joel en el Piano Bar. O, si prefiere ser la estrella, ¡no se pierda el karaoke a las 21:00 en el Mermaid Club!

¡Que tenga un día estupendo!

Hope

La única pega de despertarte junto a un hombre al que no puedes quitarle las manos de encima es tener que marcharte cuando te suena la alarma a las siete de la mañana.

Felix se mueve al oír el pitido de mi móvil.

—¿Qué hora es? —pregunta, con la voz ronca por el sueño. Tiene el pelo revuelto y los ojos somnolientos. La verdad es que es de las mejores cosas que he visto jamás.

—Las siete —respondo.

—Demasiado temprano. No se te permite levantarte de la cama. —Me rodea con un brazo y me acerca a él. Su cuerpo desnudo desprende el calor del sueño. Lo único que me apetece es acurrucarme y quedarme aquí todo el día, sobre todo cuando él empieza a besarme por el cuello.

Decido que puedo permitirme quince minutos más. Los aprovechamos bien.

—Misión Sexo Mañanero completada —digo.

—Mil veces mejor que una resaca.

Le doy un golpecito en el brazo.

—Uh… ¿se supone que eso es un cumplido?

Él me besa.

—Quedémonos en la cama todo el día. Puedes darme una *masterclass*: sexo de media mañana, sexo a la hora del té…

Me aparto con cuidado.

—Tengo que ir a prepararme. Mi excursión sale a las ocho y media.

—Qué tragedia.

—Las clases de surf no esperan a nadie. ¿Pensarás en mí mientras te lanzas en tirolina?

—No será un problema. Seguro que me distraigo y acabo estampado contra un árbol.

—No hagas eso. Tus hermanas se reirían de ti el resto de tu vida.

—Te prometo que iré con cuidado, si tú prometes que repetiremos esta noche.

Le doy un último beso.

—Diviértete. Evita los tiburones. Y, Hope…

—¿Sí?

—Gracias por lo de anoche. Espero no haber sido demasiado… intenso.

Se refiere al momento en que se le humedecieron los ojos la primera vez.

Esa fue mi parte favorita.

—Estuviste perfecto —repongo.

Y lo digo en serio. El sexo fue alucinante, sí. Pero lo que hizo que fuera aún más especial fue lo vulnerable que se mostró conmigo. Su sinceridad.

Ya empieza a entristecerme que esta felicidad sea temporal. Que en cuestión de días tendremos que decirnos adiós.

Pero esta sensación de euforia se debe en gran medida a que no hay presión para que esto dure. Está claro lo que somos el uno para el otro. No hay tiempo para juegos ni para darle demasiadas vueltas a esto. Solo mariposas en el estómago y subidón de endorfinas.

Es el equivalente sexual a alojarte en un hotel diez veces mejor que tu apartamento.

Cuando vuelvo a la habitación, Lauren está en la terraza con un vaporoso caftán de color coral y maquillada.

—Vaya, pero si ha vuelto mi pequeña *ramerilla* —dice, bebiendo un trago de su café frío.

—¿De dónde has sacado eso? —pregunto. Me muero por un chute de cafeína. Felix y yo no hemos dormido mucho.

—San Crisanto —responde—. También te ha traído uno a ti. Ah, y hay cruasanes de almendra. —Señala la mesa de la terraza, donde hay un pequeño festín esperándonos. Me lanzo a por un cruasán y me lo zampo de tres bocados.

—¿Una noche movidita? —pregunta, enarcando una ceja.

—Creo que anoche quemé más calorías que en todo el año pasado.

—Eso suena a película guarra.

—¡Madre mía, Lauren! Me puse en plan Sonic el Erizo con él.

Lauren suelta una carcajada.

—No me hagas escupir el café.

—Perdona.

—¿Es de los que se esmeran? —pregunta.

—Solo tú podrías decir eso con cara seria.

—No te escaquees.

—Sin entrar en detalles, decir que se esmera es quedarse muy corto —asevero, recordando las maravillas que me hizo con la lengua en mitad de la noche.

—Estupendo, porque necesitas un tío que puedas utilizar solo por su cuerpo.

—Lo sé. Y lo mejor es que además tenemos una conexión de verdad. Siento que puedo ser completamente sincera cuando hablo con él.

La expresión triunfal desaparece de su rostro. Frunce los labios, como si quisiera decir algo y estuviera buscando las palabras adecuadas.

—¿Qué pasa? —la insto a seguir.

—Eso mismo decías de Gabe.

—Gabe vivía en el mismo país que yo. Esto es diferente.

—¿Ah, sí?

—Ya me has soltado este sermón antes y, si te soy sincera, no tengo ganas de oírlo otra vez. Además, me hace gracia que tú me digas «no te enamores en un crucero» cuando has venido precisamente a buscar marido.

—Cielo, ¿cuándo fue la última vez que me rompieron el corazón? Yo elijo con la cabeza. Tú lo haces con el corazón y lo sabes.

—Te juro que no me estoy enamorando. Solo digo que me cae bien, lo cual es la guinda del pastel. Vamos, que hasta podría seguir siendo su amiga después de esto.

Lauren exhala un suspiro.

—Ay, Señor…

Eso me irrita, pero no voy a entrar al trapo.

—En fin, debería vestirme —digo—. Tenemos que salir para la clase de surf dentro de veinticinco minutos.

—Eh… sobre eso…

—Por Dios, ¿y ahora qué?

—Colin me invitó a un *tour* gastronómico y cambié de plan a última hora.

Debería haber sospechado algo cuando vi que no llevaba puesto su camiseta de compresión de diseño.

—¡Lauren! ¡El surf fue idea tuya! Dijiste que era la mejor forma de conocer a hombres cachas con casa en la playa.

—Y lo es. Seguro que Felix va. Tiene toda la pinta. ¿Se lo has preguntado?

—Va con sus hermanas a lanzarse en tirolina.

—Joder, lo siento. Te lo habría dicho, pero no quería interrumpir tu cita.

—Eres más peligrosa que un mono con pistola.

—Pues si no te apetece ir, pasa del tema.

—No, dicen que la playa es espectacular. Iré sola.

—Genial. Y prométeme que esta noche vendrás conmigo al karaoke.

La miro muy seria.

—Pues claro que vamos a ir, y las dos juntas. Ni se te ocurra dejarme tirada.

Ella se lleva una mano al pecho.

—Lo juro.

Me pongo mi fiel bañador (porque si ya estuvo a punto de jugármela en clase de *aquagym*, ¿cómo va a salir algo mal en clase de surf?), paso de maquillarme, me planto unos pantalones cortos y una camiseta, y bajo a reunirme con el grupo.

Ya hay algunas personas, la mayoría más o menos de mi edad. Me siento en una mesa junto a una atractiva pareja joven que vi cuando nos registramos en el crucero. Como sospechaba, están de luna de miel. Resulta que también son de Nueva York, así que estábamos intercambiando impresiones sobre nuestros trabajos y barrios cuando le veo.

Es *él*.

Gabe.

Gabe Newhouse.

Mi exnovio.

Está en el umbral, mirándome, con la mano sobre el pecho.

Me levanto de golpe sin pretenderlo.

—Hope —dice en voz tan alta que todo el mundo se gira para

mirarlo.

Antes de que pueda reaccionar, cruza la estancia y me da un fuerte abrazo.

—¡No me lo puedo creer! —exclama, apretándome con tanta fuerza que me hace toser.

Lo empujo con tanta firmeza como me es posible sin montar una escena.

—Suéltame —susurro entre dientes.

Él se aparta, con los ojos brillantes.

—Perdona —dice—. Te estoy asfixiando. Es que… Dios mío, ¿qué probabilidades había de que nos encontráramos?

—¿Qué haces *aquí*? —pregunto con voz temblorosa—. ¿Me estás siguiendo?

Parece poco probable, sobre todo viniendo de alguien que rompió conmigo sin contemplaciones. Pero me cuesta más imaginar que Gabe haya decidido subirse a un crucero por puro placer. Él es más de navegar en yates en Nantucket que de viajar en un crucero.

Gabe se echa a reír.

—No, en realidad soy un rehén. —Pone los ojos en blanco con ese aire cómplice típico de él, como si me estuviera haciendo partícipe de alguna ocurrencia—. Mi abuela cumple ochenta y cinco. Me obligó a prometerle que la llevaría de crucero si llegaba a esta edad. Como si alguien lo dudara. Esta mujer nos va a enterrar a todos.

Esto me pilla desprevenida.

—¿Maeve quería ir de crucero? —pregunto.

La abuela de Gabe, una bostoniana de la alta sociedad, perteneciente a una de esas familias tan antiguas y acaudaladas que hasta hay alas de hospitales y edificios de universidades de la Ivy League con su nombre. Como los Kennedy, pero sin las ambiciones

políticas ni las tragedias.

Siempre imaginé que celebraría su cumpleaños con *gin-tonics* en la finca familiar de Martha's Vineyard, no en un barco llamado «Romance del Mar».

—Sí, aunque parezca mentira —responde Gabe—. Muy impropio de ella, lo sé. Se va a morir de la ilusión cuando te vea.

—Entonces mejor no me acerco a ella. —Me oigo decir. No soy consciente de haber pensado las palabras, porque siento que estoy viviendo esta escena desde fuera.

—No, querrá verte —dice—. Ya la conoces.

Así es. Me presentó a su familia un mes después de que nos conociéramos. Pasamos todo el verano yendo a su casa de Marthas's Vineyard para disfrutar de largos fines de semana. Fueron sorprendentemente hospitalarios conmigo para ser gente de dinero, parte de la élite protestante. Probablemente porque, al igual que yo, pensaban que nos íbamos a casar.

—Pero ¿qué haces *tú* aquí? —pregunta—. Pensaba que siempre pasabas la última quincena de agosto en Vermont.

Me quedo paralizada, debatiéndome entre las ganas de saltar del barco para escapar de él y las de mantener la calma para que no note lo mucho que me ha desconcertado verlo aquí.

Opto por hacer como si nada.

—Mis padres van a vender la casa —digo—. Y Lauren está haciendo una colaboración con la línea de cruceros, así que aprovechamos para irnos de vacaciones gratis.

Él sonríe.

—La Lauren de siempre.

Entonces se da cuenta de que la pareja de enfrente nos está mirando, así que, como es tan educado, le tiende la mano a la mujer,

Nuala.

—Soy Gabe Newhouse —se presenta.

Siempre suele presentarse él primero y usa su nombre y apellido. Es una costumbre que resultaría odiosa si no fuera tan guapo y simpático.

Vaya si lo es. Tiene el don de ser educado a la par que entusiasta, irradiando carisma sin parecer arrogante. Y con su cabello dorado y sus impresionantes ojos castaños, sumado al corte impecable de la costosa ropa que cubre su atlético metro ochenta y ocho de estatura, es inevitable no sentirse atraído por él.

Yo, desde luego, no fui una excepción.

—¿De qué os conocéis? —pregunta Nuala.

—Es de lo más curioso —dice Gabe—. Fuimos pareja.

Nuala me mira, tratando de discernir si eso es bueno o malo. «Es malo», intento comunicar con la mirada, como si pudiera sacarme de esta.

No puede.

Lo único que puede salvarme es inventarme una excusa y largarme.

Una vez más, calculo mentalmente si esa es la mejor opción. Si me voy, me evito el mal trago de estar cerca de la persona que más daño me ha hecho en la vida. Pero, por otro lado, habré dejado que me eche, haciéndome parecer patética o resentida. Y mi orgullo considera esto último inaceptable.

Pero hay algo más.

Algo que me horroriza.

Una pequeña parte de mí quiere quedarse porque le he echado de menos.

Lo sé, ya *lo sé.*

Pero no puedo evitarlo. Le quise tanto que su presencia física está provocando una extraña y contradictoria reacción en mi cuerpo. Me siento atraída al mismo tiempo que me repele.

Así que me quedo.

Por supuesto que me quedo.

—Sí, qué coincidencia tan curiosa —le digo a Nuala con una sonrisa—. Gabe, Nuala y Clayton son también de Nueva York. Viven en Fort Greene.

Sé que esto hará que se ponga a hablar de lo mucho que adora Brooklyn. Y eso hace, pero como lo haría alguien con un apartamento de lujo en el Upper West Side que considera pintorescos los barrios periféricos.

Nuestro guía turístico entra a saludarnos y luego nos lleva al muelle. Gabe camina a mi lado mientras nos dirigimos a la furgoneta.

—¿Qué tal te va? —pregunta—. Estás guapísima, como siempre.

No sé de qué forma reaccionar. Se comporta de un modo muy raro. Me trata como a un antiguo amor al que se alegra de haberse encontrado, no como a una exnovia a la que le rompió el corazón el pasado otoño.

Por un instante me planteo aprovechar la ocasión para echarle en cara todo lo que me hizo. Para decirle que me quedé hecha polvo, consumida por la tristeza. Que tuve que quedarme en casa de Lauren durante meses porque, como bien sabía, renuncié a mi apartamento de renta controlada y vendí todas mis cosas para mudarme con él.

Pero eso sería una muestra de debilidad y yo quiero irradiar fortaleza.

—Estoy fenomenal —digo—. ¿Y tú?

—Genial ahora que sé que estás aquí. ¿Qué tal Lauren? ¿Ha cazado ya a su multimillonario?

—Sigue en ello.

—Debería presentarle a Alfred Khan, el conservador. Se acaba de divorciar y es justo su tipo.

No me cabe duda de que cualquier amigo conservador de Gabe sería justo el tipo de Lauren. Una vez consiguió una pasantía en Art Basel solo para conocer hombres. Pero Lauren detesta a Gabe y a todo su círculo por asociación, así que declinaré la oferta en su nombre.

—Le ha echado el ojo a un guapo irlandés, así que creo que está servida.

—¿Sigues trabajando en tu colección? —pregunta.

Se refiere a los relatos cortos que me animó a escribir cuando estábamos juntos. Los mismos que, según él, deslumbrarían al mundo literario y me consolidarían como una escritora prometedora.

No los he tocado desde que rompimos.

—Sí —miento—. Van de maravilla.

—Me encantaría leerlos cuando estés lista.

—Gracias, qué detalle. ¿Y tú? ¿Qué tal el trabajo?

—El mes que viene publicamos el nuevo libro de Alex Lho. Es una novela increíble, creo que va a ganar algunos premios. Te puedo enviar una edición preliminar si quieres.

No soporto lo insignificante e insegura que me está haciendo sentir esta conversación. El mundo de Gabe siempre me resultó intimidante, pero antes lo veía de otra manera porque él me aseguraba con tanta convicción que estaba destinada a formar parte de él. Que también tenía un futuro brillante por delante.

Me siento exactamente como lo que soy; una publicista de treinta y un años, sin un duro, que sigue intentando poner en orden su vida.

Doy gracias a Dios cuando la furgoneta se detiene, poniendo fin a esta tortuosa conversación sobre mi vida.

Nos bajamos en una playa impresionante, pero abarrotada, con interminables hileras de tumbonas y sombrillas. Nuestro guía nos conduce a una tienda de surf y nos presenta a los profesores. Nos organizan en grupos según nuestra experiencia. Mi nivel, poco atlética y sin fuerza en el tronco, recibe el amable nombre de «principiante».

Doy por hecho que esto significa que Gabe y yo nos separaremos y podré tener un rato para reponerme.

Por desgracia, Gabe le dice al profesor que nunca ha hecho surf. Y para rematar la jugada, todos los demás tienen experiencia, así que nos emparejan a los dos para que aprendamos lo básico en la orilla mientras el resto del grupo empieza en aguas poco profundas.

Nos dan las tablas y nos enseñan a remar, a ponernos de pie y a coger una ola. Practicamos en la arena, pero ninguno de los dos consigue dominar la parte de levantarse. Yo tengo el centro de gravedad demasiado alto y acabo apoyando las manos sin poder remediarlo. Gabe, que es ágil, fuerte y posee la destreza de un atleta, por alguna razón, no deja de caerse.

Empiezo a sospechar que lo está haciendo a propósito, solo para que no me sienta tan mal por ser tan torpe.

Rufio, nuestro profesor, tiene más paciencia que el santo Job, pero está claro que le frustra nuestra incapacidad para dominar los principios básicos. Propone que nos metamos en el agua con las tablas para practicar el remo y que después probemos de nuevo el ponernos en pie. Miro con anhelo por encima de los hombros de

Rufio a la gente que disfruta del sol en las tumbonas.

—O podemos reconocer que somos un par de patos mareados y ponernos al día en el restaurante —me dice Gabe.

Sigo su mirada más allá de las tumbonas hacia una terraza cubierta con una barra circular. Las batidoras zumban, una capa de condensación envuelve los vasos y los ventiladores del techo giran.

Deseo con *toda* mi alma estar allí y no aquí.

Sé que, de entrada, sentarme a tomar algo con mi ex es una mala idea. Pero después de arrastrarme una y otra vez sobre una dura tabla cubierta de arena bajo un sol abrasador, una bebida helada a la sombra me parece una compensación justificada.

—¿Sabes qué, Rufio? —empiezo—. Has sido un gran profesor, pero creo que vamos a dejarlo por hoy.

—Gracias, tío —dice Gabe, dándole un par de billetes de veinte.

Rufio se encoge de hombros y nos desea buen viaje.

—Y ahora, margaritas —dice Gabe.

Nos sentamos en unos altos taburetes y pedimos las bebidas. A la sombra, por fin puedo apreciar el hermoso día y el idílico paisaje que nos rodea. El camarero deja dos copas delante de nosotros. Gabe alza la suya hacia mí.

—Brindo por no hacer surf —propone.

Al menos esto no me genera ningún conflicto.

—Por no surfear *jamás* —respondo, chocando mi copa con la suya.

Mi copa está deliciosa; helada y cítrica, ideal para combatir la humedad. Creo que he tomado una buena decisión.

Hasta que Gabe me coge la mano.

Me pongo tensa en el acto.

—Te he echado muchísimo de menos —suelta—. He intentado llamarte, pero no me lograba comunicar.

—Eso es porque te bloqueé —repongo—. En todos lados.

Aunque no de inmediato. Algunos meses lo único que deseaba en este mundo era que se disculpara y me pidiera otra oportunidad. Pero después de tres meses sin saber nada de él, Lauren consiguió meterme en la cabeza que cualquier atisbo de esperanza solo me haría daño. Era mejor no saber nada.

—También fui a casa de Lauren, pero no quiso decirme dónde estabas.

Eso no lo sabía. Sé que lo hizo para protegerme, pero me parece que tenía derecho a saberlo.

Aunque no pienso decírselo *a él*.

—Eso es porque me jodiste la vida. Lo entiendes, ¿verdad?

—Sí —admite, mirándome a los ojos—. Lo entiendo. Sé que te hice daño y lo siento muchísimo.

Ah, claro. Lo siente. Igual que lo sintió cuando me lo hizo. Eso no cambia nada.

—Es solo que… estemos los dos aquí… —empieza—. ¿No te parece cosa del destino?

Es una idea tan pretenciosa que hace que recupere cierta coherencia.

—Me parece una coincidencia —asevero, apartando la mano de la suya.

—Una coincidencia *extraordinaria.* Y me pregunto si el universo no nos está diciendo que aún podemos arreglar lo nuestro.

¿Arreglar?

¿Qué significa eso exactamente? ¿Que seremos amigos? ¿Que coincidiremos en eventos literarios y nos encontraremos por casualidad en los Hamptons?

Lo dudo mucho.

—Si por «arreglar» te refieres a que podemos conversar de manera civilizada mientras tomamos una copa, entonces sí —digo—. Más allá de eso, yo ya he pasado página.

Veo la decepción reflejada en sus ojos.

—¿Con otro?

—Me refiero a que he seguido con mi vida.

—¿Sales con alguien?

—No voy a hablar de eso contigo.

Gabe levanta las manos en alto.

—Ya, claro. Tienes razón. No he debido preguntar. Es que… —Cierra los ojos con fuerza y luego se frota la sien—. Cometí un gravísimo error, Hope.

Se me encoge el corazón. Y aunque no quiero que lo haga, llevo *demasiado* tiempo deseando oír esas palabras.

—Jamás había amado tanto a nadie como te amaba a ti. Eso me aterraba, así que me cerré en banda. Me comporté como un idiota inmaduro y me avergüenzo de lo que hice, de cómo te dejé. Me arrepiento porque la verdad es que… sí lo quería. Quería todo lo que soñamos, todo lo que planeamos.

Me niego a permitir que su confesión haga que se me acelere el corazón.

—Solo dices eso porque ya no puedes tenerlo —repongo.

—No —dice—. No es verdad. He hecho muchísima terapia desde que rompimos…

—Desde que me dejaste —le corrijo.

Él hace una mueca.

—Sí. Y lo que he aprendido es que tengo problemas para dar y recibir amor. Sabes lo fría y distante que es mi familia. Yo quiero algo mejor para la mía, una relación como la que tú tienes con tus padres.

Como la que tenía contigo. Solo que estaba demasiado asustado como para aferrarme a ello.

Lucho con todas mis fuerzas por no caer en la trampa. Pero cuando alguien que te ha roto el corazón se postra a tus pies, cuesta mucho permanecer indiferente.

—No sé por qué estamos hablando de *esto* —digo, tratando por todos los medios de no mostrar que me está afectando—. Ni por qué insistes en ello.

—Claro que lo sabes, Hope —dice Gabe en voz queda—. Por supuesto que lo sabes.

—Te juro que no lo sé.

Entonces él se acerca y desliza el pulgar por la línea de mi mandíbula.

—Porque… —empieza a decir.

Pero la voz de una elegante mujer británica le interrumpe:

—¿Esa es Hope?

Dirijo la mirada hacia la voz. Pear y Prue Segrave nos están mirando. Detrás de ellas está Felix, con los ojos clavados en la mano de Gabe, aún en mi rostro.

Felix

No me considero una persona posesiva. Pero algo se retuerce dentro de mí cuando veo a ese hombre acariciar el rostro de Hope con tanta ternura.

Es una escena tan íntima que me da la sensación de estar presenciando algo que debería ocurrir en privado.

¿Quién coño es ese tío? ¿Es que en las cuatro horas que han pasado desde que se levantó de mi cama, Hope ha tenido tiempo de iniciar una aventura con un hombre que ha conocido en clase de surf?

Hope se aparta de él y nos saluda con la mano con exagerada efusividad para una mujer que hace un momento estaba mirando a los ojos a su acompañante como una enamorada.

Prue, que no se calla ni debajo del agua, está en silencio y fulmina con la mirada al hombre con quien Hope parecía estar compartiendo algo muy personal.

—¡Oh, sentimos interrumpiros! —dice Pear—. Haced como si no estuviéramos.

—¡No pasa nada! —exclama Hope—. ¡Acompañadnos!

Mis hermanas me miran, esperando una señal. Pero no sé que hacer. Si me niego a saludar, pareceré un inmaduro.

Así que asiento y me acerco a ellos.

—Gabe, te presento a los Segrave —dice Hope—. Prue, Pear y Felix viajan en el crucero con nosotros.

«Nosotros».

¿Es posible que le conociera hace días? ¿Que yo no sea la única persona con quien ha estado coqueteando en este viaje? Pero ¿de

dónde iba a sacar el tiempo?

El hombre nos brinda una amplia sonrisa y le ofrece la mano a Pear.

—Gabe Newhouse.

Pear ladea la cabeza con aire inquisitivo.

—¿De qué me suena ese nombre? ¡Oh! Por casualidad no serás familia de Eliza Newhouse, ¿verdad?

—Es mi hermana.

—¡Lo sabía! Nos conocimos durante mi año sabático en París. Es una verdadera estrella. Tengo que llamarla para ponernos al día; hace siglos que no hablamos.

Se vuelve hacia Prue y hacia mí.

—Eliza es productora de cine. Produjo *Alouette.* Una verdadera bestia en lo suyo.

Gabe asiente, irradiando orgullo fraternal.

—Nominada a Mejor Película el año pasado.

—Y se lo *robaron* —agrega mi hermana.

—¿Y de qué conoces a Hope, Gabe? —inquiere Prue. Su tono es educado, pero distante. No parece más contenta que yo de verla con este hombre—. ¿Os habéis conocido en el barco?

—Oh, no —responde con una carcajada—. Somos muy amigos.

Su tono insinúa de forma clara que son más que eso. ¿Debo deducir que hay un amante suyo en este crucero y ni siquiera lo ha mencionado? No puede ser. Estoy sacando conclusiones precipitadas.

Y aunque tuviera razón, no sé si tengo derecho a sentirme tan dolido.

Pero lo que siento es innegable.

—¿Queréis tomar algo? —pregunta Gabe.

—Sí, por favor. Hope, ¿qué estás bebiendo tú? —pregunta Pear, con los ojos fijos en la copa de cóctel cubierta de gotitas de condensación.

—Un margarita de piña y jalapeño —responde Hope—. Está delicioso.

—Yo quiero uno de esos —dice Pear.

—Lo mismo para mí —añade Prue.

—¿Y tú? —me pregunta Gabe.

Me muero por una Coca-Cola, pero no soporto la idea de que me la pida este tío.

—Para mí nada, gracias.

—Vamos, tómate algo —insiste de forma afable—. ¿Una cerveza?

—Soy abstemio —respondo con frialdad.

No es algo que le diría a un desconocido, pero no soporto que me presionen para que beba. Mucho menos un encantador niño bonito estadounidense que es «muy» amigo de la mujer que…

¿Qué?

¿Que me he follado?

Me recuerdo que no tengo ningún derecho sobre ella. No debería ponerme en este plan.

—Oh, lo siento —se disculpa Gabe.

—No pasa nada. En realidad, me tomaré una Coca-Cola —digo, tratando de aparentar una calma que no siento.

Gabe llama al camarero y pide una ronda.

—Creía que hoy ibais a lanzaros en tirolina —empieza Hope.

Sí, eso está muy claro.

—Lo intentamos, pero fue una pesadilla —interviene Pear—. ¿Cuerdas endebles suspendidas a más de sesenta metros de altura? No, gracias. Tuve que insistir en que nos fuéramos.

—Prue y yo nos lo estábamos pasando genial, pero nuestra adorable hermana armó tal escándalo que al final preferimos irnos.

No estoy precisamente de humor para charlar, pero es mejor participar en la conversación que quedarme callado con cara de pocos amigos y que Hope piense que me siento amenazado.

—No armé *ningún* escándalo —asevera Pear con firmeza—. Marqué un límite. En fin, el guía nos recomendó este chiringuito de playa para comer. ¿Ya habéis comido?

—Aún no —contesta Hope—. Intentamos hacer surf, pero éramos incapaces de ponernos de pie en la tabla, ni siquiera en tierra. Ni mucho menos llegamos al agua.

No me gusta que hable de «nosotros». Tampoco me gusta que parece estar un poco achispada. Es algo que no debería importarme, pero eso agrava la incomodidad que me produce toda esta situación.

Mis hermanas le preguntan a Gabe dónde vive y a qué se dedica y él responde que es editor de libros en Nueva York.

Adiós a mi fingida indiferencia.

¿Con cuántos editores neoyorquinos puede haber salido esta mujer? Tiene que ser *él.* El ex que le rompió el corazón. Está aquí y cuando nos topamos con ellos parecía que estaba a punto de besarla.

Estoy destrozado. Apenas sigo la conversación. De hecho, estoy buscando desesperadamente una excusa para largarme cuando escucho mi nombre.

Pear le está hablando a Gabe sobre mis *pubs.* Él reacciona como si le hubieran dicho que soy el dueño de Norma y empieza a bombardearme con toda clase de preguntas sobre la comida y la ubicación con lo que parece sincero interés y una actitud tan cordial que se me hace difícil odiarlo tanto como quisiera.

—¿No conocerás a Matthew Reynaldo por casualidad? —pregunta

—. Somos buenos amigos.

—Me temo que no hemos coincidido —respondo.

Matthew Reynaldo es un chef con tres estrellas Michelin y dueño del Schoolmarm, el restaurante en el que más cuesta reservar de la ciudad.

—Es un tío *genial* —dice Gabe—. Si alguna vez necesitáis una mesa, avisadme sin problema. Hope tiene mi número.

—Sí, *por favor* —repone Pear—. Me muero por ir, pero está todo reservado hasta dentro de cinco meses.

—Por Dios, tienes que ir —dice Gabe—. La terrina de caballa ahumada con ortiga es lo mejor que he probado en mi vida.

Pedimos otra ronda y Gabe propone que nos sentemos a comer. Dado que mis hermanas y yo hemos venido con ese propósito, no tengo una buena excusa para negarme.

Nos cambiamos a una mesa con vistas al mar.

—Bueno, ¿de qué os conocéis exactamente? —le pregunta Prue a Hope.

—Fuimos pareja —responde Hope, echándome una mirada rápida por primera vez desde que llegamos. ¿Una disculpa silenciosa? ¿El reconocimiento de lo incómodo de la situación?

Gabe mira a Hope con afecto.

—Fue la que se me escapó.

Lo dice como una broma, pero su expresión me hace pensar que no lo es.

Ella arruga la nariz como si acabara de chupar un limón pensando que era una naranja.

No soy capaz de interpretar su reacción. ¿Está mosqueada con él o le ha conmovido escuchar que aún la echa de menos?

Sea lo que sea, entre ellos hay algo que está muy alejado de la

indiferencia, y verlo es una tortura.

Hope se levanta de golpe.

—Voy al baño —dice—. Si viene el camarero, ¿podéis pedirme el pargo?

—Por supuesto —responde él al mismo tiempo que yo digo: «Claro».

Gabe la sigue con la mirada mientras ella se aleja.

Pear aprovecha para acribillarle con preguntas sobre libros y pedirle recomendaciones. Gabe emprende con evidente entusiasmo un monólogo sobre los próximos lanzamientos y los brillantes debuts, mientras Pear saca su teléfono y se pone a tomar nota.

De pronto, mi móvil empieza a vibrar dentro de mi bolsillo. Es un mensaje de Hope.

Hope: Esto es muy incómodo. ¡Lo siento!

Como buen británico, mi primer impulso es escribir algo del estilo «no pasa nada», pero estoy tan cabreado que no puedo dejarlo correr. Al final, opto por lo siguiente:

Felix: Ya, es un poco raro.

Hope: No sabía que estaba aquí… Resulta que ha venido al crucero con su abuela.

Me he enterado esta mañana.

Sé que no es generoso por mi parte, pero no puedo evitar preguntarme si está diciendo la verdad. ¿De verdad es posible que no supiera que estaba aquí? ¿Soy un peón en algún plan de venganza? ¿De un intento de ponerlo celoso?

Sea como sea, no voy a preguntárselo por mensaje.

Felix: Entendido.

Hope: Vuelvo a la mesa. Solo quería decírtelo en privado.

No me gusta la formalidad con la que habla. Le escribo un «gracias».

Nos traen la comida justo cuando Hope regresa. El pescado parece perfecto, servido a la plancha con una guarnición de arroz, guisantes y una ensalada fresca de cebolla, repollo y mango.

No puedo saborearlo.

Gabe mira su teléfono y hace una mueca.

—Hope, deberíamos irnos. Nuestra furgoneta sale rumbo al puerto en cinco minutos.

Ella asiente y se limpia la boca con una servilleta mientras él deja varios billetes de cien dólares en la mesa.

—Invito yo —dice—. Ha sido un auténtico placer conoceros. Tenemos que repetirlo en el barco.

—¡Por supuesto! —responde Pear.

Hope, que está donde él no puede verla, me mira, aprieta los dientes y niega con la cabeza.

Sé que quiere tranquilizarme. Puedo ver que, a pesar de lo que está pasando, se siente fatal.

Pero mientras los veo alejarse a los dos, también me doy cuenta de la familiaridad que hay entre ellos. Caminan juntos como si se conocieran bien y se entendieran al instante.

No puedo evitar sentir que he perdido algo que apenas acabo de encontrar.

Hope

—Qué gente tan agradable —dice Gabe mientras nos dirigimos al punto de encuentro para regresar al barco—. Y es increíble que Pear sea amiga de Eliza.

—Sí —respondo aturdida, porque siento como si me hubieran golpeado la cabeza con un mazo—. El mundo es un pañuelo.

—Te echa de menos, ¿sabes? —añade Gabe.

—¿Quién?

—Eliza.

Lo dudo. Ella está en la larga lista de gente de la que no he sabido nada desde la ruptura. Pero no digo ni una palabra. En mi cabeza solo hay ruido blanco.

—¿Qué ocurre? —pregunta Gabe—. Estás muy callada.

Una parte de mí quiere decir: «Estoy traumatizada porque acabo de comer con el exnovio que me inspira sentimientos encontrados y el encantador hombre con el que me acosté anoche». Pero en lugar de eso, digo:

—El sol me ha dejado agotada.

Cierro los ojos en el trayecto de vuelta para evitar conversar. Gabe capta la indirecta y me deja descansar, entablando conversación con una pareja de ancianos en excelente forma física sobre sus experiencias previas con el surf y sus numerosos nietos. Parece como si estuviera intentando recordarme lo encantador que puede ser.

No quiero recordarlo. No quiero volver a ese estado mental.

Y me siento fatal por Felix.

Me despido de Gabe en cuanto subimos al barco. Él me toca el

brazo para detenerme. Mi cuerpo no ha olvidado cuánto le gusta su contacto. Me giro hacia él casi sin pensar.

—Oye —dice—. No quiero presionarte, pero me encantaría que tomaras un café con mi abuela. Sabes cuánto te adora.

No recuerdo que Maeve adorara a nadie, es más una imponente matriarca que una afectuosa figura materna, pero tuvimos una relación cordial.

—Claro —digo—. Te mando un mensaje.

Aunque no estoy segura de que lo haga. Teniendo en cuenta lo mucho que me afecta estar cerca de él, probablemente no sea lo más sensato.

—Gracias —repone. Le brillan los ojos como si acabara de aceptar casarme con él. La ironía no me pasa desapercibida.

Subo a mi camarote, rezando para que Lauren no esté. Necesito asimilar todo esto antes de escuchar su opinión. De hecho, ya sé cuál será; que arroje a Gabe a los tiburones.

Una parte de mí quiere hacerlo.

Una parte de mí está enfurecida por que pueda ser tan amable, afectuoso, incluso posesivo, después de lo que me hizo.

Pero luego hay otra parte de mí que piensa: «gracias a Dios». Gracias a Dios que todavía le importo. Que no me imaginé que me quería. Que he estado tan presente en su cabeza como él en la mía.

Seamos claros, no siento ningún respeto por esta parte de mí. Ojalá esta parte de mí se pudiera extirpar con un escalpelo y deshacerme de ella en un camión de residuos peligrosos.

Pero los sentimientos son como son. Sean deseados o no, están ahí.

Y junto con ellos están mis sentimientos por Felix. Mi adorable y, hasta ahora, sencillo rollete de vacaciones. El que sigue provocándome mariposas, incluso cuando está sentado junto al gran

amor de mi vida, tratando de no echar chispas por los ojos.

Podía ver que estaba molesto, y lo entiendo. Yo también lo estoy.

Siento que estoy jugando con él sin querer. Que la mera presencia de Gabe, y mi reacción a ella, es una traición.

Vale, es evidente que tengo que hablar con Lauren.

Cojo el teléfono para preguntarle dónde está y veo una llamada perdida por FaceTime de mi madre. Es la última persona con la que podría hablar de esto, pero con lo deprimida que ha estado últimamente, no me gusta hacerle esperar cuando me llama. Me dirijo a la terraza para llamarla.

—Hola, cariño —me saluda. Está fuera, en el jardín de la cabaña. La luz del sol ilumina su cabello rojizo, haciéndolo resplandecer. Está preciosa. Y puede que solo sea la luz, pero parece menos cansada de lo normal. Tranquila.

—Oh, ya estás en la cabaña —comento—. Creía que le tocaba a papá esta semana.

—Así es, pero hay algunas decisiones que debemos de tomar juntos, así que vine antes de tiempo. Hace un día estupendo.

Se me hace raro imaginarlos compartiendo casa, aunque sea por poco tiempo. Hace más de un año que no los veo en el mismo lugar. Me invade la tristeza, pero mi madre parece animada, algo raro en ella últimamente, y no quiero fastidiarle el buen humor.

—Ojalá estuviera allí —digo.

—¡No digas eso! Estás en un lugar mucho más exótico. ¡Quiero saberlo todo sobre tu aventura!

Me obligo a sonreír.

—La verdad es que me lo estoy pasando bien —digo, porque hasta ahora así ha sido.

Ella ríe.

—Quién lo diría, unas vacaciones gratis en el Caribe que resultan ser divertidas.

—Tú disfrutas de cualquier cosa que sea gratis. —Mi madre es famosa por su tacañería. Se compra toda la ropa de segunda mano, reutiliza las bolsitas de té, y todavía recorta cupones de los periódicos locales.

—¿Y qué has estado haciendo en este viaje? —pregunta.

—A ver… He aprendido a cocinar comida típica de Antigua. He visto a un imitador de Elvis sorprendentemente bueno. Y hoy he descubierto que el surf no es lo mío.

Como es lógico, no le cuento nada de Gabe.

—Parece emocionante —declara—. ¿Qué tal Lauren?

—Saliendo con todo el barco, por supuesto.

—Oh, no. ¿Te sientes sola?

Dudo si hablarle de Felix, pero quiero hablar de él con alguien.

—Bueno, en realidad… —empiezo— he conocido a alguien.

Mi madre enarca las cejas.

—¿Ah, sí? —repone con tono neutro.

—Es británico. Y chef. Muy majo. Está aquí con su familia. Te caería bien.

Su expresión, siendo generosos, podría describirse como «escéptica».

—¿Cuánto tiempo llevas en este barco? —pregunta—. ¿Una semana?

—Cinco días.

—Eso es muy rápido.

—No he dicho que vaya a casarme con él, mamá. Además, ¿tú no te enamoraste de papá en una semana?

La historia de amor de mis padres es casi un mito en la familia. Se

conocieron el primer día de universidad en la librería del campus, compraron libros de texto carísimos para una clase de Estadística que terminaron abandonando y nunca miraron atrás.

«El mejor dinero que he gastado en toda mi vida», siempre dice mi padre.

Decía.

Mi madre frunce el ceño y me doy cuenta demasiado tarde de que no es el mejor momento para mencionar su historia de amor. Está claro que mi cerebro también se ha ido de vacaciones.

—Sí —es lo único que dice—. Pero ten cuidado.

—Lo tendré —le aseguro, aunque, teniendo en cuenta el lío en el que estoy metida, ya es demasiado tarde para eso.

—Bien, nos has pillado limpiando el cobertizo del jardín, así que te dejo. Solo quería ver cómo estabas.

Eso es típico. Mi madre no aguanta hablar por teléfono más de cinco minutos.

—Vale —digo. No le menciono lo que se me acaba de pasar por la cabeza; que limpiar un cobertizo de jardín parece una razón bastante rara para que dos personas en pleno divorcio pasen tiempo juntas en una cabaña aislada.

—Te quiero —dice.

—Yo también te quiero.

En cuanto cuelga, le mando un mensaje a Lauren.

Hope: ¡Hola! ¿Cuándo vuelves? Menudo DRAMÓN tengo. ¡Necesito consejo!

No responde; debe seguir en tierra. Pero veo un mensaje nuevo de un número desconocido.

Desconocido: Hola, soy yo. Estoy usando el móvil de Maeve.

(No sé si me has desbloqueado).

Me ha encantado verte.

¿Te parece tomar un café mañana?

Que este hombre tenga que escribirme desde el móvil de su abuela me cae como un jarro de agua fría.

Bienvenida de nuevo a la realidad, Hope Lanover. Una realidad en la que eres una mujer fuerte que has pasado página y merece disfrutar de sus vacaciones con cosas que le alegren la vida y no que le hagan sentir desgraciada.

Y Felix me hace feliz.

Tengo que hablar con él ahora mismo. No soporto la idea de que esté confuso o dolido.

Hope: Hola, ¿qué haces? ¿Podemos vernos?

Felix: Lo siento, no puedo… Estoy liado con mis padres hasta después de cenar.

Me percato de que no firma el mensaje con un beso.

No es que lo merezca, claro.

Hope: Entiendo. ¿Nos vemos después?

Felix no responde.

Bueno, no puedo culparle después de lo que ha visto. Si yo me lo encontrara tomando algo con una ex solo unas horas después de haberme acostado con él, también estaría molesta.

Espero no haberlo estropeado todo.

Me doy una ducha, leo un rato y me quedo dormida. Debía de

estar agotada después del maratón de sexo de anoche y el torbellino emocional de la mañana, porque cuando me despierto han pasado tres horas. Lauren está en la cama de al lado, editando fotos en su ordenador portátil.

—Hola —digo con voz ronca.

Ella se endereza y cierra el portátil de golpe.

—Por fin te despiertas —dice—. Me muero de la curiosidad. ¿Cuál es el DRAMÓN?

Voy directa al grano.

—Gabe está aquí.

Abre la boca tanto que parece un dibujo animado.

—¿Gabe *Newhouse*?

—El mismo.

—¿Cómo es posible?

—Al parecer está aquí con su abuela, celebrando su cumpleaños.

—Eso es morboso.

—Lo sé.

—¿Has hablado con él?

—No me quedó otra. Estaba en el grupo de surf.

—¿Y no lo tiraste de la tabla, lo ahogaste y ahora está muerto y el mundo es un lugar mejor?

—Ojalá. Me soltó un emotivo discurso sobre lo mucho que lo siente y que quiere que le dé una segunda oportunidad para «arreglar» las cosas.

Lauren me mira boquiabierta.

—¿*Arreglar* las cosas?

Exhalo un suspiro.

—Sí, igual me quedé yo.

—Lo único que hay que arreglar es su puñetera falta de decencia y

su alma podrida. Dime que le mandaste a la mierda.

Me dejo caer sobre las almohadas y suelto un gemido.

—¡Hopie! —exclama Lauren—. *Dime* que le mandaste a la mierda.

—Me entró el pánico. No sabía cómo reaccionar. Estaba furiosa, pero una parte de mí también… se sintió aliviada. O halagada. O algo así. Uf, Lauren, ¿por qué soy así?

Me espero un sermón, de hecho, es lo que busco, pero ella se sienta a mi lado en la cama y me acaricia el cabello.

—Te entiendo.

—¿De verdad?

—Sí. Es normal querer que la gente se sienta mal por haberte hecho daño. Pero recuerda una cosa —dice, me da un golpecito en el hombro para otorgarle un mayor énfasis—. Siempre se le ha dado bien decir justo lo que quieres oír. Por eso te enamoraste de él. El problema es cómo te trata una vez que ya te tiene segura.

—Lo sé, lo sé. —Exhalo un suspiro—. Gracias. Necesitaba escucharlo.

—Por eso estoy aquí. Para ponerte en tu sitio cuando hace falta.

—Pero eso no es todo —prosigo.

—¡Señor, dame paciencia! ¿Ahora qué?

—Felix apareció justo cuando Gabe estaba a punto de intentar besarme. Y… acabamos comiendo con sus hermanas y con él.

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Por qué?

—Una de las hermanas de Felix conoce a la hermana de Gabe, así que se pusieron a hablar y…

—¡Madre mía, tía! —exclama—. ¡Tu vida es un culebrón!

—Eso parece. Sobre todo después de que Gabe les diera a entender que es mi exnovio.

Lauren se lleva la mano a la boca

—¡Ay, por Dios! ¿Cómo reaccionó Felix?

—Parecía… desconcertado.

—Lógico. ¿Has hablado con él?

—Me escondí en el baño y le mandé un mensaje para intentar explicárselo, pero no salió muy bien. Y cuando volvimos le pregunté si podíamos vernos y me dijo que estaba ocupado todo el día.

—¡Joder! —dice.

—Ya. No pinta bien la cosa.

—Mira, no es culpa tuya que haya aparecido tu ex. Y sin ánimo de ser cruel, tampoco le debes nada a Felix. Apenas lo conoces.

—Lo sé. Pero entiendo que le haya pillado por sorpresa. Lo que vio parecía muy intenso. Si yo le hubiera visto en la misma situación con una ex después de lo de anoche, también me habría mosqueado. No quiero hacerle daño.

—Solo tienes que hablar con él. Además, no puede evitarte eternamente. Su camarote está tres puertas más allá.

—Supongo que podría montar guardia.

—De eso nada, señorita. Lo que tú necesitas es una noche de chicas.

La idea me resulta muy reconfortante.

—Sí, por favor —digo.

—Vamos al restaurante de tapas antes de darlo todo en el karaoke.

Nos arreglamos. Ella se pone un vestido de seda color topo bastante escotado y con la espalda al aire, de esos que solo una mujer con más clavícula que pecho puede lucir bien. Yo opto por un mono de pata ancha, ceñido a la cintura con un delgado cinturón *vintage*. Me siento satisfecha cuando Lauren dice que es sexi y ni siquiera intenta hacer que me cambie.

Durante la cena me pone al día de todos sus pretendientes. Los

ojos se le ponen de una forma poco común cuando llega a Colin, el fabricante de *whisky*.

—Creo que me gusta de verdad. Y te alegrará saber que solo tiene cuarenta y ocho años.

—Un yogurín.

—Oh, vamos. ¡Cumple la regla de la diferencia de edad!

—¿Qué regla es esa?

—La mitad de tu edad más siete. Así que si tiene cuarenta y ocho, la edad mínima de la mujer con la que puede salir tiene que ser… —Hace una pausa mientras calcula mentalmente y luego sonríe con aire triunfal—. Treinta y uno.

—Tú tienes treinta —le recuerdo.

—Un detallito sin importancia.

—Bueno, me alegra que hayas encontrado a alguien que te guste.

Por lo general, los hombres que conoce en sus «misiones» son más para crear contenido que para tener una relación amorosa de verdad.

Lauren menea las cejas.

—Ha reservado un paseo en velero privado para mañana en Santo Tomás.

—Suena genial. Aunque eso quiere decir que haré esnórquel sola.

Me mira con si fuera tonta del bote.

—Uh, no. Invita a Felix. Saca el móvil y hazlo ya mismo.

—¿Y si me dice que no?

—Entonces has echado unos cuantos polvazos en el crucero con alguien al que jamás volverás a ver, tal y como planeaste, y no hay de qué preocuparse.

No creo que eso sea posible, pero le hago caso.

Hope: Hola otra vez. Quería saber si tienes planes para mañana.

Voy a hacer una excursión en catamarán para practicar esnórquel. ¿Te apetece venir?

Felix no responde.

—Bueno, ya se lo he preguntado. Veremos qué pasa.

—Seguro que está cenando. No te preocupes.

Terminamos de cenar, disfrutando sin prisa de un exquisito flan de maracuyá, y luego nos dirigimos al karaoke. Llegamos justo a tiempo, pero ya hay un grupo de jubilados listos para la acción.

—Apuesto a que esta noche nos vamos a hartar de oír a Frank Sinatra —comenta Lauren.

—Buenas noches, señoritas —nos saluda con entusiasmo un caballero que reconozco del espectáculo de Broadway a bordo.

—Hola —dice Lauren.

—La lista de canciones está aquí —dice, entregándome un iPad—. Aseguraos de apuntaros cuanto antes. Esto está a tope y los turnos se están cubriendo rápido.

—Lo haremos. Gracias —respondo.

Echamos un vistazo a las canciones. Lauren elige *Heartbreaker*, de Pat Benatar.

—Voy a dedicársela a Colin —dice—. Le va a encantar.

—¿Va a venir? —pregunto. Me decepciona un poco tener compañía en nuestra noche de chicas.

—¡Sí, quiero que le veas de nuevo! —repone—. Necesito una segunda opinión.

—Te diré lo que pienso.

Me aseguro de que tienen mi canción favorita para cantarla en el karaoke. Sí que la tienen.

Entonces volvemos con el chico que apunta los turnos.

—¿Puedo cantar *Wuthering Heights*, de Kate Bush, por favor? —pregunto.

—Lo siento, señorita —responde—. Ya está pedida.

No puede ser. Aparte de mí, ¿quién más elegiría una canción tan peculiar y encima en tono de falsete?

—¿Quién se la ha pedido? —inquiero.

Él señala hacia el frente de la sala, cerca del escenario.

—Aquel caballero.

Sigo la dirección de su dedo y veo a Felix Segrave, nada más y nada menos.

—¡Ay que joderse! —exclama Lauren—. Esto tiene que ser un rollo de almas gemelas predestinadas.

—¿Debería hablar con él? —pregunto.

—Pues claro.

Me acerco a él. Está hablando con Pear y no me ve hasta que le doy un toque en el hombro.

Su expresión se torna un tanto cautelosa.

—Hola —digo.

—Hola —responde.

Es un poco forzado, pero no se aparta.

—¿Podemos hablar luego? —pregunto.

—Claro —dice—. Después de que ponga en pie al público.

—Bueno, sobre eso… Me temo que me has robado mi canción.

—¿Perdona?

—*Wuthering Heights* es mi número estrella. Voy a tener que pedirte amablemente que me la devuelvas.

En sus labios se dibuja esa sonrisa irónica que tanto me gusta.

—No puedo hacerlo. También es mi número estrella.

—Venga ya. Si los hombres no llegáis a esas notas.

—Felix sí —interviene Pear—. Es impresionante.

Cruzo los brazos.

—No es justo. Yo arraso con esa canción. Y soy superfan de Brontë.

Felix chasquea la lengua.

—Olvidas que las Brontë me han convertido en el incipiente erudito en literatura inglesa que soy hoy.

—¡*Maldito* genio literario!

—Te diré lo que haremos. Como soy un alma caritativa, permitiré que hagas un dueto conmigo. —Hace una pausa y me mira con seriedad—. Siempre y cuando me prometas que llegas a las notas altas, claro.

—Oh, no solo llego, si no que las pulverizo.

Me tiende la mano.

—Trato hecho, señorita Lanover.

Le doy un firme apretón.

Y en ese momento, la canción deja de importarme. Lo único que me importa es que él también me aprieta la mano.

Felix

Doy gracias a los dioses del karaoke por obligarme a ver a Hope.

He estado evitándola todo el día y sintiéndome un cobarde por ello. Pero me incomoda lo mucho que me ha afectado verla con su ex. No sé si su presencia aquí fue una coincidencia o algo que ella decidió no mencionar, pero nada de eso debería alterarme tanto. Se supone que esto es solo un pasatiempo, nada serio. Es muy mala señal que esté celoso.

Ojalá no tenga motivos para estarlo.

La sola idea de considerar que Hope podría estar utilizándome para poner celoso a su ex me revuelve el estómago. Pero no puedo evitarlo. La parte más oscura de mi mente no deja de susurrarme que quizás empezó a coquetear conmigo en cuanto supo que Gabe estaba en este barco.

Pero todo lo que ha pasado entre nosotros ha surgido de forma natural, ¿no? Leer *Middlemarch* juntos, coincidir en la clase de baile, que me lanzara cangrejo a la cabeza el primer día…

Si hubiera querido enredarme en algún tipo de triángulo amoroso, se habría limitado a presentarse, sin necesidad de recurrir al marisco.

Estoy viendo fantasmas donde no los hay. Necesito relajarme.

A fin de cuentas, esto es un rollete en un crucero. No una historia de amor.

De todas formas, me alivia que Gabe no esté aquí con ella. Y el karaoke parece una forma inofensiva y razonable de volver a hablarnos. Ya hablaremos en serio después.

Las luces se atenúan y el australiano que apuntó nuestros nombres sube al escenario y se presenta como Theo, nuestro anfitrión de la noche. Empieza la función interpretando su propio número, *You've Lost That Lovin' Feeling*, de los Righteous Brothers.

Lo borda.

—Me parece éticamente cuestionable —me susurra Hope—. No es justo que tengamos que actuar después de un cantante de Broadway.

—Si te estás rajando, no me importa cantar mi canción yo solo —respondo en voz baja.

—¿*Tu* canción? Adoro a Kate Bush desde mi atormentada adolescencia.

—Soy un año mayor que tú, así que yo la adoro desde hace más tiempo.

No le estoy vacilando. Kate Bush es una de mis cinco artistas preferidos de siempre, y mi capacidad para interpretar su himno es mi mejor talento oculto. *Siempre* la canto en el karaoke.

Theo recibe una calurosa ovación y presenta al siguiente en cantar; Mark, de Plymouth, Massachusetts. Es un hombre grandote de unos setenta años que se atreve con (*I Can't Get No*) *Satisfaction*, de los Rolling Stones. Lo hace bastante decente. No es Theo, claro, pero se defiende. Aun así, todos le aplaudimos como si fuera el mismísimo Mick Jagger. El karaoke consiste en animar a los demás, no en juzgar a alguien que desafina un poco.

Después le toca el turno a una señora muy mayor que canta *9 to 5*, agitando el bastón para marcarnos el ritmo durante el estribillo. A continuación, el único adolescente del barco arranca con *Mr. Brightside*, dejando completamente perplejo al público, que de media le saca cincuenta años. Por último, Pear se lanza con *Jagged Little Pil*. Canta fatal, pero el público la anima y aplaude su valentía.

Theo presenta a «Colin, de Irlanda» para que suba. Es un hombre guapo y fornido, de unos cuarenta y tantos años. Antes de empezar, dedica su canción a la «deslumbrante Lauren». Sí, la Lauren de Hope. Acto seguido arranca con *Pour Some Sugar on Me*, de Def Leppard. Y no solo canta bien, sino que lo interpreta con una actitud descarada, moviendo las caderas y terminando de rodillas frente a ella, con la cabeza echada hacia atrás mientras canta el estribillo a pleno pulmón. Lauren lo disfruta de principio a fin y en recompensa le planta un beso mucho más efusivo de lo que habría imaginado de ella.

Después, Theo anuncia que tiene el placer de presentar a «Hope, de Nueva york, y a Felix, de Londres».

—Última oportunidad para echarte atrás —me dice Hope.

Me pongo de pie.

—Ni hablar. Tú solita te has metido en esto.

—Me refería a ti.

—Yo no estoy preocupado.

Es evidente que el público sí lo está. Desde el instante en que suenan esas primeras notas tan agudas y estridentes, veo que algunos me observan con una mezcla de sorpresa y diversión.

Hope me mira mientras contamos en silencio los compases de la introducción, esperando el momento exacto para entrar.

Nos hacemos una señal con la cabeza y empezamos a la vez.

Y, por supuesto, con una afinación *perfecta.*

A Hope casi se le salen los ojos de las órbitas cuando se da cuenta de que no bromeaba al decirle que podía llegar a las notas altas. Ventajas de haber estudiado en un colegio solo de chicos con un coro muy competitivo; alguien tenía que hacer de soprano.

Ese alguien, cuando no estaba ocupado tocando la tuba, era yo.

Y entonces ocurre algo mágico. A Hope se le ilumina el rostro y, sin apartar los ojos de mí ni un segundo, se entrega de lleno a la canción. Es brillante, algo que ya intuía después de su interpretación de Elvis. Lo que no me esperaba era que nos compenetráramos tan bien, sin necesidad de palabras, alternando los versos, hasta que llegamos al primer estribillo y los dos gritamos a pleno pulmón:

—HEAAAAAAATHCLIFFFFFFF…

Se oyen exclamaciones de asombro, seguidas de aplausos y risas, porque lo hemos bordado. Nos cantamos el uno al otro con el desquiciado dramatismo propio de una mujer que le ruega a un hombre trastornado que la saque de su tumba. Trasmitimos una atmósfera gótica. Esa febril desesperación. Los agónicos lamentos que se pierden en la inmensidad de los ventosos páramos.

En el último verso, nos cogemos de las manos y giramos en círculo mientras nos preparamos para el estribillo final. Hope me canta a mí. Yo le canto a ella. Cantamos para el público.

Y entonces, la música termina.

Nadie en esta sala volverá a ser el mismo. Los hemos cambiado. Igual que Cathy en la canción, ahora son solo fantasmas.

Inclino a Hope hacia atrás y ella levanta la pierna en señal de victoria.

Lauren, que está grabándolo con su móvil, se lleva los dedos a la boca y silba. El público la acompaña y empieza a vitorearnos. Nos adoran.

Con una sola excepción.

Un hombre al fondo con el ceño fruncido, en el que no había reparado hasta ahora.

Gabe.

Aparto la mirada. Sea lo que sea que esté ocurriendo entre Hope y

él, no quiero verme en medio. Y por lo que veo, ella tampoco ha querido hacer un dueto con *él*.

Theo vuelve al escenario y recoge los micrófonos.

—¡Damas y caballeros, demos un fuerte aplauso a estos dos por semejante actuación! —dice.

Hacemos una reverencia y volvemos a nuestro sofá mientras él presenta al último cantante de la noche; Lauren, interpretando *Heartbreaker*. Al pasar junto a ella, choca los cinco con nosotros.

Aún estamos recuperando el aliento por el esfuerzo mientras la adrenalina corre por nuestras venas después de lo que acabamos de hacer. Nos desplomamos en el sofá y rompemos a reír. Hope apoya la cabeza en mi hombro, muerta de la risa.

Sería genial, si no fuera porque soy consciente de que Gabe no aparta los ojos de ella. No sé si Hope también le ha visto. Solo espero que no esté haciendo esto solo para darle celos.

Pero su contacto me gusta demasiado como para apartarme.

Hope no se mueve de ahí durante toda la actuación de Lauren, que está dedicada en exclusiva a Colin. Cuando termina, él se levanta de su asiento para aplaudirla como si fuera su único fan. Sospecho que no es el único hombre de este crucero que está empezando a encariñarse demasiado con una estadounidense a la que apenas conoce.

Theo regresa al escenario y comienza a despedirse del público, pero antes de que pueda terminar, la voz de Gabe resuena desde el fondo de la sala:

—¿Queda tiempo para una más? Lo siento, es que he llegado tarde y no he podido apuntarme.

Theo finge mirar su reloj.

—Damas y caballeros, ¿qué decís? ¿Una última canción?

El público responde con un aplauso lleno de entusiasmo.

Gabe se acerca al escenario con una deslumbrante sonrisa para todos los presentes. Me fastidia lo guapo y la seguridad en sí mismo que tiene. Habla con Theo mientras revisan el iPad y luego coge el micrófono.

—Quiero dedicar esta canción a la mujer más hermosa del barco —dice, sonriendo a Hope—. No canto muy bien —le confiesa al público—. Os ruego que tengáis un poco de paciencia conmigo.

Su confesión despierta la simpatía de la sala.

Miro a Hope de reojo. Se ha apartado lo suficiente para que ya no haya contacto entre nosotros. Tiene una sonrisa forzada en la cara. Y entonces empieza la canción.

Es *Please Forgive Me*, de Brian Adams.

Tal y como he demostrado hace un momento, soy la última persona en el mundo que diría que los hombres no podemos cantar en un registro alto. Algunos lo hacemos de maravilla.

Gabe, como él mismo ha advertido, no es de esos.

Pero parece darle igual. Está claro que lo importante aquí no es que suene bien, sino el mensaje que quiere transmitir.

—¿Te has metido en una guerra de karaoke? —me susurra Prue.

De verdad, espero que no.

—Si lo fuera, Felix iría ganando —asevera Pear—. Este está destrozando la canción.

—Se da cuenta de que es una canción que habla de querer recuperar a alguien después de haberla tratado como una mierda, ¿verdad? —dice Lauren en voz alta.

—Al menos es consciente de ello —murmura Hope.

Me reconforta ver que ella tampoco parece estar disfrutando de este momento.

Gracias a Dios, la canción acaba por fin y el público aplaude, supongo que con una mezcla de alivio por que haya terminado semejante tortura y de compasión hacia el hombre que acaba de humillarse de forma tan pública.

Gabe hace una reverencia y le da el micrófono a Theo.

Una señora mayor cerca del pasillo le toca la muñeca.

—Debe ser una mujer increíble —le dice.

—La mejor —responde Gabe, mirando a Hope.

—Bueno, ha sido un final… *memorable* para la velada —dice Theo —. ¡Muchísimas gracias a todos nuestros increíbles artistas! Y no olviden que mañana tenemos un magnífico espectáculo de magia.

Gabe está intentando alcanzarnos entre la gente que sale del teatro.

—Joder —farfulla Hope, agarrando su bolso y volviéndose hacia mí—. Tengo que salir de aquí. ¿Vienes conmigo?

—Claro —respondo, aliviado por la invitación.

Abandona la sala tan rápido que tengo que correr tras ella. La alcanzo junto a los ascensores, pulsando el botón de la flecha ascendente como si su vida dependiera de ello. Por suerte, llega enseguida. Entramos en el ascensor y ella pulsa el botón de cerrar las puertas.

Cuando por fin obedecen, dejándonos a solas, se reclina y se golpea la cabeza con suavidad contra la pared.

—¡Qué vergüenza! —dice.

—Para él —repongo.

—Para mí.

Hay cierta incomodidad entre nosotros. No sé qué siente ella ni qué papel juego yo en todo esto.

—Parece que siente algo muy profundo —comento.

—Sí —dice con voz cansada—. O algo parecido.

—Pareces molesta —aventuro—. Si quieres estar sola…

—¡No! —me interrumpe de inmediato. Se endereza e intenta liberar la tensión—. Lo siento, es que me ha acojonado. ¿Todavía estás dispuesto a hablar? Todo esto es muy raro y siento que te debo una explicación.

Ya me sentía más tranquilo con toda esta situación al ver que salía pitando del karaoke, pero su tono serio me reconforta. No está obligada a darme una explicación, pero agradezco que se ofrezca a ello.

—¿Quieres venir a mi camarote? —pregunto.

—Sí —responde—. Tengo muchas ganas de ir a tu camarote.

—Me alegra mucho. —De hecho, me alegra muchísimo—. ¿Un té? —le pregunto cuando entramos.

—Solo si está a ochenta y cinco grados exactos.

Ella se sienta en el sillón mientras yo lleno la tetera.

—No estaba segura de que quisieras que viniera —dice—. Después de lo de hoy.

—Y yo no estaba seguro de que quisieras venir —reconozco.

—Te invité a hacer esnórquel. En el código de las chicas, eso quiere decir «por favor, perdóname»[2].

—¿Estás citando a tu ex?

—Una mala elección de palabras.

—Entonces, ¿hay algo que perdonar?

Hope se frota la sien con aire cansado.

—La verdad es que lo de hoy ha sido incómodo. Sé que me viste hablar con él.

Se refiere a que le vi a punto de besarla, claro.

—Parecía una conversación bastante intensa —digo.

—Él es el tío del que te hablé. El de la ruptura chunga. Hasta que

me lo encontré esta mañana, no le había visto desde que rompimos.

Puedo ver lo alterada que esta y me siento fatal por ella.

—Sé lo duro que es tener que ver a alguien después de algo así —digo con delicadeza—. ¿Estás bien?

Y quiero saberlo de verdad. Pero también quiero saber otra cosa: ¿todavía siente algo por él?

Ella exhala un profundo suspiro.

—Estoy bien. Pero desde luego hubiera preferido no estar atrapada en un barco con él. —Hace una pausa—. Preferiría dedicarle toda mi atención a un hombre que he conocido. —Me mira con curiosidad—. Si él todavía quiere que lo haga.

Su ex no es asunto mío, y si ella dice que quiere estar conmigo, voy a creerla.

—Sí —respondo—. Y mucho.

Vierto el agua sobre las bolsas de té y le llevo una taza. Hope da una palmadita en el asiento junto a ella.

—Siéntate conmigo.

—Con mucho gusto.

Se acurruca contra mí y me apoya la cabeza en el hombro.

—El karaoke ha sido superdivertido. Has estado increíble.

—Los dos.

Entonces ella se estira y me besa.

—Sí —dice—. Los dos.

No contaré los detalles de lo que pasó a continuación. Solo diré que también fue increíble.

Y al despertar por la mañana con Hope a mi lado, Gabe es lo último en lo que pienso.

2. Traducción del título de la canción *Please Forgive Me* que ha cantado el ex de Hope. (N. de la T.)

7
EN LO PROFUNDO DEL OCÉANO

Maravillas del Caribe, día 6

¡Bienvenido a Santo Tomás, las Islas Vírgenes, Estados Unidos!

El Romance del Mar le lleva hoy a Charlotte Amalie, la pintoresca capital de Santo Tomás, famosa por sus resplandecientes bahías de arena fina, su rica historia y su abundante fauna.

Disfrute de un día de relax y lujo, flotando en su propia cabaña flotante en la legendaria Emerald Beach, que se extiende a lo largo de más de un kilómetro y medio, o embárquese en un exclusivo catamarán rumbo a las cristalinas aguas del Parque Nacional de Saint John. Si lo suyo es bucear o practicar esnórquel, déjese sorprender por los vibrantes corales y la colorida fauna marina en Shipwreck Cove, en Buck Island... ¡Hasta puede que se cruce con una o dos tortugas marinas! Y si prefiere tener los pies en tierra firme, nada mejor que un recorrido por el histórico Fuerte Christian, seguido de una relajante copa con unas espectaculares vistas en el Skyride de Paradise Point.

Despida el día a bordo con un espectáculo de tambores de acero al atardecer en la cubierta Lido o reviva los grandes éxitos del rock clásico en el Cosmic Theater. Y para los amantes de la magia, adéntrese en el Mermaid Club y déjese asombrar por un fascinante espectáculo de ilusionismo.

¡Que tenga un día estupendo!

Hope

Jamás habría imaginado que uno de los mejores días de mi vida incluiría una excursión para hacer esnórquel durante un crucero por el Caribe.

Despierto desnuda en el camarote de Felix, lo cual resulta muy práctico, ya que facilita revivir algunos de los momentos más memorables de la noche anterior.

Nos separamos para ducharnos y vestirnos antes de la excursión y más tarde nos encontramos de nuevo para bajar al salón, donde se está reuniendo el grupo de esnórquel.

—Prométeme una cosa —le digo a Felix.

—Lo que quieras.

—Eso es jugar con fuego.

—Confío en ti.

—Si resulta que Gabe se ha apuntado a esta excursión, mejor pasamos. Podemos ir al pueblo a dar un paseo y hacer otra cosa.

Después de lo de anoche, me pone nerviosa la idea de encontrarme con él. No quiero más grandes gestos.

Menos aún delante de Felix.

El bueno de Felix, que parece dispuesto a olvidar el día de ayer. El irresistible Felix, que me hizo entender con su cuerpo que todo está bien.

—Te he mentido —confiesa Felix—. No puedo prometerte eso porque me apetece mucho pasar el día con él.

—¡Felix!

—Lo siento, pero es que estoy decidido a pasar el día con el

chalado de tu exnovio.

—¿Quieres que le mande un mensaje y le pida que venga también?

—Por favor.

Saco el móvil, pero Felix me lo arrebata entre risas.

—Si él aparece, te juro solemnemente que seré el primero en salir por la puerta —dice Felix—. No puedo soportar otro numerito de karaoke antes de comer.

—Uf, no me lo recuerdes. Se me había olvidado cuánto odiaba que hiciera estas cosas.

—¿Te ha dado una serenata en público más veces?

—No, ha sido la primera vez. Pero tiene la manía de hacer grandes gestos para expresar lo que siente. Es como un tic psicológico.

—¿A qué te refieres?

—Pongamos que discutís y luego se siente mal y quiere compensarlo con flores. En lugar de comprarla en la floristería de la esquina y pedirte perdón, te montaría una búsqueda del tesoro que te llevaría hasta el jardín botánico, donde habría organizado una visita privada al atardecer.

—Es un ejemplo muy concreto.

—Sí, porque lo hizo de verdad. No para de hacer ese tipo de cosas. Por ejemplo, una vez me cabreé con él porque canceló a última hora una cena en un restaurante italiano. Me fastidió porque era una reserva difícil de conseguir y la había hecho con semanas de antelación. Al día siguiente, llego a su apartamento… y resulta que el chef del restaurante estaba allí, enseñando a Gabe a preparar *pappardelle* caseros para un *cacio e pepe.*

—¡Guau!

—Sí. Creo que tiene que ver con su educación. Viene de una rica familia protestante, gente muy reservada que expresa su afecto

creándose fondos fiduciarios para los demás. Así que anhela algo más personal, pero se pasa tres pueblos.

Y promete más de la cuenta, pienso. Te dice que te quiere, le pone nombre a tus hijos y te lleva a vivir con él. Pero luego no puede seguir hasta el final. Es un gesto tan grandioso porque la emoción que lo impulsa es puro teatro. Le falta convicción. Es un paripé.

Esta revelación explica muchas cosas. Que pueda ser tan romántico y a la vez tan distante.

Siento que por fin entiendo lo que ocurrió entre nosotros. No fui responsable del fracaso de mi relación porque no pude cumplir con sus expectativas.

El verdadero problema fue *él*.

No le comento esto a Felix porque ya hemos hablado demasiado sobre mi exnovio. Pero cuando le cojo de la mano, me siento más ligera. Más segura. Como la mujer que quería volver a ser al venir a este crucero.

Vamos caminando hasta el bote cogidos de la mano y de nuevo otra pareja nos pregunta si estamos de luna de miel.

—Sí —dice Felix, apretándome los dedos de forma cómplice. Está claro que le gusta este juego.

—¿De dónde sois? —pregunta la mujer.

—De Nueva York y de Londres, respectivamente —responde Felix.

—¡Oh! ¿Es difícil llevar una relación a distancia?

—Nos las apañamos para hacer que funcione —dice él—. Ella lo merece.

Sé que está bromeando, pero mi mente imagina una situación hipotética en la que eso podría pasar. ¿La suya también?

—¿Cómo os conocisteis? —inquiere la mujer, interrumpiendo mis pensamientos.

»Por cierto, yo soy Nancy y este es mi marido, Tom.

—Yo soy Felix. Y nos conocimos cuando Hope, aquí presente, me lanzó una cáscara de cangrejo al pelo en un bufé.

La mujer suelta una sonora carcajada.

—¿Y cómo os conocisteis vosotros? —le pregunto, porque no quiero que Felix se meta tanto en el papel que empiece a inventar toda una historia para nosotros.

Mi corazón no lo soportaría.

Ella le brinda una sonrisa a su marido.

—En realidad, nos conocimos en un crucero.

—¡No me lo puedo creer! —exclamo.

—Pues créetelo —interviene Tom—. Navegábamos de Australia a Singapur.

—¡Vaya! —dice Felix—. Parece un viaje épico.

—Lo fue —conviene—. Tres meses. Nos conocimos en una de las mesas de solteros el primer día, en Sídney, y cuando llegamos a Singapur ya estábamos prometidos en matrimonio.

—Hacer un crucero es una buena manera de conocer a alguien —añade Nancy, posando la mano en la rodilla de su marido—. Puedes pasar mucho tiempo juntos y conocerte sin distracciones.

Lauren debería entrevistar a esta mujer para su TikTok.

Pero lo cierto es que no se equivoca.

Siento como si conociera a Felix desde hace meses, aunque hayan pasado menos días que dedos tengo en las manos.

—¿Y qué pasó cuando desembarcasteis del crucero? —le pregunta Felix a Nancy—. ¿Vivíais en el mismo lugar?

—No. Tom estaba en Palm Beach y yo en Louisville. Me mudé a Florida. Pero en realidad no importa tanto dónde estemos establecidos. Pasamos casi todo el año viajando en crucero.

—El otoño pasado hicimos un viaje alrededor del mundo —repone Tom con orgullo—. Treinta y un países en ciento veintiséis días.

—Suena maravilloso —dice Felix con cara seria.

Nos relatan sus viajes por el mundo hasta que llegamos al catamarán, hablándonos de los amigos que han hecho durante sus travesías marítimas, los lugares que han visitado, las compañías de cruceros que prefieren. Parece ser que existe toda una subcultura de jubilados que viven de forma casi permanente a bordo de barcos.

Intento disimular lo mucho que eso me espanta.

—Qué locura —dice Felix cuando estamos a salvo en el catamarán y ya no pueden oírnos—. ¿Te imaginas pasar cuatro meses en un barco? Diez días son más que suficientes.

—Si eso te hace feliz.

Felix resopla.

—Muy graciosa.

—Estoy de acuerdo en que los cruceros de varios meses parecen aterradores —digo—. Pero debo reconocer que estoy disfrutando mucho pasando tiempo contigo.

Probablemente esto sea demasiado tierno y sincero como para haberlo dicho en alto, pero la sonrisa de oreja a oreja que se dibuja en los labios de Felix me dice que le han gustado mis palabras.

—¿Estás de coña? —dice con suavidad—. Son las mejores vacaciones de mi vida.

Su comentario me hace tan feliz que tengo que cambiar el tono de la conversación para no perder la cabeza.

—A menos que estiremos la pata haciendo esnórquel.

—No creo que se pueda morir haciendo esnórquel —replica.

—En realidad, es una de las actividades vacacionales más letales que hay —le informo.

—Estás pensando en el submarinismo. No puedes sufrir la enfermedad del buzo sumergiéndote en poco más de medio metro de agua.

—No bromeo. La gente se desorienta y luego no sabe volver al barco y se ahoga. O es arrastrada por las corrientes submarinas y acaba tan agotada que no puede seguir nadando. Leí un artículo sobre eso. Es la principal causa de muerte de turistas en Hawái.

—Menos mal que no estamos en Hawái.

—Tendremos que ir allí en nuestro próximo crucero —digo con seriedad.

—Vaya, vaya. ¿Ya te has hecho fan?

—Me temo que sí. Soy muy susceptible a las sectas.

—¿Intentas decirme que eres cienciócloga? —pregunta.

—Intento decirte que soportaría sin rechistar todos los musicales de Broadway, el mar picado y los bufé a medianoche siempre que sea contigo.

Me preocupa haberme puesto otra vez demasiado empalagosa, pero Felix se arrima y me besa.

—Lo mismo digo —conviene.

Me alegra informar que ninguno de los dos la palma mientras hacemos esnórquel. Sí que vemos una raya gigante, que Felix considera majestuosa y yo, por el contrario, la encuentro tan aterradora que nado hacia el bote de inmediato.

Cuando el catamarán nos lleva de nuevo al puerto, ambos tenemos hambre y decidimos tomar un taxi hacia el centro para almorzar. Le pedimos al taxista que nos lleve a un buen restaurante caribeño y este nos deja en un colorido chiringuito de marisco con mesas en la playa. Pedimos un festín a base de pargo a la parrilla, salsa barbacoa jamaicana y buñuelos de curri picantes.

—Me muero de hambre —digo, chupándome de los dedos la grasa de los buñuelos—. ¡Quién iba a decir que hacer esnórquel fuera tan agotador!

—Tienes la costumbre de subestimar los deportes acuáticos —dice Felix.

—Es un defecto que tengo.

—Pues si es el peor, eres bastante inofensiva.

—¿Y cuál es el tuyo?

—La ingenuidad.

—¿Qué?

—Soy muy crédulo —repone—. Mis hermanas me engañaron durante toda mi infancia.

—¿Te decían que eras adoptado o algo así?

—No, son mucho más maquiavélicas. Casi todas sus artimañas eran para robarme el dinero.

Se le ve tan afligido que me echo a reír.

—Pon un ejemplo.

—Hum. Vale, aquí tienes uno: en primaria, Pear me convenció de que una niña muy antipática llamada Jemima, que estaba en cuarto, iba a contarle a todo el mundo que Pear se hacía pis en la cama si no le daba cincuenta libras. Me dijo que no podía decírselo a nuestros padres porque entonces mi madre llamaría a la madre de Jemima y Jemima se lo haría pasar aún peor por chivarse.

—¿Y tú le diste el dinero?

—Claro. Me sentía todo un héroe. Hasta que descubrí que no había ninguna Jemima en cuarto.

—Pobrecito.

—Trágico, lo sé —repone—. Y, por supuesto, hoy en día sigue pasando.

—Me da miedo preguntarte.

—Hace dos meses, Prue me estuvo dando la lata para que fuera a cenar a su casa. Quería presentarme a una mujer de su club de lectura. Le dije que no estaba buscando una relación y que además esa noche tenía un evento privado en el restaurante y no podía asistir. Lo cual era todo cierto.

—Ajá.

—La noche de la cena, Pear me llamó histérica diciendo que habían llevado a Prue a Urgencias por apendicitis y que venía a recogerme para ir al hospital. Como no podía ser de otro modo, dejé el restaurante y me fui con ella. Hasta que a mitad de camino me dijo con una sonrisa de oreja a oreja que en realidad íbamos a casa de Prue a cenar.

—¡Madre mía!

—Lo sé —dice con pesar—. Son malvadas. Pero cabría pensar que a mis treinta y tantos años ya debería verlas venir.

—¿Te gustó la mujer del club por lo menos?

—Estaba de tan mal humor que ni siquiera pude mantener una conversación normal. Aunque debo reconocer que era guapísima.

Siento una breve y absurda punzada de celos porque esa mujer haya recibido semejante cumplido. Tengo que tranquilizarme.

—Bueno, a lo mejor Prue te engaña para que vayas a otra fiesta y tengas una segunda oportunidad —digo como si nada.

—No es necesario. Soy un soltero convencido. —Hace una pausa y luego me brinda una sonrisa tímida—. A menos, claro está, que te mudes a Inglaterra y cambie de idea.

¡A ver quién se va a tranquilizar así! «Solo está coqueteando», me recuerdo. Pero me asusta lo mucho que me animan sus palabras.

Mi entusiasmo se desborda antes de que pueda evitarlo.

—En realidad, ese ha sido siempre mi sueño —digo.

—¿Irte a vivir a Londres?

—No, no a Londres. Mi fantasía es vivir en la campiña inglesa. Comprar una de esas antiguas casas de piedra, con un bonito jardín lleno de rosales y árboles frutales, donde pueda dedicarme a escribir novelas. —Sacudo la cabeza, avergonzada—. Ya sabes, la experiencia Jane Austen al completo.

—¿Has considerado mudarte? —pregunta Felix.

—No, por Dios. Es solo una fantasía. Leo mogollón de novelas románticas de Regencia para quitarme el mono.

Él me mira con el ceño fruncido.

—No es ninguna estupidez tener sueños, Hope.

Tiene razón. Y puede que necesite decir los míos en alto más a menudo.

—¿Cuál sería tu vida ideal? —pregunto.

—En realidad, no es muy diferente de la tuya —responde—. He estado pensando en abrir un *pub* con habitaciones en el campo. Tal vez en algún pueblo costero. Puede que en Cornualles o en Devon. Casarme algún día. Formar una familia allí.

No puedo evitar imaginarme como la mujer con la que construye esa vida.

—¿Y qué pasaría con tus negocios en Londres? —pregunto, esperando que no note la añoranza que se ha apoderado de mí.

—Dejaré que mis hermanas los vendan a Pizza Express.

—No lo harías.

—No, no lo haría. Pero sé que podría gestionarlos a distancia. Pasarme un par de veces al mes por allí. No le reconozco todo el mérito que merece, pero mi encargada es brillante. Con un poco de formación, podría llevarlo ella.

—Entonces, ¿qué te frena?

—El miedo —dice, sin rodeos.

—¿Miedo a qué?

—Toda mi vida gira en torno a mis rutinas. Trabajo, gimnasio, Alcohólicos Anónimos, meditación, dormir. Estoy convencido de que eso ha impedido que recayera. Si incorporo a mi vida algo nuevo, lo cambiaría todo. No estoy listo para eso.

—Pero ¿crees que algún día lo estarás?

—No lo sé —reconoce—. No sé si alguna vez estaré preparado. Mi sobriedad es lo más importante para mí. No estoy dispuesto a hacer nada que la ponga en peligro.

Sus ojos parecen perderse en la distancia y tiene los dientes apretados. Hay algo… sombrío en su expresión.

—Está bien que sepas lo que necesitas —digo, preocupada por haber sacado un tema del que no está preparado para hablar.

—En fin —prosigue—. Nadie quiere oírme divagar sobre mi aburrida vida. Hablemos de algo más interesante.

Terminamos hablando de libros. Él dice que su novela favorita de Jane Austen es *Sentido y sensibilidad* mientras que yo reconozco que la mía es *Persuasión*.

—Es lógico —repone.

—¿Por qué?

—Habla de los sueños frustrados de tener un hogar propio en la campiña inglesa.

—Pero ella lo quiere con una persona en particular —alego—. Esa parte es crucial.

—¿Y querrías eso con alguien? —pregunta.

Adiós a la charla trivial. Cuesta hablar de sueños con alguien que, en contra de lo que dicta el buen juicio, se está convirtiendo cada vez

más rápido en uno de ellos.

—Estaría abierta a ello —respondo con la mayor naturalidad posible.

Omito la parte en que imagino que un guapo inglés al que adoro y que me ama con locura comparte conmigo mi destartalada casa.

Y tal vez, solo tal vez, es dueño de un *pub* con habitaciones.

Felix

Jamás habría imaginado que uno de los mejores días de mi vida incluiría una excursión para hacer esnórquel durante un crucero por el Caribe.

Pero Hope Lanover me gusta tanto que me asusta. Me gusta tanto que me la imagino escribiendo su novela en un hotel diseñado por mí con una habitación solo para ella, con vistas a un jardín de rosas.

O, mejor aún, al mar.

Tengo que poner los pies en la tierra.

No me hago ningún favor imaginándome una vida de cuento de hadas que sé que nunca podré tener. Lo más probable es que nunca deje Londres. Que esta sea la vida que soñé. Porque mi verdadero sueño era sobrevivir a la anterior.

No sé si podría con más.

No sé siquiera si lo merezco.

Pero, joder, qué bien sienta, aunque solo sea durante un rato, imaginarme viviendo una vida libre del peso de mis verdaderas circunstancias.

Cuando volvemos al barco, Hope bosteza y dice muy en serio que necesita una siesta.

—¿Quieres acompañarme? —pregunta.

Claro que quiero, pero sé que necesito aclararme las ideas.

—Creo que iré al gimnasio. Y luego tengo cita para un masaje deportivo a las seis. ¿Cenamos más tarde?

Ella bosteza de nuevo.

—Dudo que tenga mucha hambre después de la comilona que nos

hemos pegado. Pero ¿y si quedamos para ir al espectáculo de magia?

—*Odio* los espectáculos de magia.

—¿¡Qué!? —exclama—. ¡Pero si son lo mejor del mundo!

—No me gusta mirar al mal a la cara.

—Los trucos de cartas no tienen nada de satánico.

—Está bien —digo—. Pero intervendré si algún mago intenta partirte en dos.

—¡Mi caballero de brillante armadura! ¿Me recoges a las nueve menos cuarto?

Le doy un beso en la mejilla.

—Nos vemos entonces.

Y estoy deseando que llegue la hora. No soporto la idea de pasar cuatro horas lejos de ella.

«Detente —me ordeno—. Esto se acaba en cuatro días».

Hacer ejercicio y someterse al castigo de una diminuta masajista tailandesa, que me ha hecho papilla, me ayuda a despejar la mente. No me siento tan aturdido por lo que siento cuando llamo a la puerta de Hope.

Como es natural, todos mis sentimientos vuelven de golpe cuando la veo. Esta noche lleva un vaporoso vestido de cóctel color rosa de estilo *vintage*, que no desentonaría en el Copacabana. Tengo ganas de sentarla en mi regazo, en un reservado de cuero, mientras vemos a Frank Sinatra cantar al ritmo de una gran orquesta.

Por desgracia, en su lugar nos dirigimos a un espectáculo de magia en un crucero. Nada de eso cambia el hecho de que estoy completamente embelesado.

—Estás deslumbrante —digo.

Ella da una vuelta con alegría.

—Gracias. Solo me lo pongo en ocasiones muy especiales.

—Por ejemplo, ¿impresionar a un grupo de magos?

—Me encanta lo bien que me conoces.

A pesar de que la magia me aburre (me importa una mierda si un pañuelo se convierte en un huevo), ver a Hope disfrutar como una niña con el espectáculo me llena de felicidad.

Suelta un grito ahogado cuando el mago agita su pañuelo blanco en el aire y se convierte de tres palomas. Chilla de emoción cuando, al final del espectáculo, las tres palomas se transforman en un pequeño pomerania blanco.

—Me pregunto qué trámites aduaneros hay que hacer para llevar mascotas en un barco —murmuro.

—Oye, que no son mascotas. Son manifestaciones de fuerzas que no podemos ver.

—¡Y pensar que el crédulo de la relación era yo!

El presentador de la noche sube al escenario y nos pide que le demos un caluroso aplauso al mago. Cuando lo hacemos, el mago se quita su sombrero de copa, lo alza al aire y, en un abrir y cerrar de ojos, se convierte en una majestuosa cacatúa blanca que sobrevuela al público, da una vuelta y regresa para posarse en el hombro del mago.

—¡Abracadabra! —grazna el ave.

El mago le da un afectuoso beso en la cabeza.

Hope prácticamente levita.

—Ceo que he encontrado al hombre con el que voy a casarme —dice.

—¿Intentas ponerme celoso?

—No. Para esto está Gabe.

Me río por la impresión, pero la broma me tranquiliza. Si hablara en serio, seguro que no lo diría con tanta ligereza. Además, cuando

me habló de sus locuras parecía aliviada de haberlas dejado atrás.

—Para los que quieran una dosis extra de lo oculto —anuncia el presentador con tono serio—, los invito a bajar a la sala de fumadores, donde nuestra vidente particular, *Madame* Olenska, les echará las cartas con mucho gusto.

—¡Oh, tenemos que ir! —dice Hope, poniéndose en pie de golpe.

—Uh, creo que ya he tenido suficiente magia por hoy. Mejor vamos arriba a ver a los embajadores del crucero ligar con los pasajeros.

Ella me agarra de la mano.

—No te vas a librar de esto. Vamos.

Me levanta de mi asiento y me arrastra fuera del teatro.

Bajamos las escaleras hasta la sala de fumadores, que está cargada del olor a humo. (A pesar de haber sido fumador durante años y estar ahora enganchado a los chicles de nicotina, no soporto el olor a humo).

—Uf, casi no puedo respirar aquí —me quejo—. ¿Puedo irme, por favor?

—Me temo que no. Mira, ahí está.

Señala un reservado en forma de herradura, donde hay una mujer con una encrespada mata de cabello gris sentada tras una serie de enormes bolas de cristal.

Hope se acerca con paso resuelto.

—¿*Madame* Olenska? —pregunta.

—Así me llaman, querida. ¿Y tú quién eres?

—¿No debería saberlo ya? —murmuro.

Hope me da un puntapié en el zapato.

—Yo soy Hope —se presenta—. Y él es Felix. Queríamos ver si podías echarnos las cartas.

—Será un placer —responde *Madame* Olenska—. Sentaos.

Nos acomodamos en el reservado, frente a ella.

—¿Quién quiere ser el primero?

—Él —dice Hope con una sonrisa pícara.

—Ah, el escéptico —comenta la vidente.

—¿Tanto se nota? —pregunto.

—Puedo sentir que no confías en lo divino —dice *Madame* Olenska.

—Es que no me gustan los trucos de magia.

Ella enarca las cejas con aire altivo.

—Las cartas no son mágicas ni un truco. Las cartas solo reflejan lo que hay dentro de ti, aunque no puedas verlo.

—Bueno es saberlo.

—Lo verás por ti mismo. ¿Tienes alguna pregunta en la que deba concentrarme? ¿Algo que te preocupe?

—Uh, la verdad es que no —respondo.

—Hace poco que sois amantes —dice ella de repente.

—Así es —confirma Hope con una sonrisa satisfecha. Me lanza una mirada triunfal, como si me dijera: «¿Lo ves?».

—Entonces nos centraremos en los asuntos del corazón —declara *Madame* Olenska con tono de autoridad.

—Genial —farfullo.

—Ahora, prepararé las cartas —anuncia ella.

Madame Olenska cierra los ojos y baraja el mazo con la destreza de un crupier de Las Vegas. Con los ojos aún cerrados, coloca ambas manos sobre la baraja y comienza a tararear durante un buen rato.

Justo cuando empiezo a preguntarme si hemos terminado sin querer en un extraño concierto de canto a capela, abre los ojos y extiende las cartas, formando un arco sobre la mesa.

—Escoge una. La que más te llame la atención.

Nada me llama la atención, salvo la puerta de salida, así que cojo una carta al azar.

—Muy bien —dice ella—. Ahora dale la vuelta sin cambiar su orientación.

Lo hago y revelo un corazón rojo atravesado por tres espadas de aspecto siniestro.

—Dios mío —digo.

—Ah —murmura *Madame* Olenska—. El tres de espadas.

—No parece muy buena señal.

—Es una carta de dolor y desamor —confirma ella.

Miro a Hope, que tiene el ceño fruncido.

—La carta representa una traición —explica *Madame* Olenska—. Tal vez pasada, tal vez futura. Puede ser en el amor… o en otro ámbito.

—Qué oportunamente ambiguo —murmuro, nada impresionado.

—Aún no hemos terminado. Escoge otra carta para ampliar la información —indica *Madame* Olenska.

Considero negarme, pero Hope parece ansiosa por que continúe, así que cedo.

Cojo una carta y le doy la vuelta. Es un hombre que sujeta dos puñados de espadas por las hojas, intentando escabullirse mientras mira por encima del hombro. Detrás de él se ven otras dos espadas clavadas en el suelo.

—Ah —dice *Madame* Olenska, como si eso lo aclarara todo—. Otra carta que habla de traición. Pero en el contexto del tres de espadas, esta traición es la causa del sufrimiento. ¿Te han sido infiel alguna vez, querido? Porque si no, tal vez las cartas revelen un arraigado temor a que eso ocurra, o…

Sí, se acabaron las tonterías.

—Vale —la interrumpo—. Ya me has leído el futuro. Le toca a Hope.

Hope me mira con preocupación.

—¿Estás bien?

—Estoy bien —respondo con brusquedad. No quiero ser maleducado, pero tampoco me apetece desnudar mi alma delante de una mujer que hace un truco de feria.

Madame Olenska mira a Hope de reojo.

—¿Quieres que te las lea a ti, querida?

—Sí —responde Hope—. Pero Felix, si prefieres irte…

Soy consciente de que estoy montando un pequeño numerito con mi actitud ante esta farsa, así que hago un gesto para restarle importancia.

—Por favor, sigue —digo.

Madame Olenska repite su ritual; cierra los ojos, tararea y baraja las cartas con destreza antes de extenderlas sobre la mesa una vez más.

Hope coloca la mano suspendida encima del mazo, moviéndola de un lado a otro antes de escoger una carta.

Es una imagen invertida de un anciano y una familia, rodeados de lo que parecen ser un millón de círculos dorados con estrellas en el centro.

Si la carta simboliza el «caos absoluto», ha dado en el clavo.

—El diez de oros —dice *Madame* Olenska—. En posición normal, la carta simboliza la prosperidad y la riqueza. Pero aquí está invertida, lo que indica dificultades económicas o deudas.

Miro a Hope. Parece preocupada.

—Creía que estábamos hablando de asuntos del corazón —le digo a *Madame* Olenska—. Esto es sobre dinero.

—Sí —dice de forma sabia—. Pero ambas cosas suelen ir de la

mano, ¿no? La carta podría ser una advertencia para que no te dejes seducir por el dinero de un amante. O una advertencia de que ya te has dejado seducir. Vamos a profundizar en esto. Saca otra carta, querida.

Hope sacude la cabeza y se levanta con rapidez del reservado.

—No, gracias. Hemos quedado con unos amigos y se nos hace tarde. Muchas gracias por la lectura.

—Las cartas tienen más que decir cuando provocan una reacción tan fuerte —repone *Madame* Olenska con seriedad.

—Ha sido genial —le digo, siguiendo a Hope.

—¡Gracias otra vez! —dice Hope por encima del hombro.

—Vaya, qué sarta de tonterías —comento cuando nos alejamos.

Espero que Hope se ría, pero en lugar de eso, aprieta los labios.

—En realidad, no creo que lo hayan sido —aduce—. ¿Podemos salir a tomar el aire? Siento que me asfixio aquí dentro.

Hope

Salgo de la sala de fumadores con paso firme, cruzando el pasillo hasta las puertas que conducen a la cubierta exterior.

—¡Espera! —me dice Felix.

Freno un poco.

—Lo siento. Me estaba agobiando ahí dentro.

Me está mirando como si fuera un complicado sudoku.

—¿Qué está pasando? —pregunta—. Pareces alterada.

—No me ha gustado lo que ha visto en mi carta —confieso.

—Hope —dice con una sonrisa amable y divertida—. Cielo, no creerás que esa vidente de verdad ha visto tu futuro.

—Mi futuro no —respondo, demasiado agotada para molestarme en negarlo—. Mi presente.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Felix—. ¿El dinero te está causando problemas de pareja? Pero ¿no estabas soltera?

Sé que está bromeando, pero no tengo con quién hablar de este problema en particular y siento que voy a explotar si no lo saco fuera.

—Creo que se trata de Lauren y de mí —explico—. Ella gana mucho dinero y yo no, y a veces eso causa roces.

—Ah —dice. Se produce un incómodo silencio, durante el cual me percato de que él no era la persona adecuada con la que hablar de esto. Ahora se siente incómodo y yo también. Pero estoy demasiado avergonzada como para pensar en una forma de salir del paso, así que me quedo callada y los dos nos quedamos ahí, sin más.

—Esto… ¿A qué se dedica Lauren? —pregunta por fin Felix.

—Es *influencer* de estilo de vida —respondo, sin querer entrar en los detalles sobre su faceta de «encontrar un hombre rico». Sacado de contexto podría sonar fatal. Si entro en eso, tendré que contarle toda la historia, y no viene al caso—. Siempre quiere hacer cosas fabulosas —continúo—. Vacaciones, tratamientos de spa, restaurantes caros. Y yo no me lo puedo permitir. Ni de lejos. Así que siempre se ofrece a pagar. Es muy generosa, pero me siento culpable por no poder corresponderla. Y luego, el otoño pasado, tuve que pedirle que me prestara dinero para el depósito de un piso después de mi ruptura y aún no he podido devolvérselo. Ella insiste en que no me preocupe, que fue un regalo. Pero me incomoda que haya tenido que sacarme del apuro.

Sé que estoy hablando de más. Felix no es mi psicólogo ni mi asesor financiero, y lo último que quiero es que me vea como una pobre chica endeudada con su mejor amiga.

Ni siquiera entro en el hecho de que las cartas también podrían referirse a Gabe. La presión de encajar en su mudo de élite y mi inseguridad por no pertenecer a él. Que se empeñara en pagarlo todo.

No quiero que me vea como alguien que siempre depende de los demás.

—Bah, no es para tanto —digo—. Es solo que por un momento me he sentido identificada.

Felix asiente sin cuestionarlo, aliviado de que no siga ahondando en el tema. Sé que ya he hablado demasiado.

—Se está bien aquí afuera —comenta—. ¿Te apetece dar un paseo por la cubierta?

—Claro.

Caminamos unos minutos bajo la luz de la luna. Es tarde y hay

poca gente. Nos detenemos a contemplar las estrellas.

Felix está callado y me pregunto si todavía está molesto por mi exceso de sinceridad.

—Perdona por ponerme así con lo del tarot —digo—. No quería fastidiar el ambiente.

—Ja. No es culpa tuya. Mis cartas tampoco son para tirar cohetes, ¿no te parece? La culpa es de Olenska.

No se me había ocurrido que su mal humor era por sus cartas y no por las mías.

—¿Es cierto lo que te dijo? —pregunto—. ¿Te han engañado?

—No que yo sepa —repone—. Pero supongo que me he sentido bastante utilizado.

—¿Cómo?

Felix suelta un gruñido.

—Esto me va a hacer quedar como un tonto —dice.

—Bueno, ya sé que eres un tonto. Tus hermanas lo han dejado claro.

—Mira qué majas.

—Bueno, ¿qué decías?

Se frota la sien, como si esta conversación le estuviera provocando dolor de cabeza. Estoy a punto de retirar la pregunta, cuando dice:

—Algunas de mis ex eran bastante… ¿cómo decirlo? Ambiciosas a nivel social. Cuando era un crío, tenía cierta fama en la prensa amarilla… el niño rico malcriado en Londres y esas cosas. Mi primera novia, Emma, quería salir en *Talter* más de lo que quería estar conmigo. Tardé un poco en darme cuenta. Pero eso no me impidió repetir el patrón unas cuantas veces más.

—Vaya. Lo siento —digo.

No puedo evitar notar que venimos de mundos diametralmente

opuestos. El suyo, donde el solo hecho de salir con él te puede meter en una revista de sociedad. El mío, donde la pizza de un dólar y medio la porción es un básico en mi dieta.

A pesar de todo, resulta agradable poder confiar el uno en el otro. Me pregunto si seríamos tan abiertos si estuviéramos saliendo de verdad.

—Bueno, el tarot ha dejado de ser divertido —digo—. Esperaba sacar la carta de la emperatriz.

—¿Cuál es la carta de la emperatriz? —pregunta.

—Básicamente es la Beyoncé del tarot. Es una mujer hermosa vestida con túnica, sentada en un trono rojo, sosteniendo un cetro dorado en alto. Representa la fertilidad, pero no solo en el sentido tradicional. Es todo: la plenitud de la pasión, el poder de la creatividad, la abundancia, la prosperidad, el amor romántico. La carta definitiva.

—¡Guau! —exclama—. No sabía que fuera una opción. Desde luego mucho mejor que un montón de espadas clavadas en ti.

—Sí. Siempre he querido sacarla y nunca lo consigo.

Felix me coge de la mano y me da un suave apretón.

—Para mí, tu eres Beyoncé en todos los sentidos.

—Gracias. Ya era hora de que alguien se diera cuenta.

—Siempre te presto atención.

Me embarga la emoción.

—Y yo a ti —susurro—. Y yo a ti.

«Cálmate —le digo a mi corazón—. Cálmate».

Estoy tan agradecida por conocer a este hombre, que sabe escuchar y que se permite ser vulnerable conmigo sobre sus desengaños. En otras circunstancias, disfrutaría plenamente de esta intimidad tan cómoda entre nosotros.

Pero esto no va de eso y no quiero malgastar el poco tiempo que nos queda ahondando en temas dolorosos. Ya estamos a mitad de este crucero, la noche es hermosa y estrellada y deberíamos sacarle partido a lo que sí podemos ser el uno para el otro: amantes.

Le rodeo con los brazos y poso los labios con suavidad en su cuello.

Él echa la cabeza hacia atrás, dándome acceso a su garganta. Esta parte del cuerpo debe de exudar feromonas, porque una descarga eléctrica recorre todo mi ser.

Felix baja la cabeza y se apodera de mi boca con urgencia. Su barba incipiente me raspa, aumentando mi excitación. Cierro los ojos y ladeo la cabeza, invitándole a explorar el hueco donde mi oreja se une a la mandíbula. Y me estremezco cuando me besa ahí.

Meto la mano debajo de su camisa y disfruto al sentir que sus músculos se tensan y se relajan bajo mi tacto. Luego desciendo más, bajo la cinturilla de sus pantalones.

Su polla está tan viva como el resto de su ser: dura como una piedra. La agarro con firmeza, disfrutando del sedoso calor que palpita en mi mano.

—¡Joder! —jadea, apretándose contra mi palma. Lo aprieto un poco más y él se agarra con la mano a la barandilla para no caerse.

»Aquí no —dice—. Alguien podría vernos.

—Es lo que hace que sea divertido —repongo—. Date la vuelta y finge que estás contemplando las estrellas.

Felix vacila, pero solo un instante.

Acto seguido se gira de espaldas a mí y deslizo el brazo alrededor de su cintura, como si le estuviera abrazando de forma inocente. Pero amparada por las sombras, le bajo la cremallera de los pantalones con la mano libre.

Agarro su polla y la acaricio de forma provocativa hasta que gime. Cada jadeo prende una chispa dentro de mí. Me siento como si estuviera hecha de luciérnagas.

Oigo voces apagadas a lo lejos. Una pareja está rodeando la cubierta desde el otro lado del barco. Aún no están tan cerca como para vernos, pero lo estarán dentro de un minuto.

Acaricio a Felix con fuerza, con rapidez.

—Date prisa, cielo —le susurro al oído—. O nos pillarán.

Tal vez sea la fricción, tal vez la adrenalina del peligro, pero su cuerpo se tensa contra mí.

—Joder, voy a…

—Eso es —susurro—. Córrete para mí. Ahora.

Y lo hace.

Me encanta ver que se aferra a la barandilla mientras su cuerpo se estremece de placer, como si lo que le estoy haciendo pudiera arrojarlo por la borda de no hacerlo.

Porque él me hace sentir lo mismo.

Como si estuviera a punto de caer.

Se la guarda de nuevo dentro de los pantalones y se aparta de mí justo cuando la pareja llega a la zona iluminada.

—¡Pero si son los dos tortolitos! —exclama la mujer.

Cuando se acercan, veo que son Tom y Nancy, el matrimonio con el que coincidimos haciendo esnórquel.

—Hace una noche preciosa, ¿verdad? —dice Tom.

—Sí —respondo—. Estábamos disfrutando de la brisa.

—No hay nada como la brisa marina para estimular los sentidos, ¿no os parece? —añade Nancy, guiñándole el ojo a Felix.

Ahora sí que parece que vaya a caer del barco, pero por razones muy distintas.

—No hay nada igual —conviene con voz temblorosa.

Tom y Nancy nos dan las buenas noches y se meten dentro.

Felix se vuelve hacia mí con una expresión horrorizada.

—¿Tú crees que lo saben? Porque tengo la sensación de que lo saben.

Le brindo una sonrisa.

—Creo que a Nancy le parece bien.

Felix se ríe y sacude la cabeza.

—Tengo que llevarte a la cama antes de que nos detengan.

—¿Tu cama? —pregunto.

—Mi cama.

—Primero voy a pasar por mi habitación para cambiarme —digo.

—No tardes mucho. La cama y yo tenemos planes para ti.

Me doy una ducha, me pongo el pijama. Luego voy al camarote de Felix y llamo a la puerta.

Él me abre sin camisa, con una toalla alrededor de las caderas. Y me dedica una sonrisa torcida.

—Hola.

Yo también le sonrío. Tampoco me queda otra, ya que mi cara sonríe cuando le ve.

—Hola.

—Estoy terminando —dice—. ¿Calientas la cama?

Voy al dormitorio. La cama está bien hecha, pero hay un trozo de papel sobre la almohada del lado en el que he estado durmiendo.

Es un dibujo hecho a mano alzada del mismo estilo que los tatuajes de Felix. En la imagen se ve a una mujer vestida con una túnica, sentada en un trono, sosteniendo una vara hacia el cielo. Debajo está escrita la palabra EMPERATRIZ en letras mayúsculas.

La mujer tiene mi cara.

El corazón me da un vuelco. No llores, me ordeno. Hagas lo que hagas, no llores.

Felix sale del cuarto de baño.

—Oye —digo, sujetando en alto el dibujo—. ¿Lo has dibujado para mí?

Él se sienta a mi lado y me besa la mejilla.

—Mereces tener todo lo que deseas —dice.

Me apoyo contra él; su piel aún está húmeda y caliente después de la ducha.

—Te quiero a ti.

No quería decir eso. Lo que quería decir es «tú eres lo que quiero». «Te quiero a ti» suena demasiado personal.

Suena a algo a largo plazo.

Sus ojos se oscurecen y se tornan posesivos.

Me pone una mano en el pecho, encima de los senos, y me empuja hacia el colchón.

—Yo también te quiero a ti —dice con voz grave.

Ahogo un grito cuando me separa las piernas con la rodilla. El dibujo que tenía en la mano cae al suelo. Tomo nota de acordarme de cogerlo más tarde y luego mi cerebro es incapaz de concentrarse en nada que no sean sus manos, que me agarran las muñecas y me levantan los brazos por encima de mi cabeza, manteniéndolas inmovilizadas.

Me arqueo hacia él, porque después de nuestro interludio al aire libre, estoy lista y quiero que vayamos más rápido.

Pero él no me deja.

—No —dice—. Esta noche voy a hacerte mía.

—¿Vas a hacerme tuya?

—Sí. Voy a hacerte mía —repite con una voz muy grave.

Entonces atenúa las luces y me quita la ropa con suma ternura. Cada vez que intento ayudar, Felix me detiene.

Cuando ya estoy desnuda, vuelve a levantarme las manos por encima de la cabeza, cubre todo mi cuerpo con el suyo y me besa. Un beso tan profundo, tan intenso y lleno de deseo que parece que esté cayendo por un túnel al centro de la Tierra. Es la forma en que uno besaría si no existiera la posibilidad de ir más allá. Si el primer beso fuera la única meta. Si el beso fuera la máxima dicha, la conexión más profunda del universo.

Me besa así mientras me penetra.

Me besa así mientras me corro.

Nos hemos acostado, pero esta es la primera vez que hemos hecho el amor.

8
EL MOTÍN

Maravillas del Caribe, día 7

¡Bienvenido a Nasáu, Bahamas!

Hoy el Romance del Mar atracará en las cristalinas aguas de la hermosa capital de las Bahamas. Pasee por sus playas de arena blanca, deguste las deliciosas especialidades locales a base de caracola, admire la arquitectura colonial del casco antiguo y prepárese para realizar emocionantes excursiones. Podrá descansar bajo el sol en el exclusivo resort Atlantis de fama mundial, nadar con los cerdos en Rose Island o explorar arrecifes submarinos y pecios en nuestro tour de esnórquel de cuatro horas.

¡Que tenga un día estupendo!

Felix

La emoción que siento al abrir los ojos y ver a Hope cuando despierto no es la típica que inspira un «rollo de vacaciones». Es la misma sensación que me invadió anoche mientras follábamos. Ese profundo deseo de estar dentro de ella. No solo físicamente, sino también emocional e intelectualmente. De conocerla *de verdad.*

Es algo tierno que no he sentido en años.

Puede que nunca.

No puedo creer lo poco que falta para tener que dejarlo atrás.

Y cada fibra de mi ser se resiste a hacerlo.

Así que, en vez de eso, me permito imaginarla deambulando por mi piso en Londres, con una de mis viejas camisetas. Sentada en un reservado de The Smoke and Gun con mis amigos después del cierre, riendo con ellos mientras comparten una pinta y un cuenco de patatas fritas. Yendo a almorzar los domingos a Hampshire, disfrutando del cordero asado y las patatas fritas en grasa de pato de mi madre mientras charlamos con mis hermanas.

La imagino yendo conmigo en coche hasta la costa para ver casas rurales. Viviendo su fantasía en la campiña inglesa. Esa que tan bien podría encajar con mis propios sueños de futuro.

Saco el móvil y entro en Rightmove para buscar casas históricas en venta cerca de Devon. Solo por echar un vistazo.

Descubro que puedo permitirme una de ellas.

Mis *pubs* han ido muy bien, y como mantengo los gastos a raya e invierto mis ahorros en bolsa, con el consejo de mis hermanas, tengo

un buen pellizco ahorrado.

¿Y si lo utilizara para darle un giro radical a mi vida?

¿Y si, en un escenario casi imposible, esa nueva vida también incluyera a Hope?

Me digo que estoy siendo ridículo, pero eso no evita que un cosquilleo de emoción me recorra las yemas de los dedos cuando veo el anuncio de una gran casa señorial que ahora es un hostal. Hago clic en la página web del hotel, que me lleva a su cuenta de Instagram. No suelo usar mucho las redes sociales, pero de vez en cuando entro para ver fotos de bodas y bebés de amigos, así que abro la aplicación.

Tengo una notificación de un mensaje privado sin leer. Es de alguien llamado @FYIFelixSegrave.

Qué raro.

Lo abro y veo que no hay texto, solo un reenvío de un *reel* de alguien llamado @LaurenLuvRose.

Pincho en él y empieza a reproducirse un vídeo.

En él se ve a Lauren, la amiga de Hope, sentada en un espacioso piso, sujetando en alto un reluciente folleto del Romance del Mar.

> ¡Hola, chicas! —dice con entusiasmo—. Madre mía, tengo una actualización que os va a encantar. Sabéis que siempre estamos en busca de los solteros más codiciados, ¿verdad? Pues se me ha ocurrido una idea y creo que es la mejor que he tenido hasta la fecha. ¿Habéis oído hablar de los cruceros de lujo? Sí, esos donde sirven la cena en porcelana fina, te asignan un mayordomo y te llevan a lugares de ensueño. Pues resulta que además de todo eso suelen tener una clientela de cierta edad y con dinero. Y en muchos casos, solteros y en busca de compañía.

Lauren guiña un ojo.

Así que ¿sabéis qué? Me voy de crucero dentro de dos semanas. El barco se llama Romance del Mar, así que ¿cómo no voy a encontrar el amor? ¡Me voy con mi mejor amiga y vamos a buscar un marido rico, bebés!

Sobre su cabeza aparece una imagen del Romance del Mar surcando el mar, mientras suena *Gold Digger* de fondo.

¡Seguid la aventura! —dice Lauren—. Compartiré todos mis secretos para cautivar a caballeros solteros y con posibilidades en alta mar. ¡Deseadnos suerte!

¿Qué cojones?

¿Han venido aquí para pescar un marido rico?

Esto deber ser una broma.

Hago clic en la cuenta de Lauren y veo que no ha parado de subir contenido desde que empezó el crucero. Cada publicación tiene decenas de miles de «me gusta».

En una de las fotos, Lauren posa en actitud seductora junto a la piscina, vestida con su traje de baño. En el pie se puede leer: «El aquagym puede parecer aburrido, pero es una forma excelente de atraer la clase de atención adecuada. A los hombres les encanta ver a una chica sexi saltando en el agua». Acompañado de un montón de emojis de diablillos sonrientes y gotas de agua.

No puede ser real. Es tan exagerado que raya en la parodia. Lauren tiene que estar bromeando.

Y aquí estoy yo, tragándomelo como siempre.

Estoy a punto de despertar a Hope para decirle que he estado a punto de picar.

Pero hay tantas publicaciones que me da que pensar. Sigo deslizando la pantalla.

Voy pasando fotos de Lauren con ropa deportiva ajustada,

comentando lo estupendos que son los deportes al aire libre para conocer hombres cachas.

Selfis en la playa, selfis al atardecer, acompañados de tutoriales de maquillaje y estilismo en colaboración con diversas marcas. En cada publicación, consejos para lucir lo más atractiva posible cuando vas a la caza de «pretendientes disponibles», que parece ser la manera de Lauren para referirse a hombres ricos. Y «enganchar» a uno de ellos parece ser el único objetivo de Lauren.

Hope me dijo que Lauren era *influencer*, pero curiosamente omitió este pequeño detalle.

Y entonces veo una foto de Hope.

Va vestida igual que el día de la clase de cocina y está coqueteando con la cámara. El pie de foto dice: «Mi chica, lista para cazar a un hombre, impresionante en #DiorCruise #ad».

«¿Qué?».

Una cosa es que Lauren haga el payaso en redes.

Pero ¿Hope? ¿Hope es una «publicación patrocinada» en una cuenta dedicada a «cazar maridos ricos»?

No puede ser real. Es imposible.

Deslizo más rápido, buscando la cara de Hope. Rezando para no encontrarla otra vez.

Pero unas publicaciones más abajo, ahí está. Recostada en la cama, con un caftán estampado turquesa y dorado y gafas de sol oscuras. Imposible estar más glamurosa. El pie de foto reza: «Mi mejor amiga se ha mareado, pero su galán del crucero la rescató de un modo muy romántico. Nunca subestimes el poder de una damisela en apuros. Despierta el instinto caballeroso en un hombre. #romanceenelmar #versace #ad».

Se me revuelve el estómago. Sigo mirando.

Y entonces veo mi cara.

Es un vídeo de Hope y de mí cantando *Wuthering Heights* en el karaoke. Sobre la imagen hay un texto que dice: «¡Es oficial! Mi mejor amiga tiene un rollo de crucero con un GUAPÍSIMO LORD INGLÉS. ¿¿¿Os lo podéis creer??? Esto pinta bien. ¡Crucemos los dedos para que tenga su final feliz! #romancedelmar #ad».

Me siento como si me hubiera pegado un puñetazo en el estómago.

Miro a Hope, que sigue durmiendo plácidamente.

Su piel de porcelana; sus largas pestañas, que roza sus suaves mejillas; el cabello, desparramado sobre la almohada; los hombros desnudos, porque debajo de las sábanas no lleva nada.

Lo sé muy bien.

Yo fui quien le quitó la ropa.

Con cariño, con ternura, imaginando que tal vez estábamos destinados a encontrarnos.

Puedo sentir que esa ternura se repliega, como una flor cerrándose al caer la noche.

Los detalles de la semana pasada me vienen a la memoria en amargas oleadas. Las conversaciones en la cena sobre el fondo de inversión de mi familia. Mis hermanas alardeando sobre los contactos de mi padre, hablando sin tapujos de yates y bolsos de cuarenta mil libras esterlinas.

Hope hablando de su deuda. Su frustración por su mal pagado trabajo. Su agobio por el dinero.

Lo mucho que le alucinó mi título.

Su sueño de vivir en Inglaterra, mi hogar.

Y de repente dejo de ser una persona y me veo reducido a un puñetero premio gordo.

—Hope —digo, y mi voz surge ronca.

No se mueve.

Le toco el hombro.

—Hope —repito.

Ella parpadea, medio dormida, y me mira con esos ojos en los que hace unas horas me perdí por completo. Me brinda una sonrisa, de esas que solo le dedicas a un amante.

Casi se me revuelve el estómago.

—Buenos días —dice.

Levanto el móvil con la mano temblorosa.

—¿Me puedes explicar qué coño es esto?

Hope

Me siento desorientada, pues la voz de Felix llamándome con urgencia me despierta bruscamente de mis difusos sueños matutinos, llenos de claroscuros.

Noto que algo va mal, muy mal, pero no tengo ni idea de qué se trata. Solo veo que sostiene el móvil delante de mi cara, con los dedos temblorosos y los dientes tan apretados que corre el peligro de partírselos.

—¿Mmm? —digo medio dormida, entrecerrando los ojos y parpadeando para intentar enfocar la vista en la pantalla.

A duras penas distingo que es una de las publicaciones de Lauren en Instagram.

—¿De verdad pensabas que no iba a enterarme de esto? —pregunta en voz queda.

No tengo ni la más remota idea de qué me está hablando. Lauren postea unos diez vídeos al día y yo apenas uso las redes sociales.

Me incorporo.

—¿Qué ocurre?

—Dale a REPRODUCIR —dice, tendiéndome su móvil—. Ahora mismo.

Toco la pantalla para abrir el *reel* y lo veo.

Mi confusión se torna rápidamente en incredulidad cuando la oigo decir: «¡Me voy con mi mejor amiga y vamos a buscar un marido rico, bebés!». Me enderezo de golpe. Y entonces empieza a sonar *Gold Digger* y me invade el pánico.

¿*Por qué* me ha metido en esto? ¿En qué coño estaba pensando?

Felix me mira con mucha atención.

—Sigue deslizando —dice.

Con un nudo en el estómago, sigo explorando las historias de la última semana. Veo fotos mías etiquetadas con nombres de marcas, como si yo también fuera una *influencer*.

Y entonces veo a Felix.

Leo el pie de foto y se me revuelve el estómago. Pero no tanto como a Felix, que parece estar a punto de vomitar.

De repente me doy cuenta de que no es Lauren quien le provoca eso.

Soy yo.

—¡No sabía nada de esto! —balbuceo, porque mi cerebro es un caos absoluto dominado por el miedo y apenas soy capaz de hilar una frase—. ¡No tiene derecho a publicar cosas sobre mí!

Felix tiene la mirada clavada en mí, analizando cada uno de mis gestos.

—Pero el problema no son solo las publicaciones, ¿verdad, Hope? Es la razón por la que supuestamente estás aquí.

—Oye, oye, oye, para el carro —digo con tanta calma como me es posible. Entiendo que esté disgustado por esto. Pero me conoce—. Por favor, ya sé lo que parece —digo—. Pero déjame que te lo explique.

Él exhala un suspiro.

—Adelante.

—Esto no… —empiezo, pero me cuesta hablar de manera coherente. Lo intento de nuevo—: Todo este rollo de cazafortunas es solo una broma de Lauren. Es parte de su personaje. Ella viene del mundo de los *reality shows*. Solo habla medio en serio. Y yo no tengo

nada que ver con eso. Ni siquiera sabía que había publicado esto. Se supone que no debe sacarme en sus vídeos. Y mucho menos a ti.

Él cierra los ojos con expresión dolida.

Tiro de la sábana para cubrirme mejor el pecho.

—Tú me conoces —declaro—. ¿De verdad piensas que esto encaja con mi personalidad?

—Quiero creerte —dice—. De verdad que quiero hacerlo. Pero hay un montón de publicaciones de esta mierda. Sales en todas. Ella es tu mejor amiga. No hay ninguna razón para que te haga quedar tan mal a propósito.

No, no hay ninguna. Y no entiendo por qué lo ha hecho. Pero ya aclararé eso más tarde. Lo que ahora importa es arreglar esto.

—Felix —empiezo, poniéndole la mano en el hombro—. Vine a este crucero porque quería empezar de cero. Quería aclarar mis ideas. No quería estar todo el verano sola en Nueva York, deprimida por mi ruptura y el divorcio de mis padres. No vine porque estuviera buscando a un hombre rico.

Se estremece al oír las palabras «hombre rico».

—Entonces, ¿por qué iba a decir eso de ti si no fuera cierto? —pregunta—. ¿Y por qué coño me mete a mí?

—No lo sé. Probablemente porque cree que somos una pareja adorable y pensó que sería un buen contenido. Lo siento mucho, de verdad. Tengo ganas de estrangularla.

Felix no dice nada.

Me doy cuenta de que no me cree.

—Pregúntaselo a ella, por Dios —repongo—. Corroborará lo que te he dicho.

—No me cabe duda de que dirá lo que tú quieras que diga —replica—. Y ese es el propósito de todo esto, ¿no? Diles lo que

quieren oír. —Se ríe con amargura—. Y ha funcionado, ¿verdad?

Le miro con incredulidad. No puedo creer que piense tan mal de mí. Que después de todo lo que hemos hecho y compartido, crea en unas pocas publicaciones de Instagram antes que en mí. Que se plantee siquiera la posibilidad de que haya fingido todo lo que he sentido por él durante esta semana. Y por dinero.

—¿De verdad crees que soy una estafadora? —exploto—. Hemos pasado una semana entera juntos. Me he *abierto* contigo. Me he *acostado* contigo. ¡Eso es *todo*! ¡Ese es mi delito! Querer pasar tiempo contigo. ¡Con un tío que al parecer me considera una chica desesperada sin blanca que busca a alguien que la mantenga!

Él ríe sin rastro de humor.

—Ya puedes imaginarte cómo me siento yo después de haberle contado mi crudo y oscuro pasado, que apenas he superado, y todos mis precarios sueños a alguien que solo me quiere por lo que hay en mi cuenta bancaria. —Respira hondo—. No quiero decir algo de lo que luego me arrepienta —aduce con una gélida cortesía de la que solo es capaz un británico—. Así que solo diré que esto me disgusta mucho y que quiero que te vayas.

Su tono es como un puñetazo directo al estómago.

—Vale. ¡Vaya! Si eso es lo que piensas de mí, hemos terminado —declaro—. Se acabó.

—Sí —dice—. Creo que sí.

Me envuelvo en el edredón, me levanto y comienzo a recoger mi ropa. Entro al baño para vestirme. Y cuando salgo, él ya no está. Lo que significa que ahora ya puedo ponerme a llorar.

Sollozo mientras regreso a mi camarote.

—¡Hopie! —exclama Lauren desde el dormitorio al oírme entrar—. ¡Has vuelto! Tengo muchas cosas que contarte. Ven, acurrúcate

conmigo.

El sonido de su voz me hace llorar con más fuerza.

—Espera… ¿Estás llorando?

Se acerca corriendo, vestida con un vaporoso vestido largo de color rosa claro, que se arremolina a su alrededor.

—Dios mío, Hope —dice, mirándome con una expresión que resultaría cómica si no estuviera al borde de la histeria—. ¿Por qué lloras, cielo?

—¡Por tus publicaciones en Instagram! —espeto.

Ella se muerde el labio.

—Oh… ¿en las que sales tú?

—*Sí*, en las que salgo yo.

Lauren hace una mueca.

—Lo siento. Iba a contártelo cuando terminara el crucero.

—¿Por qué coño has publicado eso?

—Era una sorpresa. Como siempre te sientes mal por pedirme dinero, se me ocurrió etiquetarte en algunas publicaciones patrocinadas. Así estaríamos en paz y podrías olvidarlo. De hecho, ahora soy yo la que te debe dinero. —Me brinda una sonrisa tranquilizadora.

La ira que siento frena de golpe las lágrimas.

—¿Así que decidiste hacerme quedar como una cazafortunas en internet para ganar dinero con la publicidad? ¿Pero tú te oyes?

—Bueno, tengo que ceñirme al mensaje de la marca. A ver, tú trabajas en relaciones públicas y sabes cómo funciona esto. Pero es muy tierno. ¡Todos mis seguidores te están apoyando!

—¡Mira qué bien! Me he hecho viral como una cazafortunas manipuladora. ¡Mil gracias!

Lauren parece confusa.

—Sabes que no es en serio. La mayoría de mis seguidores lo entienden.

—Sí, bueno, ¿pues sabes quién no lo entiende? ¡Felix! A quien, por cierto, también expusiste sin su permiso. ¿Cómo no pensaste en esto, Lauren?

La preocupación se adueña de su rostro.

—No te enfades, Hopie. Solo quería hacerte un favor. No pensé que fuera a molestarte.

—¿Ah, no? ¡Felix me ha echado de su camarote en cuanto lo ha visto!

Lauren ahoga un grito.

—¿Perdona? ¿Que ha hecho qué?

—¡Ya me has oído!

—Menudo cabrón.

—No, aquí la cabrona eres *tú* —espeto, aunque estoy de acuerdo con ella en esto—. ¡Me has hecho quedar como una estafadora que quería engatusarlo, joder!

—Vale, no me hables así. Soy tu mejor amiga.

—Yo *sí* que creía que era tu mejor amiga —replico—. Pero resulta que solo soy la compinche que utilizas para conseguir visitas.

Lauren se queda boquiabierta.

—Espera, espera. Reconozco que la he cagado, pero sabes que no lo hice con mala intención. Tú me conoces —solloza.

Las mismas palabras que le dije yo a Felix.

Y Lauren tiene razón. Puede que esté furiosa, pero no voy a tratarla como me ha tratado él a mí. Fuera cual fuese su intención, no era hacerme daño.

—Está bien, Lauren. Sí. Te conozco. Pero me estoy desmoronando.

Ella se acerca y me coge las manos.

—Cielo, ¿por qué estás tan disgustada?

—Porque Felix es la primera persona que me gusta desde hace meses —estallo, apartando las manos de las suyas—. Y ahora me odia.

—Mira, sí, la he cagado, ¿vale? —dice—. Ojalá no lo hubiera hecho. Pero, cielo, sabía que estás agobiada por el dinero y solo quería ayudar. —Su voz se torna más dulce—. Quiero que seas feliz.

En el fondo sé que Lauren dice la verdad. Confío en ella. Nos queremos demasiado y desde hace demasiado tiempo como para que nuestro amor no sea incondicional.

Pero sigo pensando que he cometido un grave error de juicio y no estoy lista aún para dejarlo correr.

—Necesito un poco de espacio —digo—. Me voy a desayunar.

Me doy la vuelta y salgo del camarote sin molestarme siquiera en lavarme la cara o quitarme el pijama. Necesito terapia de carbohidratos. Y la necesito ya.

Cojo un plato en cuanto llego al bufé y empiezo a llenarlo de dulces. Ni siquiera voy a molestarme en fingir que quiero fruta y yogur para que sea una comida más equilibrada. Estoy buscando una mesa libre, cuando escucho mi nombre.

Miro hacia un lado y veo a Gabe de pie, saludándome con la mano.

Y está con su abuela.

Gabe se acerca con una enorme sonrisa, sin dar la menor señal de recordar que hui de él la última vez que nos vimos.

—¡Buenos días! —dice—. La abuela y yo acabamos de sentarnos. Ven a sentarte con nosotros.

Maeve me está mirando desde la mesa, esperando que me una a ellos.

No tengo una forma elegante de librarme.

Pero ahora no puedo con esto.

Me meto el resto de la magdalena en la boca.

—Lo siento, pero tengo que irme —digo—. Saluda a Maeve de mi parte.

Pero antes de que pueda salir corriendo, Gabe saluda a alguien detrás de mí.

Me giro y ahí está Felix. Él asiente y sigue caminando, mirándonos a los dos con una expresión de amarga diversión.

¡Fantástico! Ahora estoy segura de que piensa que también le mentí sobre Gabe. Tengo ganas de llorar otra vez.

—¿Pasa algo, Hope? —pregunta Gabe—. Pareces alterada.

—No —digo—. Pero no quiero llegar tarde a mi excursión. —Una mentira. No tengo intención de ir a nadar con los cerdos con Felix y sus hermanas, como habíamos planeado. Otra cosa que ha estropeado.

Tenía muchísimas ganas de ver esos cerdos.

—Te debo una disculpa —dice Gabe—. Por lo del karaoke. Quería impresionarte, pero veo que no funcionó.

Si algo tiene de bueno lo que ha pasado esta mañana es que se me ha acabado la paciencia para aguantar tonterías a ningún hombre. No quiero las disculpas de Gabe ni su atención.

Felix tenía razón en una cosa: no me merece.

Ninguno de los dos.

Tengo que alejarme de ellos. Tengo que alejarme de toda la gente de este barco.

Corro a mi camarote, me pongo un bañador y un vestido veraniego y voy derecha a la pasarela. En cuanto pongo un pie en el muelle de Nasáu, salgo corriendo hacia tierra firme.

9
EL PARAÍSO PERDIDO

De vuelta al presente, por desgracia

Felix

Esperaba no volver a hablar con Hope nunca más. Y por la forma en que sus ojos se pasean frenéticamente entre el barco y yo, el sentimiento es mutuo.

Hope está empapada de sudor y le falta el aliento.

De hecho, parece que lleva horas llorando.

Parece que está teniendo el peor día de su vida.

Su aspecto refleja el modo en que yo me siento.

—El barco ha zarpado —digo.

—Sí, eso ya lo veo —espeta, y señala hacia el quiosco—. ¿Has hablado con alguien? ¿Va a volver?

—El tipo del mostrador de información ha dicho que no hay forma de volver a subir. Tenemos que contactar con nuestras embajadas.

—Oh, por favor —dice, como si yo fuera el mayor idiota que haya existido—. Está *ahí* mismo. Voy a hablar con él.

Me siento en un banco mientras la veo tener la misma conversación inútil que acabo de tener yo. Vuelve unos minutos después, visiblemente perpleja, con dos papeles en la mano.

Sin decir una palabra, me entrega uno de ellos. Es la información de contacto y los horarios de la Embajada Británica en Nasáu.

Lo primero que noto es que la oficina cierra a las cinco de la tarde.

—¿Tu embajada sigue abierta? —le pregunto a Hope.

—No —responde con voz apagada.

Parece tan abatida que casi siento lástima por ella.

—Esto es una puta pesadilla —digo. Saco el móvil para buscar en Google qué hay que hacer si te quedas tirado en el extranjero sin

ninguna documentación. Me salta el aviso de batería baja. El indicador de carga está al seis por ciento—. Genial. Mi teléfono está a punto de apagarse.

—Al menos tienes tu móvil —murmura.

—¿Qué?

—Me dejé el mío en el barco.

Recibo una alerta en mi teléfono de mi compañía de tarjeta de crédito: es una notificación de un posible fraude, pidiéndome que verifique un cargo de 3201,22 libras esterlinas.

—¡Joder! —susurro.

—¿Qué pasa? —pregunta Hope.

—Me han robado la cartera y alguien está intentando usar mi tarjeta.

Ella abre los ojos como platos.

—¿Tu carné de identidad estaba dentro?

—Sí.

—Entonces, para resumir —empieza—. Nos hemos quedado tirados los dos en un país extranjero sin nuestros pasaportes, tú no tienes dinero ni carné de identidad, y yo no tengo mi móvil.

—Y el mío está a punto de quedarse sin batería, para colmo de males.

—¿Qué hacemos? —pregunta.

Cierro los ojos. Esta catástrofe es tan compleja que no sé qué problema intentar resolver primero. Y el hecho de que estemos juntos en este no ayuda.

—Y yo qué coño sé —respondo.

Los dos miramos hacia el horizonte, donde aún se puede ver el Romance del Mar alejándose tranquilamente.

—Quiero dejar muy claro que no tengo ningún deseo de estar

contigo —dice—. Pero dadas las circunstancias, creo que tenemos que trabajar en equipo. Si logras convencerte de que esto no forma parte de mi plan maestro para robarte tu fortuna.

No me queda otra. Puede que Hope sea una persona manipuladora, pero ahora mismo es lo único que tengo. Y lo único que ella ha perdido es su móvil. Yo he perdido el dinero y toda la documentación. En el escalafón de quién está más jodido, yo estoy en la cúspide.

—Tienes razón —repongo—. Tenemos que unir fuerzas.

Ella se frota la sien con aire trágico y cansado a la vez.

—Vale, el plan es el siguiente —empieza—. No vamos a poder solicitar pasaportes esta noche. Y seguramente tengas que denunciar a la policía que te han robado la documentación para conseguir los pasaportes. Así que tenemos que buscar una comisaría.

—Sí —digo—. Para eso necesito que el móvil no se apague. Así que primero necesitamos un cargador.

Ella asiente.

—Vamos a preguntar dónde podemos comprar uno cerca.

El hombre del quiosco nos indica una tienda en la calle principal, justo enfrente del puerto. Hope compra un cargador y yo le pregunto al dependiente si puedo enchufar mi móvil un momento. Nos sentamos en el suelo junto a un enchufe. Hope guarda silencio mientras yo cancelo mis tarjetas de crédito de forma metódica.

Me llega un mensaje de texto de mi hermana.

Pear: ¿Dónde estás? Te estamos esperando.

¡Mierda, mierda, mierda! Se me había olvidado la cena. Como regalo de aniversario para mis padres, reservé un menú degustación privado de diez platos para mi familia esta noche en la mesa del

chef. Se supone que debemos reunirnos antes para hacernos fotos con el fotógrafo del barco.

Mi familia va a flipar. Y yo, una vez más, soy el imbécil autodestructivo que no sabe hacer nada bien y que siempre acaba amargando a los demás, incluso cuando intenta tener un detalle.

Me invade una vergüenza que no había sentido desde más o menos seis meses después de dejar la bebida, cuando por fin empecé a creer que merecía recuperar su confianza.

Reconstruirla ha sido un proceso tortuoso y lento.

Esto les va a estropear por completo el aniversario a mis padres, el viaje de toda la familia y la culpa es mía.

«No os agobiéis —escribo—. Pero he perdido el barco». Al instante me entra una llamada de FaceTime. Contesto y veo a mi familia al completo, intentando hablar todos a la vez. Es un caos.

—Estoy bien —digo, levantando la voz—. Lo voy a solucionar. Por favor, tranquilizaos.

Pero no se tranquilizan.

—Pear, ¿puedes pasarle el teléfono a papá? —pregunto.

Mi padre rara vez se altera por algo, al menos no lo demuestra. A veces eso puede ser un defecto, pero en estas circunstancias, espero que su serenidad tranquilice a mi madre y a mis hermanas.

—Felix —dice, alejándose del barullo—. ¿Sigues en Nasáu?

—Sí. Lo siento mucho. Me robaron la cartera y no pude regresar a tiempo.

—¿Así que no tienes dinero?

—Ni carné de identidad. Pero Hope está aquí. Encontraremos la solución entre los dos.

—Vale, esto está bien —dice.

Me alegro mucho de no haberle contado a mi familia lo que pasó

entre nosotros dos esta mañana. Tarde o temprano acabarían enterándose y prefería no hablar del tema.

Si lo supieran, estarían aún más preocupados por mí.

—Es posible que tarden un par de días en tramitar los pasaportes —explico—. Lo siento muchísimo.

—Llamaré a lord Shanks —dice mi padre con firmeza—. Tendrá algún contacto en la embajada. Tal vez puedan agilizar el proceso.

Hago una mueca. Hope lo está oyendo todo. No me hace gracia alimentar su idea de que soy un niño rico consentido.

Pero cuanto antes se solucione esto, mucho mejor.

—Gracias —digo—. Ah, ¿y podrías enviarme algo de dinero mañana cuando llegues a San Martín?

—Por supuesto —contesta.

—Vas a tener que enviárselo a Hope, porque yo no tengo carné. Te paso la información por la mañana.

—Muy bien. Cuídate, hijo.

—Lo haré. Dile a mamá que no se preocupe.

Mi padre me brinda una sonrisa irónica.

—Tu madre va a estar hecha un manojo de nervios. No hay nada que hacer.

No. No hay nada que hacer.

Cuelgo y le ofrezco mi móvil a Hope.

—¿Quieres llamar a Lauren?

Ella me mira con expresión ausente, como si no me hubiera oído.

—Lo olvidé —susurra.

—¿Llamar a Lauren?

—El comunicado de prensa. ¡Oh, mierda, mierda, mierda! ¿Qué hora es?

—Poco más de las seis.

—Dame tu móvil.

Se lo paso y ella empieza a teclear frenéticamente, soltando palabrotas. Parece estar al borde del infarto.

—¿Qué ocurre? —pregunto.

Ella no responde, sigue escribiendo en la pantalla como si estuviera intentando desactivar una bomba.

—¡Por fin! —exclama y marca un número—. Vamos, contesta, contesta, contesta.

Oigo que alguien responde al otro lado.

—Lana —dice Hope—. Gracias a Dios. Vale, ¿estás en la oficina? Necesito que vayas a mi mesa y entres en mi cuenta. La contraseña es DonotheaC@us@bon4598!

Durante los siguientes minutos, escucho mientras ella le da instrucciones detalladas sobre algo relacionado con el trabajo.

—Vale, ¿está enviado? ¿Seguro? —pregunta—. Comprueba que no haya correos devueltos. No podemos dejar a nadie fuera. —Se queda en silencio un momento y asiente—. Eres la mejor. Oye, estoy tirada en las putas Bahamas sin móvil. Sí, lo sé. Me va a matar. ¿Puedes escribirme a este número si surge cualquier cosa? No sé cuánto tiempo estaré sin conexión. Vale. Sí. Gracias. Ajá. Adiós.

Cuelga el teléfono y lo deja caer en mi regazo antes de apoyarse en la pared.

—¿Qué ha sido eso?

—Oh, nada. Es probable que haya conseguido que me despidan.

Hope se inclina y se tapa la cara con las manos. Parece como si fuera a quedarse así indefinidamente, pero el tiempo sigue corriendo, así que le digo:

—Eh… Bueno, si ya has solucionado eso, deberíamos buscar un hotel. Reservar algo antes de que se haga muy tarde.

—De acuerdo —dice—. Solo voy a mandarle un mensaje a Lauren para que no me esté buscando.

Agarra mi móvil, escribe unos mensajes y me lo devuelve. Evito mirar lo que ha escrito. Doy por hecho que es algo parecido a: «Estoy atrapada con el goblin».

Busco en Google hoteles disponibles en la zona.

—Parece que hay habitaciones disponibles en un Marriott a poca distancia de aquí en taxi —anuncio—. Voy a reservar…

Y entonces caigo en la cuenta de que no puedo hacerlo porque ya he cancelado mis tarjetas.

Me aclaro la garganta.

—Esto… ¿Te importaría pagarlo con tu tarjeta? Te lo devolveré en cuanto mi padre me envíe dinero.

Ella levanta la cabeza, todavía en estado de *shock*.

—¿Quién es ahora el cazafortunas?

—Ya. Soy consciente de la ironía. Pero creía que teníamos una tregua.

—Está bien —dice—. No importa.

—De verdad, te lo agradezco, Hope. No sé qué haría si no estuvieras aquí.

—Ajá —responde, sin inmutarse por mi sinceridad.

Bueno, da igual. No tenemos por qué ser amigos. Solo tenemos que sobrevivir a esta noche.

Le doy el teléfono otra vez para que pueda meter los datos de su tarjeta. Ella suelta una amarga carcajada.

—Felix, estas habitaciones cuestan más de trescientos dólares la noche con impuestos incluidos.

—Ya te he dicho que te lo devolveré mañana.

—El problema es que mi tarjeta está casi al límite, tengo

novecientos dólares en mi cuenta y no cobro hasta la semana que viene, suponiendo que aún tenga trabajo. Puede que tardemos días en conseguir el pasaporte. Y si por alguna razón no me llega el dinero de la transferencia, estaré bien jodida si gasto tanto.

Intento disimular mi sorpresa.

Está claro que no lo consigo, porque ella me mira con los ojos entrecerrados.

—No pongas esa cara. No todos somos herederos de un baronet.

Me abstengo de señalar que mi relativa estabilidad económica no tiene nada que ver con el dinero de mi familia, del cual no he tocado ni un céntimo desde que iba al colegio.

—¿Hay algo más barato? —pregunto.

Hope revisa los hoteles.

—Hostal Paradise Fun —dice—. Cien dólares la noche sin impuestos ni tasas.

—Parece razonable —digo.

—Solo hay una habitación. Tendremos que compartirla.

Intento mantener una expresión calmada. No tiene sentido dejar claro que preferiría pasar la noche en la comisaría antes que en la misma habitación que ella. A juzgar por su cara, sé que ella piensa lo mismo.

—¿Te parece bien? —pregunto.

—La verdad es que no, pero no nos queda otra.

—Cierto.

Hope saca una tarjeta y reserva el hotel.

Hope

Jamás me he sentido tan desdichada.

Hace un calor que te mueres, no tengo ninguna de mis cosas ni forma de comunicarme con el mundo, me van a echar del trabajo y estoy compartiendo esta maravillosa experiencia con un tío cuya sola presencia me produce una singular mezcla de humillación y furia.

Y es algo mutuo.

Felix está siendo educado, pero se le nota a la legua lo mucho que le desagrada tener que dirigirme la palabra. Se ofrece a acercarme al hotel antes de ir a la comisaría, pero no me parece prudente que nos separemos. Así que permanecemos sentados en un tenso silencio durante noventa minutos hasta que alguien queda libre para tramitar su denuncia.

Paso el tiempo imaginando todo lo que aún podría salir mal. ¿Y si se tarda una eternidad en conseguir un pasaporte de emergencia? ¿Y si no puedo pagar el cambio de mi billete de avión? ¿Y si Felix me asesina mientras duermo?

No he comido nada desde que desayuné y mi estómago empieza a gruñir.

—Iremos a comer cuando terminemos aquí —dice Felix.

—Sí —contesto, mosqueada porque, para colmo de males, pueda oír los ruidos que hace mi estómago.

Salimos de la comisaría y compramos unos sándwiches para llevar en un puesto cutre que vende caracolas y nos sentamos en un banco a comérnoslos. Están buenos, pero soy muy consciente de que mi

falta de dinero nos está complicando las cosas. Que si la situación fuera al revés, y yo tuviera el teléfono y él el dinero, todo sería mucho más fácil.

Intento no sentir vergüenza por ello. He trabajado duro toda mi vida y soy más afortunada que mucha gente. Pero después de las acusaciones de Felix esta mañana, daría lo que fuera por no tener que revelarle lo ajustado que es mi presupuesto.

Se ve como una condena.

Decidimos ir a pie hasta el hotel para ahorrarnos el taxi, ya que está a solo veinte minutos de distancia. Craso error, porque de repente me cae un goterón en la frente.

—¿Notas la lluvia? —pregunta Felix.

—Solo son cuatro gotas —replico.

En menos de un minuto, las cuatro gotas se convierten en una tromba de agua. Todavía estamos a diez minutos del hotel y lo bastante lejos del centro de la ciudad como para que no haya taxis.

Nos calamos tan rápido que ya no tiene sentido buscar refugio en ningún lado. Así que nos ponemos a correr por las oscuras calles, esquivando el agua que arrojan los coches que pasan, hasta que llegamos al Hostal Paradise Fun.

Me preocupaba que fuera un lugar siniestro o cutre dado el precio, pero el edificio de estuco amarillo se ve bastante bonito y el minúsculo vestíbulo está limpio.

Nos recibe una simpática mujer, chasqueando la lengua con compasión al ver nuestro lamentable estado.

—Hope Lanover, ¿verdad? —pregunta—. Los estaba esperando. Son los últimos huéspedes de la noche.

Le paso mi tarjeta de crédito y mi carné; ella me entrega un par de llaves.

—Están en la habitación seis. Salgan por esa puerta, suban las escaleras y es la primera puerta a la derecha. ¡Vayan a secarse ya mismo!

No hay nada que desee más en este momento. Mi vestido veraniego, que antes era tan bonito, ahora se me pega al cuerpo, empapado y tan impregnado de sudor que probablemente debería quemarlo.

Y entonces recuerdo que no tengo otra cosa que ponerme.

Me entran ganas de llorar de la frustración.

Y siento aún más ganas de echarme a llorar cuando abro la puerta de nuestra habitación y veo que tiene el tamaño de un armario y solo hay una cama de matrimonio.

—¡Mierda! —farfullo—. En la web ponía que era una habitación doble. Supuse que significaba que había dos camas.

Felix no parece más contento que yo.

—Voy a bajar a ver si tienen otra —dice él.

—Era la última que les quedaba.

Él se pasa la mano por el pelo mojado, que le gotea sobre los ojos.

—Yo dormiré en el suelo —dice.

Le lanzo una mirada fulminante.

—No digas tonterías.

—No me importa.

—Claro que te importa. El suelo es de cemento y apenas hay espacio. —Me quedo callada un instante y respiro hondo. Esto no es para ponerse histérica, sobre todo cuando hay muchas otras cosas que podrían joderme la vida de verdad—. Da igual —digo con sequedad—. Podemos compartir.

Me abstengo de añadir un «ni se te ocurra tocarme», aunque creo que mi tono ya lo deja claro.

—Deberíamos quitarnos la ropa mojada —sugiere Felix.

—¿Y qué nos ponemos?

Él suelta un gruñido.

—Ah, es verdad. Deberíamos haber comprado unas camisetas cuando estábamos cargando mi móvil.

No soporto la idea de enseñar ni siquiera un solo centímetro más de mi cuerpo delante de este tío, pero no puedo seguir con este vestido empapado.

—Voy a darme una ducha —anuncio.

—¿Me pasas una toalla del baño? —dice.

Le lanzo una y cierro la puerta. El cuarto de baño deja mucho que desear: un tubo fluorescente que parpadea sin cesar y una ducha con una rejilla central, empapando por completo el suelo. No hay champú, solo una pastilla de jabón pequeña, y el agua pasa de templada a gélida en cuestión de segundos.

Me lavo lo más rápido posible y trato de secarme, aunque la toalla rasca y es minúscula. Apenas me cubre el pecho y tengo que ponérmela torcida para taparme bien.

Cuando salgo del baño, Felix está sentado en la cama sin camisa, con la toalla alrededor de la cintura. Por primera vez, la imagen no hace que me tiemblen las rodillas.

Su ropa mojada está colgada sobre el pequeño aparato de aire acondicionado de la ventana y yo hago lo mismo con mi vestido y el bikini que llevaba puesto. (Sí, *ese* bikini. El rojo chillón, rollo Jessica Rabbit, que me puse esta mañana porque el otro estaba sucio. ¡Qué le vamos a hacer!). Con esta humedad, es imposible que la ropa se haya secado para mañana a la mañana.

Como si me leyera el pensamiento, Felix dice que si sigue mojada cuando nos levantemos, irá a comprar ropa barata típica de turistas.

Pero eso no soluciona nuestro problema inmediato: esta noche no tenemos nada que ponernos para dormir.

Me meto debajo de las sábanas envuelta en mi áspera toalla. Felix entra en el baño, se ducha y, cuando vuelve, apaga la luz y se tumba a mi lado, también con la toalla puesta. Se coloca lo más cerca del borde que puede, pero aun así, solo nos separan unos centímetros.

Estar tan cerca de él me acelera el corazón.

No de deseo, que quede claro.

Sino por la ansiedad.

Durante horas he sentido que estoy a punto de desmoronarme y me sentía orgullosa de haber mantenido la dignidad delante de mi enemigo. Pero nos esperan días de esta tortura y ya no puedo más.

Empiezo a llorar e intento hacerlo en silencio.

—¿Estás bien? —me pregunta Felix después de unos cinco minutos. Parece resignado, como si tuviera que preguntar por educación.

—Sí —respondo de forma tirante.

—Estás llorando.

Me seco las lágrimas. Hablar con él me cabrea tanto que consigue anular cualquier otra emoción.

—Disculpa si eso te molesta —espeto—. Pero cualquiera estaría de acuerdo en que es una reacción normal al verme atrapada contigo en una cama y medio desnuda.

—No creas que esto me hace ninguna gracia —dice con aspereza —. No me he despertado esta mañana pensando: «Ojalá me quede tirado sin ropa, sin pasaporte y sin dinero con alguien que me odia». En fin, tranquilízate. Mañana sacaremos dinero y pediremos los pasaportes de emergencia. Estas cosas pasan. Esto tiene solución.

Su pragmatismo hace que me sienta peor.

—No me digas que me tranquilice. Es una actitud muy paternalista.

Él exhala un suspiro.

—Vale. Pues nada, regodéate en tu desgracia. Yo me voy a dormir.

Y creo que lo logra, porque enseguida su respiración adopta esa cadencia pausada y profunda que recuerdo de otras noches que pasamos juntos.

En cambio, yo me paso media noche en vela, maldiciendo cada uno de sus suaves ronquidos.

Felix

Despierto desnudo, abrazado a Hope.

Es una sensación agradable que dura solo un par de segundos, que es lo que tarda mi adormilada mente en recordar que estoy en un hostal cutre en un país extranjero, con una mujer que seguramente llamaría a la policía si se percatara de que la estoy tocando.

Me aparto con cuidado, busco mi toalla bajo las sábanas, que debe haberse caído durante la noche, y me la coloco alrededor de la cintura.

Hope no se mueve, lo que me produce un gran alivio.

Reviso mi móvil y veo un mensaje de mi padre, en el que me dice que su banquero personal en Londres me enviará dinero en cuanto tenga los datos de Hope. Me acerco al aparato de aire acondicionado, me pongo los pantalones de bañador mojados de la noche anterior y luego abro el bolso de Hope para buscar su documentación.

La foto de su carné de conducir es malísima. Y cuando veo su nombre, Hope Gertrude Lanover, me viene a la cabeza la conversación que tuvimos sobre mi apellido y mi familia.

Eso hace que empeore mi mal humor.

Hope abre los ojos y me pilla haciendo una foto a su carné.

—¿Ahora intentas robarme la identidad? —pregunta.

—Bueno, como no tengo nada para corroborar la mía, mi padre va a mandar el dinero a tu cuenta. Podemos recogerlo a las nueve.

—Ya estás vestido. ¿Se ha secado la ropa?

—Está algo húmeda —respondo—. Pero se ha secado lo suficiente

como para poder ponérnosla hasta que abran las tiendas y podamos comprar algo.

—No me dejes aquí sola sin teléfono.

—Entonces podemos tener una cita romántica para ir a comprar camisetas originales.

—No necesito tu sarcasmo.

Exhalo un suspiro. Tiene razón. Pelear no sirve de nada.

—Tengo hambre —digo en un tono más amable—. ¿Quieres que vayamos a buscar algo para desayunar? Después podemos buscar algo más decente e ir a las embajadas a solicitar nuestra documentación.

—Vale. Pásame mi ropa.

Le doy el vestido y el bikini que llevaba ayer.

Hope arruga la nariz cuando los coge.

—¡Puaj! Mi vestido huele a humedad y a sudor.

Es cierto, pero no pensaba decírselo.

Aun así, se retuerce bajo las sábanas mientras se viste.

Muy a mi pesar, me invade una tristeza inesperada. Hace un par de días nos entregábamos el uno al otro sin reservas, y ahora apenas podemos mantener una conversación civilizada. Volviendo la vista atrás, resulta doloroso recordar ahora lo mucho que llegó a importarme.

Salimos a la sofocante mañana. Hay una cafetería en la calle y no puedo resistirme a pedir un plato típico bahameño llamado «*fire engine*», que básicamente es carne en conserva con sémola de maíz, todo cubierto de salsa picante. Me arde la garganta de una forma muy placentera, que ayuda a alejar, aunque sea solo unos minutos, la frustración y el desencanto que me produce Hope. Sospecho que este va a ser el mejor momento del día.

Cuando terminamos de desayunar, ya hay una tienda de *souvenirs* abierta en la calle. Hope escoge un vestido blanco sin mangas y me decanto por unos pantalones cortos y una camiseta en la que pone CONCH KING, Nasáu, Bahamas.

—Muy elegante —comenta Hope cuando se la doy para que la pague—. Seguro que tu consulado te recibe con los brazos abiertos.

—Eso si me creen —replico, expresando en voz alta la preocupación que me carcome: que no tenga forma de demostrar mi identidad y me quede atrapado en esta isla para siempre.

—Biometría —dice Hope.

—Esperemos que el escáner de retina funcione.

Entramos en un pequeño supermercado para comprar desodorante y pasta de dientes, y entonces ocurre algo fatal.

Siento un fuerte y repentino retortijón que solo puede significar una cosa. Y el sudor me perla la frente de inmediato.

Calculo mentalmente la distancia hasta el hotel.

Demasiado lejos.

—Uh…, lo siento —digo—. Necesito ir al baño.

—Estamos a cinco minutos del hotel —me recuerda Hope.

—Lo siento —repito, corriendo ya hacia la cafetería responsable del desastre en mis intestinos.

»¿Dónde está el baño? —pregunto con urgencia a la mujer detrás de la barra.

Ella señala una puerta junto a la máquina de refrescos.

Corro hasta allí e intento abrirla, pero está ocupado. Mi estómago da un peligroso vuelco. Golpeo la puerta con desesperación, pero nadie responde. Golpeo de nuevo.

Por fin, sale una mujer con un niño pequeño y me fulmina con la mirada.

No tengo tiempo para disculparme. Echo el pestillo a la puerta y dejo que la naturaleza siga su curso.

Doce interminables minutos de puro sufrimiento.

No soy de los que se avergüenzan por las funciones naturales del cuerpo. Pero en estas circunstancias, la verdad es que casi desearía que me tragara la tierra.

Me lavo las manos y me echo un poco de agua en la cara. Estoy pálido, pegajoso y todavía no me encuentro del todo bien.

Hope me está esperando en una mesa vacía, con expresión petulante. Bastante cruel, teniendo en cuenta lo atento que fui el día que estuvo vomitando sin parar.

—Hola —digo sin mirarla a los ojos—. Lo siento. Vámonos.

—A lo mejor la próxima vez no te pides algo llamado «*fire engine*»[3] —sugiere.

—Gracias. Eso es de mucha ayuda.

Regresamos a la habitación del hotel para cambiarnos. Dejo que ella lo haga primero. Cuando sale, con su vestido veraniego de diez dólares, tiene un aspecto fresco y está muy guapa. Me revienta reparar en eso.

Me meto en el baño para no tener que mirarla.

—Muy bien —digo al salir, después de cepillarme los dientes, aplicarme desodorante y ponerme la camiseta de Conch King—. Vamos a recoger el dinero.

Por suerte, la tienda está a solo unas manzanas.

El dependiente revisa los datos de Hope y vuelve con un grueso fajo de billetes. Luego empieza a contarlos, de cien en cien, hasta llegar a… diez mil dólares.

Intento no hacer una mueca.

—Chica afortunada —le dice el dependiente a Hope mientras mete

la pequeña fortuna en un sobre con una amplia sonrisa—. No se lo gaste todo en un solo lugar.

Ella le da las gracias y me entrega el dinero.

—¿Es que tu padre cree que tendrás que sobornar a alguien para salir del país? —pregunta.

—Toma, quédate con algo —digo, apartando quinientos dólares.

Ella me devuelve cuatrocientos de inmediato.

—Solo me debes ciento veinte. La mitad del hotel, tu ropa y el desayuno.

—Acéptalo —insisto—. Nunca se sabe si podrías necesitar efectivo si nos separamos.

—Para eso están los cajeros automáticos, Felix.

—Vale. Como quieras.

—Deberías guardar tu fortuna en el hostal —comenta—. Es mucho dinero para llevarlo encima.

—No vamos a volver a ese hostal. Voy a reservar habitaciones en el Marriott.

—Ya te dije que es lo único que puedo pagar. De hecho, he reservado otra noche mientras te cambiabas.

—Hope, ni de coña vamos a compartir esa cama otra vez. Y, si te soy sincero, me gusta el agua caliente.

—Pues vete a otro sitio.

—¿Y dejarte sin teléfono?

—Puedo comprarme uno de esos móviles de prepago.

—Es una pésima idea. Dudo que tengan datos internacionales. Necesitas internet.

—Si hace falta, iré a un cibercafé.

—¿Todavía existen?

—No tengo ni idea, pero supongo que sí.

Estoy tratando de ser buena persona, pero su negativa a aceptar lo mínimo está haciendo que me cabree todavía más con ella.

—Dijimos que estábamos juntos en esto —digo con toda la paciencia que puedo—. Anoche me sacaste del apuro. No voy a dejarte tirada.

—No necesito tu caballerosidad —contesta—. Y no quiero estar en deuda contigo.

Y yo no pienso seguir discutiendo con alguien que está claro que disfruta odiándome.

—Vale —repongo—. Pues cada uno por su lado. Haz lo que te plazca. Pero al menos vamos a comprarte un móvil primero.

Ella me brinda una sonrisa tan exagerada y falsa que es peor que una mueca de desprecio.

Busco la tienda de electrónica más cercana y caminamos veinte minutos bajo el sol abrasador, echando a perder la ropa limpia.

Elije el teléfono desechable más barato y cutre que tienen, pero al menos permite enviar mensajes internacionales.

—Dame tu número —le digo—. Y apunta el mío, por si acaso.

Por una vez, no discute. También usa mi móvil para recuperar el número de la compañera con la que habló anoche.

Una vez que hemos intercambiado la información, nos quedamos ahí, parados en mitad de la calle, sin saber bien qué decir.

—Bueno —empieza ella, encogiéndose de hombros—. Supongo que esto es un adiós.

—Uh… Sí. Suerte con el pasaporte.

—Ajá. Lo mismo digo.

Siento que debería darle un abrazo, o al menos estrecharle la mano o algo, pero es solo un gesto que nace de la educación, no algo que vayamos a disfrutar ninguno de los dos.

Así que me limito a asentir y me marcho rumbo a la embajada.

Es decepcionante.

Y me produce una profunda tristeza.

Comienzo un día agotador, repetitivo y frustrante, lidiando con el enrevesado proceso de obtener el pasaporte de emergencia. No voy a entrar en detalles, solo diré que conllevó numerosos formularios, una serie de habitaciones con las paredes de color beis, tratar con funcionarios consulares poco amables, una espantosa foto de pasaporte nada favorecedora y una nueva reserva de vuelo realizada a través de la aplicación de una compañía aérea que funcionaba tan mal que estuve tentado de estampar el teléfono contra la pared.

Me informan de que los documentos no estarán listos para que los recoja hasta dentro de cuarenta y ocho horas debido a un retraso en la tramitación de las solicitudes. Esto significa pasar tres noches más en la isla. Dado que para entonces el crucero casi habrá acabado, abandono la idea de abordar el barco en algún puerto y reservo un vuelo directo a Londres.

Después, busco un hotel junto a la playa. Total, ya que estoy aquí, al menos puedo alojarme en un lugar bonito; a fin de cuentas, se supone que esto son unas vacaciones, ¿no? Tal vez sí que soy el niñato consentido por el que ella me tiene, porque me relajo cuando el taxi me lleva a un resort de lujo, con unos jardines bien cuidados y un imponente edificio colonial con vistas al mar. Cuánto anhelo tener aire acondicionado que funcione, agua caliente y servicio de habitaciones. Y todo será mucho más placentero en soledad, sin los comentarios hirientes de una compañera de viaje gruñona.

En el mostrador de recepción, una mujer muy amable me informa de que hay una preciosa *suite* disponible con vistas al mar.

—Solo necesito su pasaporte y una tarjeta de crédito —dice.

—Ah… —empiezo—. El caso es que me han robado el carné de identidad y no me darán la nueva documentación en la embajada hasta dentro de dos días. Pero puedo pagar en efectivo.

Ella frunce el ceño con compasión.

—Lo siento mucho, señor —repone—. Pero me resulta imposible registrarle sin un carné de identidad. Y necesitamos una tarjeta de crédito para el depósito.

Me doy de cabezazos por no haberlo pensado. Pues claro que lo piden. Es el procedimiento habitual en cualquier hotel.

Pero estoy dispuesto a suplicar si es necesario.

—¿No podría hacer una excepción? —pregunto—. Tengo la denuncia policial del robo de mi documentación. Y estaría encantado de dejar un generoso depósito en efectico para posibles gastos adicionales.

La recepcionista me brinda una sonrisa forzada y niega con la cabeza.

—Lo siento mucho, pero es la política del hotel.

—Señora, estoy desesperado.

Veo que su compasión se desvanece.

—Lo siento de verdad —dice—. Tal vez pueda encontrar otro hotel.

—Claro. Gracias.

Me siento en una silla del vestíbulo y comienzo a llamar a otros hoteles cercanos para ver si aceptan solo efectivo para el registro.

No tengo suerte.

Así que solo me queda una opción.

Marco el número de Hope.

3. Hace una broma con el nombre del plato, cuya traducción sería «camión de bomberos». (N. de la T.)

Hope

Aunque al principio me produjo cierta satisfacción, separarme de Felix ha sido un error. Resulta que para obtener un pasaporte temporal es necesario presentar una prueba de tus planes de viaje. Esto significa que debo cambiar mi billete de avión para salir desde las Bahamas. Lo que requiere disponer de acceso a internet. Lo que a su vez conlleva encontrar un cibercafé (sí, todavía existen, aunque no hay ninguno cerca de la embajada), imprimir los formularios y caminar otra media hora para hacer cola de nuevo. (¿Me he perdido varias veces sin Google Maps? Pues claro que sí).

El proceso entero lleva varias horas y me dicen que el pasaporte no estará listo hasta dentro de, al menos, dos días. Si las circunstancias fueran otras, pasar dos días en una isla tropical sería el paraíso. Pero en este caso, es una tragedia. Me preocupa mucho la cuestión monetaria, me preocupa mucho que me despidan, y me preocupa mucho enfrentarme a un viaje internacional sin mi móvil. Y para rematar, hace un calor insoportable.

Regreso a pie al hotel y me detengo en un mercado para comprar una Fanta de piña. Me quedo a la sombra bajo el toldo y me la bebo de tres tragos. Está fría, dulce y por un instante hace que me sienta mejor, hasta que pido que me indiquen el camino hacia el Paradise Gun y me entero de que me he equivocado de dirección y ahora estoy a cuarenta y cinco minutos de distancia.

Me compro otra Fanta.

Mientras estoy pagando, mi nuevo teléfono vibra dentro de mi

bolso. Las únicas personas que tienen este número son Felix, Lauren, Lana y la embajada. Rezo para que no sea la embajada para informarme de algún nuevo contratiempo que me obligue a soportar otro infierno burocrático. Y sobre todo rezo para que no sea Lana para decirme que algo salió mal con la campaña de prensa.

Pero no lo es.

Es Felix.

Al ver su nombre siento una mezcla de irritación por no haberme librado de él y alivio por no estar técnicamente sola en las Bahamas.

Acepto la llamada.

—¿Sí?

—Hola, soy yo.

—Eso ya lo había deducido.

—Mira, sé que no quieres saber nada de mí y me cuesta mucho pedirte esto, pero necesito ayuda. —Su voz suena como si le hubieran sacado las palabras con unas tenazas—. No encuentro un hotel que me permita reservar sin carné de identidad ni tarjeta de crédito.

Entiendo de inmediato lo que eso significa. Aun así voy a hacer que lo diga.

—¿Y qué? —le insto.

—Pues que me preguntaba si podría quedarme contigo otra vez. En el Paradise Fun.

Lo pienso un momento. Por un lado, estaba deseando no volver a verle nunca más. Por otro, si le hago un favor, tendré la sartén por el mango. Y además está el factor de la compasión humana, o lo que sea.

—¿Hope?

—Sí, vale —respondo—. Está bien. Voy para allá en estos

momentos.

—Gracias —dice. El alivio que transmite su voz es tan sincero que por un segundo me compadezco de él. Me ha ofendido profundamente y ha destruido la euforia que sentía al experimentar verdadera felicidad por primera vez desde mi ruptura. Pero no es una mala persona.

O tal vez es una persona moderadamente mala, pero no quiero que sufra.

Así que me siento bastante satisfecha y magnánima cuando regreso al Paradise Fun y lo encuentro esperándome sentado, abatido y sudando como un pollo, en las escaleras frente a nuestra puerta. Levanta una mano de forma lastimera a modo de saludo.

—Hola —dice.

—Hola.

—Siento muchísimo esto.

—Sí. Yo también —digo, pasando por su lado para abrir la puerta.

—En serio, dormiré en el suelo —dice a mi espalda.

—Claro. Lo que quieras.

Entra después de mí, llevando varias bolsas.

—¿Qué es todo eso? —pregunto.

—He comprado más provisiones. —Lo deja caer todo encima de la cama. Hay champú, acondicionador, auténtico gel de ducha, un cepillo para el pelo y un bote de protector factor setenta de tamaño familiar. Dos pares de gafas Wayfarer, unas negras y otras en rosa fosforito. Dos pijamas de algodón a juego, de mujer y de hombre, con el logo ¡¡¡PIJAMA DE LAS BAHAMAS!!!, con letras de color neón. Y un surtido de agua mineral, Coca-Cola y algo llamado «Goombay Punch», todo bien frío y con una brillante película de condensación.

—¿Planeas empezar una nueva vida aquí? —pregunto.

—Bueno, parece que estaré aquí tres noches —aduce—. Ya que estoy, aprovecharé para cuidar mi higiene y protegerme del sol.

Me agacho para coger el Goombay Punch.

—¿Qué es esto?

—Me han dicho que es una especialidad local.

Lo abro y lo pruebo. Sabe a Fanta de piña, pero con más azúcar todavía. ¡Me encanta!

—Está buenísimo.

Él abre una Coca-Cola y me la levanta hacia mí.

—Salud —dice—. Supongo.

Exhalo un suspiro y choco las latas.

Después nos quedamos ahí, de pie, bebiendo los refrescos en silencio y sintiéndonos incómodos.

—Mira —empieza él—. No te sientas obligada a pasar tiempo conmigo.

—No, en absoluto —respondo.

—Pero te debo un favor enorme por esto —prosigue—. ¿Puedo invitarte a cenar o algo? No sé qué pensarás tú, pero ha sido un día de mierda y a lo mejor nos vendría bien ir a un sitio con aire acondicionado y comer algo que no haya salido de una máquina expendedora.

No he comido nada que no esté frito o envuelto en plástico desde el festín de carbohidratos de ayer por la mañana y la idea empieza a parecerme bastante tentadora. Sobre todo cuando la alternativa es deambular por ahí sola bajo el calor o tumbarme en esta habitación mohosa, jugando al Tetris que venía instalado en mi teléfono.

—Vale —digo—. Pero voy a ducharme primero.

—Voy a ver si encuentro un buen sitio.

Recojo el arsenal de productos de baño de Felix y me quito la

suciedad y el sudor acumulados en mi piel después de pasarme el día entero recorriendo Nasáu a pie. Cuando salgo de la ducha, él se ha ido.

Felix: He hecho una reserva para las 7 p. m. Vuelvo en una hora.

Son las 5:30 y no tengo ni idea qué puede estar haciendo él mientras tanto, pero me alegra que no esté aquí. Me tumbo en el duro colchón lleno de bultos y leo otro mensaje de texto.

Lauren: ¡Hola! ¿Has conseguido el pasaporte?

Hope: Aún no. Se supone que estará listo en dos días y entonces podré coger un vuelo a la mañana siguiente. Regresaré a Nueva York en cuanto lo tenga.

Lauren: Esto es un desastre. Lo siento muchísimo, Hope.

En serio, todo esto es culpa mía.

He eliminado esas publicaciones.

Hope: No pasa nada. Sé que no querías hacerme daño.

Lauren: Debería haberte preguntado. Fue una estupidez.

Hope: Sí, fue una estupidez.

Pero te perdono.

Lauren: Te quiero, Hopie.

Hope: Yo también te quiero.

Lauren: Tienes una llamada perdida por FaceTime de tu madre en tu móvil. ¿Quieres que le cuente lo que ha pasado?

Me estremezco de pensarlo.

Hope: ROTUNDAMENTE NO.

Entrará en pánico.

¿Puedes mandarle un mensaje desde mi teléfono? Le dices que el wifi del barco va fatal, pero me lo estoy pasando genial. Que la llamaré cuando vuelva. Código: 879001.

Lauren: Sí.

¿Sigues con Felix?

Hope: NO A PROPÓSITO.

Pero sí. No puede reservar hotel sin mí porque no tiene el carné de identidad ni tarjetas de crédito.

Lauren: ¡MADRE MÍA!

¿Así que estás atrapada con él?

Hope: Sí.

Lauren: ¿Vais a tener sexo salvaje fruto del odio?

Hope: Uf, para ya.

Aún es pronto para hacer bromas de ese tipo.

Lauren: ¡Perdón!

¿Se ha disculpado por lo menos?

Hope: En realidad, no.

Lauren: Sé mala y hazle la vida imposible.

Hope: Eso tenía pensado.

Pero primero necesito dormir.

Lauren: Ok, que duermas bien.

Dejo el móvil a un lado y cierro los ojos.

Al despertar, lo primero que oigo son unos golpes en la puerta.

—¿Hope? —dice Felix—. ¿Me dejas entrar? No tengo llave.

Cuando abro la puerta, me lo encuentro de nuevo cargado con varias bolsas de la compra.

—Parece que esos diez mil te están quemando en el bolsillo.

Felix entra y me pasa una de las bolsas.

—He conseguido una mesa en un restaurante que se llama Sopadilla Estate. Dicen que es uno de los mejores de por aquí y justo tuvieron una cancelación de última hora.

Se queda en silencio un momento, como si hubiera algo más.

—¿Pero…? —le insto.

—Es muy elegante. Así que he comprado algo que poder ponernos.

—¿Me estás haciendo un *Pretty Woman*? —pregunto.

—A lo mejor prefieres reservarte tu opinión hasta que mires en la bolsa.

Meto la mano en la bolsa y saco un vaporoso caftán largo hasta el suelo, con corales estampados de un tono naranja chillón y bordados llenos de elaboradas cuentas doradas y plateadas. Las mangas son tipo capa, con un profundo escote y una abertura en el muslo. Parece algo que Lauren tendría si su guardarropa viniera de los archivos de vestuario de *Dallas* en lugar de comprarla en Bergdorf Goodman.

—Así que no soy Julia Roberts —digo—. Me ves más como a

Blanche, de *Las chicas de oro.*

Felix ladea la cabeza.

—¿Quién?

—Olvídalo.

—Mira, sé que no es exactamente tu estilo, pero no sabía qué talla usas y esto decía «talla única». Pero… —Saca de su bolsa una corbata con el mismo estampado chillón de corales—. He pensado que ya que tenías que ponerte eso, al menos podríamos ir conjuntados.

Le quito la bolsa y saco el resto. Es un traje. Y es de un tono que solo puedo describir como «azul cerúleo chillón».

—Pero ¿cómo te ha dado por comprar esto? —pregunto.

—La dependienta me dijo que el azul combina con el naranja.

—Eso es cierto.

—¿No crees que me quedará bien?

—Con la cantidad de mujeres que van a ir detrás de ti con ese modelito, me parece que no vas a tener que dormir aquí esta noche.

—El taxi llegará en quince minutos. Voy a darme una ducha.

Mientras él está en el baño, me pongo el caftán.

Si el empañado espejo detrás de la puerta no me engaña, en realidad me queda superbién. El caftán resalta mis curvas, brilla a la luz y me encanta la raja del muslo. Mi cabello es un desastre, pero con este modelito tan llamativo, esta maraña de rizos casi parece parte de un glamuroso peinado de los ochenta, hecho a propósito. Saco la barra de labios de Dior Cruise de mi bolso, me pinto los labios y suelto una risita al ver el resultado final.

Estoy increíblemente elegante.

Siento una satisfacción maliciosa, sabiendo que Felix estará ridículo a mi lado, hasta que sale del baño.

De alguna forma, él *también* está impresionante. Su traje es de corte

entallado y mucho más ceñido de lo que se pondría en la vida real. El azul eléctrico resalta su bronceado.

Pero la corbata sigue siendo un despropósito.

Se detiene un momento cuando me ve.

—Te queda muy bien —dice.

—Lo sé —respondo—. Si intentabas fastidiarme, te ha salido el tiro por la culata.

—No hay muchas cosas que te queden mal. Pero no esperaba que un muumuu te quedara así de bien.

No puedo evitar sonreír.

—¿Nos vamos? —pregunto.

—Solo necesito unas gafas.

Felix engancha las Wayfarer negras que compró de la mesilla, pero se las quito de las manos.

—No. Yo quiero estas. Tú te pones las rosas.

Lo hago solo para ser mezquina, pero no discute. Y cuando se las pone, parece Ryan Gosling en *Barbie*, y me arrepiento de mi decisión.

Es complicado sentirse tan atraída por alguien a quien te has propuesto odiar. Lo que me hace pensar que quizás no es demasiado pronto para hacer bromas sobre el sexo impulsado por el odio.

Y puede que ni siquiera esté bromeando.

Felix

Voy en un taxi en el que hace demasiado calor, vestido con un traje demasiado ajustado y con una mujer demasiado satisfecha de sí misma que me atrae demasiado.

Estoy intentando llevarlo lo mejor posible, pero solo porque aparentar indiferencia es la única carta que tengo ahora mismo en el manual de examantes que se han quedado tirados. Hay un sutil equilibrio de poder entre dos personas que se odian, pero deben colaborar para sobrevivir, y en este momento, la balanza se inclina a favor de Hope.

Y ella lo sabe.

Lleva regodeándose desde que me encontró hecho un trapo en su puerta. Y ahora que por arte de magia parece una *top model*, va de sobrada, como si se hubiera tragado un globo de helio.

—Bonita noche —comento con ironía. Puede que haga un grado menos que al mediodía, pero ya no quiero volver a sentir la humedad ni ver el sol en mi vida.

—¿En serio? —pregunta Hope, porque no está llevando la situación del mismo modo que yo. Ella está jugando a «déjame disfrutar fastidiando a la persona que odio sabiendo que no puede hacer otra cosa que sonreír y aguantarlo»—. Estás sudando como si tuvieras una enfermedad terminal.

—Tú también tienes la piel algo húmeda.

—Una piel jugosa se considera un signo de juventud y belleza.

—Me pregunto qué serán esos edificios —comento, para cambiar de tema. Señalo por la ventanilla una estructura de cinco torres de

color melocotón coronadas con agujas y conectadas entre sí por un puente suspendido que me provoca vértigo solo de verlo—. Se ven en todas partes.

Ella ríe.

—¿En serio?

—¿Tú sabes lo que es?

—Sí, claro. Es el Atlantis.

—No me suena.

—Está claro que no has visto el clásico del cine *Aventura en las Bahamas*, protagonizado por Mary Kate y Ashley Olsen.

—Está claro. ¿Qué es?

—Es un resort enorme con playa privada y un parque acuático. Ir allí era mi sueño de la infancia. No paraba de pedirles a mis padres que me llevaran por mi cumpleaños.

—¿Y lo hicieron?

Hope suelta otra carcajada.

—Qué va. Eran profesores de la escuela pública sin un céntimo. Me decían: «Sí, claro, toma un vale de cincuenta dólares para Books-A-Million y una tarta helada».

He picado como un pardillo, ¿no?

—Lauren y yo solíamos bromear con ir allí en las vacaciones de primavera y tener una aventura con un par de empleados adolescentes y buscar antigüedades robadas, como las Olsen —dice.

—¿Es ese el argumento de la película?

—Tal cual.

—¿Y llegan a encontrar las antigüedades?

—En el momento justo.

Nuestro taxi enfila un camino flanqueado por palmeras y se detiene frente a una elegante casa rosa con ventanales de estilo

francés, rodeada de frondosos jardines. En cuanto el aparcacoches nos abre la puerta, escucho el suave sonido de la música de un piano y el murmullo de las conversaciones que llegan del interior.

Es el sonido de la gente disfrutando de unas vacaciones de lujo. El sonido del Romance del Mar.

Un sonido que me altera como ningún otro.

—¿Pasa algo malo? —pregunta Hope, con ese brillo en los ojos de quien espera que la respuesta sea un sí.

—Para nada. Entremos.

Le digo mi nombre al anfitrión, un *maître* de la vieja escuela con chaqueta blanca.

—Señor Segrave, sea bienvenido —dice—. Su mesa estará lista en breve. Mientras tanto, los invito a pasar al salón y tomar un cóctel mientras esperan.

El hombre toma el brazo de Hope y nos conduce a lo que parece el salón de una familia rica: sillones y sofás mullidos y un piano de cola blanco bajo un espectacular techo de madera abovedado.

—Es precioso —le comenta Hope al anfitrión.

—Muchas gracias, señora Segrave —responde él—. ¿Puedo traerles algo de beber mientras esperan?

—Oh, no soy la señora Segrave, por suerte —replica ella en un tono cómplice— Y sí, tomaré un *gin-tonic*.

—¿Tomará lo mismo, señor?

—Solo un agua con gas y lima, por favor.

Me acomodo en un sofá para mirar la carta, pero Hope no se une a mí. En vez de eso, camina con gracia hacia el piano, donde un alto y muy atractivo hombre negro está tocando una pieza de *jazz* que no conozco. Se ponen a hablar.

Una camarera con una bandeja de plata pasa y le entrega su copa a

Hope. Ella bebe un sorbo mientras el pianista cambia de canción y empieza a tocar *Summertime.*

Él le hace una señal a Hope y ella empieza a cantar.

Como era de esperar, la increíble voz de Hope capta la atención de toda la sala. El pianista se une a ella en el estribillo y lo cantan juntos, arrancando un caluroso aplauso y haciendo que el ambiente pase de relajado a festivo. Una pareja mayor se anima a bailar y poco después se le suma una más joven. Hope termina la canción, recibiendo otra ronda de aplausos, y se dirige hacia mí, pero el pianista empieza a tocar *Fly Me to the Moon*. Por un momento creo que va a volver corriendo para lanzarse a versionar a Frank Sinatra, pero la asalta un atractivo hombre blanco lo bastante mayor como para ser su padre.

—¿Le apetece bailar? —le pregunta.

Ella le sonríe y dice en alto:

—¡Me encantaría! Mi cita no sabe bailar.

El hombre le ofrece su brazo y ambos se alejan, moviéndose al son de la música.

Los ignoro.

Un par de mujeres de unos cuarenta años, con sendas copas de champán en la mano (una pelirroja con un traje blanco y una morena asiática con un vestido de cóctel dorado), se acercan a mí.

—Hola —dice la pelirroja—. ¿Te importa si nos sentamos? —Señala el sofá frente al mío—. Estamos esperando mesa.

—Por supuesto —respondo.

—Yo soy Carly —dice—. Y esta es Amanda. Venimos de Toronto, estamos de luna de miel.

—Enhorabuena —repongo.

—¿Y tú? ¿Estás celebrando algo?

—Más bien estoy atrapado —declaro.

Amanda enarca una ceja.

—¿Atrapado?

Les cuento que perdimos el barco. Ellas parecen fascinadas con mi pequeña tragedia.

—Te mereces un poco de suerte, Felix —dice Carly.

—Por cierto, ¿estás con esa mujer? —pregunta Amanda, señalando a Hope, que se dirige a la entrada.

—Eh… Más o menos. Somos…

Veo a Hope salir por la puerta.

—Disculpadme un segundo.

Me levanto y voy tras ella.

—¡Hope! —la llamo cuando salgo. Ella está agitando la mano con energía a un taxi que acaba de llegar.

—Ah, hola —dice con total naturalidad—. Este sitio es un poco aburrido. El hombre con el que estaba bailando me ha hablado de un club de *jazz* genial, así que voy a ir a echar un vistazo.

—¿Ibas a largarte sin decirme nada?

—No, hombre. Es que parecías entretenido, así que te he mandado un mensaje.

Hurgo en el bolsillo en busca de mi móvil y, en efecto, tengo un mensaje suyo.

Hope: Me voy de marcha. No me esperes despierto.

—¿No te has parado a pensar que no tengo llave de la habitación? —replico.

—Pide una en recepción. —Abre la puerta del taxi y luego se detiene para dedicarme una sonrisa radiante—. ¡Disfruta de la cena! La comida tenía una pinta deliciosa.

Y con eso, se monta en el taxi y cierra la puerta.

No doy crédito.

Me quedo ahí plantado, viendo alejarse al taxi, sin creerme que de verdad haya hecho eso. Es casi admirable lo infantilmente cabrona que puede llegar a ser.

—¿Señor Segrave? —dice el *maître*, acercándose.

—¿Sí? —respondo, aún en *shock*.

—Su mesa está lista.

—Genial.

El *maître* me acompaña por el salón hasta el comedor y me acomoda en una mesa junto a la ventana, dispuesta de forma impecable para dos.

—En realidad, cenaré solo —le informo.

—Por supuesto, señor —responde de manera profesional, fingiendo no haber presenciado que me han dejado plantado.

Pido una crema de cangrejo de la isla de Andros con panceta y de plato fuerte, langosta a la parrilla. Amanda y Carly toman asiento en la mesa de al lado justo cuando me traen la crema.

—¡Deberías acompañarnos! —dice Amanda, haciéndome señas.

—Oh, no, estoy bien —respondo—. Muchas gracias.

—Por favor, te lo ruego —insiste Carly—. Vamos a estar aquí otra semana y ya estamos hartas la una de la otra.

—Eso no augura nada bueno para nuestro matrimonio —añade Amanda.

Me caen bien, y prefiero charlar a cenar solo, así que acepto.

El camarero habilita un asiento para mí en su mesa.

—Bueno, ¿qué ha pasado? —pregunta Carly—. Con tu… ¿amiga?

Amanda le da un suave codazo.

—No seas maleducada.

—No pasa nada —digo—. Es una larga historia, pero estoy bien.

—Tenemos toda la noche.

—Bueno, esa chica… Hope… Nos conocimos en el barco y tuvimos... algo.

Mientras yo me tomo la crema y ellas sus entrantes, luego los platos principales y por último una exquisita *mousse* de guanábana y mango que compartimos, les narro toda la sórdida historia, sin omitir nada.

Como es natural, esto las lleva a sumergirse de lleno en el Instagram de Lauren.

Las publicaciones de Hope han desaparecido, pero se dedican a analizar al milímetro los vídeos del crucero que aún siguen en su perfil al tiempo que se toman su tercera copa de champán.

—A ver, para el carro, Felix —empieza Amanda—. Esta chica es divertidísima. Creo que la adoro.

—¿No te parece repulsivo lo que hace? —pregunto—. Básicamente es una cazafortunas profesional.

Carly se burla de mí.

—Felix, es obvio que no va en serio. Vamos, ningún hombre se casaría con ella si creyera que solo va detrás de su dinero y encima lo publicara en redes. Ella lo sabe perfectamente. Está interpretando un personaje.

—Y por la cantidad de seguidores que tiene, se está forrando —añade Amanda.

—Desde luego —dice Carly—. Te aseguro que una chica con tantas colaboraciones de marcas de lujo no necesita un papaíto que la mantenga. Internet es su papaíto.

Poniéndome en la piel de dos observadoras imparciales y completamente racionales, empiezo a verlo de otra manera. Todo

encaja con lo que me dijo Hope.

—Dios mío —digo—. A lo mejor he sido un idiota.

Amanda asiente con tristeza.

—Un idiota de campeonato.

Apoyo la cabeza entre las manos mientras asimilo la magnitud de lo que están diciendo.

Hope no es nada de lo que la he acusado. De hecho, es la persona maravillosa que creí que era.

Y yo soy un capullo integral.

—¡Joder! —farfullo—. Con razón me odia, ¿no? Me dijo toda la verdad y me negué a creerla.

Carly apura el último sorbo de su copa.

—Bueno —aduce—. Tu reacción es comprensible, hasta cierto punto. Estabas dolido, no pensabas con claridad y no podías ver el lado cómico de la situación.

—¡Exacto! —salta Amanda—. Reaccionaste así porque la idea de que te hubiera mentido te dolía más de lo que estabas dispuesto a admitir. No querías reconocer que lo que no parabas de decirte que era solo un rollo sin más podía afectarte tanto.

—Porque no era un rollo sin más, ¿verdad? —pregunta Carly.

—No —reconozco en voz queda—. No lo era.

Era algo mucho más profundo. Algo que ahora he estropeado y que ya no podré recuperar.

Me duele hasta el alma.

—Tengo que pedirle perdón —digo, más para mí que para Amanda y Carly.

Ellas asienten.

Pago la cuenta, me despido de mis compañeras de cena y cojo un taxi de vuelta al Paradise Fun. Hope aún no ha vuelto. Me tumbo en

la cama bajo la blanca y fría luz del tubo fluorescente y me quedo mirando el techo lleno de manchas de humedad mientras intento encontrar las palabras adecuadas para pedirle perdón.

Todas me parecen insuficientes.

La verdad, que me estaba enamorando de ella y reaccioné de forma desproporcionada, suena a manipulación barata, como si buscara algo más que su perdón. Pero limitarme a decirle que he vuelto a ver los vídeos y que ahora entiendo que eran en broma no me parece lo bastante sincero.

Debo de haberme quedado dormido, porque me despierto de repente al oír abrirse la puerta. Hope entra en la habitación, se apoya en la puerta con los brazos cruzados y me fulmina con la mirada.

—Estás en mi cama —suelta, indignada.

Me levanto de inmediato.

—Lo siento. Es toda tuya.

Ella agarra una de las dos finas y raquíticas almohadas y la arroja al suelo.

—Que descanses —dice, señalando la almohada.

—Oye, espera —empiezo—. ¿Podemos hablar? Sobre lo que pasó.

Ella me mira como si le hubiera propuesto que comiéramos serpientes vivas.

—No, no podemos. Son las dos de la mañana. Estoy cansada.

Se mete en el cuarto de baño y oigo que se cepilla los dientes con brusquedad. Como si estuviera desahogando su frustración con sus encías.

Cuando sale, lleva puesto su ¡¡¡PIJAMA DE LAS BAHAMAS!!! Se tira en la cama, estirándose como si fuera una estrella de mar, ocupando toda la superficie para dejar bien claro que es toda suya, y después cierra los ojos con toda la intención del mundo.

Está muy claro que no es el momento para mi patética disculpa.
Así que apago la luz y me tumbo en el duro suelo de cemento.
Es doloroso. El castigo que merezco.

Hope

Despierto boca abajo contra la áspera colcha del hotel, que no huele precisamente a limpio.

Me duele todo el cuerpo por lo de anoche. Creo que bailé como una loca con todos los músicos de *jazz*, pescadores locales y estudiantes de fraternidad de vacaciones en Nasáu. Fue divertido, pero ahora me matan las espinillas.

—Buenos días —dice Felix desde el alféizar de la ventana, donde está sentado, ya que no hay ningún otro sitio donde sentarse salvo la cama en la que estoy estirada—. ¿Tienes hambre? —pregunta—. He traído unos hojaldres de guayaba.

Me ofrece una caja de pasteles. La cojo y engullo una de esas delicias tropicales llena de azúcar. Está impresionante, así que me como otra.

—También hay café —dice, pasándome un vaso descartable.

—Gracias —digo, cogiéndolo. Bebo un sorbo tan rápido que me quemo la boca.

—¿Te lo pasaste bien anoche? —pregunta.

Está siendo demasiado amable para alguien a quien anoche dejé plantado en un restaurante y obligué a dormir en el suelo de cemento.

—Sí —respondo.

—Qué bien. ¿Qué hiciste?

—Estás muy raro —repongo con recelo.

—¿A qué te refieres?

—No sé… Estás siendo amable. Atento. Nada borde.

Felix se levanta y me mira a los ojos.

—Eso es porque lo siento *mucho*, Hope. De verdad.

Esto no tiene sentido.

—Aclárame de qué estás hablando —le pido.

—Siento haber sacado conclusiones precipitadas cuando vi las publicaciones de Lauren, no haberte creído cuando intentaste explicármelo y, en general, siento haberte hecho daño y haberte juzgado mal —explica.

Esto me parece una disculpa insuficiente para lo que hizo.

—¿Que me juzgaste mal? —pregunto—. Nadie en toda mi vida me ha insultado así.

Él parece dolido.

—Siento muchísimo haber sacado conclusiones precipitadas —repite—. Me sentí muy dolido y reaccioné de manera irracional.

—Sí, pues yo también lo estaba —espeto—. Porque ¿sabes qué? Es verdad que tengo que apretarme el cinturón. Y sí, claro que quiero encontrar a alguien con quien compartir mi vida. Pero llevo desde los dieciocho años ganándome la vida. He renunciado a *muchas* cosas para lograrlo. Y es muy humillante que me acusen de manipular a alguien por dinero.

—De verdad que *lo siento* —insiste—. Lo siento de corazón, Hope. Te creo.

Sé que lo dice de verdad. Pero no sé qué le ha llevado a cambiar de opinión.

—¿Puedes decirme por qué de repente me crees? ¿Qué ha cambiado?

—He vuelto a ver las publicaciones. Las tuyas no, ya que las ha eliminado. Pero he visto el resto del perfil. Y no parece que vayan en serio, sino que Lauren está interpretando un personaje.

—*Eso* ya te lo dije.

Felix exhala un suspiro.

—Lo sé, pero no fui capaz de verlo entonces.

Es extraño, pero que Felix esté realmente arrepentido me deja fría. Como si hubiera construido una coraza de resentimiento demasiado gruesa para que me importe una mierda lo que piense de mí.

—No es suficiente, Felix —digo—. Esta semana he compartido muchas cosas contigo. Me he mostrado, perdona por expresarme como en terapia, vulnerable. Y en apenas cuatro segundos ignoraste todo lo que sabías de mí y decidiste que yo era un monstruo.

—Porque me estaba enamorando de ti —alega. No lo dice como una declaración romántica a la luz de la luna, sino con culpa. Como si se le hubiera escapado.

Es sorprendente.

—¿Qué? —pregunto.

—Me estaba enamorando de ti —repite—. Eras… lo sigues siendo… inteligente, preciosa y muy graciosa. Viéndolo ahora, creo que empecé a sentir demasiado y demasiado rápido, lo que nunca es bueno, pero es aún peor porque llevo años obligándome a no sentir nada. Así que estaba demasiado implicado, y cuando vi esas publicaciones fue como un jarro de agua fría. Fui cruel y me avergüenzo de mí mismo.

Intento no obsesionarme con el «me estaba enamorando de ti».

Intento no ponerme a darle vueltas a si que use el tiempo pasado es algo bueno o malo.

—¿Siempre eres así? —le pregunto—. ¿Arremetes contra la gente en cuanto te sientes un poco herido?

Mi pregunta parece descolocarle.

—No sé cómo soy —responde al final—. Al menos en una relación.

Siempre he sido una persona tranquila, un poco apático. No sentía las cosas con mucha intensidad. Todavía estoy aprendiendo a estar en contacto con mis emociones. Y la verdad es que fue una irresponsabilidad dejar que esto contigo llegara tan lejos. Y sé que aún no estoy preparado para eso. Es la razón por la que evito las relaciones. Dejé que mis propios problemas te afectaran a ti y me siento como una mierda por ello.

Le creo. Se nota que se siente fatal.

La cuestión es si le perdono.

He experimentado demasiadas emociones en los últimos ocho días y estoy exhausta.

—No sé qué decir, Felix —reconozco.

—Ni tienes que decir nada. Solo quería que lo supieras.

—Supongo que acepto tus disculpas.

—Gracias —dice.

—Pero más allá de eso… —Me encojo de hombros.

—Lo entiendo —aduce—. No tienes por qué perdonarme. Solo quiero que sepas que me equivoqué y soy consciente de ello.

—Vale —digo—. Gracias por decírmelo.

Los dos nos quedamos en silencio.

Es insoportable. Una parte de mí quiere aliviar la tensión asegurándole que todo está olvidado. Otra parte quiere hacer lo contrario: decirle que no puedo olvidarlo y que seguiré guardándole rencor.

Pero la verdad es que *no sé* lo que siento.

De repente, me viene a la cabeza una pregunta.

—Oye, ¿cómo es que viste las publicaciones de Lauren? —pregunto—. ¿La buscaste?

—No. Alguien me las envió por mensaje privado —responde.

—¿Quién?

Felix frunce el ceño.

—En realidad, no lo sé. La cuenta se llamaba FYIFelix o algo parecido.

Le miro boquiabierta.

—A ver, a ver, a ver. ¿Te lo envió una cuenta anónima?

—Eso parece.

—¿Y no te pareció sospechoso?

—Eso tendría que haber pensado, pero no estaba en mi mejor momento. Lo siento mucho, Hope.

—Pero debes tener alguna idea de *quién* pudo ser.

Él sacude la cabeza con impotencia.

—Supongo que alguien que me conoce me vio en el perfil de Lauren y quiso ponerme sobre aviso.

Es verdad que Lauren tiene un montón de seguidores, pero esta explicación no me cuadra. Si yo creyera que un amigo está siendo víctima de un engaño, se lo diría sin más. No me molestaría en crear una cuenta falsa para asustarle aún más.

Da igual. A lo mejor es cosa de los británicos.

Mi móvil vibra cuando recibo un mensaje.

Lauren: He dado con el regalo de disculpa perfecto.

No puedes enfadarte ni rechazarlo.

Ahora tienes una *suite* en el Atlantis para las próximas dos noches.

Regístrate en la entrada de The Cove con el código de confirmación 3761240.

Ya está todo pagado y es culpa mía que estés atrapada ahí, así

que no protestes y acéptalo.

—¡Madre mía! —exclamo en voz alta.

—¿Qué pasa? —pregunta Felix.

Suelto una carcajada de incredulidad. Lo último que quiero es que Lauren siga gastando dinero en mí, pero el detalle es tan perfecto que no puedo enfadarme con ella.

—¿Hope? —insiste Felix.

—Lauren me ha reservado una habitación en el Atlantis.

—¿El hotel del que me hablaste?

—Sabe que antes estaba obsesionada con él.

Una extraña expresión surca su rostro, como si le entristeciera la noticia.

—En fin, es algo bueno, ¿no? —pregunta con cautela—. Yo puedo quedarme con esta habitación, ya que estamos registrados, y tú tendrás tu propio espacio.

—Sí —digo—. Debería hacer la maleta.

—¿Necesitas ayuda? —pregunta.

—Solo tengo media docena de cosas.

—Ah, claro.

Felix se sienta en la cama y se pone a mirar el móvil.

Mientras tanto, yo voy recogiendo las escasas pertenencias que he acumulado y las meto en bolsas de plástico.

Me tomo mi tiempo.

Siento un cierto desasosiego.

Ayer no me sentí nada cómoda yendo por ahí sin tener internet. Por mucho que disfrutara dejando plantado a Felix en el restaurante, me pasé casi toda la noche preocupada por cómo iba a volver al hostal.

Me tranquiliza tener a Felix cerca, o al menos su móvil, por si pasa algo. Y después de lo que ha dicho… No sé si quiero que todo acabe así. Con esta especie de vacío incómodo.

Tal vez debería aclarar mis sentimientos antes de despedirme de él para siempre.

—Oye, Felix —digo.

Él levanta la vista.

—¿Sí?

—La idea de que te pudras solo en esta habitación cutre me deprime.

—No te preocupes. Me gusta el Paradise Fun. Sobre todo si no tengo que dormir en el suelo.

—No, en serio, me siento culpable. ¿Por qué no te vienes conmigo?

Me mira fijamente durante un buen rato, como si no supiera muy bien qué pensar.

—¿De verdad quieres seguir compartiendo habitación?

—No. Pero lo que de verdad quiero es poder usar un iPhone.

—Ah, ahora lo entiendo.

—Lauren me ha dicho que es una *suite*. Seguro que podemos conseguir una con dos camas.

Él me sonríe con tristeza.

—Mira, Hope, no hace falta que seas amable. No me debes nada. Estoy bien.

—Me sentiría mucho más tranquila si vinieras —reconozco—. Ayer me perdí varias veces y mi móvil no tiene buena cobertura. No hace falta que estemos juntos todo el rato, pero me sentiría más segura sabiendo que estás… cerca.

Él asiente despacio, como si le costara mantener una expresión neutra.

—Venga, vale. Pediré un taxi.

Felix

Cuando cruzamos las puertas del Atlantis, resulta evidente que este sitio no es un simple hotel, sino más bien una ciudad. Hay un parque temático, un casino, un campo de golf, restaurantes, tiendas y múltiples alojamientos. Es como un crucero, pero en tierra firme.

Casi me arrepiento de no haberme quedado en el Paradise Fun.

No habría estado bien dejar a Hope preocupada por estar sola y sin móvil, pero cada fibra de mi ser me dice que tenga cuidado.

Parece que mi enfado con ella estaba actuando de escudo. Sin él, soy muy consciente de lo que he estropeado y de la parte oscura de mí que lo hizo posible con tanta facilidad.

Sé que no es lo más recomendable, pero el cuerpo me pide estar solo. Que me quede a solas con mis propios demonios.

Nos registramos y subimos en ascensor hasta la planta trece. Nos encontramos con una habitación enorme, con dos camas de tamaño *queen-size*, un salón y una terraza con vistas al mar.

—¡Menuda mierda de sitio! —dice Hope muy seria.

—Espantoso. Echo de menos el Paradise Fun —digo.

—Lo sé. Esos muros de hormigón… Pienso ponerle cinco estrellas en Tripadvisor.

Hope mira por la ventana, echando un vistazo al complejo.

—Tenemos que empezar por el parque acuático —dice—. Ponte el bañador.

No quiero ser borde, pero no contaba con pasar el día con ella. Menos aún en un parque acuático.

—Las atracciones acuáticas infantiles me dan repelús por la cantidad de mierda que habrá —repongo—. Creo que paso.

Ella pone los ojos en blanco.

—Anda ya, seguro que hay tanto cloro que de paso te exfolia la piel.

—No me convences.

—Vamos a cambiarnos.

—No, en serio. Yo me quedo aquí —digo—. No tengo ganas de piscina.

Hope frunce el ceño.

—¿Y qué vas a hacer entonces?

Darle vueltas al coco.

—Echarme la siesta —repongo.

—Sé de buena tinta que tú no te echas la siesta.

—Una noche intentando dormir sobre cemento basta para vencer mi insomnio.

—Sí, bueno… Perdón por eso.

—No pasa nada. Me lo merecía.

Ella se encoje de hombros y se mete en el cuarto de baño para cambiarse. Sale con un bikini rojo que desafía la gravedad. He visto esa prenda tendida sobre el alféizar, pero no la había visto puesta. Me deja sin aliento.

—¿Seguro que no quieres venir? —pregunta.

Sospecho que la invitación es un intento de hacer las paces, y una parte de mí quiere aceptarla. Pero me siento demasiado incómodo. Cada vez que miro a Hope, me carcomen los remordimientos.

—No te preocupes por mí —digo—. Ve a pasártelo bien.

En cuanto se va, me tiro en una de las camas y cierro los ojos. Tengo ganas de dormir. Entre el remordimiento por lo de Hope y la

incomodidad del suelo, me pasé la noche entera mirando el techo.

Cierro los ojos y dejo que el agotamiento se apodere de mí.

Me despierto de golpe, o al menos eso me parece. La luz es diferente, y cuando miro mi móvil, veo que son las cuatro y media de la tarde.

Además, tengo tres llamadas perdidas de mi madre.

Lo cual… ¡Joder!

Caigo en la cuenta de que no he hablado con mi familia desde que recogí el dinero ayer por la mañana.

Ahora que todo está más tranquilo empiezo a darme cuenta de cuánto la he cagado.

Me siento igual que cuando tenía una resaca de caballo y los recuerdos de la última borrachera empezaban a volver a mi memoria en nauseabundos fragmentos.

Entro al grupo de WhatsApp de la familia y veo casi dos días de mensajes sin leer.

Pear: ¡¡¡¡Feeeeelix!!!! ¿¿¿Qué está pasando???

Prue: ¿¿¿Eres apátrida???

Papá: ¿Has podido conseguir el pasaporte de emergencia?

Encontré un contacto en la embajada que podría ayudarte.

Mamá: ¡Cariño, estamos muy preocupados! ¡Respóndenos, por favor!

Pear: Te estás perdiendo la noche de los monólogos. Igual deberías nadar y alcanzarnos.

Mamá: No tiene gracia.

Y luego, de anoche:

Prue: Felix, ¿qué coño pasa? ¿Estás bien? ¿¿¿Qué está pasando???

Si una persona como Prue se muestra tan preocupada por mí, deben de estar preocupados de verdad.

Igual que lo estaba durante los años de mis fracasos, decepciones y borracheras. No puedo creer que lo haya vuelto a hacer.

Debería llamar a mi madre, pero sé que al oír mi voz se preocupará pensando que estoy recayendo. Así que le mando rápidamente un mensaje:

Felix: Lo siento mucho, tenía el teléfono en modo «no molestar».

Es mentira, pero espero que se lo traguen.

Felix: Todo va bien.

Dentro de dos días tendré los documentos y entonces podré regresar a Londres.

Mamá: ¡Gracias a Dios!

Papá: ¿Necesitas más dinero?

Me rio para mis adentros. No sé en qué piensa que podría gastarme diez mil dólares en treinta y seis horas.

Felix: No, no me hace falta. Gracias.

Mamá: Al menos tienes a Hope. ¿Está bien?

Felix: Sí, estamos juntos.

Prue: En realidad, es muy romántico estar atrapado en el paraíso…

Eso duele. En otras circunstancias, tal vez lo sería.

No respondo.

Abro un par de mensajes no leídos de esta mañana. Son de Sophie.

Sophie: Hola, colega.

Un informe rápido para ti.

Todo está BAJO CONTROL, pero quería que supieras que Izzie se ha despedido.

—Mierda —suelto en voz alta.

Izzie es la gerente de The Smoke and Gun. Llevaba tres años trabajando allí.

Sophie: Yo estoy cubriendo su puesto y tengo algunos posibles candidatos para reemplazarla.

Así que no te preocupes.

¿Que no *me preocupe*? Ya andamos cortos de personal con mi ausencia. No creo que Sophie tenga la capacidad para gestionar ambos locales y encargarse de las tareas diarias del negocio.

Felix: Joder.

Vuelvo antes.

Sophie: ¡No! Todo está controlado. Disfruta de tu viaje. Solo quería informarte.

Felix: No pasa nada. Ya lo tenía planeado. Es una larga historia.

Sophie: Ok… Pero en serio, no te preocupes. ¡Está todo arreglado!

Me conoce bien. Llevo el negocio con mano de hierro porque soy un obseso de los detalles. Cuando algo sale mal, mi equilibrio mental se viene abajo.

Ojalá estuviera en casa.

Empiezo a sentirme agobiado.

Meto la mano en el bolsillo en busca de un chicle de nicotina, que siempre me ayuda a tranquilizarme. Pero no tengo ninguno. Reviso nuestras bolsas y tampoco encuentro ninguno.

No es el mejor momento para empezar con los síntomas de la abstinencia de mi droga preferida, pero dudo que vendan Nicorette en la tienda del hotel.

«Podrías comprar un paquete de tabaco», sugiere mi malvado cerebro.

No. Mala idea. Asocio el tabaco con la bebida. Si me fumo un cigarro, es probable que empiece a desear otro.

Me meto en la ducha y pongo el agua a una temperatura ideal para escaldar pollos. Mientras me enjabono el pelo, echo de menos el olor a «océano» de los productos de baño del crucero. Lo que daría por que fuera hace dos días, antes de que lo estropeara todo.

O dentro de cuarenta y ocho, cuando deje atrás todo este lío, si Dios quiere.

Dos noches.

Solo tengo que aguantar dos noches más y podré irme.

Hope

Al final, creo que casi prefiero que Felix no quiera explorar el parque acuático conmigo. Parece pensativo y no quiero que su mal humor empañe mi fantasía de la infancia.

Además, un rato a solas me vendrá bien para asimilar su disculpa.

Los toboganes de agua me provocan claustrofobia, así que opto por relajarme en el «río de rápidos», un circuito de más de un kilómetro y medio por el parque que, según el folleto, está lleno de caídas pronunciadas y olas repentinas. Supongo que las emociones no serán muy fuertes, ya que está lleno de niños, pero una zona de «rápidos de aguas bravas» me hace volcar y unos críos se ríen de mí mientras persigo mi flotador.

Decido dejar las atracciones al millón de familias que pulula por aquí. Me compro una limonada helada y me busco un sitio junto a una piscina del tamaño de un lago debajo de un enorme templo maya falso.

El problema de tumbarse junto a una piscina cuando no tienes ni un móvil ni un libro es que te aburres rápido y acabas pensando sin parar en el hombre que has dejado en la habitación del hotel.

Necesito sacarme esto de la cabeza.

Le mando un mensaje a Lauren.

Hope: He llegado al hotel.

Es una auténtica pasada.

Lauren: ¡¡¡¡!!!!

¡¡Envía fotos!!

Ah, espera, que no tienes datos 😞

¿Conseguiste escapar de Felix?

Hope: Uh… Pues no.

Lauren: ¡¿Qué?!

Hope: Me ha pedido perdón esta mañana.

Así, sin más.

Me ha dicho que ahora entiende que tu personaje es de broma y que reaccionó de forma exagerada.

Lauren: Vaya mierda de disculpa.

Hope: También me ha dicho que le afectó tanto porque estaba empezando a enamorarse de mí.

Lauren: Hummm.

No sé qué pensar de eso.

Hope: Yo tampoco, la verdad.

Estoy menos cabreada, pero más triste. Porque me gustaba de verdad, y si él también sentía algo fuerte, a lo mejor lo nuestro podría haber sido real.

Lauren: ¿Quieres que te suelte la charla o qué?

Hope: No estoy diciendo que vaya a darle otra oportunidad.

Y tampoco es que él me la haya pedido.

Pero me pone triste.

Lauren: TIENES TERMINANTEMENTE PROHIBIDO ESTAR TRISTE EN EL ATLANTIS.

Hope: ja, ja, ja.

Tienes razón. Voy a buscar el acuario. Me flipan los acuarios.

Lauren: ¿A QUE SÍ? Es como hacer esnórquel, pero sin riesgo de que te muerdan.

Hope: ¿Qué tal por el barco?

Lauren: He estado con Colin casi todo el tiempo.

Le conté lo mío y le ha parecido divertidísimo. Quiere interpretar a un personaje que me enamore y no para de pedirme que le meta en TikTok.

Hope: ¡Qué mono!

Lauren: Ah, y me crucé con Gabe. Se ha enterado de que te quedaste tirada.

Parece que se lo contó una de las hermanas de Felix.

Se ofreció a bajar del barco para ir a rescatarte y puede que le dijera que estabas felizmente acurrucada en los brazos de Felix solo para darle celos.

Hope: Bien. Se lo merece.

Lauren: Me voy a dar un paseo por el pueblo con Colin.

Hope: Vale, ¡que te lo pases bien!

Estas noticias me hacen feliz. Tengo un buen presentimiento sobre

Colin y Lauren. Y no me importa nada que Gabe ande por ahí rabiando, imaginándome en un idílico paraíso con un ligue.

Hace un calor insoportable, así que me doy un chapuzón en la piscina, luego me seco y me dirijo a The Dig, un acuario inspirado en las ruinas de la ciudad perdida de Atlantis. Sus cámaras parecen no tener fin y abarcan todo un piso del hotel. Me quedo impactada con un tanque que alberga un mero gigante de más de trescientos kilos, una imagen que seguro que me va a provocar pesadillas el resto de mi vida. Las morenas tampoco me tranquilizan. Pero luego me adentro en los pasillos iluminados repletos de medusas luna, un arrecife de coral con unos colores alucinantes y un montón de peces payaso de intenso color naranja.

Vimos peces payaso el día que pasé haciendo esnórquel con Felix, cuando se rio de mí por analizar sus pautas sociales, y luego se cachondeó porque salí huyendo de una raya. Fue una mañana genial, llena de risas. Me dolían los mofletes de tanto sonreír cuando volvimos al barco.

Aún recuerdo ese día con cariño. Porque hacía años que no me reía tanto con alguien que no fuera Lauren. No me había sentido tan relajada desde que lo dejé con mi ex. Y en realidad no fue solo ese día. Fue la semana entera que pasamos juntos.

Esa semana fue *estupenda*. Me hizo *mucho* bien.

Hizo que me olvidara de mis preocupaciones. Hizo que viera a mi ex con otros ojos y me diera cuenta de que es un gilipollas. Me devolvió los orgasmos.

Hizo que me viera como me veía Felix: graciosa, inteligente, un poco payasa y sexi.

La clase de mujer de la que podrías enamorarte sin quererlo.

La clase de mujer que a lo mejor también se estaba enamorando.

Aunque Felix y yo nos hayamos distanciado igual de rápido que nos unimos, nos proporcionamos algo valioso el uno al otro. A lo mejor le necesitaba para recordarme a mí misma quién podía ser… no, quién *soy*… cuando me permito vivir el momento. Cuando dejo de machacarme por no ser suficiente.

Así que tomo una decisión: voy a olvidarlo todo. Voy a intentar pasar el tiempo que queda con Felix como amigos. Porque, aunque no sea una persona perfecta y haya cometido un gran error que me hizo daño, me alegro mucho de haberlo conocido.

Él me dio lo que estaba buscando cuando salí de Nueva York: optimismo.

Vine a este viaje para despertar, para sentirme viva.

Y lo he conseguido.

Por fin lo he conseguido.

Y en gran parte se lo debo a él.

Felix

Cuando salgo de la ducha, Hope está tumbada en su cama, mirando el techo con una sonrisa. Parece tan contenta que siento mi mal humor con más intensidad.

—¡Hola! —dice, como si se alegrara de verme.

—Hola. ¿Qué tal la piscina?

—Fue increíble. Aunque estuve a punto de caer encima de un grupo de niños traviesos en el paseo de los rápidos.

Intento esbozar una sonrisa.

—Me alegro de que lo hayas pasado bien.

—¿Has dormido algo?

—Sí.

—Eso sí es un milagro. Voy a darme una ducha y luego pensaba bajar a comer algo. ¿Te apuntas?

No tengo hambre, pero no he comido nada desde el desayuno y me doy cuenta de que Hope se está esforzando por ser amable conmigo. Así que decido aceptar la invitación.

—Sí, genial.

Hope se da una larguísima ducha, que por desgracia me deja a solas con mis pensamientos. Enciendo la tele y me distraigo un poco viendo avances de películas de pago para evitar que mi mente se descontrole.

—¿De verdad estás pensando en ver *Superpoli de centro comercial*? —pregunta cuando sale del baño.

—Parece extrañamente fascinante.

—¿Listo para irnos? —pregunta.

—Sí —respondo.

—¿Te importa que comamos dentro? He tomado demasiado el sol.

—Claro.

Bajamos y vamos de un restaurante a otro, siendo rechazados una y otra vez porque no tenemos reserva.

—No sabía que había que tener reserva —dice Hope—. A lo mejor podemos comer en un bar.

Encontramos uno llamado Sea Glass. Lo odio de inmediato. Tiene una alfombra con un llamativo dibujo bermellón y una hilera de máquinas tragaperras en una pared que emiten una musiquita estridente y molesta.

—¿Te parece bien? —pregunta Hope.

—Sí, claro.

Pillamos asientos en la barra en medio de un montón de personas vestidas de punta en blanco con ropa del resort.

—Este hotel me recuerda mucho a un crucero —comenta Hope.

—Lo sé. No hay forma de escapar.

El camarero se acerca y Hope pide un martini seco con ginebra.

—Magnífica elección —dice el camarero.

Estoy de acuerdo.

Dios, me encantaría tomarme una copa ahora mismo.

Reprimo el pensamiento, aunque se me hace la boca agua solo de pensar en la copa de Hope. Ese golpe helado de la ginebra mezclada con sal. El subidón inmediato del alcohol entrando en tu torrente sanguíneo.

La intensidad del anhelo es tan aterradora que me produce escalofríos. No había sentido esto en meses, desde la primera boda a la que fui sobrio. Sentí una envidia desgarradora al ver a los demás disfrutar de sus cócteles mientras bailaban. Me marché antes de que

terminara.

Debería hacer lo mismo ahora.

—¿Sabes qué? En realidad no tengo hambre —digo, poniéndome en pie de golpe—. ¿Te importa si vuelvo a la habitación?

Hope me mira con preocupación.

—¿Te encuentras bien? Estás un poco sudoroso.

En realidad, tengo ganas de nicotina y el deseo de una copa me está llevando al borde del pánico.

Pero no voy a soltarle eso a Hope.

—Sí, sí —respondo—. Solo estoy agotado.

Ella no parece convencida.

—¿Quieres que te lleve algo?

—No, pediré algo al servicio de habitaciones si me entra hambre más tarde.

—Vale, muy bien. Descansa otro poco.

No podría descansar ni aunque me dieran un sedante.

Estoy lleno de adrenalina, así que no vuelvo a la habitación.

Le pregunto a la recepcionista dónde puedo comprar tabaco y me indica una tienda en una de las plazas, a diez minutos de distancia. Camino a toda prisa hacia allí, y entre el sofocante calor y mi paso acelerado, estoy sudando la camisa nueva cuando llego.

Compro un paquete de Marlboro, me siento en un banco y enciendo un cigarrillo con las manos temblorosas.

La primera calada me hace toser de forma violenta. Me deja la boca seca. Sabe asqueroso.

Pero eso no me detiene. Me fumo tres seguidos, uno detrás de otro.

Y sí, no me equivocaba al pensar que el tabaco despertaría mis ganas de beber, porque ahora estoy fantaseando con todo lujo de detalles con un *old-fashioned* con *bourbon* y naranja amarga.

Eliminaría el regusto a ceniza y alquitrán, inundaría mis sentidos de…

No debí hacerlo. Tengo que parar ahora mismo.

Tiro el paquete de tabaco a la papelera más cercana y me apresuro a volver al hotel, esquivando a los grupos de alegres turistas. Cuando llego a la habitación, tengo la piel helada debajo de la película de sudor y parece como si el corazón fuese a salírseme del pecho.

La ansiedad me está matando.

Me encantaría llamar a alguien de mi grupo de rehabilitación, pero en Reino Unido ya es más de medianoche. Me dejo caer en la cama y busco en Google reuniones de Alcohólicos Anónimos en Nasáu. Hay una mañana a las diez.

Solo tengo que aguantar esta noche.

Salgo a la terraza y me paseo de un lado a otro, tratando de deshacerme de la ansiedad. El sol casi se ha puesto y sus últimos rayos rosados se reflejan en el mar. Odio ese mar. Odio el concepto mismo del agua, esa sustancia traicionera que, de alguna manera, me ha arrastrado al borde del colapso.

Me siento muy triste.

Tengo los ojos húmedos: no estoy llorando del todo, pero solo porque la ansiedad no me deja, no porque no quiera hacerlo. Me aferro al borde de la terraza y me inclino hacia delante, procurando respirar hondo.

Ojalá hubiera alguien que me dijera que esto pasará, que solo debo avanzar segundo a segundo.

Ojalá hubiera alguien que me abrazara.

Y entonces, de repente, alguien lo hace.

Hope

—Oye —le digo a Felix con firmeza, rodeándole la cintura con los brazos y alejándolo de la barandilla. Sé que no está intentando saltar ni nada por el estilo, pero parece que le cuesta respirar. Pegada a su espalda, puedo sentir su corazón latiendo desaforado—. Oye —repito—. ¿Qué ocurre?

Él sacude la cabeza, como si no pudiera encontrar las palabras, y de repente deja escapar un profundo y desgarrador sollozo.

—¡Oh, Felix! —exclamo. Le rodeo para colocarme frente a él. Está encorvado, con los puños apretados contra los ojos. Parece tan desolado que me preocupa que haya ocurrido alguna tragedia—. Oye, ¿qué pasa? —pregunto, estrechándolo en mis brazos. Su piel está húmeda por el sudor, huele a almizcle y a tabaco, y está tan rígido que es como abrazar un saco de boxeo.

Pero entonces se relaja, apoya la cabeza en mi hombro y llora con tanta desesperación que sus lágrimas resbalan por mi cuello.

No sé qué hacer. Las cosas entre nosotros están tan raras que esto parece una invasión a su intimidad. Pero tampoco puedo dejarlo aquí, llorando, sin ofrecerle consuelo.

Así que le rodeo la espalda con los brazos y dejo que llore.

Estamos así hasta que deja de temblar.

Cuando levanta la cabeza, las lágrimas en sus mejillas brillan como la luz bioluminiscente del mar. Nunca me había fijado en lo largas que son sus pestañas: húmedas parecen aún más oscuras y hermosas, como si sus ojos estuvieran perfilados con kohl.

—Dios mío, lo siento —susurra con la voz ronca, apartándose de

mí. Agacha la cabeza y la sacude—. No tienes por qué hacer esto. Lo siento.

—¿Felix? —digo.

—¿Sí?

—No te disculpes. No pasa nada.

Él respira hondo y suelta el aire.

—Mierda. ¡Joder! Necesito un poco de agua.

—Siéntate —digo, señalando hacia la mesa y las sillas de terraza situadas en el rincón—. Respira. Yo te la traigo.

Cojo una botella de agua de la habitación y me fijo en que hay un hervidor en la cómoda. Echo un vistazo a ver si hay alguna bolsita de té y encuentro poleo menta y Earl Grey, así que pongo a calentar un poco de agua en la máquina.

Le preparo un poleo menta y se lo llevo a la terraza.

—Un poleo —digo—. Me temo que no lo he preparado a ochenta y cinco grados exactos, pero he hecho lo que he podido.

Felix me brinda una sonrisa temblorosa y acepta la taza.

—Gracias.

Me siento en la silla a su lado y me recuesto contra el respaldo. Me siento extrañamente liberada, como si su llanto también hubiera sido catártico para mí. Como si se hubiera abierto una puerta en una estancia helada y una ráfaga de aire cálido hubiera entrado de golpe.

Ojalá haya sido igual de catártico para él.

—¿Te apetece hablar de por qué estás tan triste? —pregunto.

—No quiero desahogarme contigo.

—Estoy aquí. Te lo estoy preguntando.

Él mira al cielo.

—Es que me ha venido todo de golpe, ¿sabes? —empieza—. La locura de estar aquí, el estrés y la ansiedad de intentar controlarlo

todo, las cosas que pasan en casa, en el trabajo, nuestra pelea. Haberte hecho daño.

Se le quiebra la voz al decir esto último y algo dentro de mí se libera. No es ira: eso ya lo superé. Es algo más profundo, algo tierno que estaba más herido de lo que yo misma quería admitir.

—No pasa nada —digo—. Podemos seguir hablando más tarde si quieres, cuando te sientas mejor.

—Siento que me estoy desmoronando —continúa—. Y es vital para mí volver a ser esa persona. Pero la presión ha ido creciendo y creciendo, y esta noche… No sé, he estado a punto de sucumbir. Tenía unas ganas locas de beber. Y aunque no lo he hecho, me aterra lo frágil que es todo esto. Mi estabilidad, mi sobriedad, toda esta precaria vida que he construido.

Con una punzada de remordimiento recuerdo el martini que me he bebido en la cena y que él se fue justo después de que lo pidiera.

—Dios mío —digo—. Lo siento mucho. No debería consumir alcohol delante de ti. Es muy insensible. No pensé que…

—No —dice Felix con firmeza—. No es culpa tuya, no tiene nada que ver con eso. Simplemente dejé que todo me superara y sabía que no debía hacerlo. En casa estoy bien, solo estoy bien, cuando sigo mi rutina estoy bien. No debería haber venido a este viaje. Sabía que no debía.

Parece que se odia a sí mismo.

No puedo soportar verlo así.

—Felix —digo—. Yo me alegro muchísimo de que vinieras a este viaje. De lo contrario, no te habría conocido. Y pase lo que pase entre nosotros, conocerte ha sido una de las mejores cosas que me ha ocurrido en mucho tiempo.

Él sacude la cabeza.

—No tienes por qué decir eso.

—Lo sé. Lo digo porque quiero. Pero es la verdad. Necesitaba olvidarme de mis problemas, vivir una aventura, volver a sentirme viva, y gracias a ti lo he hecho. ¿Entiendes? Y sí, las cosas se complicaron, y sí, fue una mierda, pero no me arrepiento. ¿Y sabes qué? Puede que tengas miedo o que te aceche la tentación, puede que te vengas abajo, que tengas un momento de debilidad. No sé mucho sobre la rehabilitación y no voy a fingir que todo está bien si no lo está. Pero una cosa sí sé: lo has superado.

Le miro a los ojos mientras lo digo y él no aparta la mirada.

—Gracias —dice—. Por ser tan amable conmigo incluso después de… En fin. Eres una buena persona.

—¿Hay algo que pueda hacer para que te sientas mejor? —pregunto—. ¿Algo que te ayude a distraerte?

—Bueno, mañana iré a una reunión de Alcohólicos Anónimos y llamaré a mi padrino.

—Eso me parece una gran idea. ¿Y algo más? ¿Tal vez algo divertido relacionado con comida?

—En realidad, siempre quise llevarte a nadar con los cerdos.

Suelto una carcajada.

—Vale, reconozco que me hacía mucha ilusión, pero ¿seguro que es lo que *tú* necesitas?

—Quiero hacer algo que te haga feliz. Antes de que nos vayamos. ¿Vendrás conmigo? ¿Mañana?

—Claro —digo.

Creo que podría ser una forma agradable y sencilla de despedirnos como amigos.

—Hecho —repone—. Lo organizaremos por la mañana.

—Suena genial.

Felix se aleja de mí.

—Ahora voy a darme una ducha. Es posible que haya estado fumando.

—Es posible que lo haya notado.

—Lo siento.

—No me pidas perdón a mí. Pídeselo a tus pulmones.

Mientras él se ducha, yo me cambio y me pongo mi pijama y enciendo la televisión. Cuando sale del baño, tiene mejor aspecto… y huele mucho mejor.

—¿Tienes sueño? —pregunto.

—No. Tengo el típico subidón de endorfinas después de una crisis emocional.

—¿Te apetece ver una película de pago ridículamente cara?

—Algo tranquilo estaría bien.

—Pero nada de *Paul Blart*[4]—digo—. Lo siento.

—Vale. Podemos llegar a un punto medio.

Doy unas palmaditas en la cama a mi lado. Estamos vestidos y él guarda una cierta distancia entre nosotros, pero es agradable tenerlo cerca. Reconfortante. Caigo en la cuenta de que ver una película es probablemente lo más normal que hemos hecho en estos ocho días.

Nos decidimos por *Del revés*, la película de Pixar sobre emociones personificadas. Cuando me hace llorar, como todas las películas de Pixar, me da una palmadita en la mano como haría una abuela.

—¿Ahora te toca a ti sufrir una crisis emocional? —pregunta.

—No te burles de mí. Esta película es muy tierna.

—Tú sí que eres tierna —murmura.

Felix sigue con los ojos fijos en la pantalla, pero sus palabras me dejan paralizada. No sé cómo tomarme su afecto. Pero mi cerebro vuelve a su confesión de anoche: «Me estaba enamorando de ti».

Me pregunto cuánto de eso queda. No solo en él, sino también en mí.

Por un instante me planteo si acurrucarme contra él, ver qué se siente al estar cerca. Pero decido no hacerlo. Hemos hecho las paces. Deberíamos dejarlo ahí.

Debí quedarme dormida en algún momento, porque cuando despierto veo que son las diez de la mañana, la cama de Felix está deshecha y él ya no está.

Me ha dejado una nota.

HE IDO A UNA REUNIÓN, VUELVO AL MEDIODÍA.

HE RESERVADO LA EXCURSIÓN CON LOS CERDOS PARA LA 1.

GRACIAS POR LO DE ANOCHE.

BESOS

Y es una tontería, pero al ver esa despedida me pregunto si anoche no tomé la decisión equivocada.

4. Es el nombre del protagonista de *Superpoli de centro comercial*, la película que se menciona con anterioridad en el libro. (N. de la T.)

10
LOS AMANTES EN TIERRA

Felix

Me despierto con la luz del sol a las seis de la mañana y miro de inmediato a Hope, que está durmiendo plácidamente en la otra cama. Me invade una necesidad abrumadora de tumbarme a su lado y abrazarla.

Si ya en el barco sentía una fuerte atracción por ella, anoche mis sentimientos se volvieron algo más profundos. Puedo hablar con ella de temas reales y dolorosos.

Puedo confiar en ella en los momentos difíciles. Puedo quedarme en la cama junto a ella viendo una película para niños y sentirme completamente seguro.

Pero debo tener cuidado de no confundir su amabilidad de anoche con el renacer de sentimientos románticos. Aunque aceptara mi afecto, la crisis de ayer fue una clara señal de que debo tener precaución. Necesito cuidar de mí. Necesito recuperar mi estabilidad.

Eso no hace que sea fácil pasar por su lado sin rozarle el brazo. Sin arroparla con las sábanas. Sin darle un beso en la frente.

No significa que no quiera más. Solo significa que este último día será agridulce. Una despedida de algo que podría haber sido maravilloso si las circunstancias, y yo, hubiéramos sido diferentes.

Salgo a la terraza y llamo a mi padrino, un irlandés de unos cincuenta años llamado Nick, que lleva sobrio veinte años.

Contesta al primer tono.

—Felix, muchacho.

Escuchar su voz grave y melódica resulta reconfortante.

—Hola, Nick —saludo.

—¿Qué tal las vacaciones?

—Oh, podrían haber sido mejores.

—Vaya, ¿qué ha pasado?

Le cuento que perdí el barco, que he estado a punto de recaer, que me desmoroné. Él me dice que recuerde que acepte lo que no puedo controlar, que me entregue a un poder superior. Y que haga lo que pueda para centrarme en mi plan de recuperación, incluso en medio del caos: hay que vivir minuto a minuto. Hacer ejercicio hoy. Ir a una reunión.

—Felix —añade—. Lo has hecho bien. No olvides sentirte orgulloso de eso. Eres fuerte, muchacho.

Le doy las gracias, pero vacilo un momento.

—Hay otra cosa.

—¿De qué se trata? —pregunta.

—La mujer con la que estoy aquí, la que conocí en el barco. Antes de que nos quedáramos tirados, nos estábamos acostando. Creo que siento algo por ella.

Se produce un silencio mientras él reflexiona sobre eso. Está al corriente de mis temores con respecto a salir con alguien. Sabe que asocio el amor con la perdición.

—¿Ella bebe? —pregunto.

—Bueno, no es abstemia. Pero no tiene problemas con el alcohol.

—¿Y te sientes cómodo con eso? Tómate un momento para pensarlo.

Eso hago.

—Sí, ese no es el problema —respondo—. Es solo que no me he sentido así desde antes… Puede que nunca. Y sé que es demasiado pronto para mí. Y es desolador conocer a esta persona y no poder

intentar tener algo con ella.

—¿Seguro que no estás siendo demasiado duro contigo mismo? —pregunta—. Hace solo unos días que la conoces. Podrías ir despacio. No tienes que casarte con ella mañana mismo.

Me entra un ataque de ansiedad al pensar en el matrimonio y tengo que respirar hondo. Luego suelto el aire despacio.

—Bueno, ya no importa —repongo—. Lo he estropeado. Y aunque no fuera así, ella es estadounidense. Vive en Nueva York.

—Felix, está bien que seas cauto. Que conozcas tus patrones. Pero sería una pena que te negaras el amor para siempre.

—No estoy diciendo que esté *enamorado.*

—Ni yo, muchacho. Puede que nunca vuelvas a ver a esa mujer o puede que sí. Eso no me corresponde a mí decirlo. Lo importante es que descubras lo que realmente quieres, no solo lo que temes.

—Claro —digo. No añado que lo que realmente quiero me ha llevado a la ruina tantas veces en el pasado que dudo de mi capacidad para distinguir qué es beneficioso de lo que es imprudente.

Eso no es algo que Nick pueda resolver por mí.

—Escucha, Felix —empieza—, haces bien en no dejarte llevar por algo tan rápido que te haga perder la estabilidad. Pero no te cierres a aquello que pueda hacerte feliz.

Feliz.

Ese adjetivo que rara vez se me ha podido aplicar a mí. En casa me siento seguro, equilibrado. Incluso contento.

No feliz.

Pero esta semana sí he sido feliz… Al menos antes de que todo se fuera a la mierda.

Hope me hacía feliz.

Aún lo hace.

Lo que hace que me pregunte si estoy protegiéndome demasiado, rechazando la posibilidad de ser feliz basándome en el hombre que fui, en lugar del que soy ahora.

—Es un buen consejo —le digo a Nick—. Gracias.

—No hay de qué. Cuando necesites, ya sabes. Ahora ve y ordena tus pensamientos. Llámame si me necesitas, da igual la hora que sea.

—Lo haré. Cuídate.

Sigo al pie de la letra el consejo de Nick. Bajo a una cafetería a tomarme un *espresso* y desayunar y luego doy un largo paseo a paso rápido por la playa mientras llamo a Sophie para saber qué tal van las cosas. Está de buen ánimo y parece que lo tiene todo bajo control. Escuchar su confianza y sus noticias sobre esto y aquello aplaca la persistente sensación de que las cosas deben de estar yendo mal sin mí.

—Aquí todo va bien, colega —me dice—. Eres tú el que está atrapado en las Bahamas sin pasaporte, así que preocúpate por tu situación.

Me echo a reír.

—Tienes razón —repongo—. Nos vemos pronto.

—Si el gobierno de Su Majestad te lo permite. Buena suerte en la frontera.

A continuación, paso por el mostrador de recepción para reservar una excursión para ver a los cerdos esta tarde. Después vuelvo a la habitación para decírselo a Hope, pero está durmiendo como tronco, así que le dejo una nota.

HE IDO A UNA REUNIÓN, VUELVO AL MEDIODÍA.

HE RESERVADO LA EXCURSIÓN CON LOS CERDOS PARA LA 1.

Y después añado: Besos.

Es una declaración de afecto bastante inofensiva, pero es la forma más segura de expresar lo que siento por ella. Salgo de la habitación antes de caer en la tentación de despertarla y besarla como realmente quiero.

Cojo un taxi y me dirijo a una reunión en el centro. Aparte de presentarme, no digo nada más, pero me reconforta estar rodeado de personas que entienden perfectamente lo que estoy viviendo. Recitamos la oración de la serenidad al final de la reunión: «Señor, concédeme la serenidad para aceptar las cosas que no puedo cambiar, valor para cambiar las que puedo y sabiduría para reconocer la diferencia».

Sé que esto es algo con lo que quizá siempre tenga que luchar. Pero decirlo en voz alta me ayuda a recordar lo que intento conseguir.

Cuando regreso a la habitación del hotel alrededor del mediodía, me siento en paz. Hope está despierta, vestida y disfrutando de un sándwich.

—¡Hola! —me saluda—. ¿Qué tal ha ido?

—Me siento mucho mejor —respondo.

—Bien. ¿Tienes hambre? Te he comprado el almuerzo.

—De hecho, me muero de hambre. Gracias.

Me pasa un sándwich de jamón y queso todavía caliente, envuelto en papel, junto con una bolsa de patatas fritas. En la mesa hay una bolsa de la compra llena de manzanas verdes.

—Uy, uy, uy. ¿Otra vez mareada? —pregunto.

Hope se ríe.

—Que conste que no pienso volver a comerme otra manzana en mi

vida. Estas son para los cerdos. Según el folleto del vestíbulo, les gusta la fruta. Y en la tienda de bocadillos solo tenían manzanas.

—Qué generoso por tu parte prepararles semejante banquete.

—Sabes que, cuando pido comida, me paso tres pueblos. Y quiero caerles bien a los cerdos. No tengo problema en sobornarlos.

—A ver, no es por quitarte la ilusión, pero he estado cerca de bastantes cerdos y huelen fatal. No sé si querrás acercarte demasiado.

—¿Y cómo es que pasas tanto tiempo con cerdos?

—Conozco en persona a todos mis proveedores de granja. Y los británicos adoramos a los cerdos.

—Bueno, en cualquier caso, los cerdos se pasan el día nadando en el mar. Seguro que huelen a sirena.

—¿Y a qué huelen las sirenas?

—A mar.

Nos reunimos con el grupo de la excursión y nos dirigimos a la playa, donde nos espera el barco que nos llevará a Rose Island.

—¿Emocionada por volver al mar? —le pregunto a Hope.

—La verdad es que me pone un poco nerviosa. Creo que no lo medité bien.

—Esta vez, vamos a intentar no perder la embarcación de regreso.

Hope se estremece.

—Ni se te ocurra bromear con eso.

El trayecto hasta la isla dura unos veinticinco minutos y al llegar vemos que las cristalinas aguas están llenas de cerdos de tamaño pequeño y mediano, retozando entre turistas medio sumergidos. Muchos de ellos posan encantados para las fotos de la gente con palos para selfis.

—Parece que les gusta ser el centro de atención —comento.

—¡Ay, Dios, mira eso! —exclama Hope, señalando a un hombre que le está dando una zanahoria a un cerdito rosado con manchas, que la mastica con auténtico deleite—. Vamos, tenemos que hacernos amigos de ellos.

Ella avanza por la orilla con su bolsa de manzanas y enseguida empieza a coquetear con todos los cerdos que tiene a la vista sin perder un segundo. Tanto ella como esas criaturas que la tienen fascinada son adorables.

—¿Me haces una foto? —me pide mientras acaricia el hocico de un cerdo de color marrón rosado.

Le hago un montón.

Luego me lanza una manzana y me obliga a alimentar también a uno. Hace que le pase mi móvil a un turista que estaba por allí y le pide que nos haga una foto con un enorme cerdo moteado que resopla contra su cuello.

Cuando hemos inmortalizado a conciencia nuestra aventura, dejo mi teléfono en el barco y nos metemos en el agua a nadar. Los cerdos retozan a nuestro alrededor.

—Son igual que perros supersimpáticos —digo.

—He tenido gatos durante diez años que no me han mostrado tanto cariño —repone.

—¿Tienes gatos?

—No, ahora no. Me refería a cuando era niña. ¿Tienes alguna mascota?

—No. Pero últimamente me ronda la idea de adoptar un perro.

—¿De qué tipo?

—Uno de un refugio. Que sea grande.

—¿Para ahuyentar ladrones?

—Exacto. Me aterran los ladrones.

—Siempre he querido un perro, pero mi piso es minúsculo y paso demasiadas horas fuera. No sería justo para él.

—Sí. Yo me llevaría a mi perro al trabajo.

—¿Puedes llevar un perro a un restaurante?

—Por supuesto. Un perro residente es una excusa perfecta para quedarse a tomar otra pinta.

—Bueno, pues supongo que tendré que añadir un perro fiel a mi sueño de vivir en el campo inglés.

Su sueño de vivir en el campo inglés. *Mi* sueño de vivir en el campo inglés. El mismo con el que estaba fantaseando aquella mañana en que vi las publicaciones en Instagram.

Todavía me asusta lo mucho que me había ilusionado en ese momento. Pero no puedo evitar preguntar:

—¿De verdad considerarías irte a vivir a Reino Unido?

Sus ojos buscan los míos con cautela. Como si hablar de esto conmigo la pusiera nerviosa.

—Lo haría —responde despacio—. Si tuviera una razón. Pero, por desgracia, no conceden visados a publicistas estadounidenses sin más.

Sé que no debería, pero por un instante me permito imaginar una vida diferente. Una vida en la que yo podría ser su razón.

Lo que significa que debo cambiar de tema de inmediato.

Hope

Algo ha cambiado entre Felix y yo. Sentada aquí en esta playa, hablando de mis sueños para el futuro con él, siento esa chispa que siempre consigue encender en mí. Una conexión tan fuerte que es imposible fingir que no está ahí.

Me atrae tanto como me asusta.

No sé si debería aferrarme con todas mis fuerzas a la decisión que tomé anoche o si, por el contrario, debería dejarme llevar y disfrutar del momento sin más.

Lo cierto es que quiero hacer lo segundo.

Nos vamos mañana por la mañana. ¿Tan malo sería dejarnos llevar por esta química durante unas horas?

Me pregunto si él está pensando lo mismo.

Me doy cuenta de que no cuando dice:

—Nunca pareces demasiado entusiasmada con tu trabajo.

No hay nada que corte más el rollo que mi hastío laboral.

—Eso es porque no me entusiasma —confirmo.

—¿Por qué no?

—Es estresante, y estar todo el tiempo bajo presión para escribir comunicados de prensa es deprimente. Y rogarles a los periodistas que cubran esos comunicados es más deprimente incluso.

—Lo siento —dice él.

—No lo sientas. Seguro que ya me han echado.

—¿En serio?

—No lo sé. Tal vez no. Creo que sobre todo me siento decepcionada conmigo misma por haber acabado haciendo esto con

mi vida. Como si no hubiera alcanzado mi potencial.

Él asiente.

—Quieres escribir.

—Con toda mi alma —reconozco—. Pero cuanto más mayor me hago, más siento que este sueño es una quimera. Vine a estas vacaciones en parte porque estaba muy desanimada con todo el asunto. A ver, si fuera a pasarme a mí, ¿no debería haberlo logrado ya? Al menos tener algo de lo que estar orgullosa, aunque no esté publicado.

—Pero es evidente que tienes talento —dice Felix—, o no habrías conseguido un contrato para un libro ni tendrías un máster en Escritura Creativa, ¿verdad?

Es muy tierno que crea en mí, pero no reconfortante. Crear arte requiere perspicacia, inspiración y tiempo necesario para trabajar en ello y hacerlo realidad. No tengo ninguna de esas tres cosas. No las he tenido en mucho tiempo.

—Me lo digo a mí misma en mis mejores momentos —digo—. Pero, para ser totalmente sincera, mi trabajo es tan agotador que apenas tengo tiempo para respirar. Y la triste realidad es que no tengo una idea tan apasionante para una gran novela que me motive a levantarme a las cinco de la mañana para trabajar en ella. Me siento estancada. Así que ¿para qué intentarlo siquiera?

—Para encontrar la felicidad —responde—. Y sentirte realizada.

—Claro. Qué fácil.

—No estoy diciendo que sea fácil. Es que creo que eres brillante y merece la pena perseverar.

—Sé que tienes razón —reconozco—. Supongo que siempre imaginé que alguna obra maestra literaria saldría de mi cerebro como por arte de magia. Y, en cambio, me he estancado. Creo que

por eso estuve con Gabe. Quería tomar prestada su existencia literaria. Meterme en su mundo porque me he esforzado mucho para crear el mío.

Veo que estoy poniendo triste a Felix, y eso solo hace que me sienta más patética.

De repente, me arrepiento de haber revelado tanto.

—Lo siento —digo—. Estoy siendo deprimente. Pero, bueno, esto me ha ayudado. Salir, desconectar. No es que de repente se me haya ocurrido una idea brillante para un libro, pero me siento mucho más yo misma. Como *si pudiera* volver a encontrar la inspiración.

Felix esboza una sonrisa.

—Me alegra oír eso.

Así que me lanzo.

—Y tú has tenido mucho que ver con eso —añado.

Sus ojos me estudian con cautela, como si no supiera qué inferir de mis palabras. Lo cual es lógico, ya que ni yo misma sé cuánto intento decir. Lo que sigo sintiendo por él me tiene muy confundida.

—Tú también me has ayudado —dice al final.

Antes de que pueda extenderse, un cerdo se acerca a nosotros y empieza a hurgar en mi bolso en busca de la última manzana.

Ninguno de los dos intenta retomar la conversación.

En su lugar, Felix se pone a construir un castillo de arena, lo que me parece adorable. Y cuando un cerdo pasa trotando por encima y lo derriba, él se parte de la risa, lo que me resulta aún más adorable.

Todo lo que hace me resulta adorable.

Y quizá por eso, empieza a invadirme el temor a medida que avanza el día. No quiero volver a la vida real.

Es evidente que Felix se da cuenta de que algo pasa, porque en el viaje de vuelta al Atlantis me pregunta:

—¿Qué ocurre?

Decido contárselo.

—Esto va a parecerte una locura —digo.

—Prueba.

—Me da pena irme mañana a casa.

—¿Me lo repites?

—Lo sé, *lo sé*.

—¿Qué es lo que vas a echar de menos? ¿Estar incomunicada? ¿No tener un documento de identidad válido? ¿La humedad?

Dejo escapar una risa débil. «A ti —pienso y no lo digo—. Te echaré de menos a ti».

—Esta semana ha sido un cambio drástico respecto a mi vida normal —digo—. Una auténtica aventura.

—Y relajación sin fin —añade.

—Oh, sí. Como un masaje de una semana de duración.

—Al menos nos libramos del norovirus. Excepto por mi pequeño incidente con el *fire engine.*

—Algunos dirían que perder el barco fue peor.

—Me alegra de que lo perdiéramos juntos —dice en un tono suave —. No hay nadie con quien preferiría quedarme tirado en el Caribe.

El corazón me da un vuelco.

¿Habría dicho eso si no sintiera lo mismo que yo? ¿Ese deseo de estar juntos, aunque sea brevemente, por última vez?

—Solo lo dices porque te compré esa camiseta de Conch King —bromeo, tanteando su reacción.

—Creo que fue un intercambio justo, ya que yo te di la única forma de comunicarte con el mundo exterior.

—Formamos un buen equipo.

Él me sonríe.

—Sí, ¿verdad?

El deje de nostalgia de su voz me confirma que este tiempo también ha significado algo para él.

—Deberíamos hacer algo esta noche para celebrar nuestras hazañas —sugiero.

—¿Te apetece gastar siete mil dólares de mi padre en el casino?

—Sabes que es dinero real y no billetes del *Monopoly*, ¿verdad?

—Podríamos colarnos en el parque acuático y tirarnos por los toboganes —propone.

—Prefiero no morir esta noche, gracias.

—¿Más caracola?

—Por supuesto. Creía que eso se daba por hecho. Más caracola *siempre.*

—El problema es que ya tachamos los grandes momentos de la lista —dice—. Cenamos. Hicimos esnórquel. Bailamos en un salón de baile.

—Yo bailé en un salón de baile —le corrijo—. Tú te desplomaste.

—Hicimos *aquagym* —prosigue.

—Yo hice *aquagym*. Tú solo me miraste las tetas.

Felix lanza una miradita significativa a mi traje de baño.

—¡Y qué tetas!

Me estremezco de deseo.

—Vimos cuatro minutos de musicales —apunto—. Fue un momento que me cambió la vida.

—Hiciste un dueto con Elvis.

—Por no hablar de que hicimos un dueto juntos.

—Ah, sí —dice él con una sonrisa satisfecha—. *Arrasamos* en el karaoke.

—Y alucinaste con un espectáculo de magia impresionante —

añado.

—Y no te olvides de la vidente… aunque se le olvidó sacar la carta de «te quedarás tirado en una isla sin pasaporte».

—No puede saberlo *todo,* Felix.

Ahora no puedo evitar pensar en la otra carta que no saqué.

La emperatriz.

El bonito dibujo que me hizo.

—¿Sabes cuál fue mi noche favorita? —le pregunto.

—Sí —responde sin dudar.

—¡No tienes ni idea!

Él me mira a los ojos.

—Por supuesto que lo sé. Fue cuando pedimos que nos trajeran la cena y luego te hice mía.

Tiene razón. No solo fue la mejor noche del crucero, sino una de las mejores de mi vida.

—De hecho —replico con una sonrisa—, creo que fue al revés. Yo te hice mío.

—¿Quién se acuerda? —repone—. Fueron demasiadas veces.

Su tono es juguetón, pero sus ojos dicen otra cosa.

Dicen: «Aún te deseo».

Y bien sabe Dios que yo también le deseo.

—¿Y si lo repetimos esta noche? —murmuro.

Su expresión cambia. Se pone serio.

—Hope… ¿Es una buena idea?

No. Para nada lo es.

Pero deseo hacerlo de todos modos.

—Mañana nos vamos y es probable que no volvamos a vernos, ¿verdad? —digo, poniendo todas mis cartas sobre la mesa—. Hemos tenido una relación difícil. Sería bonito despedirnos por todo lo alto.

Él se queda callado un buen rato y luego me mira con los ojos semicerrados.

—Sin duda hacerte el amor sería una despedida por todo lo alto —conviene.

Procuro no darles demasiadas vueltas a esas palabras: «Hacerte el amor». Pero la intensidad de su mirada me dice que no las ha dicho a la ligera.

—Entonces, hagámoslo —digo.

Él me mira con mayor seriedad si cabe.

—Sí. Pero antes toca pedir que nos traigan la cena. Es la tradición.

—Esta vez te toca pedir a ti —digo, intentando que no se note lo nerviosa que estoy—. Si me dejas a mí, nos quedaremos sin dinero del *Monopoly* en un abrir y cerrar de ojos.

—Trato hecho —acepta. Me estrecha la mano y siento su tacto con cada fibra de mi ser.

Lo he echado de menos. Le he echado de menos a él.

Cuando regresamos a la habitación, me doy un largo y placentero baño, imaginando lo que va a pasar en las próximas horas. Es como si fueran los preliminares.

Mientras yo estoy en remojo, Felix se encarga de la cena. Cuando salgo, envuelta en un mullido albornoz del hotel, me encuentro con un banquete algo más razonable que el del barco, pero no mucho más apetecible.

Debería arruinar el ambiente, pero en realidad me provoca una inmensa ternura hacia él.

—No se te da mucho mejor que a mí, ¿eh? —comento, echando un vistazo al poco apetecible banquete: una pizza con el queso más duro que una piedra, una ensalada César mustia y un *brownie* reseco, con un pegote de helado medio derretido.

—No puedes culparme —protesta—. No lo he cocinado yo.

—Y menos mal. Seguro que habrías acabado en Urgencias.

—Que tuviera un incidente en la cocina una vez no significa que mi vida corra peligro cada vez que me pongo a cocinar.

—Si tú lo dices…

—Búscame en internet. No hay ni una sola reseña que mencione que hayan encontrado dedos humanos en la sopa.

—Mira por dónde, no tengo acceso a internet.

—Bueno —dice, sentándose delante de la comida—, muérete de hambre si quieres, pero no te lo aconsejo. Vas a necesitar energía para lo que te tengo reservado.

Ese cosquilleo regresa de nuevo.

La comida es tan mala como parece. Llamo a recepción para que vengan a retirarla mientras Felix se ducha.

Sale del baño con un albornoz igual al mío.

—Métete en la cama —dice de inmediato.

—¿En cuál? —pregunto.

—En la mía.

Su actitud es muy rollo «duque arrogante de novela romántica». Y eso es algo que me pone.

Felix me tumba en la cama y me besa con avidez. Es como volver a casa.

—Dios, te he echado de menos —jadeo y le devuelvo los besos con el mismo frenesí, pegándolo a mí, deseando que me consuma.

—Soy tuyo —murmura—. Todo tuyo.

Cuando me penetra, lo siento en lo más hondo de mi corazón. Y cuando se termina, lo deseo otra vez.

Lo deseo para siempre.

—Eres perfecta —dice, acariciándome el pelo—. Ha sido perfecto.

No puedo responder porque sé que mi voz surgirá como un sollozo.

Él me mira con preocupación al ver que guardo silencio.

—¿Te ha gustado? —pregunta.

Recupero la voz porque no quiero que note hasta qué punto me embarga la emoción.

—¿Es que mis gemidos y mi forma de retorcerme no han sido pistas suficientes?

—Podrías haber fingido solo para subirme la autoestima.

—Yo no finjo los orgasmos, *Peregrine.*

—Eso dice mucho de ti, *Gertrude.* Ven aquí.

Felix abre los brazos y me acurruco contra él. Adoro su olor, el olor natural de su piel.

—Voy a echar de menos esto —dice contra mi cabello.

Dibujo uno de los tatuajes de su brazo con la yema de un dedo.

—Yo también.

Sé que es una locura enamorarme de un hombre en tan poco tiempo… otra vez. Sé que nadie es la misma persona cuando está de vacaciones que en la vida real. Soy consciente de que lo que estoy a punto de hacer es arriesgado.

Pero no puedo callármelo.

Es una de esas cosas que tienes que hacer o de lo contrario lamentarás el resto de tu vida.

—¿Y si no paramos? —pregunto.

—No te preocupes —dice—. Aún tengo planes para ti esta noche.

No sé si es que no ha entendido lo que quería decir o si se está haciendo el loco. Pero lo deseo tanto que no puedo evitarlo, aunque quizás me esté mandando una señal. Así que respiro hondo y me armo de valor.

—No me refiero al sexo —le aclaro—. Lo que quiero decir es, ¿y si seguimos con esto? Ya sabes…

Él se queda inmóvil debajo de mí.

Puedo notar al instante que he metido la pata.

—Hope —dice en voz queda—. Yo no…

—Olvídalo —me apresuro a decir—. No pasa nada.

Felix me rodea con los brazos como si intentara… consolarme.

Lo último que quiero de él es compasión.

—Me halagas —empieza—. Pero creía que habíamos quedado en que esto era una forma de despedirnos.

—En eso quedamos —respondo con tirantez.

Él exhala un suspiro.

—Me gustas, Hope —dice.

Sus palabras son tan frías que podría haber dicho: «Eres maja, pero no me interesas tanto». No esperaba que me dijera que está locamente enamorado de mí, pero tal vez sería bonito escuchar que aún siente algo por mí más profundo que un simple «me gustas».

Que todavía se está enamorando de mí.

—La cuestión es que no estoy en condiciones de tener una relación —prosigue—. Lo ocurrido ayer me recordó que aún no estoy bien del todo. Quiero sentirme bien conmigo mismo antes de intentar estarlo con otra persona.

Sé que por dignidad no debería discutir, pero su razonamiento no tiene sentido.

—¿Acaso alguien está bien del todo alguna vez? —pregunto.

Él exhala un suspiro.

—Puede que no. Pero me gustaría estar más cerca de eso. No quiero vivir teniendo miedo de mí mismo.

No vivir sintiendo miedo de mí misma es lo que yo intento hacer

ahora mismo. Quiero arriesgarme… con él. Y resulta devastador saber que él no siente lo mismo.

—Y puede que tú también necesites descansar de las relaciones —dice entonces.

Me sorprende esa afirmación.

—¿Qué?

—Bueno, estaba pensando en lo que dijiste… Eso de querer la vida más excitante de otra persona.

Me aparto de él, sinceramente sorprendida.

—No estoy intentando apropiarme de la tuya, si es lo que insinúas.

—Oh, no, por supuesto que no —responde él—. Mi vida no es para nada emocionante. Pero dijiste que no te sientes realizada. Tal vez esta sea una oportunidad para que busques lo que quieres. Ya sabes, escribe ese libro. Sé feliz contigo misma antes de intentar ser feliz con otra persona.

—Entonces, ¿una persona no merece amor si su vida no es perfecta al cien por cien?

—Hope, tú mereces muchísimo amor. Es que me duele pensar que tengas una relación con alguien que no te valora solo para insensibilizarte contra la insatisfacción.

Ahora *sí* que estoy cabreada. Con él y conmigo misma por haberle abierto mi corazón. Lo hice porque confiaba en él. No para que después usara mis debilidades en mi contra.

Me aparto de él, dándole la espalda.

—Gracias por tu opinión.

—Oye —dice, intentando alcanzarme—. No te vayas. No intento criticarte. Solo quiero que consigas todo lo que deseas.

—Vaya, qué detalle.

—Estás enfadada conmigo.

—Pues mira, la cuestión es que hace unos días me acusaste de que solo estaba contigo por tu dinero. Y ahora parece que piensas que soy una niña perdida que solo quiere que la distraigas de su triste existencia.

—Yo no he dicho eso.

—En realidad, sí lo has dicho. Y me ofende que no puedas aceptar que mis sentimientos por ti son sinceros, solo porque mi vida no es exactamente como soñaba.

—Hope —dice con suavidad—. Yo también siento algo sincero por ti. De verdad.

No le creo. Sé que va a venir un «pero» y ese «pero» revelará lo que en realidad piensa.

—Pero —(¡Bingo!)—, vivimos en países distintos. No estoy preparado para una relación. Y no quiero que pienses que yo podría ser la llave de tu felicidad.

—Entendido —respondo.

Él me mira con expresión dolida.

—Por favor, no te enfades.

—No estoy enfadada —miento descaradamente—. Mañana tenemos que madrugar para recoger los pasaportes. Deberíamos dormir.

Si simplemente hubiera dicho que no está preparado para una relación, me habría dolido, pero lo habría entendido. Aun así, me habría encantado pasar la noche con él, haciendo el amor, hablando, exprimiendo cada segundo juntos.

Pero ahora, lo único que quiero es irme a mi cama.

Sola.

Así que eso es exactamente lo que hago.

Y él no viene a buscarme.

Felix

No consigo conciliar el sueño hasta varias horas después y creo que Hope tampoco.

Me siento fatal.

No quería ofenderla. Pero sé que tengo razón: aferrarse al amor como una forma de huir de tu vida no es mejor que rechazarlo por miedo a que tu vida se desmorone. Ninguno de los dos estamos en condiciones para llevar esto más allá.

Pero Hope no me estaba pidiendo un consejo sobre su vida y no debería habérselo dado. No me corresponde a mí decidir qué le hará feliz.

Solo quiero que tenga una vida que la entusiasme.

Todos merecemos eso.

No sé por qué no puse más empeño en salir del embrollo en cuanto me di cuenta de que la había cagado.

Aunque quizá sí lo sé.

A lo mejor, en el fondo, necesito que esto se acabe.

Lo que no le dije es que no puedo permitirme echarla de menos. No puedo pasarme la vida echándola de menos, contando los meses, las semanas y los días para verla otra vez y al mismo tiempo centrarme en arreglar lo que tengo que arreglar.

Y lo que le dije iba en serio: no quiero hacerle daño. Quiero proteger su corazón incluso de mí. Pero está claro que ya lo he hecho de todos modos.

Así que doy mil vueltas en la cama, incapaz de dormir, temiendo la hora en que suene la alarma y nos arrastre a un día de trámites

burocráticos, seguido de extenuantes horas de viaje, cuya única recompensa será no volver a vernos nunca más.

Cuando suena la alarma, Hope me da los buenos días con frialdad y evita hablar más de lo necesario. Seguramente es mejor que fingir cordialidad, pero no soporto esa frialdad.

Cogemos un taxi hasta mi embajada en silencio y luego otro hasta la suya para recoger su pasaporte. Para mi sorpresa, todo está en orden.

Podemos marcharnos.

Nos quedan varias horas hasta que salgan nuestros vuelos, pero está claro que Hope no quiere pasar más tiempo conmigo y yo ya estoy harto de comida grasienta y calor sofocante. Propongo que vayamos al aeropuerto con antelación.

Ella accede.

Después de facturar, nos quedamos de pie en la sala de embarque, en medio de una atmósfera de incomodidad. Nuestros vuelos salen de extremos opuestos de la terminal.

—Bueno, espero que tengas un buen vuelo —digo.

—Sí, lo mismo digo.

Abro los brazos para darle un abrazo, temiendo que se haga a un lado, pero me da unas palmaditas en la espalda con desgana. Le doy un beso en la mejilla.

—Cuídate —le digo.

—Adiós, Felix.

Y sin más, da media vuelta y se va.

11
NADAR EN CÍRCULOS

Hope

El vuelo de Nasáu a Nueva York dura solo tres horas.

No puedo creer que todo el tiempo que estuve atrapada allí, en realidad estaba a un paso de mi casa.

La última semana ha sido como un sueño febril y me ha dejado en el mismo estado que una fiebre de verdad: agotada, débil y completamente insensible.

No quiero gastarme el poco dinero que me queda en un taxi, así que cojo un autobús, cargando como puedo con mis bolsas de plástico llenas de cosas sueltas, y luego hago transbordo en dos líneas de metro hasta mi estudio. Desde la estación, hay unos diez minutos a pie hasta mi edificio, y en Nueva York hace tanto calor como en las Bahamas.

Cuando ya estoy llegando a mi calle, me siento muy desgraciada.

Y entonces veo a Lauren sentada en mi entrada.

Parpadeo.

El Romance del Mar sigue navegando por el Caribe. Lauren no tenía que volver hasta mañana.

Se pone de pie al verme y me saluda con la mano. El sol se refleja en su pelo rubio peinado de manera impecable. Es tan alta y guapa, y me mira con tanto afecto, que dejo las maletas en la acera y corro hacia ella. Quiero arrojarme a sus brazos y romper a llorar.

Ella baja los escalones.

—Hopie —dice—. Hola, cariño.

Me da el abrazo más fuerte del mundo. Para ser tan delgada, tiene la fuerza suficiente para dejarme sin aliento.

Le aprieto la espalda.

—¿Qué haces aquí? —pregunto.

—Dejé el crucero antes de tiempo para poder recibirte. Pensé que podrías necesitar algo de apoyo moral. Además de tu móvil y las llaves de casa.

—Oh, iba a pedirle la copia al portero. Pero gracias.

—Lo siento mucho —empieza—. Sigo sintiéndome como una auténtica gilipollas. Pero te quiero un montón.

—Yo también te quiero —le digo—. Incluso cuando eres insoportable.

—¿Estás bien? —me pregunta—. No tienes buen aspecto.

—Sí —respondo, pero me siento mareada. Entre el calor, el cansancio, la deshidratación del avión y el llanto, siento que me voy a desmayar.

Lauren abre mi apartamento, que por suerte está en la planta baja, porque no creo que tenga fuerzas para subir escaleras. Dentro hace un calor insoportable después de diez días sin aire acondicionado y sin que nadie abriera las ventanas para ventilar en pleno agosto. Me tiro en la cama mientras Lauren enciende el aparato de la ventana y me trae un vaso de agua.

—Esto es un horno —dice—. ¿Por qué no pedimos un Uber y te vienes a mi casa? Puedes echarte una siesta en mi habitación de invitados. O quedarte a vivir conmigo el tiempo que quieras.

Siempre quedamos en su ático del West Village en vez de en mi pequeño estudio. Pero ahora mismo, quiero estar en mi propio espacio. Quiero estar en casa.

Estar en mi vida, no en la de otra persona.

—Creo que necesito quedarme aquí y dormir en mi propia cama. Unas veinte horas seguidas, no sé. Estos últimos días han sido duros.

—¿No saliste renovada del Atlantis? —pregunta.

—Esa parte estuvo bien. Hasta que Felix lo fastidió todo.

Lauren levanta un dedo.

—A ver, a ver, para. ¿Qué ha pasado?

—Dios —gimo—. ¿Cuánto tiempo tienes?

Ella se sienta a mi lado y me coge la mano.

—Todo el tiempo del mundo.

Le cuento todo lo sucedido, sin omitir un solo detalle, y termino con lo que Felix me dijo sobre mi vida y que tengo que resolver mis asuntos.

—No puedo creer que dijera algo así —protesta Lauren, indignada.

—Aunque si me engaña dos veces, la cupa es mía, ¿no dicen eso? Debería haber mantenido las distancias después de lo de Instagram. Está claro que no tiene una gran opinión de mí. No sé por qué me convencí de que eso cambiaría en tres días.

Lauren sacude la cabeza.

—Menudo capullo. Y lo más fuerte es que parecía estar coladito por ti.

—Tiene un talento especial para que lo parezca justo antes de destrozarte.

—Pues mira, que le den.

Cierro los ojos.

—Me gustaba mucho, Lauren. ¿Qué narices me pasa?

—Eres una romántica empedernida —responde—. Tienes un corazón que no te cabe en el pecho. Es algo bueno. Y vamos a encontrarte a alguien que lo merezca.

—No por ahora. Entre esto y Gabe, mi enorme corazón no puede con más.

—Hablando de Gabe… —Hace una pausa, como si tuviera algo

que decir, pero le preocupara cómo me lo voy a tomar.

—¿Qué pasa con él? —pregunto con recelo.

—Es que… llevo días dándole vueltas a cómo Felix encontró mis publicaciones. Dijiste que alguien se las envió por mensaje directo, ¿verdad?

—Sí. Desde una cuenta anónima.

—Mira, es que no le encuentro el sentido. Si uno de sus amigos me siguiera y viera su foto, ¿por qué iba a enviársela de forma anónima? Lo lógico es que le dijera sin rodeos: «Oye, tío, ¿eres consciente de que te la están pegando?».

—Yo pensé lo mismo —digo.

—Así que empecé a atar cabos… y esto es un poco retorcido, pero no se me va de la cabeza… La única persona que seguro me sigue y sabía que estabas en el barco es Gabe.

Me incorporo de golpe en la cama.

—¡Joder! Tienes razón.

—Era evidente que estaba celoso en el karaoke. Y os vio marcharos juntos.

—Es verdad. ¡*Madre mía*!

Se pasa la lengua por los dientes.

—Sí.

—¿De verdad crees que sería tan rastrero como para hacer algo así?

—Tal vez. Lo del karaoke fue de locos. No es que fuera la viva imagen de una persona equilibrada y racional.

Mi cerebro se niega a aceptar la idea de que alguien a quien una vez amé sea tan retorcido. Pero Lauren tiene razón. ¿Quién más podría haber sido?

—Si hizo eso, es que no está bien de la azotea —digo.

—¿Quieres que me enfrente a él?

—No, por Dios. No quiero volver a saber nada de él. Solo quiero irme a dormir y olvidar que Felix, el Romance del Mar y él existieron alguna vez.

—Lo entiendo —dice—. ¿Te parece bien que me quede por si sigues sintiéndote mal cuando te levantes?

Me enternece que se preocupe tanto por mí, pero quiero desesperadamente estar sola. Necesito asimilar las cosas. Y antes de eso, necesito dormir.

—No, de verdad que estoy bien —digo—. Solo necesito descansar. Anoche no dormí nada.

—Está bien, cariño. Llámame cuando te despiertes. Te quiero.

—Yo también te quiero.

Duermo seis horas, me despierto y pido una pizza entera, me zampo dos tercios y luego me vuelvo a la cama.

El insistente sonido del timbre me despierta a mediodía. Medio adormilada, me dirijo al telefonillo.

—¿Quién es? —pregunto.

—Soy Gabe.

¡No me jodas!

—¿Qué haces aquí? —pregunto.

—Necesito hablar contigo. ¿Puedo pasar, por favor?

—No quiero verte.

—Por favor, Hope. Solo cinco minutos.

Puede que plantarle cara sea justo lo que necesito. De hecho, puede que gritarle me llene de energía.

—Vale —digo, y le abro.

Aparece en mi puerta y lleva su maleta.

—¿Por qué llevas equipaje? —pregunto.

—He venido directamente del aeropuerto. Cogí el primer vuelo. Me enteré de lo que te pasó y quería asegurarme de que estabas bien.

—Estoy perfectamente —replico con tono seco—. Vete a tu casa.

Gabe parece confuso.

—¿Estás mosqueada conmigo?

—Sé lo que hiciste —espeto con sarcasmo.

Él parece sorprendido.

—¿Lo que hice?

—Sí.

—¿Qué hice?

—Le enviaste a Felix el vídeo de Lauren. Para hacerme quedar mal.

Su rostro palidece, poniendo de manifiesto que es culpable.

—Joder —dice al final—. ¿Cómo lo has sabido?

—Por proceso de eliminación.

Gabe se apoya contra la pared con aire cansado.

—Vale. Sí. Se lo envié yo.

—¿Pero a ti qué te pasa? Te das cuenta de que eso es de chiflados, ¿verdad?

Él se deja caer en el suelo.

—¿Qué haces? Levántate.

—Hope, estaba desesperado —dice—. Fui hasta el Caribe solo para verte, y cuando llegué, resulta que estabas *embobada* con otro tío. Necesitaba una oportunidad.

Esto no tiene sentido.

—¿Cómo que viniste a verme? Creía que estabas allí por el cumpleaños de Maeve.

—Bueno, eso fue lo que le dije a ella. Pero vi en el Instagram de Lauren que ibas a estar en el crucero. Y se me ocurrió que si iba, sería

una buena manera de volver a conectar.

»Ya sabes, dos personas atrapadas en un barco. Mucho tiempo para hablar. Para reavivar algo.

Noto que se me hiela la sangre en las venas. Me siento peligrosa.

—Joder, ¿me estás tomando el pelo? —pregunto.

—Pensé que sería un gesto romántico.

—Da miedo que pienses eso, Gabe. Es propio de un acosador.

—Era la única forma de poder pasar tiempo contigo. Me bloqueaste. Te mudaste. Lauren no me dijo nada. No estás en las redes sociales. Solo quería disculparme.

—¿Así que tu gran solución fue acorralarme en un barco? ¿De verdad no ves lo aterrador y enfermizo que es esto?

—Bueno, sacado de contexto, supongo que puede parecer…

—¡No hay contexto que valga! ¡Es justo lo que hiciste! Márchate o llamo a la policía.

Gabe levanta las manos.

—Ya me voy, ya me voy, por Dios —dice—. Pero antes déjame decirte que lo hice porque te amo. Estoy enamorado de ti.

Su expresión deja claro que cree que esta declaración conseguirá conmoverme.

Pero no.

—Echo de menos tu risa. Echo de menos nuestros viajes por carretera a Martha's Vineyard. Echo de menos leer tus historias, verte por la mañana, pasear por Prospect Park y preparar grandes cenas y…

—¡Para! —le interrumpo—. Ya te he entendido. Y no me importa.

—Quiero que volvamos juntos —dice—. Eso es todo lo que intentaba decirte cuando fui a buscarte. Sé que me equivoqué al hacerlo de ese modo, pero iba en serio.

—Escucha —empiezo—. Aunque estuviera desesperada por tener pareja, bajo ninguna circunstancia querría que fueras tú. Me vendiste una vida de ensueño que en realidad no querías y luego me echaste de tu apartamento y me jodiste. No hay vuelta atrás después de eso.

—Ese sueño no era mentira, Hope. Podríamos estar muy bien juntos. Una pareja de éxito. Podrías dejar tu trabajo y escribir tu libro.

—No quiero tu ayuda. No te quiero a ti. Lo que quiero es que te vayas y que no vuelvas a contactar conmigo.

Gabe suspira y agacha la cabeza.

—En fin, tenía que intentarlo.

Me dan ganas de sacudirle.

—Esta no era la forma de intentarlo.

Me mira con tristeza.

—¿Sabes? —dice—. De verdad quiero que seas feliz. Aunque no sea conmigo.

Y entonces sale por la puerta y yo echo el pestillo, muy agradecida por haberme convertido en la clase de persona que ya no se traga este tipo de cosas.

Suena mi teléfono. Es mi madre.

Joder.

Ahora mismo no quiero hablar con nadie. Pero sé que espera noticias mías ahora que ha terminado el crucero y no quiero preocuparla.

—Hola, mamá —digo con tono alegre, tratando de que no se note lo hecha polvo que estoy.

—Hola, cielo —responde—. Quería saber qué tal te fue el resto del viaje.

Me planteo mentir, porque la perspectiva de contarle toda la

historia me agota. Pero al final se enterará y le dolerá que no se lo haya contado.

Así que decido hacer un resumen.

—Fue un poco delirante —confieso.

—¿Delirante? —pregunta—. ¿Qué quieres decir?

Le cuento la historia resumida. Felix. La llegada de Gabe. Que me quedé tirada. Omito las partes subidas de tono y me abstengo de mencionar que Felix y yo nos reconciliamos brevemente en las Bahamas y que luego acabamos mal. Pero incluso sin esos detalles, la historia es tan surrealista que al final las dos nos reímos con incredulidad.

—Bueno, esto sí que es una historia para recordar toda la vida —dice mi madre—. Podrías escribir un libro sobre ello.

—¡Martha! —Se oye una voz de hombre al otro lado del teléfono.

Se parece a la de mi padre.

—¡Estoy hablando con mi hija! —responde.

—¿Es papá? —pregunto—. ¿Todavía seguís en la casa de campo?

—No, he vuelto a Burlington. —Hace una pausa—. En realidad, es el hombre con el que me estoy viendo.

—¿Estás *saliendo* con alguien? —pregunto—. ¿Desde cuándo?

—Oh, es algo reciente —responde de manera evasiva—. Nada serio.

—¿Es alguien que yo conozco?

—No. Pero es una persona maravillosa.

—Me alegra mucho —digo—. Quiero eso para ti.

Y también lo quiero para mí.

Quiero algo mejor para mí que Gabe Newhouse, un hombre que nunca me mereció.

Quiero algo mejor para mí que Felix Segrave, un hombre que no se

atreve a apostar por mí.

Y quiero algo mejor para mí que la persona en la que me he convertido, esta mujer que se ha resignado a una vida mediocre e insatisfactoria.

Quiero ser feliz. Quiero sentirme plena. Quiero amor.

Y aquí y ahora, decido que voy a conseguirlo.

Felix

Mi vuelo aterriza en Heathrow en una mañana fría y lluviosa. El aire húmedo me hace sentir como si mi alma retornara a mi cuerpo.

Tomo un taxi directo a The Smoke and Gun.

Sophie está allí, haciendo inventario en la trastienda. Se sobresalta cuando entro.

—¡Felix!

—Hola, lo siento —digo—. No quería asustarte.

—Jesús, colega —dice, mirándome—. Tienes una pinta horrible.

—Solo estoy cansado. Ha sido un vuelo largo.

—Sí, ¿por qué no te vas a casa a descansar un rato? Vas a espantar a los clientes.

—Quería ver si necesitabas ayuda.

Ella pone los ojos en blanco.

—Podrías haberme enviado un mensaje para eso, ¿no? ¿Querías venir a ver si había hundido el barco en tu ausencia? Pues te aviso que todo está bien. O lo bastante bien como para que puedas irte a casa a echarte la siesta.

Me siento en una silla.

—Bueno, ya que estoy aquí, ¿tienes un momento para revisar las cuentas?

Ella suspira con resignación, pero me acerca su portátil. Pasamos dos horas revisando los horarios del personal, los pedidos de suministros y las cuentas de resultados. Todo está en perfecto orden. Tanto que mi ego queda un poco tocado al ver lo poco que me

necesitan.

Retomo mis días meticulosamente organizados y mi rigurosa rutina. Vuelvo a controlar hasta el último detalle en mis *pubs*, para evidente irritación de Sophie. Vuelvo a las comidas de los domingos con la familia, a las salidas nocturnas de los jueves con mis amigos, a ver los partidos del Arsenal siempre que tengo tiempo.

Estoy tranquilo, sí.

Pero no hay alegría en mi vida. Estoy estancado.

Intento sacudirme el malestar general adoptando un perro. Es una hembra de pastor australiano de tres años que se llama Priscilla: no lo elegí yo, pero encaja con la tradición de mis padres de poner a sus hijos nombres que empiezan con «P». Le encantan las largas carreras por el parque y las largas siestas en los *pubs.* Ya la adoro.

Pero no ha resuelto el problema de mi vida.

Todos los días, mientras sigo el rígido orden de esta existencia que tanto protejo, me siento hastiado y sin desafíos. Me siento exactamente como acusé a Hope de ser.

Hope, a la que le gustaba lo suficiente como para arriesgarse a pedirme que fuera para ella algo más que una aventura. Un gesto sincero y valiente que rechacé de plano. Por miedo.

Le dije que necesitaba ser más fuerte antes de ser capaz de ser pareja de alguien. Pero más que avanzando, siento que estoy nadando en círculos.

Y entonces, una mañana en una cafetería de Hackney, me encuentro con Annemarie. No he hablado con ella desde el día que cancelé nuestra boda, mediante una llamada telefónica desde rehabilitación.

Sus últimas palabras fueron: «Ojalá te mueras, cabrón».

Me doy la vuelta en el acto para evitarla, pero es demasiado tarde.

Me ha visto y me llama por mi nombre.

—Dios mío, Felix, cuánto tiempo sin verte.

—Hola —digo despacio, porque es desconcertante que te sonría alguien que te deseó la muerte.

—He intentado ponerme en contacto contigo —dice—. Te envié un mensaje, pero creo que me bloqueaste, ¿verdad?

—Uh, sí —respondo—. Por razones obvias.

Ella hace una mueca.

—Sí. Oye, ¿podríamos sentarnos un momento y hablar de eso?

Miro con nostalgia hacia la puerta.

—Por favor —insiste—. Te prometo que no te retendré demasiado.

—De acuerdo —digo—. Déjame pedir un café.

Pido un café con leche y me tomo mi tiempo para prepararme para lo que sea que vaya a decirme.

Cuando vuelvo, se está mordiendo la cutícula del pulgar. Siempre se mordía las cutículas cuando estaba nerviosa. Todavía tiene restos de piel desgarrada alrededor de las uñas, aunque sigue teniendo unas manos preciosas.

Se endereza y apoya las palmas sobre la mesa.

—¿Puedes sentarte? —pregunta.

Me acomodo en un banco de madera frente a ella.

—¿Cómo estás? —pregunta—. Te veo estupendo.

—Estoy bien —respondo—. Y tú también estás genial.

Y es verdad. Ha ganado un poco de peso desde la última vez que la vi, que le hacía falta, y sus ojos son brillantes y despejados.

—Sí, estoy bien —conviene—. Desde luego mejor que la última vez que me viste. Mañana se cumplirán once meses que estoy sobria.

—Dios mío, Annemarie. Eso es increíble.

—Lo es, sí. Estoy muy orgullosa. La mejor decisión que he tomado

jamás. Pero eso ya lo sabes. ¿Cuánto tiempo llevas tú?

—Más de dos años.

—Eso es impresionante.

—Gracias.

—Escucha, Felix, la razón de que haya intentado llamarte era para pedirte perdón. Por la forma en que actué cuando entraste en rehabilitación.

Su sinceridad alivia mi tensión. Veo su bondad, esa forma de ser abierta y sincera de la que una vez me enamoré. Y sé que le hice daño. Hace tiempo que debería haberle pedido perdón.

—Yo también lo siento. Por todo —le digo—. Los dos éramos un desastre por aquel entonces.

Mantenemos una larga conversación. Me pide perdón por no haberme apoyado cuando ingresé en rehabilitación. Me dice que lo vivió como una acusación, como si reconocer que yo era adicto entrañara que ella también lo fuera. Se sintió asustada y a la defensiva, temiendo que nuestro compromiso no sobreviviera a un cambio tan radical en mi vida.

Y, por supuesto, no sobrevivió.

—Siento si sentiste que te abandonaba —digo—. No era mi intención, pero sé que aun así te dolió. Y para mí también fue muy doloroso perderte.

—Tenías que salvarte a ti mismo —responde ella—. Priorizar tu bienestar y todo eso. Pero me rompió el corazón. Todavía te echo de menos. —Me dedica una sonrisa irónica—. A veces.

—Lo mismo digo —admito.

—Pero tengo novedades. Estoy prometida. —Levanta su dedo anular izquierdo, adornado con un hermoso ópalo.

—¡Vaya! —exclamo—. Es maravilloso. Enhorabuena.

—Sí, ha sido todo muy rápido. Nos conocimos en Alcohólicos Anónimos. Lleva seis años sobrio.

Según la sabiduría popular, lo recomendable es pasar un año o dos en recuperación antes de iniciar una relación seria, así que esta noticia hace que me preocupe por ella.

—Lo sé, lo sé —dice, leyéndome el pensamiento como siempre hacía—. Pero pienso que en recuperación tengo que ser fuerte por mí misma, sea lo que sea que la vida me depare, sea bueno o malo. Y este hombre, que se llama Amar, me ha dado mucho amor. Así que ¿por qué no aceptarlo?

Esta filosofía me hace pensar. Es lo que me atormenta cada vez que pienso en Hope.

Y lo hago todos los días. A veces a cada hora.

—Me alegro mucho por ti —digo.

—¿Sales con alguien? —pregunta.

—No —contesto—. No he salido con nadie desde que dejé el alcohol.

—¿Por qué no?

—Supongo que por miedo.

—Es una lástima, Felix —aduce.

La sincera compasión en su tono me anima a seguir hablando.

—En realidad, conocí a una mujer hace poco. Durante las vacaciones. Pero lo eché todo a perder. Me asusté.

—¿Por qué?

—Me preocupaba que una relación me hiciera recaer —admito sin rodeos.

Ella abre los ojos como platos.

—¿Todavía te sientes así?

—No lo sé. —Suspiro—. Tal vez tengas razón y cualquier cosa

puede ser un detonante. Tienes que cuidarte, pero no puedes dejar que el miedo sea una excusa para no vivir. Me arrepiento un poco, si te soy sincero.

—¿Qué ha sido de ella? —pregunta.

—No lo sé. No estamos en contacto. Vive en Estados Unidos.

—Podrías llamarla.

—Dije algunas cosas que estaban fuera de lugar. No creo que le haga gracia saber de mí.

—Podrías… pedirle perdón.

—Sí. Tal vez.

Nos despedimos con un abrazo y saco el móvil. Entro en WhatsApp para ver los últimos mensajes de Hope. Son sobre quedar para ir al espectáculo de magia.

Empiezo a escribir algo: «Hola, espero que no te importe que te escriba. Estaba pensando en ti y me preguntaba si podríamos hablar…», pero entonces me detengo y lo borro.

Porque ¿qué le diría si la llamara?

¿Que he conseguido la vida perfectamente estructurada que tanto ansiaba y sin embargo me siento vacío?

¿Que la echo de menos cada día?

¿Que tenía razón?

¿Qué se supone que debe hacer ella con esta información?

¿Salvarme declarándome su amor? ¿Lo mismo que yo le negué cuando ella me lo pidió?

Escuchar su voz sería como regar una maceta sin semillas. Sí, el agua da vida. Pero es necesario que haya algo para que pueda echar raíces.

En una cosa sí tenía razón: tengo que crear la vida que quiero antes de poder compartirla con alguien. Tengo que seguir el mismo

consejo que le di a Hope.

Así que, en vez de llamarla a ella, llamo a Ned. Es agente inmobiliario especializado en propiedades comerciales y también mi socio principal en los *pubs*, aunque como inversor silencioso.

—Hola, colega —digo cuando contesta—. Tengo una propuesta. ¿Y si compramos un hotel?

12
CAMBIO RADICAL

Hope

Sé que me van a despedir cuando Stacy, la fundadora y consejera delegada de nuestra empresa, me llama a su despacho nada más poner un pie en el trabajo el lunes.

Llevo tiempo mentalizándome para esto, así que procuro no entrar en pánico. «Puedes conseguir otro trabajo —me repito—. Puedes solicitar el paro. Es lo mejor».

Stacy ronda los cuarenta, es delgada como un junco, con el cabello platino cortado a lo *pixie* y los brazos siempre cuajados de pulseras de plata martillada que tintinean al moverse. Es una friki consumada de los videojuegos con un popular canal de Slack y la publicista más poderosa de este sector tecnológico. No he trabajado estrechamente con ella, ya que es la jefa de Magda, pero la respeto inmensamente.

Aunque este trabajo no me convenía, lamento que me recuerden como una fracasada.

Stacy actúa de un modo muy profesional mientras me invita a sentarme.

—Hope —dice—. Iré directa al grano. Mientras estabas fuera, Magda fue despedida por causa justificada.

Parece que no soy la única persona que se ha dado cuenta de que Magda es impredecible, irrespetuosa con sus empleados y delega literalmente todo su trabajo en otras personas. Stacy me explica que el comunicado de prensa de Conifer que salió con retraso en realidad era responsabilidad de Magda. Stacy le había reasignado la supervisión de todo el proyecto hacía semanas, cuando aprobaron mis vacaciones. Así que, cuando no se envió a tiempo, fue Magda

quien tuvo que dar explicaciones, y que yo estuviera de vacaciones e ilocalizable no era una respuesta aceptable.

—Es evidente que llevas tiempo sacándole las castañas del fuego, Hope —dice Stacy—. Y lamento no haberme dado cuenta antes del problema. Estoy impresionada por cómo has gestionado tus tareas mientras asumías gran parte del suyo. Escribes de forma brillante, tienes contactos excelentes, has conseguido una cobertura espectacular y los clientes de Conifer te adoran. Así que quería saber si te interesaría ocupar el puesto de Magda.

Stacy me explica que sería de forma provisional, ya que están obligados a abrir el puesto a candidatos externos.

—Pero creo que tienes muchísimo potencial y te animo encarecidamente a que te presentes para el puesto definitivo.

El puesto interino conllevará un aumento de responsabilidades, pero dado que ya estaba haciendo gran parte del trabajo de Magda, no me quitará tanto tiempo. Y además lleva aparejado un sustancial aumento de sueldo.

Suficiente como para permitirme dejar las clases particulares.

No es, ni mucho menos, el trabajo de mis sueños.

Pero me ofrece la oportunidad de sacar tiempo para mí.

De poder escribir por las noches.

Así que lo acepto.

Al principio, intento perfeccionar mis relatos cortos. Al fin y al cabo, Gabe me convenció de que eran mi camino hacia la gloria literaria, y a pesar de todos sus defectos, no deja de ser un peso pesado en el mundo editorial.

Sin embargo, al releerlos me resultan poco creíbles y pretenciosos, con un punto de vista afectado representativo de la persona que intentaba ser, no de la persona que soy en realidad.

Estoy decidida a hacerlo mejor.

No es tarea fácil.

Llevo semanas estancada, dedicando mis noches a concebir ideas mediocres que empiezo y luego abandono, dudando de mí misma y convenciéndome después de que el esfuerzo merecerá la pena.

Que escribir ficción siempre ha sido lo que mejor se me ha dado.

Que me debo a mí misma intentarlo.

Y entonces, una noche, me viene una pequeña chispa de inspiración.

Abro el portátil y escribo tres palabras en negrita con letra Times New Roman en tamaño veinticuatro: MATRIMONIO BURGUÉS CONDENADO.

No es una trama. Ni siquiera es una idea formada del todo. Pero siento un pequeño escalofrío cada vez que releo el título.

Sé que ahí hay algo.

En la tercera noche fría de otoño que paso mirándolo, la historia por fin cobra vida en mi cabeza: una profesora de Literatura Inglesa del siglo XIX ha consagrado su vida al estudio de los grandes clásicos de su especialidad con la esperanza de hacer una mínima contribución a la evolución del debate sobre la trama matrimonial. Pero se siente desencantada con un progresivo descenso del número de alumnos en las clases de Humanidades en la era de las ciencias, la tecnología, la ingeniería y las matemáticas, con un trabajo que cada vez parece más irrelevante y la feroz competencia entre sus colegas universitarios, que acechan como tiburones en torno a un número cada vez más reducido de plazas titulares.

Decide convertirse en el centro de su propio estudio etnográfico. Se casará con alguien solo por dinero y analizará las sutiles torturas que sufren las heroínas que ha estudiado desde dentro de la historia, en

lugar de hacerlo desde las páginas de un libro. Espera que los resultados le sirvan para escribir unas memorias que tiendan un puente entre la erudición y la experiencia vivida, y la transformen de desconocida intelectual en estrella literaria.

Pero cuando el libro no consigue venderse, debe afrontar que ha hecho lo que tantas heroínas destinadas al fracaso antes que ella: intentar utilizar una relación como medio para escapar de los desencantados confines de su vida y destruir de paso la felicidad que tenía.

Está inspirado en lo que podría haber sido de mí si me hubiera quedado con Gabe, un tema difícil sobre el que tengo algo vital que decir.

Pego la sinopsis en un correo electrónico a mi antigua agente. No sé si me contestará, ya que hace mucho tiempo que no hablo con ella. Pero me contesta a la mañana siguiente: «Muy interesante. Envíame las páginas cuando las tengas».

Es la inyección de confianza que necesito. Las palabras empiezan a fluir.

A pesar de no ser una persona madrugadora, ni siquiera de media mañana, me levanto de la cama todos los días a las cinco de la mañana para escribir durante una hora. Por la noche, cuando tengo más tiempo, releo lo que he escrito, lo edito y tomo notas sobre lo que escribiré al día siguiente.

Es todo el tiempo que puedo permitirme. Con el trabajo, apenas tengo un minuto para pensar.

Y eso es bueno para mí, porque si tuviera algo de tiempo libre durante el día, lo dedicaría a pensar en Felix.

Hace tres semanas llegó una caja enorme por correo. Pesaba tanto que tuve que pedirle al portero que me ayudara a llevarla a mi

apartamento. Dentro venían todos los productos de Maquille. Hidratantes, sueros, tónicos, protectores solares, mascarillas e incluso cuatro sabores diferentes de bálsamo labial.

Venía con una nota.

¡HOLA, HOPE!

TE ENVÍO NUESTRA NUEVA LÍNEA DE PRODUCTOS, ADEMÁS DE LOS CLÁSICOS. EL SUERO DE VITAMINA C ES UNA AUTÉNTICA PASADA. GRACIAS POR CUIDAR DE MI QUERIDO HERMANO EN LAS BAHAMAS. ¡AVÍSANOS SI VIENES A LONDRES!

¡A TODOS NOS ENCANTARÍA VERTE!

BESOS, PEAR

Los productos para el cuidado de la piel son maravillosos, al igual que el gesto. Pero lo que más me sorprendió fue que llegaran. Porque tuvo que haber conseguido mi dirección de Felix.

Y si tuvo la amabilidad de enviarlos solo porque sabe que me gusta la marca, no debe saber lo que pasó entre nosotros.

Es un vínculo muy frágil, pero me siento conectada a él al saber que debe estar al tanto de esto y no hizo nada para evitar que su hermana se pusiera en contacto.

Examino su última frase, «a todos nos encantaría verte», y me pregunto si es una indirecta.

Sé que este es mi patrón. Me como el coco por la gente que me importa, aunque me hayan hecho daño. Es como si mi corazón no pudiera asimilar lo que mi cabeza ya sabe.

Pero también, mi ira se ha suavizado. Creo que Felix tenía un poco de razón sobre mí.

Necesitaba volcarme en un libro más que en una relación.

Necesito encontrarme a mí misma.

—Tienes que olvidarlo, cielo —me dice Lauren cuando en nuestra videollamada diaria por FaceTime le confieso que he estado pensando en Felix. Ella sigue filmando en Australia. Su trabajo en televisión le ha dado un montón de nuevo contenido en el que centrarse, lo que resulta muy oportuno, ya que ahora está saliendo con Colin y dejando atrás su faceta de cazafortunas.

»Sabe dónde encontrarte si quiere pedirte perdón —dice.

—Lo sé —asevero—. No voy a ponerme en contacto con él.

Pero eso no impide que busque la dirección de correo electrónico de Pear en la página web de su empresa y que le escriba un mensaje:

¡Hola, Pear! Muchas gracias por la caja de productos. Con solo mirarlos ya siento que mi piel está radiante. No tengo planes de cruzar el charco pronto, pero avísame si vienes a Nueva York. Un abrazo para ti y tu familia.

Hope

Espero que me responda en unos minutos:

Lo haré, cariño. Por cierto, yo no te he dicho nada, pero Felix está perdido sin ti. 😘😘

El estómago se me revuelve tan violentamente que me siento como si estuviera de nuevo en el crucero.

No se me ocurre ninguna respuesta. Si me dejo llevar por lo que eso significa, acabaré obsesionándome.

Así que, en vez de eso, me sumerjo en mi historia.

Pasan los meses y el manuscrito va creciendo poco a poco, primero tres capítulos, después cinco, luego son ocho. Las palabras no solo fluyen, sino que se desbordan mucho más allá del tiempo que puedo

dedicar a escribirlas. Estoy deseando que lleguen las vacaciones de Navidad, cuando nuestra oficina cierra durante dos semanas y puedo volver a casa, a Vermont, y emplear todas las horas libres que no pase con mis padres en escribir. Ya estoy estresada por no poder quedarme en un solo lugar, por tener que pasar el tiempo yendo y viniendo entre sus dos sofás, lidiando con la tensión entre ellos como hija única de su divorcio.

Me voy directa del trabajo a coger el avión y llego al Aeropuerto Internacional de Burlington poco después de las siete. Al pisar el puente del embarque, mis huesos se hacen a la idea de que estamos en Vermont en invierno. Es brutal, pero me llena de nostalgia. Me siento en casa.

Mi padre viene a recogerme, así que le mando un mensaje para avisarle de que he aterrizado. Me dice que está aparcando y que se reunirá conmigo en la recogida de equipajes. Pero cuando llego allí, la primera persona a la que veo es a mi madre.

Mis ojos cansados se nublan un instante por la confusión y me pregunto si es una coincidencia, si ha venido a recoger a algún otro pariente.

Pero entonces veo llegar a mi padre y colocarse a su lado. Sonríen y me saludan con la mano, con una mezcla de alegría y vergüenza.

—Hola —digo, acercándome a ellos, sin saber a cuál de los dos debería abrazar primero.

No los había visto juntos desde que me dijeron que se separaban.

Mi madre decide por mí y me abraza.

Y entonces ocurre algo increíble: mi padre nos rodea con los brazos a *ambas.* Es el abrazo de mi infancia; ella estrechándome a mí, mi padre rodeándonos a las dos. El mismo que me daban todas las noches antes de irme a dormir, todas las mañanas antes de irme al

colegio, siempre que estaba triste, feliz o necesitaba consuelo.

Jamás pensé que volvería a sentirlo.

Lo cual no cambia el hecho de que me cabrea.

Me aparto de ellos.

—¿Qué está pasando? —pregunto—. ¿Por qué habéis venido los dos juntos?

Ellos se miran, manteniendo una de esas conversaciones silenciosas que siempre intenté descifrar cuando era pequeña.

—Queríamos decírtelo en persona —comienza mi madre, cogiendo la mano de mi padre—. Estamos juntos de nuevo.

Los miro con la boca abierta.

—¿Desde cuándo? —pregunto, sintiéndome infantilmente indignada—. Creía que tenías novio. ¿No se llamaba Harold?

Reconozco que en los últimos meses no le he preguntado mucho por su nueva relación. Aunque me alegrara por ella, la idea de que pasara página y rehiciera su vida sin mi padre me incomodaba un poco. Y con lo ocupada que he estado, no he hablado con ninguno de mis padres tanto como de costumbre.

Pero esto me pilla completamente por sorpresa.

—Llevamos intentándolo desde el verano —dice mi padre—. No queríamos decirte nada hasta estar seguros de que funcionaría.

Ambos parecen muy arrepentidos. Y es muy bonito que, después de todo, su historia de amor tenga un final feliz. A lo mejor hay esperanza para los que nos enamoramos como idiotas.

La sorpresa da paso a la euforia.

—¡Me alegro un montón por vosotros! —digo, abrazándolos de nuevo—. ¡Es maravilloso!

A mis padres se les ilumina el rostro de alivio.

—Además, tenemos una sorpresa —añade mi madre.

—¿Que hayáis vuelto juntos no es la sorpresa? —pregunto.

Ella suelta una carcajada.

—Aún hay más. Esta noche nos vamos a Kingdom.

Ahora sí que estoy desconcertada. La casa de campo familiar está en Northeast Kingdom, en una parcela cerca del lago Willoughby.

Hasta donde yo sé, la casa sigue vacía, esperando a que alguna otra familia la compre.

—¿A qué vamos a Kingdom? —pregunto.

—A la casa de campo —dice mi madre—. A pasar las Navidades.

—Pensaba que ibais a venderla.

—Esa es la sorpresa —dice mi padre—. Decidimos esperar hasta que tuviéramos claro qué queríamos a hacer. La retiramos del mercado. Y hemos decidido mudarnos allí a tiempo completo… juntos.

—¿Y qué pasa con tu trabajo? —le pregunto. Mi madre está jubilada, pero mi padre sigue siendo director de un instituto.

—Me he prejubilado —responde—. Ayer fue mi último día.

—¡Madre mía! —digo.

—Sé que es mucho que asimilar —admite mi madre, mordiéndose el labio con gesto culpable.

—¿Me estáis hablando en serio? —digo, señalándome con impotencia—. Estoy a punto de caerme redonda.

—Vamos a por tus maletas, hija —dice mi padre—. Ya hablaremos de todo en el coche.

Kingdom está a unas dos horas al noreste de Burlington, así que hacemos una parada para comer pizza al salir de la ciudad. Durante la comida, me cuentan la versión resumida de su reconciliación. Pasaron tiempo juntos en la casa, recogiendo sus cosas, mientras yo estaba de crucero. Sabía que habían estado allí juntos. Lo que

ignoraba era que, vaciando aquella casa, se dieron cuenta de lo que realmente significaba separarse. Sintieron que estaban destrozando la vida que habían construido juntos y verla empaquetada en cajas y vendida fue algo desolador.

Primero, decidieron tener algunas citas. Luego probaron a vivir juntos en el apartamento de mi madre, conservando el de mi padre por si acaso. Y por último, decidieron quemar los papeles del divorcio en una hoguera ritual en la chimenea de la casa de campo, dejar que expiraran los contratos de alquiler de sus apartamentos y mudarse allí a tiempo completo.

Eso fue el mes pasado.

Ya han vuelto a colocar los muebles, así que la casa está casi como la recordaba, pero sin tantos adornitos y ejemplares de hace cuarenta años de *Reader's Digest*. Nunca me ha molestado el desorden, pero ahora el espacio parece más despejado.

Y mis padres también parecen más relajados.

Me acuesto en la cama de cuando era niña y no me despierto hasta nueve horas después. Cuando lo hago, descubro que ha nevado. Mis padres están en el salón, leyendo delante de la chimenea: mi padre, una gruesa biografía; mi madre, un delgado libro de poesía.

—¿Te apetece unas tostadas, cariño? —pregunta mi madre.

—Sí, gracias —respondo.

Mientras mi madre se afana en la cocina, yo me acomodo en mi sillón favorito con el portátil.

—No será trabajo, ¿verdad? —inquiere mi padre—. Acabas de llegar.

—No —contesto—. Es mi libro.

—Me hace muy feliz que estés escribiendo una novela —dice—. Nunca perdí la esperanza de que volvieras a intentarlo.

—Gracias. A mí también me hace feliz.

—¿Y cómo va la cosa?

—Me encanta trabajar en ello y tengo un montón de ideas —digo —. Pero con mi trabajo, es difícil mantener el ritmo. Es frustrante.

—¿Qué es frustrante? —pregunta mi madre, que entra con una taza de té y un plato de tostadas para mí.

—El libro de Hope.

—No el libro en sí —aclaro—, sino sacar tiempo para escribirlo.

—Lo siento, cariño —dice mi madre—. Ojalá no tuvieras que trabajar tanto.

—No pasa nada —respondo, porque no quiero que se preocupen —. Ya me las arreglaré. No era mi intención quejarme.

Intercambian una de esas miradas cargadas de significado.

—No te estás quejando —aduce mi padre—. A lo mejor es ese el problema. Si te desahogaras, ¿qué dirías?

—De verdad, estoy bien.

—El año pasado no paraba de quejarme —explica mi madre—. Me aburría mucho después de jubilarme. Estaba harta de deambular por Burlington, de volver a un triste apartamento. Así que un día me dije, ¿sabes qué, Martha? Esto no es lo que tú quieres. ¿Qué es lo que de verdad quieres? Y la respuesta era este lugar. La compañía de tu padre.

Me sorprende que me esté hablando de todo esto de forma tan abierta. Mis padres suelen ser más reservados con sus asuntos personales.

—Tu madre se presentó aquí en pleno verano y me dijo que no quería vender la casa y que quería intentarlo de nuevo —añade mi padre—. Obviamente fue un riesgo. Pero si no se hubiera lanzado a la piscina… ahora no estaríamos aquí.

—Me parece que intentáis darme una charla de padres —aventuro.

—Complácenos —dice mi madre—. Cierra los ojos y piensa en ello. ¿Qué harías si pudieras deshacerte de tus preocupaciones y responsabilidades y hacer exactamente lo que quisieras?

No es algo que tenga que pensar demasiado.

—Dejaría mi trabajo, me iría a vivir a Inglaterra y terminaría mi libro.

—¡Inglaterra! —exclama mi madre.

—Sí. Sabes que siempre he estado obsesionada con las novelas ambientadas allí. Me imagino viviendo en el campo y escribiendo allí.

Dudo si mencionar a Felix, porque me parece mal incluir algo que es muy probable que no pueda tener, ni siquiera en una vida de ensueño. Pero si soy sincera, él forma parte de esa vida. Y supongo que ese es el propósito de todo esto.

—También hay un hombre —confieso.

—¿Ah, sí? —pregunta mi madre.

—El hombre que conocí este verano en el crucero. Me gustaba mucho y le propuse que tuviéramos una relación a distancia. Pero me rechazó. Me dijo que no creía que ninguno de los dos estuviera preparado. Pero no puedo sacármelo de la cabeza.

—¿Sigues en contacto con él? —pregunta mi padre.

—No. Pero su hermana me escribió hace poco y me dijo algo que me hizo pensar que quizás él también sigue pensando en mí. Hay una parte de mí a la que le gustaría volver a verle. Solo para tantear el terreno. Tal vez cuando termine el primer borrador de mi libro.

—A mí me parece que sabes exactamente lo que quieres, Hope —dice mi madre—. Y como te he dicho: esa es la clave.

—Nunca es fácil hacer cambios —añade mi padre—. Pero estás en

una etapa de tu vida en la que tienes opciones. No las descartes sin más.

Pienso en cuáles son en realidad mis opciones. Al final, todo se reduce al tiempo y al dinero.

Mi puesto interino en el trabajo llega a su fin en enero y Stacy me ha dicho que estoy entre los tres finalistas para el puesto permanente. Si lo dejo, perdería mis beneficios, mi seguridad económica y mi puesto en otro sector. Pero si diera clases particulares a tiempo completo, como autónoma, podría ganar casi lo mismo por menos horas en total, ya que el pago es mucho mejor, siempre y cuando consiguiera suficientes alumnos particulares. Y como las clases son todas por Zoom, podría hacerlo desde cualquier sitio.

Podría pasar un verano en Inglaterra y escribir. Darle una oportunidad de verdad a mi sueño y ver qué pasa.

Y en ese instante lo decido.

Voy a hacerlo.

Felix

La propiedad que encuentro es una posada de veinte habitaciones en una casa solariega del siglo XIX cerca de Torbay, en Devon.

El edificio necesita una reforma completa y el restaurante no es más que el típico *pub* rural: huevos escoceses, pescado con patatas fritas y hamburguesas bien hechas. Pero es espacioso y cuenta con un bonito jardín y vistas al mar. En cuanto lo vi en internet, supe que era lo que estaba buscando. Y en cuanto Ned y yo pusimos un pie en el vestíbulo, ya estábamos listos para hacer una oferta.

Para Navidad, ya somos propietarios de un hotel.

Hay un apartamento para los propietarios justo encima del vestíbulo, así que me mudo allí con Priscilla.

Es un desastre.

La reforma es una fuente constante de estrés y de problemas, y los costes no tardan en dispararse, así que tenemos que buscar a toda prisa otro inversor. No tengo tiempo para seguir una rutina estricta. Mi vida es un caos lleno de incertidumbre.

Y me encanta.

Me siento lleno de energía. Mi vida ha dado un giro y ahora es totalmente opuesta a como era en Londres. Cuando vuelvo una vez al mes para reunirme con Ned, Sophie y los dos gerentes de mis *pubs*, no veo la hora de irme.

Es humillante y tranquilizador a la vez ver lo bien que funciona el negocio sin que yo esté encima a diario. He construido algo increíble. Pero no requiere de mi constante supervisión. Puedo desentenderme

y ampliar mis horizontes.

Hace que sienta deseos de crecer también en otros ámbitos.

Cuando me imagino viviendo aquí, me imagino una pareja y, con el tiempo, una familia. Y cuando pienso en cómo podría ser esa pareja, siempre me viene a la cabeza una mujer.

Hope Lanover.

Es imposible pasear por las calles de este pintoresco pueblo costero sin recordar sus sueños de vivir en un lugar así. Me pregunto si sería feliz aquí. Me pregunto si sería feliz conmigo.

Busco en internet pistas sobre ella, pero no tiene redes sociales y en los mensajes de Lauren no hay ni una sola mención a ella. Lo que no impide que mis hermanas pregunten por ella cada dos por tres. Ha sido tan incesante que cuando Pear me pidió su dirección, la busqué y se la di.

—¿Quieres enviar una notita con el paquete? —me preguntó.

—Las cosas no acabaron bien —reconocí al final—. No creo que quiera saber de mí.

—Yo creo que sí —dijo Pear con desenfado—. Te voy a contar un secreto sobre las chicas: nos gusta echar de menos.

—Yo no la echo de menos —objeté.

—Vale, pues estás obsesionado —dijo.

—Vete a la mierda, anda.

Pero mi hermana no se equivocaba. «Echar de menos» es un término apropiado.

Sé que Hope está a solo un mensaje o una llamada de distancia, pero cada vez que me propongo ponerme en contacto con ella, el valor me abandona en el momento crítico.

Tuve mi oportunidad y la dejé escapar. Pensé que tenía buenas razones para dejarlo, pero lo hice de forma torpe e hiriente. No sé si

merezco una tercera oportunidad ni cómo lidiaría con el obstáculo de la distancia si ella me la diera. No quiero seguir causándole dolor.

Mis hermanas vienen a visitarme la primera semana de abril. Las llevo a un pintoresco pueblo a comprar libros y juegos para la biblioteca del hostal. Mientras ellas echan un vistazo a los libros de autoayuda en una librería, yo me adentro en la sección esotérica en busca de un tablero Ouija. Podría ser un buen detalle en caso de que los huéspedes quieran fantasear con que la casa está embrujada.

Encuentro una baraja de tarot antigua. El mismo tipo de baraja que *Madame* Olenska tenía en el crucero. La compro siguiendo un impulso, mientras mis hermanas están distraídas.

Cometo el error de dejarla en una de las bolsas con el resto de nuestras compras encima de la mesa del comedor cuando llegamos a casa. Pear la encuentra enseguida.

—¡Ajá! ¿Qué es esto? —pregunta, agitando la baraja igual que hacía cuando éramos niños y encontró mi caja de tesoros secretos—. Felix, ¿te has vuelto místico o algo así?

—Solo es algo divertido para la biblioteca —miento.

—Qué pillo eres —interviene Prue—. No nos habías contado que eras brujo.

—No digas tonterías —replico.

—Esto revela facetas insospechadas —le dice Pear a Prue—. ¿Crees que es más del tipo wiccano o rollo Aleister Crowley?

Le arrebato la baraja de las manos.

—Tranquilizaos —digo—. O invocaré a los demonios para que os hagan callar.

—Vamos todos a sacar cartas —dice Pear—. Quiero conocer mi buena fortuna.

—Oh, sí, vamos —dice Prue—. Baraja las cartas, Felix.

—Os dejo con vuestras chorradas —les digo, devolviéndole la baraja.

Me dispongo a macharme, pero ella me agarra del brazo.

—De eso nada, señorito. Son tus cartas, así que tú barajas. Si no, me caerá una maldición.

Sé que me darán la matraca y me tocarán las narices si no les sigo la corriente, así que cojo las cartas, las barajo y las pongo boca abajo sobre la mesa, como le vi hacer a *Madame* Olenska.

—Elegid, venga —les digo.

—Espera —dice Prue—. Tenemos que hacer una pregunta primero, ¿no?

—Haz que me diga mi futuro, Felix —dice Pear. Saca una carta y la levanta—. El rey de oros. ¿Qué significa?

—No tengo ni idea, obviamente —digo.

—Busquemos en Google —sugiere Prue. Coge su teléfono y busca la carta.

—Estás destinada a la riqueza material, el liderazgo y la ambición que conducen al éxito duradero —informa a Pear.

Pear esboza una sonrisa arrogante.

—Sabía que había dado en el clavo con la adquisición de Maquille. Ahora te toca a ti.

—Quiero conocer la naturaleza más profunda de mi alma —declara Prue, agitando la mano sobre la baraja. Elige el caballo de copas.

—Aquí pone —empieza Pear, leyendo en su teléfono—, que esta carta representa la creatividad, el romance, el encanto, la imaginación y la belleza.

—Da miedo lo precisa que es —comenta Prue—. Está claro que estas cartas son mágicas. Te toca, querido hermano.

—Yo paso.

—Buen intento, pero no te vas a librar. Haz una pregunta.

—Está bien —refunfuño—. Tarot, dime qué va a pasar cuando mis hermanas por fin me dejen en paz el lunes.

—Qué aburrido —dice Pear—. Tarot, por favor, dile cuál es el deseo más profundo de su corazón.

Cojo una carta y le doy la vuelta.

Es la emperatriz.

No creo en estas cosas, pero de todos modos siento escalofríos.

—Vaya —dice Pear—. Una carta curiosa, teniendo en cuenta que eres claramente un hombre.

—Lee lo que significa —pide Prue.

Pear consulta su teléfono.

—Oooh, fertilidad y amor —dice.

—Creo que el universo te está diciendo que te hagas un perfil en Tinder —dice Prue.

Pero sé que no se trata para nada de eso.

Si el universo me dice algo, es esto: «Estás preparado. Sabes lo que quieres. Sabes a quién quieres».

No les digo nada a mis hermanas, pues se lo pasarían bomba burlándose de mí el resto de mi vida. Y puede que con razón, ya que es ridículo extraer un significado tan profundo de un simple trozo de papel.

Pero también siento que sería un imbécil si no captara la señal.

Tomo una decisión: voy a llamar a Hope.

Hope

Encuentro el acogedor piso en Devon a través de una amiga inglesa de la universidad cuya madre tiene varias propiedades en alquiler.

Está en un edificio histórico de piedra caliza en el centro de Torbay y dispone de un jardín privado. Es un apartamento de un dormitorio el doble de grande que mi estudio en Nueva York y ochocientos dólares más barato al mes. Decido subarrendar mi apartamento de Brooklyn y utilizar la diferencia para pagarme el billete de avión a Heathrow.

Solo llevo una maleta grande y un ordenador portátil. Y he organizado clases de tutoría todas las tardes de la semana para seguir ingresando dinero. El resto del tiempo es mío y pienso terminar mi libro.

Los tres primeros días después de llegar los paso en Londres con amigos. No contacto con Felix ni con Pear. Necesito centrarme por completo en escribir mientras dispongo de este valioso tiempo para mí.

Nada más instalarme en Torbay, establezco una rutina. Lo primero que hago al despertar es abrir el portátil (después de ocho meses poniéndome a escribir antes del amanecer, me he convertido en una persona madrugadora) y, con una taza de té y un plato de tostadas, vuelco toda mi energía en el libro. Es un verdadero lujo hacerlo en un escritorio con vistas al jardín, bañado por la cálida luz del salón, en lugar de en la oscuridad en mi cama de Nueva York. Dejo las ventanas abiertas para que la brisa y el canto de los pájaros llenen la

habitación.

Aunque este libro nunca llegue a nada, sé que he tomado la decisión correcta. Necesitaba esto. Mi alma necesitaba esto.

Las palabras fluyen con facilidad. Miles cada día, capítulos enteros de una sentada. Y lo que escribo es bueno. Las frases son ingeniosas y mi protagonista es más real que nunca. Aparecen giros inesperados en la trama, surgen temas que no sabía que me interesaban. Por primera vez en años, me siento una escritora de verdad.

A mediodía voy al pueblo y como en una cafetería con mucho encanto. Empiezo a ver a la misma gente con regularidad y me dan consejos sobre las mejores cosas que hacer: playas que explorar, senderos costeros que recorrer, restaurantes que probar. Aquí no conozco a nadie, pero me siento mucho menos sola que en Bushwick. Cuando vuelvo, es de día en Nueva York, así que me conecto a Zoom para dar las clases particulares con mis alumnos.

Después de trabajar, doy largos paseos y tomo pintas en los *pubs* mientras leo. Los fines de semana, después de escribir por la mañana, cojo un autobús y voy a explorar otros pueblos y playas. Mi actividad favorita es caminar por los senderos que recorren los acantilados junto al mar.

Un sábado decido hacer la ruta de casi cinco kilómetros en Maidencombe. Empieza en una playa de arena y sube hasta un precioso bosque, para luego continuar por acantilados rojizos sobre el mar. Cuando termino la ruta, estoy muerta de hambre, así que decido ir al pueblo a comer algo. Encuentro una bonita taberna con tejado de paja, pido un bocadillo de cangrejo y pepino de Brixham y un vaso de vino rosado, y me siento en el jardín a tomar el sol.

Me doy cuenta de que por primera vez en mucho tiempo soy feliz.

No me siento «satisfecha», ni «bien sin más».

Soy feliz.

Y también me doy cuenta de otra cosa: no voy a renovar el contrato de alquiler de mi estudio. Me quedaré aquí mientras me lo permita mi visado de turista y terminaré mi libro.

Me quedo ahí, sonriendo para mis adentros, sin hacer absolutamente nada excepto respirar el aire del mar y saborear esa certeza. Haciendo planes en mi cabeza.

Y entonces oigo unas voces familiares.

—Creo que tomaré las tiras de platija con alioli de azafrán y, para compartir, la fuente de verduras provenzales —dice una de las hermanas Segrave.

—Para mí, una hamburguesa de quinoa con patatas fritas, por favor —dice la otra.

Vuelvo la cabeza justo a tiempo de ver a Felix Segrave preguntar a un camarero:

—¿Y cuál es el pastel de masa quebrada del día?

—El de venado, queso *stilton* y romero —responde el camarero.

—Uno de esos, por favor —dice Felix.

Están a unos tres metros de mí, en una mesa cerca de las puertas del jardín, que está orientada de modo que ninguno de ellos me ve. No tienen ni idea de que estoy aquí.

Mi comida aún no ha llegado, así que no puedo irme. Y aunque lo intentara, tendría que pasar junto a ellos para salir. Mis opciones son quedarme aquí y esperar que no me vean o ir a saludar.

Pienso en la pregunta que me hizo mi madre las pasadas Navidades. «¿Qué harías si pudieras deshacerte de tus preocupaciones y responsabilidades y hacer exactamente lo que quisieras?».

Me levanto y me acerco a la mesa de los Segrave.

Pear me ve primero. Se tapa la boca con una mano.

—¿Qué pasa? —pregunta Prue alarmada.

—¡Hope! —exclama Pear, poniéndose de pie—. ¡Ay, por Dios, cielo! Felix, ¡mira quién es!

Él se gira hacia mí.

Nuestras miradas se cruzan.

Y en su rostro se dibuja la sonrisa más bonita que he visto en toda mi vida.

Felix

Estoy en la taberna del pueblo, oyendo de fondo la charla de mis hermanas mientras cuento los minutos que faltan para que llegue el almuerzo, porque en cuanto volvamos al hotel, voy a llamar a Hope, y no puedo pensar en otra cosa.

Pero no tengo la oportunidad.

Porque ella está aquí, en este pequeño pueblo de Devon, frente a mí, como una visión que mi corazón ha conjurado.

Me levanto de golpe.

—Hope —digo—. Madre mía.

No puedo decir nada más. No sé qué hacer. ¿La abrazo? ¿La beso? ¿Le pido matrimonio?

Está claro que ella tampoco sabe qué hacer.

Así que me quedo de pie, le doy un beso en la mejilla y, al ver que no se aparta, la abrazo durante mucho más tiempo de lo normal.

Sé que estoy actuando de forma rara. No puedo soltarla. Y cuando miro su rostro, ella me mira con una sonrisa.

No hay garantías en la vida, por supuesto. Pero esa sonrisa me dice que se alegra de verme. Y eso es suficiente en este momento.

—Hola —le digo al oído.

—Hola —susurra ella.

—¿Qué te trae a este triste rincón de Inglaterra, Hope? —pregunta Prue. Tal vez no se da cuenta de que estoy teniendo un momento especial o puede que quiera romperlo porque la forma en que estoy abrazando a Hope no es muy apropiada para un restaurante familiar.

—Estoy aquí para pasar el verano —responde Hope, volviéndose hacia ella—. Me alojo cerca, en Torbay.

—¡Felix, no nos has dicho que Hope estaba aquí! —protesta Pear.

—No tenía ni idea —digo.

—¿Estáis de vacaciones? —pregunta Hope.

—Solo una pequeña escapada de fin de semana para visitar el hostal de Felix. Necesita un toque femenino, no vaya a ser que lo decore todo con cuero y cuernos de ciervo.

—No he comprado ni una sola cornamenta de ciervo —replico.

—Espera, ¿tienes un hostal? —pregunta Hope.

—Compré un viejo *pub* con habitaciones que estaba para reformar —explico.

—No es un *pub* con habitaciones —dice Pear—. Compró un destartalado hotel rural en una antigua casa solariega que casualmente tiene un *pub.* Lo está reformando para convertirlo en un hotel hípster.

—No va a ser un hotel hípster —aclaro—. Simplemente tendrá una estética renovada. Y un *pub* gastronómico. Con suerte, uno bueno.

Hope me sonríe.

—Me alegro mucho por ti. ¿Vives aquí?

—La mayor parte del tiempo. Voy y vengo entre aquí y Londres. Todavía tengo los *pubs*.

—Por desgracia es demasiado terco para dejar que se los vendamos a Pizza Express —dice Prue.

—¿Te quedas a comer con nosotros? —le pregunto a Hope, rezando para que diga que sí.

—Claro —contesta—. Déjame decirle al camarero que voy a cambiar de mesa.

Mientras va a por su vino y busca al camarero, Pear y Prue me

susurran instrucciones.

—Sabemos que aún te gusta —dice Pear.

—Invítala a venir esta noche —propone Prue—. Nosotras nos esfumaremos.

—O llévala a dar un paseo por la orilla del mar —sugiere Pear—. Hazlo después de comer para que no pueda escaparse.

—Ah, sí, mucho más pragmático —dice Prue—. Haz eso. Y luego la invitas a tu casa.

Antes de que puedan ofrecer más consejos no solicitados sobre el cortejo, Hope regresa y ocupa la silla vacía de nuestra mesa.

—¿Qué has pedido? —pregunta Prue.

—Sándwich de cangrejo —dice Hope—. Me chifla el cangrejo de aquí.

—Échale un poco en el pelo a Felix —dice Prue—. Como cuando os conocisteis.

Hope se ríe.

—Creo que eso solo puedes hacerlo una vez.

—No me importa —digo—. Tienes carta blanca.

—¿Por qué elegiste Devon para pasar el verano? —pregunta Pear.

—Bueno, estoy trabajando en un libro ambientado en Inglaterra y pensé que me vendría bien venir aquí. Disfrutar del ambiente, salir de Nueva York por un tiempo. Y una amiga me consiguió un piso a buen precio aquí.

—¡Es genial! —exclama Prue—. Háblanos de tu libro.

Hope explica la trama. Me recuerda a la conversación que tuvimos cuando nos separamos. No sé si eso es bueno o malo.

Me pregunto si piensa en mí mientras trabaja en ella, del mismo modo que yo pienso en ella cuando imagino mi vida en el hostal.

Llega la comida y todos nos ponemos al día mientras comemos.

Cuando retiran los postres, Pear mira el móvil.

—Oh, no —dice ella—. Milo me ha enviado un mensaje… Al parecer hay problemas con el acuerdo Maynards. Será mejor que volvamos y nos conectemos a la reunión.

—¡Qué lástima! —dice Hope, poniéndose en pie—. Tal vez podamos quedar para tomar algo antes de que os vayáis.

Pear y Prue se despiden de ella con un par de besos en las mejillas. Sé que lo de la emergencia es mentira (por lo que sé, no existe ningún acuerdo con Maynards), pero agradezco que intervengan.

En cuanto se van, invito a Hope a dar un paseo.

—Me encantaría —dice.

—En fin, no te lo vas a creer, pero iba a llamarte —empiezo—. Justo hoy.

Ella pone los ojos en blanco.

—Lo digo en serio. Llevo meses queriendo hacerlo, pero no estaba seguro de que quisieras saber de mí.

Ella no lo niega. Simplemente pregunta:

—¿Qué ha cambiado?

—Es bastante absurdo —le advierto—. En realidad, ni siquiera quiero decírtelo.

—Bueno, ahora tienes que hacerlo —repone.

—Prue y Pear me hicieron sacar una carta de una baraja de tarot que encontramos. Y me salió la emperatriz.

Hope abre los ojos como platos.

—Pensé que era una señal —continúo—. Porque no he dejado de pensar en ti desde que nos fuimos de las Bahamas.

Ella respira hondo.

—Voy a decir algo aterrador —dice.

—Ponme a prueba.

—Yo tampoco he dejado de pensar en ti.

Hope

Hay muchas cosas que he querido decirle a Felix desde el verano pasado. Pero ahora, en su presencia, no me salen las palabras.

Ambos caminamos en silencio hacia la playa.

Me pregunto si tanto tiempo separados ha sido demasiado para nosotros. Si a pesar de lo mucho que me alegro de verle, esa chispa tan intensa se ha apagado.

—Perdona que esté callado —dice—. Estoy nervioso.

Le agradezco su franqueza. Es algo que me gustó de él desde el principio.

—Yo también —admito.

—Quise llamarte el año pasado, cuando volví a Londres. Tenía muchas ganas. Pero pensé que no sería justo hacerlo después de cómo terminaron las cosas. Creí que debía dejarte a ti la iniciativa.

—No sabía que eso era una opción —replico—. Dijiste que no querías seguir en contacto. No soy de llamar cuando la puerta está cerrada con llave.

Él se para y se vuelve hacia mí.

—Tenía miedo.

—¿De qué?

—De que si me permitía reconocer lo profundos que eran mis sentimientos por ti, sería mi perdición.

Se me corta la respiración.

—¿Y qué sentías por mí?

—Me estaba enamorando de ti, Hope.

—Felix —digo en voz baja.

—Estoy seguro de que suena dramático, manipulador o…

—No —le interrumpo—. Yo también me estaba enamorando de ti.

Nos miramos a los ojos.

—¿Y qué sientes ahora? —pregunta por fin.

—Que no sé si esta conversación es un principio o un final.

El destello de dolor cruza sus ojos. Pero luego se desvanece, transformándose en algo más reflexivo. Más esperanzador.

—¿Y si no es ninguna de las dos cosas? ¿Y si es…? ¿Cuál es esa expresión que usáis los escritores? Un punto de inflexión en la historia.

—Supongo que tendremos que ver cómo se desarrolla la trama. —Le cojo de la mano—. Sigamos andando.

Llegamos a la playa y subimos las escaleras en la pared rocosa hasta llegar a lo alto del acantilado. El cielo está algo nublado y el sol se asoma detrás de un banco de nubes grises y planas, reflejándose tímidamente en el mar.

Es precioso.

—¿Has oído la canción *God Moving Over the Face of the Waters*? —pregunta Felix.

—No la conozco.

—Es un tema de Moby de los noventa. ¿Puedo ponértela?

—Claro.

Saca su teléfono y abre Spotify.

—Aquí está.

Empieza a sonar una canción instrumental. Arranca de forma suave, teñida de melancolía y anhelo, y poco a poco va cobrando intensidad, hasta convertirse en algo alegre y poderoso que solo puede describirse como algo sublime. Que expresa esa esperanza

contenida llena de posibilidades.

—Esta canción expresa cómo me siento —digo.

Él me aprieta la mano.

—También yo —dice. Y luego me atrae hacia sí, me pone la mano con delicadeza en el cuello y me besa.

—Lo siento —dice cuando nos separamos.

Sé que no se está disculpando por el beso, sino que se disculpa por todo lo demás.

—Está bien —digo—. Sabes, si hubiéramos hecho lo que yo quería…, seguir en contacto, intentar ser algo…, no habría funcionado.

—¿Por qué dices eso?

—Porque estaba en un mal momento. Estaba perdida, era infeliz y buscaba cualquier cosa que pudiera sacarme de ese estado. —Hago una pausa—. Y tenías razón. No podrías ser tú quien me rescatara. Necesitaba encontrar mi propio camino.

—¿Y lo has encontrado?

—No sé si he resuelto el enigma de mi vida. Quizá nadie lo haga nunca. Pero he descubierto lo que quiero y lo que no. He decidido renunciar a mi contrato de alquiler. Quedarme aquí hasta el otoño.

—Vaya —dice—. ¿Qué vas a hacer?

—Dar clases a tiempo completo. Terminar mi libro. Y cuando se me acabe el visado de turista, no sé. Tal vez pasar el invierno en la casa de campo de mis padres en Vermont.

—¿No dijiste que la iban a vender por el divorcio?

Le sonrío.

—Se reconciliaron y decidieron quedarse con ella.

—Eso es maravilloso.

—Lo es. Me alegro por ellos.

—Me alegro por ti —dice—. Me alegro de que hayas encontrado tu camino.

—¿Y tú? ¿Has encontrado tu camino?

—Me he lanzado a la piscina. He dejado de lado mi paranoia de tener que controlarlo todo en el trabajo. He intentado ser un poco más valiente. Confiar más en mí mismo.

—Por eso compraste el hostal.

Felix esboza una sonrisa.

—Por eso compré la posada. ¿Quieres verla?

—Me encantaría.

Empieza a caer una lluvia suave mientras caminamos de vuelta al pueblo. Seguimos un estrecho camino rural por una colina hasta llegar a una hermosa casa señorial de piedra caliza de la época georgiana situada en un acantilado con amplias vistas al mar.

No parece tan ruinosa como Pear y Prue insinuaban. Se puede ver el peso de los años, la vida que ha albergado. Pero es hermosa.

—Esto es increíble —digo.

—¿En serio lo crees?

—Me encanta. Enséñamelo todo.

Me conduce a un vestíbulo que parece más el gran salón de una casa de campo señorial que la recepción de un hotel. Tiene sentido, dada la historia del lugar. Desde allí me enseña el restaurante, que ya se ha reformado en un hermoso salón. A continuación, subimos por la gran escalera hasta el tercer piso, que ya está terminado, a diferencia del segundo, que aún está en obras.

—Si no hay muebles, ¿dónde vives? —pregunto.

—Ven que te lo enseño.

Me lleva a un apartamento en el extremo oeste del edificio, encima del bar.

—Mi piso —declara, abriendo la puerta a un precioso salón con vistas al mar—. ¿Hermanas? —llama en voz alta—. Hope y yo estamos aquí.

Nadie contesta.

Parece confuso y luego saca su teléfono. Se le dibuja una sonrisa en la cara.

—Han vuelto a Londres —me informa—. Al parecer tienen una crisis con el supuesto acuerdo Maynards.

—¿Supuesto?

—Obviamente es una excusa. Querían darnos privacidad.

—¿La necesitamos? —pregunto.

—Eso espero —responde.

Me envuelve en sus brazos y yo le rodeo la cintura con las manos.

Nos quedamos así durante un buen rato.

—Vivamos un romance de verano, Hope —dice—. Como es debido, esta vez.

Me pongo de puntillas.

—Sí —digo—. Hagámoslo.

Felix

Me enamoré de Hope Lanover en seis días y lo estropeé todo dos veces en otros tres, así que es lógico que nos convenga tomarnos más días, muchos más días, para ir despacio.

Acordamos tomarnos las cosas con calma. Pasar el verano saliendo en serio. Máximo tres «encuentros» por semana. Nada de sexo hasta que estemos seguros.

Eso funciona durante unas dos semanas.

Resulta que Hope y yo no estamos hechos para ir despacio y con calma. Después de un año separados, ansiamos estar el uno con el otro. En cuerpo, mente, alma y corazón.

Nuestras citas se convierten en una tortura por tener que contenernos.

Así que nos saltamos las normas. El sexo está permitido, pero nada de dormir juntos. Después, cuatro veces a la semana está bien. Y más tarde «no todas las noches».

—Siento que ahora vivo aquí de facto —me dice Hope una noche que estamos preparando la cena en mi piso.

—¿Te gustaría? —La pregunta sale de mis labios sin pensar.

Me mira con los ojos muy abiertos y sé que he metido la pata. Hasta que se encoge de hombros y me sonríe.

—Más o menos.

No prolonga el alquiler de su casa y una mañana la recojo a ella y a su única maleta. Entramos en el hotel sin ceremonias, como si fuera cualquier otro día. El acuerdo es temporal. Al fin y al cabo, Hope está

centrada en pulir el último tercio de su libro y aún no sabe qué hará cuando su visado de turista expire dentro de tres meses.

Pasan otros quince días y empiezo a calcular cuánto tiempo le queda con exactitud.

No es suficiente.

—¿Qué te pasa? —me pregunta esa noche—. Pareces desanimado.

—¿Sabías que tienes que dejar el país dentro de setenta y dos días?

Ella suspira.

—Ah, eso. Sí.

—Me está… matando —digo.

Ella se acerca y me aparta el pelo de los ojos.

—A mí también. Pero no podré solicitar un visado de artista a menos que, ya sabes, publique algo.

—¿Te acuerdas de esa fantasía tuya de vivir en la Inglaterra rural y ser escritora? —me atrevo a decir.

—Oh, ¿te refieres a mi sueño de toda la vida? ¿A eso?

—Sí. Bueno, ¿y si también echas una mano en el hostal en tu tiempo libre?

—¿Quieres contratarme?

—No —digo. Y entonces doy el salto más grande de mi vida—. Quiero casarme contigo.

Ella asiente, con seriedad.

—Bueno, dijimos que nos lo tomaríamos con calma —aduce con gesto grave.

—Y han pasado siete semanas, así que…

—Unas siete veces más lentas de lo habitual.

—No puedo dejar que te vayas otra vez —susurro—. Te quiero demasiado.

Sé que es un riesgo. Sé que hay mil variables que no puedo

controlar, y ella tampoco, a pesar de nuestras mejores intenciones. Que requerirá esfuerzo y compromiso, y que aun así puede acabar mal.

Pero lo quiero de todos modos.

Se acurruca contra mí.

—Yo también te quiero demasiado. Y tal vez así es como funcionamos. A todo gas.

—Tengo una condición —digo.

—¿Cuál?

—La boda debe ser en un crucero.

Ella asiente con seriedad.

—Oficiada por un imitador de Elvis.

—Solo caracola en el menú.

—Mi caftán coral será mi vestido de novia.

—Y la luna de miel en el Atlantis.

Ella pone los ojos en blanco.

—Todos mis sueños se están haciendo realidad.

La acerco a mí.

—Hablo muy en serio.

Hope me mira a los ojos.

—Y yo.

EPÍLOGO

Dos años después

LONDRES

Hope

¿Sabes qué es lo bueno de que tu mejor amiga sea una celebridad emergente? Que puede hacer que *mucha* gente compre tu primera novela. De hecho, tanta que llega al número ocho de la lista de los más vendidos del *Sunday Times* en su tercera semana.

¿Y sabes qué es lo bueno de tener un marido dueño de un *pub*? Que puede proporcionarte un lugar gratis para celebrar la fiesta del lanzamiento de tu libro.

Y es una suerte que The Smoke and Gun se trasladara a un local más grande el año pasado, porque necesitamos las dos plantas y todo el jardín para acomodar a todos nuestros invitados. Mis amigos y profesores de la beca literaria que cursé el año pasado en Londres. Mis compañeros del retiro para escritores de Cornualles, donde terminé el borrador final de mi libro. Los nuevos amigos que he hecho a través de Felix, Pear y Prue y los viejos amigos que conocí en la escuela de posgrado. El equipo de mi editorial. Mis padres, que han venido desde Vermont. Lauren y Colin, desde Irlanda. Todos los Segrave y sus primos, sus padrinos y probablemente sus vecinos.

No tuve una boda, pero esto se le parece bastante.

Mi editora, la legendaria Aurora Smythe-Pines, se sube de un salto a la barra y golpea una botella de champán con un tenedor.

—¡Vamos, acercaos todos! —ordena—. Llenad vuestras copas, porque me temo que estoy a punto de hacer un brindis.

Nadie se atrevería a llevarle la contraria a Aurora Smythe-Pines. La

gente que está arriba baja, la que está fuera entra, y en cuestión de segundos, estamos todos sudando y apretujados.

—Estoy encantada de estar aquí hoy para celebrar a la brillante Hope Lanover y su extraordinaria novela, *Matrimonio burgués condenado* —dice Aurora—. Desde el momento en que este manuscrito llegó a mi mesa, supe que tenía que ser mío, y por eso, perdonen la fanfarronada, superé la oferta de cinco editores menos afortunados para adquirirlo. Y me complace enormemente deciros que prevemos éxitos aún mayores en la temporada de premios.

Me pongo roja como un tomate cuando habla de mis perspicaces reflexiones sobre la frustración profesional, el hastío doméstico y los peligros del amor romántico, el ritmo ágil de mis escritos y del estilo elegante pero siempre juguetón de mi prosa.

Es el tipo de elogio de la clase de persona cuyo respeto he anhelado desde que era adolescente, y me siento como si estuviera en una nube.

Pero no es solo el libro.

Son las personas que me rodean, con las que comparto vínculos, risas y alegría cada día.

Es la familia extendida, grande y cálida, que nunca pensé que tendría.

Es mi mejor amiga, que está retransmitiendo en directo esto desde el rincón junto a su encantadora pareja, que donó todo el *whisky*.

Es nuestra perra, Priscilla, correteando entre las piernas de la gente, emocionada por tener tantas manos que lamer.

Es el hogar al que volveré mañana, en la apacible Devon, donde podré contemplar el mar y trabajar en mi próxima novela.

Y es el hombre que está a mi lado, con el que vivo a todo gas, luchando para que cada vez más sueños se hagan realidad.

Agradecimientos

Al igual que Hope y Felix, no soy precisamente fan de los cruceros. Así que decidir escribir un libro sobre uno fue una de las elecciones más insólitas que he tomado, tal vez solo superada por mi posterior decisión de embarcarme sola en un crucero por el Caribe durante una semana, como parte de la investigación.

Sí, era un barco de lujo *boutique* pensado para un público maduro. Y sí, compartí cenas con embajadores del crucero, presencié actuaciones memorables (un aplauso para el falso Frank Sinatra) y comí muchísimo en el bufé *gourmet*.

Por todo esto, tengo que dar las gracias a Crystal Cruises, cuya tripulación me cuidó tan bien que, cuando llegó el momento de desembarcar, casi me dio pena volver a casa. (Por cierto, esto no es una colaboración pagada, ojalá lo fuera. Aún no he alcanzado el estatus de *influencer* en Instagram. Tiempo al tiempo).

Este libro habla tanto de la amistad como del amor, y estoy profundamente agradecida a las maravillosas personas que me ayudan a mantenerme a flote en la vida. A mis amigos escritores (vosotros sabéis quiénes sois) os miro con absoluta admiración. Mención especial a mi adorada Lauren, que prestó su nombre a la Lauren de ficción y que después de leer el primer borrador, me aseguró que este libro tenía el viento a favor.

También trata de la familia, y la mía se parece un poco a los

Segrave: nos apoyamos sin condiciones, somos muy cercanos y también muy aficionados a demostrar nuestro mordaz ingenio en nuestro grupo de WhatsApp. Os quiero y os estoy muy agradecida. Además, debo reconocer que la catastrófica travesía en crucero que hicimos juntos en 2019 fue el germen de esta historia.

Y ya que hablamos del amor, como siempre, estaré eternamente agradecida a mi marido, Chris, por su desbordante entusiasmo ante todo lo que escribo, por su increíble personalidad y por todas esas cualidades suyas que parecen sacadas de una novela. Gracias por ser el amor de mi vida y mi mayor fan.

Y, por último, gracias a la gente que me ayuda cuando estoy atascada, que me anima cuando dudo de mí misma y que moldea mis libros hasta que están listos para zarpar. Gracias en especial a mi editora, Caroline, que se enamoró de Hope y de Felix desde el primer día y los ayudó a convertirse en personas reales. A mi agente, Sarah, por insuflar romanticismo a cada página y darle un toque chispeante al acto III con su entusiasmo por inventar calamidades relacionadas con los viajes. Y a todo el equipo de Flatiron, gracias por hacer este viaje posible. Sin vosotros, el Romance del Mar jamás habría llegado a puerto.



#SíSoyRomántica